
OLIVIA DARCY
Un bebé por
CONTRATO
CUANDO EL CORAZÓN NO
ENTIENDE DE CONTRATOS

UN BEBÉ POR CONTRATO

TENTACIÓN EJECUTIVA

LIBRO 3

OLIVIA DARCY

Copyright © 2025 por Olivia Darcy
Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

ÍNDICE

¡**REGALO**!

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

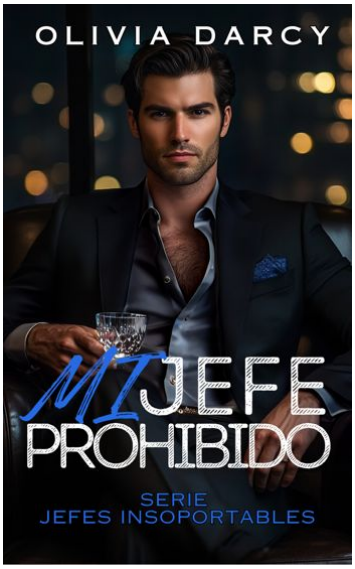
CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

EPÍLOGO

¡REGALO!



La historia de Audrey y Blake

¡Únete a mis lectoras VIP y consíguela **GRATIS** y en **EXCLUSIVA**!

Escanea el código QR

O pulsa AQUÍ

PRÓLOGO

ALEXANDER

Llevo tres semanas sin dormir bien desde que mi abuelo nos dejó.

Esta mañana, frente al espejo, he notado las ojeras que ninguna cantidad de agua fría consigue disimular. No es propio de mí mostrar signos de debilidad, pero la ausencia de ese viejo testarudo ha dejado un vacío enorme dentro de mí que no esperaba sentir.

Hoy es el día de la lectura del testamento. Mi abuelo, siempre metódico, dejó instrucciones precisas para que se realizara exactamente tres semanas después de su funeral. Una última jugada calculada del maestro estratega que me enseñó todo lo que sé sobre los negocios y sobre la vida.

Jamás podré olvidarme de él.

El despacho del abogado Fernández huele a cuero y a ese aroma inconfundible de papeles antiguos cuando entro. Me recuerda demasiado al estudio de mi abuelo, donde pasé tantas tardes escuchando sus historias sobre cómo construyó Stone Media Group desde cero. Aprieto la mandíbula y respiro hondo. No es momento para sentimentalismos.

Nunca es un buen momento para sentimentalismos.

Mi padre está sentado a mi izquierda, impecable como siempre, consultando su Patek Philippe cada pocos minutos como si tuviera mil lugares más importantes donde estar que escuchando las últimas voluntades de su propio padre. Es un ser despreciable, como se ha encargado de demostrar durante toda su vida. Típico de Richard Stone.

—Lamento la espera, señores —dice Fernández entrando con una carpeta de piel—. Son muchas las disposiciones del señor Stone.

Durante la siguiente media hora, escucho cómo mi abuelo ha distribuido propiedades, obras de arte y donaciones a fundaciones. Todo según lo previsto. Mi mente ya está en la oficina, en la estrategia de adquisición que debo finalizar esta semana, cuando la voz del abogado me devuelve bruscamente a la realidad.

—Y ahora, la disposición principal: a mi nieto, Alexander Stone, le lego la totalidad de mis acciones y el control mayoritario de Stone Media Group...

Noto la tensión inmediata en mi padre. Durante tres años ha estado esperando que cometa un error, cualquier desliz que le permitiera recuperar lo que considera suyo por derecho. El abuelo le quitó el control de la empresa después de descubrir cómo utilizaba Stone Media Group para sus propios chanchullos, vaciando las arcas y poniendo en riesgo el legado familiar. Tres años llevo demostrando que soy mejor CEO de lo que él jamás fue, limpiando su desastre, triplicando beneficios y expandiendo mercados legítimamente. La confirmación de mi abuelo en el testamento es la victoria definitiva sobre el hombre que nunca me consideró suficiente.

—...con una condición.

¿Condición? La palabra me golpea como un puñetazo inesperado. Centro de nuevo mi atención en el abogado. Mi abuelo jamás me dijo nada de condiciones. Siempre me dijo que me lo iba a dejar todo a mí porque era el alma de la empresa.

—Alexander deberá concebir y tener un hijo en el plazo de un año desde la lectura de este testamento. Si transcurrido dicho plazo no ha cumplido esta condición, la totalidad de las acciones y el control pasarán a manos de mi hijo Richard Stone.

Mi corazón se detiene.

La sangre me abandona el rostro. Por un momento, creo haber oído mal.

—¿Perdón? —mi voz suena extraña, casi estrangulada—. ¿Puede repetir eso?

El abogado carraspea, visiblemente incómodo.

—Su abuelo estipula que debe tener un hijo, un heredero biológico, en el plazo de un año. De lo contrario, todo pasará a manos de su padre.

—Esto es absurdo —las palabras salen de mi boca antes de poder contenerlas—. Tiene que haber algún error.

—No hay ningún error, señor Stone —Fernández se ajusta las gafas—. La cláusula es perfectamente legal y vinculante.

Me giro hacia mi padre, que mantiene una expresión neutra, pero detecto el brillo de satisfacción en sus ojos. El muy cabrón probablemente ya lo sabía.

—¿Un hijo? —repito, intentando procesar lo que esto significa—. ¿En un año? ¿Qué clase de condición es esa?

La incredulidad da paso a la ira. Tres años de trabajo incansable, noches sin dormir, estrategias brillantes... ¿y mi futuro depende de engendrar un crío? Es una locura. Una completa locura.

—También dejó esto para usted —añade el abogado, tendiéndome un sobre sellado con la inconfundible caligrafía de mi abuelo.

Lo tomo con dedos que no reconozco como míos. Están fríos, rígidos. Mi mente, siempre analítica, intenta calcular probabilidades, buscar lagunas legales, encontrar una salida.

—Si eso es todo, tengo asuntos que atender —dice mi padre poniéndose en pie. Su voz contiene un matiz de triunfo que me revuelve el estómago—. Hijo, quizás deberías empezar a buscar una candidata. El tiempo corre.

Le sostengo la mirada mientras se ajusta el reloj de platino. Su sonrisa apenas perceptible me hace desear romper algo.

—No te preocupes, padre. Esto no ha terminado.

Ambos abandonamos el despacho del abogado a la vez.

En el ascensor, el silencio entre nosotros es denso, cargado de décadas de competición y resentimiento.

—Un año pasa rápido, Alexander —comenta con falsa preocupación—. Y ambos sabemos que tus relaciones nunca duran más de un trimestre.

—Al menos yo tengo corazón —respondo con frialdad—. Algo que tú nunca entenderás.

Su mandíbula se tensa, pero no responde. Cuando las puertas se abren, cada uno toma una dirección diferente.

Todo a mi alrededor se siente como si irreal. Como si estuviera metido en una mala película de terror.

¿Cómo voy a tener un hijo en un año si jamás me he enamorado de una mujer?

Ya en mi coche, con Manhattan desfilando tras las ventanillas tintadas, abro finalmente el sobre. El papel huele a él, a ese aroma de madera y tabaco de pipa que siempre asociaré con las tardes en su estudio. La visión de su letra me produce un nudo en la garganta que me niego a reconocer.

«Alexander:

Te he visto trabajar como el que más. He visto tu determinación, tu inteligencia y tu visión para los negocios. Pero no te he visto amar, y eso, muchacho, es lo más importante del mundo.

Un imperio sin corazón es solo un castillo de naipes esperando a derrumbarse. Tu padre nunca lo entendió, y temo que tú estés siguiendo sus pasos.

Perdóname por esta última lección, pero es la única forma que he encontrado de obligarte a mirar más allá de los balances. Un hijo te enseñará lo que yo no he podido.

Con todo mi amor,

Abuelo»

Dejo caer la cabeza contra el respaldo de cuero. La carta tiembla ligeramente en mis manos. El viejo zorro... incluso muerto sigue intentando dirigir mi vida.

—¿Señor? ¿Hacia dónde? —pregunta mi chófer.

Por un momento, considero ir a emborracharme a algún bar donde nadie me conozca. Pero no soy así. Nunca pierdo el control.

—A la oficina —respondo, guardando la carta en el bolsillo interior de mi americana.

Tomo mi teléfono y marco el teléfono de Miranda.

—Necesito que canceles mis reuniones de esta tarde —le digo con voz controlada—. Y concerta una cita con el mejor especialista en derecho sucesorio de la ciudad. Prioridad máxima.

Mientras observo los rascacielos que se alzan como monumentos al poder y la ambición, una idea comienza a formarse en mi mente. No necesito amor para esto. No necesito una relación. Solo necesito un plan eficiente.

Un hijo. Un heredero. Un trámite más que completar.

El viejo quería enseñarme una lección sobre el amor, pero lo que no entendió es que los Stone no amamos. Conquistamos.

Y yo siempre consigo lo que quiero.

CAPÍTULO 1

SOPHIE

El reloj de la cocina marca las tres y media de la madrugada, y mi padre sigue sin aparecer. Pensaba que estaba mejor, más estable, pero veo que estaba equivocada. Llevo dos horas sentada en este sofá desvencijado, con la mirada fija en la puerta y un nudo en el estómago que se aprieta con cada minuto que pasa. La taza de té que me he preparado para calmar los nervios ya está fría entre mis manos.

Debería estar durmiendo. En cuatro horas tengo que estar en pie para mi turno en Rosie's Diner. Pero sé que no podré pegar ojo hasta que lo vea entrar por esa puerta.

Me dijo a mí misma que todo estará bien.

Que pronto vamos a salir de esta miseria.

Que tengo un plan.

Cierro los ojos un momento y repaso mentalmente el plan que llevo construyendo durante meses. Cinco mil doscientos cuarenta y tres dólares guardados bajo la tabla suelta del suelo de mi habitación. Seis meses de propinas escondidas, de turnos dobles que me dejaban los pies tan destrozados que a veces lloraba en silencio en el baño. Seis meses de decir «no» a cualquier pequeño capricho, de comer sobras del restaurante, de arreglar ropa vieja en lugar de comprar nueva. Todo para poder pagar la matrícula de la universidad y, por fin, tener una oportunidad de salir de este ciclo interminable de pobreza.

El sonido de llaves chocando contra la cerradura de casa me sobresalta. Me incorporo de golpe mientras la puerta se abre con un chirrido que hace tiempo debería haber arreglado.

Si es que tuviera dinero para hacerlo.

Mi padre aparece en el umbral, tambaleándose ligeramente. Su camisa, que esta mañana estaba limpia y planchada, ahora tiene manchas que no quiero identificar. El olor a whisky barato y tabaco me golpea incluso desde donde estoy.

—Hola, princesa —dice con esa sonrisa que siempre usa cuando ha hecho algo mal—. ¿Qué haces despierta tan tarde?

—Son casi las cuatro de la mañana, papá. ¿Dónde has estado?

Se deja caer en el sillón frente a mí, evitando mi mirada. Mal asunto. Cuando evita mirarme directamente es que la ha liado a lo grande.

—He tenido una racha de mala suerte, cariño —murmura, frotándose la cara con ambas manos—. Pero mañana será diferente. Tengo un presentimiento.

Un escalofrío me recorre la espalda. Conozco esa frase. La he escuchado tantas veces que podría recitarla en mis pesadillas. Se suponía que había dejado de jugar hace tres meses. Me lo había prometido con lágrimas en los ojos después de perder el dinero del alquiler. Incluso había empezado a ir a reuniones de Jugadores Anónimos. O eso me había hecho creer.

—¿Cuánto te has gastado? —pregunto, y mi voz suena más firme de lo que me siento por dentro.

—Sophie, no empieces...

—¿Cuánto, papá?

Se remueve incómodo, saca un cigarrillo arrugado del bolsillo y lo enciende, aunque sabe que odio que fume dentro de casa.

—He tenido que cogerte prestado un poco de dinero —dice entre caladas —. Solo para mantenerme en la partida. Estaba a punto de recuperarlo todo, te lo juro.

El nudo en mi estómago se transforma en un bloque de hielo.

—¿Has cogido dinero de mi caja? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta. Lo que no entiendo es cómo ha podido encontrarla. La había escondido bajo una tabla suelta del suelo. Jamás pensé que miraría allí. O eso creía yo.

Su silencio es toda la confirmación que necesito.

Necesito comprobarlo.

Me levanto despacio, como si mi cuerpo pesara toneladas, y me dirijo a mi habitación. Bajo la tabla suelta del suelo, donde guardo mis ahorros, solo queda una caja vacía y un sobre con veinte dólares que debí de olvidar la última vez.

Cinco mil doscientos cuarenta y tres dólares. Desaparecidos.

Mi matrícula para la universidad. El depósito para un apartamento propio. Mi billete de salida de esta vida de subsistencia perpetua.

Todo. Se ha llevado todo.

Mi esperanza de ser una chica normal.

La habitación empieza a dar vueltas a mi alrededor. Me agarro a la cama para no caerme mientras intento respirar. El aire parece haberse vuelto demasiado espeso para mis pulmones. Seis meses. Seis malditos meses trabajando como una esclava, ahorrando cada centavo, negándome caprichos que ni siquiera eran caprichos sino necesidades básicas.

Vuelvo al salón con piernas temblorosas, la caja vacía aún en mis manos. Mi padre me mira con esa expresión de cachorro apaleado que tanto odio.

—Lo voy a recuperar, Sophie, te lo prometo —balbucea—. Tengo un sistema infalible. Mañana mismo...

—¡No! —el grito sale de mi garganta antes de poder contenerlo—. ¡No hay ningún sistema! ¡No vas a recuperar nada! ¡Era todo lo que teníamos!

Las lágrimas me queman los ojos, pero me niego a dejarlas caer. No le daré esa satisfacción.

—Princesa, por favor...

—Era para la universidad —mi voz se quiebra—. Era mi única oportunidad de sacarnos de este pozo.

—Lo sé, lo sé —dice, intentando levantarse, pero volviendo a caer en el sillón—. Pero cuando gane mañana, te compraré una universidad entera. Te lo juro.

Una risa amarga escapa de mis labios. ¿Cuántas veces he escuchado esas promesas vacías? ¿Cuántas veces he fingido creerlas solo para no romperle el corazón?

—Vete a dormir, papá —digo finalmente, recogiendo el cigarrillo que está a punto de caérsele de los dedos—. Mañana hablamos.

No espero su respuesta. Me encierro en el baño y abro el grifo de la ducha para que el ruido del agua ahogue mis sollozos. Me deslizo hasta el suelo, abrazando mis rodillas contra el pecho, y por fin dejo que las lágrimas fluyan libremente.

El agua, apenas tibia porque el calentador está estropeado, cae sobre mi cabeza mientras intento procesar lo que acaba de pasar. Cinco mil dólares. A este ritmo, tardaré otros seis meses, tal vez un año entero, en volver a ahorrar esa cantidad. Otro año sirviendo cafés. Otro año viviendo al día. Otro año atrapada en esta vida que parece no tener salida.

Cuando salgo del baño, mi padre ya está roncando en el sillón. Lo cubro con una manta raída, más por costumbre que por cariño. A pesar de todo, no puedo odiarlo. Es patético, débil y egoísta, pero es lo único que tengo en este mundo.

Me acuesto sabiendo que no dormiré. En tres horas sonará el despertador y tendré que ponerme el uniforme, sonreír a los clientes y fingir que mi vida no se acaba de hacer añicos. Otra vez.

—¡Dos tostadas con aguacate para la mesa cuatro!

La voz de Donna, la cocinera, se mezcla con el ruido de platos y el murmullo constante de conversaciones. Llevo cinco horas de pie con menos de dos horas de sueño en el cuerpo. Cada sonrisa forzada me duele en el alma, y la bandeja pesa como si estuviera llena de piedras en lugar de platos.

—Sophie, cielo, ¿estás bien? Tienes una cara terrible —me dice Rosie mientras paso junto a la barra.

Rosie tiene sesenta y dos años, el pelo teñido de un rojo imposible y el corazón más grande de todo Nueva York. Me dio trabajo cuando nadie más lo hizo, y a veces me deja llevarme la comida que sobra al final del día.

—No he dormido bien —respondo, intentando que mi voz suene normal —. Pero estoy bien.

—Cielo, llevas trabajando aquí cuatro años. Te conozco mejor que eso — insiste, apoyando una mano arrugada sobre la mía—. ¿Ha sido tu padre otra vez?

Siento que algo se rompe dentro de mí al escuchar la comprensión en su voz. Un nudo se forma en mi garganta, y por un momento temo echarme a llorar en medio del local.

—Se ha llevado todo —susurro, tan bajo que apenas me oigo a mí misma —. Todo lo que había ahorrado para la universidad.

Los ojos de Rosie se llenan de una mezcla de compasión y rabia que me resulta insoportable.

—Oh, Sophie...

—No pasa nada —la interrumpo, forzando una sonrisa—. Empezaré de nuevo. Siempre lo hago.

Ella abre la boca para decir algo más, pero la campanilla de la puerta suena y entran nuevos clientes. Agradezco la interrupción y me apresuro a atenderlos.

Durante las siguientes horas me muevo en piloto automático. Sonrío, sirvo, limpio. Pero mi mente está muy lejos, calculando cuánto tiempo me llevará ahorrar otros cinco mil dólares. Cuántos turnos dobles. Cuántas propinas. Cuántos años de mi vida.

A las tres de la tarde, cuando el local se vacía un poco, aprovecho para esconderme en el vestuario. Solo necesito cinco minutos. Cinco minutos para respirar sin tener que fingir que todo va bien.

Me siento en el pequeño banco de madera y, por fin, dejo que las lágrimas caigan. No son sollozos dramáticos; son lágrimas silenciosas, eficientes, como si mi cuerpo hubiera aprendido a llorar sin hacer ruido para no llamar la atención.

La puerta del vestuario se abre de repente, y me apresuro a secarme la cara. Es Rosie, con una taza de té caliente en la mano.

—Tómate un descanso, cariño —dice, ofreciéndome la taza—. Te cubriré unos minutos.

—No puedo permitirme...

—No te estoy preguntando —me interrumpe con firmeza—. Bébete esto y respira. Las mesas no se van a ir a ninguna parte.

Le agradezco con una sonrisa temblorosa. Cuando se va, sorbo el té y dejo que el calor me reconforte. Tengo que ser fuerte. Siempre lo he sido. Pero hoy, solo por hoy, me permito sentir el peso aplastante de empezar de cero otra vez.

Cuando salgo del vestuario, con la cara lavada y la determinación recuperada, el local se ha llenado de nuevo. En la mesa del rincón, la que da a la ventana, hay tres mujeres que no encajan en absoluto con la clientela habitual de la cafetería.

Llevan ropa que incluso yo, que no entiendo de moda, puedo reconocer como cara. Sus bolsos brillan con logotipos que solo he visto en revistas. Sus

uñas perfectamente arregladas sostienen tazas de café como si estuvieran posando para Instagram.

—¿Habéis visto a ese tipo? —dice una de ellas, la rubia con un corte bob impecable—. Juraría que era el hijo de los Harrison.

—Por favor, Megan, estás obsesionada —responde otra, morena y con unos labios que parecen recién salidos de la consulta del médico.

La tercera, una pelirroja con la piel tan perfecta que parece irreal, se inclina hacia delante con aire conspirador.

—Hablando de hombres, ¿cómo va lo de la agencia? —pregunta en voz más baja—. ¿Sigues con ello?

Me acerco a recoger los platos de la mesa contigua, intentando parecer ocupada mientras afino el oído. No suelo cotillear, pero hay algo en su conversación que me llama la atención.

—Por supuesto —dice la rubia—. Es el trabajo más fácil del mundo. Me visto, sonrío, acompaño a algún ricachón a un evento donde necesita parecer que tiene vida social, y me embolso mil dólares por noche.

Casi se me cae un plato. ¿Mil dólares? ¿Por una noche? Eso es más de lo que gano en dos semanas de turnos dobles.

—Y lo mejor es que la mayoría ni siquiera intentan nada —añade la morena —. Solo quieren tener a alguien presentable del brazo para las fotos.

—Bueno, algunos sí intentan algo —ríe la pelirroja—. Pero el contrato es muy claro. Nada de sexo, nada de besos, nada de nada. Somos acompañantes, no prostitutas.

—Exacto —asiente la rubia—. Elegance Companions es muy estricta con eso. Por eso tienen tan buena reputación. Los clientes saben que no pueden pasarse de la raya.

Elegance Companions. El nombre se graba en mi memoria mientras termino de recoger los platos y me alejo hacia la cocina. No puedo alargar más

mi presencia en la mesa cercana. Lo que dicen del trabajo parece demasiado bueno para ser real.

Durante el resto de mi turno, esas palabras dan vueltas en mi cabeza. Mil dólares por noche. Cinco noches y habría recuperado todo lo que mi padre ha perdido. Diez noches y podría pagar el primer semestre de la universidad.

Es una locura. Yo no soy como esas chicas. No tengo su ropa, ni su aspecto, ni su confianza.

Pero cuando llego a casa esa noche, con los pies hinchados y la espalda dolorida, lo primero que hago es buscar «Elegance Companions» en Google.

La página web es elegante y discreta. Fotos de mujeres hermosas en eventos de gala, acompañando a hombres de negocios. Un apartado de «Únete a nosotros» que parece más la web de una empresa de consultoría que de una agencia de acompañantes.

Mi dedo se detiene sobre el botón de «Solicitar entrevista». Es una locura. Una completa locura.

Pero mientras miro a mi padre, dormido otra vez en el sillón con un boleto de lotería arrugado en la mano, sé que necesito hacer algo drástico. Algo que cambie las reglas del juego en el que llevo atrapada toda mi vida.

Respiro hondo y hago clic.

CAPÍTULO 2

ALEXANDER

El whisky de treinta años resbala por mi garganta, dejando ese rastro cálido y ahumado que normalmente disfruto. Hoy, sin embargo, ni siquiera el Macallan puede aliviar la tensión que me atenaza la mandíbula desde la lectura del testamento hace dos días.

Mi despacho, en la planta 45 de Stone Tower, ofrece una vista panorámica de Manhattan que muchos pagarían millones por contemplar. El sol de la tarde tiñe de dorado los rascacielos, creando esa ilusión de que todo es posible en esta ciudad. Una ilusión que normalmente alimento, pero que hoy me parece una broma cruel.

Miranda llama discretamente a la puerta antes de entrar. Lleva conmigo tres años y es la única persona en esta empresa que no tiembla al dirigirse a mí.

—Señor Stone, los señores Walker y Richardson están aquí.

—Hazles pasar —respondo, apurando el whisky, y me levanto de la silla.

Marcus Walker entra primero, con esa presencia que llena cualquier habitación. Alto, de complexión atlética y con su enorme y característica cicatriz que le cruza la mejilla derecha. Le sigue James Richardson, más despreocupado en apariencia, pero igual de peligroso en una sala de juntas. Los tres coincidimos un semestre en Harvard, y desde entonces nos hemos mantenido cercanos, tanto en lo personal como en lo profesional.

—Stone —saluda Marcus, estrechándome la mano con firmeza—. Tienes una cara de mierda impresionante.

—Siempre tan observador, Walker —respondo con una media sonrisa—. Richardson, ¿sigues permitiendo que este animal hable en público?

James suelta una carcajada mientras se deja caer en uno de los sillones de cuero.

—Intento evitarlo, pero ya sabes cómo es. —Se fija en la botella de whisky sobre mi escritorio—. ¿Estás bebiendo a esta hora? Debe ser grave.

—Los negocios primero, Richardson. A ver si va a ser verdad eso que he escuchado de que una mujer te ha domesticado —corto, volviendo a mi silla —. ¿Habéis traído la propuesta?

Richardson se ríe ante mi comentario y no lo niega. Interesante.

Jamás pensé que vería el día en que James caería a los pies de una mujer.

Marcus asiente, él ya ha entrado en modo negocios, y coloca un iPad sobre la mesa. Durante los siguientes cuarenta minutos discutimos los términos para que Stone Media Group se convierta en el socio exclusivo de distribución del nuevo sistema de seguridad digital de Walker Enterprises. Es un buen trato, beneficioso para ambas partes, pero me cuesta mantener la concentración.

—Entonces, ¿cerramos con estas condiciones? —pregunta finalmente Marcus.

—Con una cláusula adicional —respondo—. Quiero exclusividad total durante dieciocho meses, no doce.

James arquea una ceja.

—¿Dieciocho? Eso es...

—Aceptable —le interrumpe Marcus, estudiándome con esa mirada penetrante que usa cuando algo le intriga—. Si tú añades tres puntos más de comisión en los mercados internacionales.

—Dos puntos y medio.

—Hecho.

Nos damos la mano. En circunstancias normales, ahora abriría una botella de champán para celebrar, pero hoy no tengo el ánimo necesario.

—Vale, ¿nos vas a contar qué cojones te pasa? —pregunta James cuando Miranda se lleva los documentos—. Estás más borde de lo habitual, y eso ya es decir.

Me levanto y me acerco al ventanal. Desde aquí arriba, la gente parece diminuta, irrelevante. Como hormigas siguiendo caminos predeterminados.

—Mi abuelo me ha jodido bien —digo finalmente.

—¿En el testamento? —pregunta Marcus, sirviéndose un whisky—. Pensaba que estaba todo claro. Tú te quedabas con el control mayoritario.

—Y así es. Con una pequeña condición.

—¿Qué condición? —pregunta James repentinamente interesado.

Me giro hacia ellos, apoyándome en el cristal.

Ni siquiera lo pienso antes de compartirlo. Necesito sacarlo de mi sistema y ellos son lo más parecido a unos amigos que he tenido nunca.

—Tengo que tener un hijo. En un año.

El silencio que sigue a mis palabras es tan denso que casi podría cortarse. James es el primero en reaccionar, con una carcajada que muere rápidamente al ver mi expresión.

—Espera, ¿lo dices en serio?

—Completamente en serio —respondo, volviendo a mi silla—. Si en un año no tengo un heredero, todo pasa a manos de mi padre.

Marcus silba entre dientes.

—Tu abuelo sí que sabía cómo dar donde duele.

—Era un manipulador de primera —digo, pero sin verdadero rencor—. Lo peor es que le quería. Me enseñó todo lo que sé.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta Marcus—. ¿Hay alguna laguna legal?

Niego con la cabeza.

—He consultado con los mejores abogados. La cláusula es hermética. Tiene que ser un hijo biológico, nacido dentro del plazo estipulado.

—¿Y no hay ninguna mujer en tu vida con la que...? —James deja la pregunta en el aire.

Le lanzo una mirada que responde por sí sola. Mi última relación terminó hace ocho meses, y no precisamente bien. Todas me dicen que no estoy sentimentalmente disponible. Y tienen razón. Desde entonces, solo ha habido encuentros ocasionales. No existe ninguna mujer en el mundo a la que quiera atar a mí de forma permanente.

Nunca me he enamorado y nunca me enamoraré. El amor es algo que les sucede a otros.

Yo no tengo ni tiempo ni ganas para esas chorradas.

—Vale, vale —levanta las manos en señal de rendición—. Era una pregunta lógica.

—Lo que necesito es una solución práctica —digo, sirviéndome otro whisky —. Alguien que entienda que esto es un acuerdo de negocios, no una relación. Que esté dispuesta a tener un hijo a cambio de una compensación económica y que luego me deje criarlo como yo considere oportuno.

—Básicamente, quieres alquilar un útero —resume Marcus con brutalidad.

—Suena horrible cuando lo dices así, pero sí, más o menos.

James se queda pensativo un momento, tamborileando con los dedos sobre el reposabrazos del sillón. Reconozco ese gesto; es el que hace cuando está a punto de soltar una idea que considera brillante.

—¿Y si contratas a una profesional?

—¿Una prostituta? —pregunto con incredulidad—. ¿Esa es tu gran idea?

—No, imbécil —pone los ojos en blanco—. Una acompañante. De alto standing.

Marcus frunce el ceño.

Y yo me limito a quedarme en silencio.

—Elegance Companions —dice, sacando su teléfono—. Es una agencia discreta, para gente como tú. Empresarios, políticos, famosos... gente que necesita compañía para eventos y no quiere complicaciones. Mi mujer Claire

organiza eventos y muchas veces tiene que contratar sus servicios para alguno de sus clientes.

—Sigo sin ver cómo eso soluciona mi problema —replico, aunque una idea empieza a formarse en mi mente.

—Piénsalo —continúa James—. Estas chicas son profesionales. Entienden de contratos, de discreción y de mantener las cosas en términos estrictamente comerciales. Si les ofreces la cantidad adecuada...

—Podrías conseguir exactamente lo que buscas —completa Marcus, que parece estar considerando seriamente la idea—. Una madre para tu heredero sin el drama emocional que no quieres. Aunque te advierto, que la relación real es jodidamente increíble.

Ni siquiera tomo en cuenta sus últimas palabras. No quiero tener una relación real.

Me quedo en silencio, procesando la sugerencia. Es absurda, descabellada y potencialmente desastrosa. Pero también podría funcionar.

—Enséñame esa agencia —digo finalmente.

James sonríe y me pasa su teléfono. La página de Elegance Companions es elegante y discreta, exactamente lo que cabría esperar. Mujeres hermosas en eventos de gala, términos como «acompañantes exclusivas» y «máxima discreción».

—¿Cómo sabes que alguna aceptaría algo así? —pregunto, devolviéndole el teléfono.

—Por la cantidad adecuada, la gente hace cosas mucho más locas —responde James—. Y no es como si fueras un ogro. Eres rico, relativamente atractivo para ser un capullo, y les estarías ofreciendo seguridad financiera de por vida.

—Gracias por el voto de confianza —digo con sarcasmo.

—Lo que James intenta decir —interviene Marcus—, es que podrías presentar esto como una oportunidad. Una transacción limpia: ella te da un hijo, tú le das seguridad económica.

Me levanto y vuelvo al ventanal. El sol se está poniendo, tiñendo el cielo de naranja y púrpura. En momentos así, pienso en mi abuelo y en cómo me enseñó a ver oportunidades donde otros solo ven problemas.

—Podría funcionar —murmuro, más para mí mismo que para ellos—. Un contrato claro, términos específicos, plazos definidos...

—Y nada de sentimientos de por medio —añade James—. Justo como te gusta.

Le lanzo una mirada afilada, pero tiene razón. Los sentimientos complican las cosas, los negocios y la vida en general. Mi padre es el ejemplo perfecto: un hombre que destruyó todo lo que tocó porque nunca supo separar deseo de deber.

—¿Tienes contacto directo con alguien de la agencia? —pregunto a James.

—Mi mujer conoce a la directora. Puedo concertar una reunión discreta.

—Hazlo —decido, volviendo a mi escritorio—. Pero esto queda entre nosotros. Si mi padre se entera de lo que estoy planeando...

—No saldrá de esta habitación —asegura Marcus.

James ya está escribiendo en su teléfono.

—Listo. Le he mandado un mensaje.

—Bien —digo, sintiendo cómo mi mente ya empieza a trabajar en los detalles del contrato que necesitaré—. Ahora, ¿qué tal si nos tomamos otra copa y hablamos de algo que no sea mi futura paternidad?

Mientras James cuenta alguna anécdota sobre su último viaje a Tokio, mi mente sigue dándole vueltas a la idea. Un hijo. Con una desconocida. Por contrato.

Es una locura.

Pero también podría ser la solución perfecta.

Mi abuelo quería enseñarme una lección sobre el amor y la familia, pero lo que no entendió es que yo no funciono así. Yo convierto problemas en oportunidades, obstáculos en ventajas.

Y este no será diferente.

CAPÍTULO 3

SOPHIE

Cinco vestidos descansan sobre mi cama como tristes recordatorios de que mi armario es un desastre. Uno tiene el dobladillo descosido, otro una mancha imposible de quitar, el tercero es demasiado informal, el cuarto demasiado ajustado (gracias, lavadora de la señora Gutiérrez, por encoger todo lo que toca), y el quinto... bueno, el quinto es el menos malo.

Es negro, sencillo, y lo compré hace dos años en una tienda de segunda mano para la entrevista en un restaurante que nunca me llamó. Lo plancho con cuidado, consciente de que las arrugas son como pequeñas banderas anunciando «no pertenezco a vuestro mundo».

Me miro en el espejo del baño mientras intento domar mi pelo. La chica que me devuelve la mirada parece asustada, con esos ojos marrones y esas mejillas que se sonrojan con demasiada facilidad. No tengo el aspecto de las mujeres que vi en la web de Elegance Companions. Ellas parecían salidas de las páginas de Vogue; yo parezco una camarera salida de un turno doble en Rosie's Diner.

Que es exactamente lo que soy.

—Puedes hacerlo —le digo a mi reflejo—. Solo es una entrevista.

Una entrevista para convertirme en acompañante de hombres ricos. Nada del otro mundo.

Dios, estoy loca.

Mi padre sigue durmiendo cuando salgo. Desde la noche en que perdió mis ahorros, apenas hemos cruzado cuatro palabras. Él se pasa el día fuera, supuestamente buscando trabajo, y yo me paso el día evitándole. Es más fácil que enfrentarme a la realidad de que, a pesar de todo, no puedo dejar de quererle.

Cuando llego, el metro está abarrotado, como siempre. Me aprieto entre cuerpos anónimos, intentando no arrugar mi precioso vestido. Una mujer con un maletín de cuero me mira de arriba abajo y aparta la vista rápidamente. Me pregunto qué ve. ¿Una chica desesperada jugando a ser alguien que no es? Probablemente.

Prefiero no darle demasiadas vueltas a lo que estoy haciendo.

Elegance Companions tiene su sede en un edificio de cristal y acero en Midtown. Tan solo el vestíbulo parece más caro que todo mi apartamento. Suelos de mármol, una fuente minimalista, y un guardia de seguridad que me mira con la misma expresión que la mujer del metro.

Jamás me he sentido más fuera de lugar.

—¿Puedo ayudarla? —pregunta, su tono sugiriendo que duda que yo tenga asuntos legítimos aquí.

—Tengo una entrevista —respondo, intentando que mi voz suene segura—. En Elegance Companions.

Algo cambia en su expresión. ¿Sorpresa? ¿Reconocimiento? Sea lo que sea, asiente y me indica el ascensor.

—Planta 22.

El ascensor es tan silencioso que puedo escuchar mi propio corazón latiendo como un loco. Cuando las puertas se abren, me encuentro en una recepción que parece sacada de una película. Todo es blanco, gris y negro, con toques de dorado. Minimalista pero lujoso. El tipo de lugar donde tienes miedo de tocar algo por si dejas huellas.

Una mujer rubia, perfectamente maquillada y con un traje que probablemente cuesta más que mi alquiler de seis meses, me sonríe desde el mostrador.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Tengo una cita con... —miro el email en mi teléfono—, la señora Victoria Blake.

—¿Cuál es tu nombre?

—Sophie Chen.

Teclea algo en su ordenador.

—Ah, sí. La señora Blake te está esperando. ¿Primera puerta a la derecha, por favor?

Asiento, agradecida de que al menos no me haya echado a patadas. Mientras camino por el pasillo, noto cómo mis zapatos (los únicos tacones que tengo, comprados en rebajas hace tres años) hacen un ruido extraño sobre el suelo pulido. Como si incluso ellos supieran que no pertenecemos aquí.

Llamo suavemente a la puerta.

—Adelante.

La oficina es aún más intimidante que la recepción. Ventanales del suelo al techo ofrecen una vista panorámica de Manhattan. En el centro, un escritorio de cristal y acero, y tras él, una mujer que debe rondar los cincuenta, pero parece diez años más joven. Pelo castaño rojizo recogido en un moño impecable, traje sastre color burdeos, y una expresión que no revela absolutamente nada.

—Señorita Chen, siéntese por favor —dice, señalando una silla frente a su escritorio.

Me siento, intentando recordar todos los consejos sobre entrevistas que he leído en internet. Espalda recta. Sonrisa natural. Contacto visual. No jugar con el pelo. No morderse las uñas. Respirar.

Sobre todo, respirar.

—Debo admitir que su solicitud me sorprendió —comienza, mirando algo en su tablet—. No es nuestro perfil habitual.

—Lo sé —admito, porque ¿qué sentido tiene fingir?—. Pero soy trabajadora y aprendo rápido.

Ella me estudia por encima de sus gafas de diseñador.

—Esto no es un trabajo de camarera, señorita Chen. Nuestras acompañantes interactúan con algunas de las personas más poderosas e influyentes de la ciudad. Se requiere sofisticación, educación, y un cierto... carisma.

—Hablo tres idiomas —digo rápidamente—. Inglés, español y mandarín. Y he leído más libros que la mayoría de la gente que conozco.

Una leve sonrisa aparece en sus labios.

—Impresionante, pero no suficiente. Nuestras chicas deben saber de vinos, arte, política global. Deben poder mantener una conversación con un CEO o un político sin pestañear.

—Puedo aprender —insisto—. Soy buena escuchando y tengo buena memoria. Y... —dudo un segundo antes de añadir— necesito el dinero.

—Todas lo necesitan, querida —responde con un suspiro—. Pero eso no es suficiente motivación.

Se levanta y camina hacia mí. De repente, me siento como un espécimen bajo un microscopio. Ella me rodea, observando cada detalle.

—Ponte de pie, por favor.

Obedezco, intentando no temblar.

—Date la vuelta. Despacio.

Lo hago, consciente de cada imperfección en mi apariencia. El vestido que no sienta tan bien como debería. Las medias con un pequeño enganche en el tobillo. Los zapatos gastados en los talones.

—Hmm —murmura, más para sí misma que para mí—. Interesante.

Vuelve a su escritorio y teclea algo.

—¿Qué edad tienes, Sophie?

—Veinticuatro.

—¿Alguna vez has tenido problemas con la ley?

—No.

—¿Drogas? ¿Alcohol?

—Nunca.

Más tecleo.

—¿Por qué quieres este trabajo realmente? Y no me digas que por el dinero. Todas quieren el dinero.

Respiro hondo. Esta es la pregunta que me he estado haciendo a mí misma desde que hice clic en «solicitar entrevista».

—Porque quiero ir a la universidad —digo finalmente—. Quiero estudiar psicología, pero no puedo permitírmelo. Y porque... —dudo, pero decido ser completamente honesta— porque estoy cansada de sentir que no importo. De ser invisible para el mundo.

Ella me mira durante lo que parece una eternidad. Sus ojos, de un verde intenso, parecen ver a través incluso de mi piel.

—Normalmente, te diría que no eres lo que buscamos —dice finalmente—. Pero hay algo en ti... Y, además, eres muy hermosa.

Se levanta de nuevo y se acerca a un armario en la pared. Lo abre, revelando un interior lleno de ropa.

—Necesitarás un nuevo guardarropa. Y clases. Muchas clases. Etiqueta, conversación, baile...

Parpadeo, confundida.

—¿Eso significa...?

—Significa que estás a prueba, Sophie Chen —responde, sacando un vestido azul del armario—. Una semana. Si al final de esta semana considero que estás lista, te asignaremos tu primer cliente.

No puedo creerlo. Literalmente, no puedo procesar lo que acaba de decir.

—¿Me está dando una oportunidad?

—Te estoy dando la oportunidad de demostrar que mereces una oportunidad —corrige—. Y créeme, no será fácil.

—Haré lo que sea necesario —prometo, y lo digo en serio.

Ella me entrega un vestido azul.

—Ponte esto. Vamos a empezar ahora mismo con tu primera lección: cómo entrar a una habitación.

Dos horas más tarde, salgo del edificio con la cabeza dando vueltas. En mi bolso llevo un contrato de confidencialidad firmado, un horario de clases para la próxima semana, y una tarjeta de crédito corporativa «solo para emergencias relacionadas con tu apariencia», según Victoria.

No he firmado nada que me comprometa definitivamente. Todavía puedo echarme atrás. Todavía puedo decidir que esto es una locura y volver a mi vida normal.

Pero mientras camino hacia el metro, siento algo que no he sentido en mucho tiempo: esperanza. Una pequeña llama que se niega a apagarse a pesar de todos los «no» que he recibido toda mi vida.

Victoria ha visto algo en mí que ni yo misma veo. No sé qué es, pero estoy dispuesta a descubrirlo.

En el metro de vuelta a casa, una mujer con un maletín similar a la de esta mañana me mira. Esta vez, no aparta la vista. Esta vez, asiente ligeramente, como reconociendo a una igual. Como si algo dentro de mí hubiese cambiado un poco con este pequeño triunfo.

Y por primera vez en mucho tiempo, me permito soñar con un futuro diferente.

CAPÍTULO 4

ALEXANDER

La sede de Elegance Companions ocupa la planta 22 de un edificio que, aunque elegante, no llega a la altura de Stone Tower. Noto este detalle mientras el ascensor asciende en silencio. Es el tipo de observación automática que hago sobre cualquier lugar que visito: evaluación, comparación, categorización.

Mi reloj marca las nueve en punto cuando las puertas se abren. Llego con puntualidad perfecta, como siempre. El tiempo es dinero, y yo no desperdicio ni lo uno ni lo otro.

La recepción está diseñada para impresionar: minimalista, con ese toque de lujo discreto que pretende susurrar en vez de gritar. El aroma a flores frescas se mezcla con un perfume sutil que no logro identificar. Todo está calculado para crear una atmósfera de exclusividad y discreción.

La recepcionista rubia levanta la vista y, por un segundo, veo ese destello de reconocimiento en sus ojos. No es vanidad; es un hecho. Mi cara aparece con frecuencia en Forbes y Fortune.

—Buenos días, tengo una cita con Victoria Blake —digo sin molestarme en presentarme.

—Señor Stone, por supuesto. La señora Blake le está esperando.

Me conduce por un pasillo hasta una puerta de madera oscura. Cuando entramos, una mujer se levanta para recibirme. Cincuenta y tantos, cabello castaño rojizo, traje burdeos impecable. Su apretón de manos es firme, profesional. Me gusta eso.

—Alexander Stone —dice, como si estuviera saboreando mi nombre—. Un placer conocerle en persona. Claire, la esposa de James, me habló mucho de usted.

—Espero que no todo fuese malo —respondo con la sonrisa calculada que reservo para las negociaciones importantes.

—Por favor, tome asiento. ¿Le apetece un café? ¿Agua?

—No, gracias. Prefiero ir al grano.

No tengo ni tiempo ni ganas para trivialidades.

Me siento frente a su escritorio de cristal. La superficie refleja la luz que entra por los ventanales, creando patrones geométricos sobre los documentos perfectamente alineados. Ella hace lo mismo, cruzando las piernas con elegancia estudiada.

—Claire me explicó que busca un servicio... especial. Por supuesto, ya he firmado todos los acuerdos de confidencialidad pertinentes. Nada de lo que hablemos saldrá de esta habitación.

—Perfecto —asiento, sintiendo el leve alivio que siempre me proporciona tener los aspectos legales cubiertos.

En este mundo de los negocios y del poder no te puedes fiar de nadie.

Abro mi maletín y saco una carpeta negra con el logo de Stone Media Group en relieve plateado. La coloco sobre el escritorio y la deslizo hacia ella. El sonido del cuero contra el cristal rompe el silencio de la habitación.

—Necesito a una mujer que acepte tener un hijo conmigo. Por contrato.

Victoria arquea una ceja perfectamente depilada, pero su expresión profesional apenas cambia. Ha debido ver y oír de todo en su línea de trabajo.

—Eso es... ciertamente inusual, señor Stone.

—Alexander, por favor —digo, aunque pocas personas tienen el privilegio de usar mi nombre de pila—. Y sí, soy consciente de lo inusual de la petición.

Ella abre la carpeta y examina el primer documento: un contrato preliminar redactado por mi equipo legal. Sus ojos se mueven rápidamente por las cláusulas, asimilando la información con la eficiencia de alguien acostumbrada a leer entre líneas.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Puede, pero no es relevante para nuestro acuerdo potencial.

Ella sonríe ligeramente, y el gesto transforma su rostro, haciéndola parecer más joven.

—Al contrario. Para encontrar a la candidata adecuada, necesito entender todos los aspectos de la situación.

Evalúo mis opciones mientras observo la ciudad a través de los ventanales. El sol de la mañana baña los edificios, convirtiendo el cristal y el acero en oro líquido. Nueva York, siempre imponente, siempre exigente.

—Mi abuelo dejó una cláusula en su testamento —digo finalmente, volviendo mi atención a Victoria—. Tengo que tener un hijo en un año o perderé el control de Stone Media Group.

—Entiendo —dice, y por su tono, realmente lo hace—. ¿Y busca específicamente...?

—Una mujer joven, saludable, inteligente. Sin antecedentes familiares de enfermedades genéticas. Que entienda que esto es un acuerdo comercial, no una relación romántica. —Me detengo un momento, eligiendo mis palabras con precisión—. El proceso será por inseminación artificial, sin contacto físico.

Mis dedos tamborilean brevemente sobre el reposabrazos de la silla antes de que me dé cuenta y detenga el gesto. Un hábito que creía haber eliminado hace años.

—Vivirá en una de mis propiedades durante el embarazo y después del nacimiento. Recibirá una pensión vitalicia generosa. El niño, por supuesto, tendrá todo lo que necesite. Lo único que pido es que no haya complicaciones emocionales. Nada de dramas, nada de cambios de opinión a última hora.

Lo expongo como si estuviera detallando los términos de una fusión corporativa. Porque para mí, eso es exactamente lo que es: una transacción.

Algo que me han obligado a hacer en contra de mi voluntad.

Victoria me estudia con una intensidad que pocas personas se atreverían a mostrar frente a mí. Siento el peso de su mirada como algo tangible.

—¿Y si desarrolla sentimientos por el niño? Es su hijo, después de todo.

—Por eso necesito a alguien que comprenda exactamente lo que estoy ofreciendo —respondo, sosteniéndole la mirada—. No estoy pidiendo que renuncie al niño. Puede ser parte de su vida. Lo que no quiero son complicaciones sentimentales entre nosotros, ni decisiones impulsivas que afecten al menor.

El tic-tac del reloj de pared parece amplificarse en el silencio que sigue.

—El corazón humano rara vez respeta los contratos, Alexander.

—Por eso necesito a alguien que entienda exactamente en qué se está metiendo. Alguien práctico. Alguien que vea esto como lo que es: una oportunidad para ambas partes.

Me mira como si pensase que estoy loco.

Ella vuelve a mirar el contrato, pasando las páginas lentamente. El suave roce del papel es el único sonido en la habitación.

—La compensación es... considerable.

—Soy un hombre generoso —respondo, permitiéndome una leve sonrisa —. El niño tendrá todo lo que necesite, y la madre también. Educación, atención médica, comodidades. Cuando cumpla dieciocho años, ambos serán libres de hacer lo que deseen con la herencia que les corresponda.

—¿Puedo preguntar por qué ha acudido a nosotros? Hay agencias especializadas en gestación subrogada.

Me recuesto en la silla, sintiendo la firmeza del cuero contra mi espalda. El perfume que impregna la habitación —ahora lo identifico, jazmín y algo más terroso— me recuerda vagamente a mi madre. Aparto el pensamiento.

—Porque necesito discreción absoluta. Y porque confío en el juicio de Claire cuando dice que ustedes manejan a las mejores.

—Las mejores acompañantes, sí. Esto es diferente.

—¿Lo es? —pregunto, inclinándome hacia delante—. Ambos sabemos que sus chicas son expertas en mantener relaciones profesionales con hombres poderosos. En establecer límites claros. En no confundir negocios con placer. Eso es exactamente lo que necesito.

Victoria cierra la carpeta y entrelaza sus dedos sobre ella. Sus uñas, perfectamente arregladas en un tono burdeos que hace juego con su traje, brillan bajo la luz.

—Entiendo su posición, Alexander. Y creo que podríamos ayudarle. Pero necesitaré tiempo para encontrar a la candidata adecuada. No cualquiera de nuestras chicas aceptaría algo así, sin importar la compensación.

—¿Cuánto tiempo?

—Dos semanas. Tal vez tres.

Asiento. Es más tiempo de lo que esperaba, pero menos de lo que temía. El leve dolor que comienza a palpitar en mi sien derecha me recuerda que llevo demasiadas noches sin dormir bien.

—Aceptable. Pero quiero revisar personalmente a las candidatas finales. Quiero que pasen un chequeo de salud.

—Por supuesto. Prepararé un encuentro con las más adecuadas.

Me levanto, dando por concluida la reunión. El traje, hecho a medida en Savile Row, se ajusta perfectamente a cada movimiento. Ella hace lo mismo, y noto que, a pesar de sus tacones, sigo siendo considerablemente más alto.

—Una cosa más, Alexander —dice mientras me dirijo a la puerta—. ¿Ha considerado la posibilidad de que esto pueda convertirse en algo más que un contrato?

Me detengo y la miro por encima del hombro. La luz que entra por los ventanales crea un halo alrededor de su silueta.

—No soy mi padre, señora Blake. No confundo el deseo con el deber.

—No me refería a eso —responde con una sonrisa enigmática—. Me refería al niño. Los bebés tienen la peculiar costumbre de hacer que reconsideremos nuestras prioridades.

Por un instante, la imagen de mi abuelo sosteniendo una foto mía de bebé cruza por mi mente. La expresión en su rostro, tan diferente de su habitual seriedad... El orgullo mezclado con algo más profundo, más vulnerable. Aparto el recuerdo.

—Mis prioridades están perfectamente claras —respondo, sintiendo cómo mi voz adquiere un filo cortante—. Pero agradezco su preocupación.

En el ascensor de bajada, aflojo ligeramente el nudo de mi corbata. La presión en mi sien se ha intensificado. La reunión ha ido bien, dentro de lo que cabe. Victoria Blake parece competente, discreta y realista. Exactamente lo que necesito.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Miranda: «Llamada con Tokio en 30 minutos, señor». La vida sigue. Los negocios continúan. Y yo sigo haciendo lo que mejor sé hacer: convertir obstáculos en oportunidades. Ganar dinero.

Mientras el coche me lleva de vuelta a la Torre Stone, observo la ciudad a través de las ventanillas tintadas. Los rayos del sol rebotan en los edificios, creando destellos que me obligan a entrecerrar los ojos. Nueva York es implacable, siempre en movimiento, siempre exigiendo más. Me gusta eso de ella. No hay espacio para sentimentalismos.

Las palabras de Victoria resuenan brevemente en mi mente: «El corazón humano rara vez respeta los contratos».

Una observación interesante, pero irrelevante en mi caso.

CAPÍTULO 5

ALEXANDER

—¿Qué coño significa que no hay café?

Miranda mantiene su expresión imperturbable, como si mi tono no fuera suficiente para hacer temblar a cualquier otro empleado de Stone Media Group.

—La cafetería de la planta baja ha sufrido una inundación, señor. Al parecer, una tubería principal se ha roto durante la noche y todo está... —hace una pausa, buscando la palabra adecuada— inutilizable.

Miro el reloj: 7:42 de la mañana. Llevo despierto desde las cinco, he estado en el gimnasio desde las seis, y ahora mismo mi cuerpo exige su dosis de cafeína como un adicto en abstinencia.

—¿Y el servicio de catering no puede subir algo?

—Están intentando gestionar el desastre, señor. El agua ha llegado hasta los ascensores de servicio.

Fantástico. Simplemente fantástico.

—La máquina de la sala de descanso...

—La están reparando desde ayer, recuerde.

Por supuesto que lo recuerdo. Ayer tuve que conformarme con un té que sabía a agua sucia. No pienso repetir la experiencia.

Me paso la mano por el pelo, un gesto que solo me permito cuando estoy realmente irritado. Mi jaqueca, que lleva amenazando desde que me desperté, comienza a materializarse detrás de mi ojo derecho.

Llevo demasiados días con dolor de cabeza.

—Está bien. Haré que Harrison traiga café para todos cuando llegue.

Miranda parece repentinamente incómoda.

—El señor Harrison ha llamado para decir que llegará tarde. Ha comentado algo sobre un problema con su coche.

Respiro hondo. Normalmente aprecio la eficiencia de Miranda, pero hoy cada palabra que sale de su boca parece diseñada para empeorar mi humor.

—¿Hay alguna otra crisis que deba conocer antes de que comience oficialmente el día?

—La videoconferencia con Singapur se ha retrasado una hora, y su padre ha llamado dos veces esta mañana.

Mi padre. Por supuesto. Probablemente ansioso por saber si ya he encontrado a alguien dispuesta a tener a mi heredero. Han pasado diez días desde mi reunión con Victoria Blake, y aunque me ha enviado algunos perfiles preliminares, ninguno me ha convencido. El tiempo corre, y él lo sabe.

—No estoy de humor para hablar con mi padre —digo, recogiendo mi teléfono y mi cartera—. Voy a salir un momento.

—¿Quiere que envíe a alguien a por café, señor?

—No. Iré yo mismo.

La sorpresa en su rostro sería cómica en cualquier otra circunstancia. Alexander Stone no hace recados. Alexander Stone no espera en filas. Alexander Stone tiene personas que tienen personas que hacen esas cosas por él.

Pero hoy necesito aire. Necesito salir de este edificio antes de que la presión me haga estallar.

El vestíbulo es un caos. Empleados desorientados sin su dosis matutina de cafeína, personal de mantenimiento corriendo con equipos, y el inconfundible olor a humedad y a algo que prefiero no identificar.

Sorteo el desastre y salgo a la calle.

Manhattan ya está completamente despierta, vibrando con esa energía frenética que tanto me gusta. El aire fresco de octubre me golpea la cara,

disipando ligeramente mi mal humor. Miro a mi alrededor, evaluando opciones. Hay un Starbucks a dos manzanas, pero estará abarrotado a esta hora. Necesito algo más cercano.

Y entonces lo veo, casi escondido entre un banco y una tienda de electrónica: un pequeño local con un letrero desgastado que dice «Rosie's Diner». Parece sacado de otra época, con su fachada ligeramente descolorida y sus ventanas empañadas por el calor interior.

No es mi tipo de sitio. Ni de lejos. Pero tiene pinta de tener buen café.

Antes de pensarlo dos veces, cruzo la calle.

El interior es exactamente lo que esperaba: mesas de fórmica, taburetes tapizados en rojo, una barra larga y una decoración que no ha cambiado desde los años 80. Está sorprendentemente lleno para ser un lugar tan poco destacable. Una fila de al menos ocho personas se extiende desde la caja, y el murmullo de conversaciones llena el espacio.

Me posiciono al final de la fila, sintiendo miradas curiosas sobre mí. Mi traje de tres piezas Armani destaca como un faro en este ambiente de trabajadores con uniformes y turistas con ropa cómoda. Reviso emails en mi teléfono mientras la fila avanza con exasperante lentitud.

Cuando por fin llego al mostrador, ni siquiera levanto la vista.

—Un americano grande para llevar —digo, con la impaciencia filtrándose en mi voz.

—Enseguida —responde una voz femenina que me hace levantar la mirada de mi teléfono con curiosidad.

Quizás sea por el tono dulce, porque hace siglos que no escucho una voz tranquila y suave. La cuestión es que cuando mis ojos hacen contacto con la dueña de esa voz el tiempo se congela. Los sonidos del local se desvanecen.

Mi atención se queda enganchada en ella.

Mis dedos se quedan suspendidos sobre el teléfono en medio del tecleo de una frase. Y no sé por qué.

No es que sea la mujer más hermosa que he visto nunca. He salido con modelos, actrices, herederas de imperios. Mujeres que aparecen en portadas de revistas. Pero hay algo en ella... algo que hace que mi cerebro, normalmente afilado como una navaja, se quede completamente en blanco.

Tiene el pelo negro recogido en una coleta desordenada, con mechones rebeldes enmarcando un rostro con rasgos delicados. Su piel es del color del caramelo claro, y sus ojos... Dios, sus ojos son enormes, de un marrón tan profundo que parece casi negro, con destellos dorados cerca de las pupilas. Lleva un uniforme —camisa blanca, delantal azul— pero de alguna manera lo hace parecer como si fuera alta costura.

Me mira con una mezcla de sorpresa y algo más que no puedo descifrar. Sus labios, llenos y naturales, se entreabren ligeramente, como si también ella hubiera sentido este extraño impacto.

—¿Quiere... quiere algo más que el café? —pregunta, y su voz tiene una cualidad musical, suave, pero con carácter.

—No —consigo decir, mi propia voz sonando extraña a mis oídos.

Se gira para prepararlo, y me descubro estudiando cada uno de sus movimientos. La curva de su nuca donde escapan algunos mechones de pelo. La línea de sus hombros bajo la camisa. La forma en que sus manos, pequeñas pero seguras, manipulan la máquina con destreza. Hay una gracilidad natural en ella, como si incluso las tareas más mundanas fueran una especie de danza.

Cuando vuelve con mi café, nuestros dedos se rozan al pasarme el vaso. Una corriente eléctrica me recorre el brazo, subiendo hasta mi pecho donde se instala como un puño caliente. El contacto dura menos de un segundo, pero es suficiente para dejarme momentáneamente en shock.

—Son cuatro con cincuenta, por favor —dice, y noto un ligero temblor en su voz.

Le entrego un billete de veinte, incapaz de apartar mis ojos de los suyos.

—Quédate con el cambio.

Sus ojos se agrandan, y un rubor sutil tiñe sus mejillas de rosa.

—Es demasiado.

—No para mí.

No sé por qué he dicho eso. Normalmente no alardeo de mi dinero. Es vulgar. Pero algo en mí quiere impresionarla, quiere dejar una marca, quiere ser recordado.

—Gracias —dice finalmente, y su sonrisa, apenas un destello, me golpea con una fuerza inesperada.

Detrás de mí, alguien se aclara la garganta con impaciencia. El hechizo se rompe. Ella desvía la mirada hacia el siguiente cliente, y yo doy un paso atrás, sintiendo una inexplicable reticencia a alejarme.

—Alexander —digo de repente, sorprendiéndome a mí mismo—. Me llamo Alexander.

Sus ojos vuelven a encontrarse con los míos, y algo pasa en mi pecho, algo invisible pero tan tangible que casi podría tocarlo.

—Sophie —responde con el suyo propio, aunque no se lo he preguntado.

Asiento una vez, memorizando su nombre, su rostro, el sonido exacto de su voz. Doy otro paso atrás, consciente de la fila que sigue creciendo detrás de mí.

—El café es bueno —digo, tras dar un sorbo. Y lo es. Rico, fuerte, sin ese regusto artificial de las cadenas.

—Es el mejor de la zona —responde con una pizca de orgullo.

Otro cliente se acerca al mostrador, reclamando su atención. Ella me dirige una última mirada, y por un instante, me pregunto qué ve. ¿Un ejecutivo

arrogante? ¿Un hombre en un traje caro? ¿O algo más?

—Que tenga un buen día —dice, y hay una nota de despedida en su voz que me irrita irrazonablemente.

—Lo tendré.

Mientras me dirijo a la puerta, siento un impulso casi irresistible de mirar atrás. No lo hago. Alexander Stone no mira hacia atrás. Pero por primera vez en mi vida, quiero hacerlo.

En la calle, el ruido y el movimiento de Manhattan me reciben como siempre, pero algo ha cambiado. El mundo parece ligeramente diferente, como si los colores fueran más intensos, los sonidos más nítidos.

Miro el vaso de café en mi mano. «Rosie's Diner» impreso en letras rojas descoloridas. Un lugar que nunca habría pisado en circunstancias normales.

Y mientras camino de vuelta a Stone Tower, ya sé que volveré mañana.

No puedes encontrar un café así como caído del cielo y no volver a probarlo.

SOPHIE

La campanilla de la puerta suena por enésima vez esta mañana. Ni siquiera levanto la vista mientras termino de cobrar a un grupo de oficinistas. Es lunes, son casi las ocho, y Rosie's está en plena hora punta.

—¡Sophie, cariño, puedes encargarte tu sola de la barra un momento! —grita Rosie desde la cocina—. ¡Donna necesita ayuda con los huevos!

—¡Claro! —respondo, cerrando la caja registradora.

Me coloco frente a la caja, intentando mantener la sonrisa a pesar del cansancio. Llevo desde las seis en pie, y ya he servido más cafés de los que puedo contar. Las clases en Elegance Companions han sido intensas toda la semana —etiqueta, conversación, incluso una introducción a los vinos— y mis pies protestan por las horas extra.

La fila no deja de crecer. Turistas, trabajadores de oficina, residentes locales... todos necesitando su dosis de cafeína para enfrentar el día. Atiendo mecánicamente, mis manos moviéndose por instinto entre la caja, las tazas y la máquina de café.

—Siguiente, por favor —digo, sin levantar la vista de la caja.

—Un americano grande para llevar.

Hay algo en esa voz. Algo que me hace mirarlo con detenimiento.

—Enseguida —digo solo para ganar tiempo y poder observarlo un poco más.

No es solo que sea guapo, aunque Dios sabe que lo es. Es algo más. Una presencia que parece absorber toda la luz y la energía de la habitación.

Alto, imponente, con un traje oscuro que grita «hecho a medida» en cada costura perfecta. Su pelo, castaño oscuro y peinado hacia atrás, revela una frente amplia y una estructura ósea que parece esculpida por un artista. Su mandíbula, fuerte y perfectamente afeitada, se tensa ligeramente mientras espera.

Pero son sus ojos los que me dejan sin aliento. Azul grisáceo, como el océano durante una tormenta, intensos y penetrantes. Ojos que parecen ver a través de ti, que te desnudan capa a capa hasta llegar a tu esencia.

Por un momento, olvido dónde estoy, qué estoy haciendo. Olvido que hay una fila de clientes impacientes. Olvido que soy Sophie Chen, camarera y aspirante a acompañante. Solo existe este hombre y la forma en que me mira.

Como si no existiese un mundo de distancia entre nosotros.

—¿Quiere... quiere algo más que el café? —consigo preguntar, odiando el ligero temblor en mi voz.

—No —responde, y su voz es profunda, autoritaria, el tipo de voz que esperas escuchar dando órdenes en salas de juntas.

Me giro para preparar su café, agradecida por el momento para recomponerme. Mis manos tiemblan ligeramente mientras manipulo la máquina. Puedo sentir su mirada en mi espalda, intensa como un toque físico.

¿Qué me pasa? He servido a cientos de hombres atractivos. Hombres en trajes caros con relojes que cuestan más que mi alquiler anual. ¿Por qué este me afecta así?

Debo de estar perdiendo la cabeza.

Cuando vuelvo con su café, intento mantener una expresión profesional. Nuestros dedos se rozan al pasarle el vaso, y una descarga eléctrica me recorre el brazo, subiendo por mi columna y explotando en mi pecho como fuegos artificiales. El contacto dura menos de un segundo, pero es suficiente para que mi corazón se salte varios latidos.

—Son cuatro con cincuenta, por favor —digo, y mi voz suena extraña, como si perteneciera a otra persona.

Me entrega un billete de veinte con un gesto casual, sus ojos me miran con mucha intensidad. La fuerza de su mirada debería incomodarme, pero en lugar de eso, siento un calor que se extiende desde mi pecho hasta mis mejillas.

—Quédate con el cambio.

Parpadeo, sorprendida.

—Es demasiado —digo, porque quince dólares y medio de propina por un café es absurdo.

—No para mí —responde, y hay algo en su tono, no es exactamente arrogancia, sino una certeza absoluta, como si estuviera estableciendo un hecho indiscutible.

Detrás de él, un hombre se aclara la garganta con impaciencia. Debería atender al siguiente cliente, pero me encuentro incapaz de apartar la mirada de este extraño que ha alterado mi equilibrio con su mera presencia.

—Gracias —digo finalmente, guardando el billete.

Él da un paso atrás, pero antes de que pueda girarse, dice algo que me sorprende aún más que su propina.

—Alexander —dice, como si fuera importante que yo lo supiera—. Me llamo Alexander.

No sé por qué, pero su nombre se graba en mi memoria como si estuviera destinada a recordarlo.

—Sophie —respondo, y luego me siento como una tonta porque él no me lo ha preguntado.

Asiente una vez, un gesto casi imperceptible, y veo algo en sus ojos que no puedo descifrar. Sea lo que sea, hace que mi pulso se acelere aún más.

—El café es bueno —comenta tras dar un sorbo, y hay una nota de sorpresa en su voz.

—Es el mejor de la zona —respondo, y mi orgullo por Rosie's momentáneamente supera mi inexplicable nerviosismo.

El siguiente cliente se acerca al mostrador, prácticamente empujando a Alexander a un lado. Me veo obligada a desviar mi atención.

—Que tenga un buen día —digo, lamentando que nuestro breve intercambio haya terminado.

—Lo tendré —responde, y hay algo en su tono que suena casi como una promesa.

Lo observo mientras se dirige a la puerta, moviéndose con la confianza natural de alguien que posee cada espacio que ocupa. Es como ver a un depredador elegante entre un rebaño de presas. Varios clientes se apartan instintivamente de su camino.

Cuando la puerta se cierra tras él, suelto el aliento que no sabía que estaba conteniendo.

—¿Quién era ese? —pregunta Donna, apareciendo a mi lado con los ojos muy abiertos.

—No lo sé —respondo honestamente—. Solo un cliente.

Pero mientras continúo atendiendo la interminable fila, mi mente sigue volviendo a él. A sus ojos. A su voz. A la forma en que pronunció su nombre.

Alexander.

Durante el resto del día, me sorprendo mirando hacia la puerta cada vez que suena la campanilla. Es ridículo. Un hombre como él no vuelve a sitios como Rosie's. Tiene asistentes que le traen café de sitios con nombres italianos y máquinas que cuestan más que mi alquiler anual.

Pero por primera vez en mucho tiempo, me permito un pequeño momento de fantasía. Me permito imaginar que mañana, a esta misma hora, esa campanilla anunciará su regreso.

Y lo más extraño es que, a pesar de todas mis clases en Elegance Companions, a pesar de estar preparándome para entrar en ese mundo de riqueza y privilegio, ninguno de los hombres que Victoria me ha mostrado como potenciales clientes me ha hecho sentir ni una fracción de lo que sentí durante esos breves momentos con Alexander.

Porque por un instante, cuando nuestras miradas se cruzaron, no me sentí invisible. Me sentí vista. Realmente vista.

Y esa sensación, más que su traje caro o su propina exagerada, es lo que hace que mi corazón se acelere cada vez que recuerdo su rostro.

CAPÍTULO 6

SOPHIE

El vestido negro se desliza sobre mi piel como agua fría. Es la prenda más cara que he tocado en mi vida, y sin embargo, ahora me pertenece. O al menos eso dice Victoria. Terciopelo suave con un corte que realza curvas que ni yo sabía que tenía. En el espejo de cuerpo entero, la imagen que me devuelve la mirada es la de una extraña.

Una extraña elegante, sofisticada y, por primera vez en mi vida, hermosa.

—Respira, Sophie —me digo a mí misma, ajustando el pequeño pendiente de diamantes que completa el conjunto—. Solo es una cena.

Una cena en el Metropolitan Club con un hombre que paga mil dólares por mi compañía. Nada del otro mundo.

Dios, estoy aterrorizada.

Han pasado semanas desde mi entrevista con Victoria, y según ella, he progresado más rápido que cualquier otra chica. «Tienes un don natural. Eres absolutamente preciosa», me dijo ayer mientras me entregaba el vestido. «Solo necesitabas pulirte un poco.»

El timbre del apartamento suena, sobresaltándome. El coche que me llevará al evento ha llegado. Agarro el pequeño bolso de mano —también nuevo, también más caro que cualquier cosa que haya poseído— y echo un último vistazo al espejo.

«¿Y si fuera él?»

Aunque ya sé que no lo es.

El pensamiento aparece como un relámpago, iluminando mi mente con una claridad que me asusta. Él. Alexander. El hombre cuyos ojos azul grisáceo han invadido mis sueños desde hace dos días. El hombre que ha vuelto a la cafetería esta mañana, pidiendo exactamente lo mismo que ayer: «Un

americano grande para llevar». El hombre cuya voz profunda pronunció mi nombre como si fuera algo valioso, algo que merecía ser saboreado.

Mi corazón se acelera con solo recordarlo. La intensidad de su mirada, como si pudiera ver a través de mi piel, directamente a mi alma. La manera en que el aire parecía cargarse de electricidad con su mera presencia.

Es una locura. Una completa locura. Un hombre como él —poderoso, magnético, evidentemente rico— no necesitaría jamás pagar por compañía. Y aunque lo hiciera, ¿por qué me elegiría a mí? Una camarera con las uñas desgastadas por el trabajo y zapatos comprados en rebajas.

Y, sin embargo, mientras el coche se desliza por las calles de Manhattan, no puedo evitar que mi mente construya la fantasía. Alexander esperándome en algún salón lujoso, sus ojos iluminándose al verme con este vestido. Su voz, más suave que de costumbre, susurrando: «Sophie, estás preciosa esta noche. Me alegro de que mi compañía esta noche seas tú». Sus dedos, cálidos y firmes, rozando mi espalda mientras me guía entre la multitud.

Sacudo la cabeza, intentando despejar la fantasía. Esto es un trabajo, no un cuento de hadas. El cliente que me espera es un hombre de la edad de mi padre, que quiere presumir de tener a una chica joven del brazo en una gala benéfica.

Mi padre. Hace días que no sé nada de él. La última vez que lo vi, estaba otra vez borracho, prometiendo que pronto encontraría trabajo. La misma promesa de siempre.

Estoy tan cansada.

El coche se detiene frente a un edificio imponente y me saca de mis pensamientos. El conductor me abre la puerta y salgo intentando recordar todas las lecciones de Victoria sobre cómo moverme con elegancia.

—Buenas noches, señorita Chen —me saluda el portero—. El señor Hoffman la está esperando en el salón principal.

Asiento, agradecida por la información. Gerald Hoffman, 58 años, viudo, banquero de inversión. Victoria me ha proporcionado un dossier completo sobre él. Le gusta el jazz, el whisky escocés y hablar de su colección de relojes antiguos.

La noche promete ser fascinante…

El interior del club es exactamente como lo imaginaba: maderas oscuras, candelabros de cristal, cuadros de hombres con miradas severas que parecen juzgarme desde sus marcos dorados. Me siento como una impostora, esperando que en cualquier momento alguien grite «¡Fraude!» y me echen a patadas.

Y entonces localizo a mi acompañante. Traje oscuro, pelo canoso perfectamente peinado, sonrisa practicada. Nada que ver con Alexander. El pequeño destello de decepción que siento es tan absurdo que casi me río de mí misma.

—Sophie —dice, acercándose con una copa de champán en cada mano—. Eres aún más encantadora en persona.

Acepto la copa y sonrío, activando el personaje que he estado ensayando durante días. Sofisticada. Atenta. Interesante pero no demasiado inteligente. El accesorio perfecto.

—Es un placer conocerle, señor Hoffman.

—Gerald, por favor —insiste, colocando una mano en la parte baja de mi espalda para guiarme hacia el salón.

No me gusta su contacto, pero no lo demuestro. Esto es lo que Victoria me ha enseñado. Control. Siempre control.

Las siguientes tres horas transcurren como en un sueño borroso. Conversaciones superficiales con gente cuyos nombres olvido al instante. Sonrisas falsas. Copas de champán que apenas toco. Gerald presumiendo de

mí como si fuera su nuevo juguete, su mano deslizándose ocasionalmente más abajo de lo apropiado.

Cada vez que lo hace, imagino que es Alexander quien está a mi lado. Alexander, cuya mano nunca ha tocado más que mis dedos al entregarle su café. Alexander, cuyos ojos parecen realmente verme.

Pero es la única forma que encuentro de aguantar el contacto.

Es patético. Estoy fantaseando con un cliente de la cafetería como una colegiala.

—¿Bailamos? —pregunta Gerald, interrumpiendo mis pensamientos.

La orquesta toca algo lento y melancólico. Asiento, permitiendo que me lleve a la pista. Sus manos son suaves, demasiado suaves, como si nunca hubieran hecho trabajo real. Se acerca más de lo necesario, su aliento con olor a whisky caro rozando mi mejilla.

—¿Sabes? —murmura en mi oído—. Mi reserva con la agencia es para toda la noche.

Su insinuación es clara. Siento que un escalofrío me recorre la espalda.

No pienso tener intimidad con este hombre. Jamás he estado con nadie, ¿cuándo podría si llevo toda la vida trabajando sin descanso? y, desde luego, este hombre no va a ser mi primera vez.

—Me temo que ha habido un malentendido —respondo con una sonrisa educada pero firme, tal y como Victoria me dijo que hiciese—. Mi contrato especifica claramente que solo soy su acompañante para el evento.

Sus ojos se endurecen por un instante, pero la sonrisa no abandona sus labios.

—Por supuesto. Solo quería que supieras que hay... opciones.

Opciones que no pienso coger.

El resto de la velada es un ejercicio de equilibrio, manteniendo la distancia sin ser grosera. Cuando finalmente termina, casi suspiro de alivio. Gerald me

acompaña al coche, besando mi mano con demasiada intensidad.

—Ha sido un placer, Sophie. Espero verte pronto.

«No si puedo evitarlo», pienso, pero sonrío y asiento.

No quiero cabrear a mi primer cliente.

Necesito tanto el dinero que no puedo permitirme ser sincera.

El coche me lleva de vuelta a la realidad. Me quito los pendientes, sintiendo cómo la tensión abandona mis hombros. El trabajo está hecho. Mil dólares ganados. Estoy un pequeño paso más cerca de la universidad, de una vida mejor.

Pero no puedo evitar sentir un vacío en el estómago. ¿Es esto lo que quiero? ¿Ser el accesorio de hombres como Gerald?

Mi mente vuelve, traicionera, a Alexander. A cómo me hace sentir sus ojos sobre mí. A cómo nunca intenta tocarme más allá de ese breve roce de dedos al entregarle su café.

«Para ya», me regaño mentalmente. «Él es solo un cliente más. Un hombre rico que ni siquiera sabe que existes más allá de ser quien le sirve el café.»

A la mañana siguiente, me presento en las oficinas de Elegance Companions para cobrar mi cheque. Mis pies están doloridos —los tacones de anoche eran preciosos pero mortales— y apenas he dormido. Pero el pensamiento de ese dinero, de lo que significa para mi futuro, me mantiene en pie.

La recepción está vacía cuando llego. Puedo oír voces desde el pasillo, la puerta del despacho de Victoria está entreabierta. No pretendo escuchar, pero al pasar, las palabras me detienen en seco.

—... es una locura, pero el dinero es absurdo —dice Victoria—. Un millón solo por tener al niño, más una pensión vitalicia de quince mil dólares mensuales.

—¿Y quién es este tipo? —pregunta otra voz que reconozco como la de Melanie, la recepcionista.

—No puedo decírtelo, ya sabes que es confidencial. Pero es importante. Muy importante. Joven, guapo, rico como el demonio. Cualquiera diría que es un buen partido, pero...

—¿Pero qué? Suena como el sueño de cualquier mujer.

Victoria suelta una risa seca.

—El sueño termina cuando te das cuenta de que lo único que quiere es un útero que le dé un heredero. Cero romance, cero compromiso. Un contrato de negocios para tener un hijo.

Me quedo paralizada, con el corazón latiendo tan fuerte que temo que puedan oírlo. ¿Un contrato para tener un hijo? ¿Un millón de dólares?

—¿Y has encontrado a alguien? —pregunta Melanie.

—Tengo algunas candidatas, pero ninguna me convence. Esto no es como acompañar a alguien a una gala. Es algo permanente. Un hijo es para siempre.

Un millón de dólares. Mi mente hace cálculos frenéticos. Podría pagar la universidad completa. Podría comprar un apartamento. Podría ayudar a mi padre a salir de sus deudas de una vez por todas.

Es mucho más dinero del que jamás he soñado con poder tener en toda mi vida.

—Buenos días —digo, empujando la puerta como si acabara de llegar—. Perdón, ¿interrumpo?

Victoria y Melanie se giran hacia mí, con expresiones culpables que confirman que no deberían estar hablando de este cliente.

—Sophie, cielo —dice Victoria, recuperando rápidamente la compostura—. Estábamos hablando de... asuntos de la agencia. ¿Vienes por tu cheque? ¿Qué tal te fue?

Asiento, intentando parecer casual.

—La cita fue bien. El señor Hoffman quedó muy satisfecho.

—Excelente —sonríe Victoria, abriendo un cajón para sacar un sobre—. Aquí tienes. Tu primer pago como profesional.

Tomo el sobre, sintiendo su peso en mis manos. Mil dólares. Una fortuna para mí. Y, sin embargo, comparado con lo que acabo de escuchar...

—Gracias —digo, guardándolo en mi bolso—. ¿Hay... hay algo más programado para mí esta semana?

Victoria me estudia con esa mirada penetrante que parece ver a través de mis pensamientos.

—Tengo algunas opciones. Te llamaré esta tarde para discutirlas.

Asiento y me despido, consciente de sus ojos siguiéndome mientras salgo. En el ascensor, saco el sobre y miro el cheque. Mil dólares con mi nombre. Debería sentirme eufórica.

Pero mi mente sigue atrapada en esa conversación. Un millón de dólares. Un hijo. Un contrato. Tampoco es como si quisiera hacer yo ese trabajo.

Y por alguna razón que no logro explicar, mientras salgo a la calle y el sol de la mañana me golpea la cara, lo único en lo que puedo pensar es en Alexander, en sus ojos azul grisáceo, y en si lo volveré a ver mañana.

CAPÍTULO 7

ALEXANDER

No puedo concentrarme. Llevo una hora intentando revisar el informe de adquisición de MediaGlobe y no he pasado de la segunda página.

La imagen de unos ojos marrones con destellos dorados se interpone entre mi mente y los números.

Sophie.

Tiro el bolígrafo sobre la mesa con frustración. Esto es absurdo. He conocido a cientos de mujeres hermosas. He salido con modelos que han aparecido en portadas de Vogue. ¿Por qué no puedo quitarme de la cabeza a una camarera?

—Señor Stone, el señor Walker está en la línea dos —anuncia Miranda por el intercomunicador.

—Dile que le llamaré más tarde.

Miro el reloj. 7:05 de la mañana. Si salgo ahora, puedo pasar por Rosie's antes de la reunión de las 8:30.

No debería ir. Es una estupidez.

Cinco minutos después, estoy en el ascensor.

El local está casi vacío a esta hora. La veo de inmediato, colocando tazas recién lavadas en la estantería. Hoy lleva el pelo recogido con una pinza, dejando expuesta la delicada curva de su nuca.

Algo se retuerce en mi estómago. Hambre, pero no de comida.

—Buenos días —digo, y mi voz suena más áspera de lo que pretendía.

Se gira sobresaltada, y por un instante, antes de que pueda controlar su expresión, veo algo en sus ojos. ¿Sorpresa?

—Buenos días —responde, y hay una nota musical en su voz que me provoca un escalofrío—. ¿Lo mismo de ayer?

—Sí.

Soy un idiota. ¿No puedo decir algo más? ¿Algo interesante? Pero las palabras se atascan en mi garganta mientras la observo preparar mi café.

Sus movimientos son eficientes pero gráciles, como si incluso la tarea más mundana fuera una especie de danza. Hay algo hipnótico en la forma en que sus manos manipulan la máquina.

—Aquí tienes —dice, extendiendo el vaso hacia mí.

Nuestros dedos se rozan al tomarlo, y me encuentro fascinado por el rubor que se extiende por sus mejillas.

—¿Siempre empiezas tan temprano? —pregunto, buscando desesperadamente algo que decir para prolongar el momento.

Me mira con ligera sorpresa. Supongo que no esperaba que le diese conversación.

Yo tampoco.

—Sí, a las seis —responde—. Podría entrar más tarde, pero me gusta ver el amanecer.

—¿Por qué?

La pregunta suena más brusca de lo que pretendía. No estoy acostumbrado a hacer preguntas personales. A interesarme realmente por las respuestas.

—Es el único momento del día en que la ciudad parece... en paz —dice después de un momento, como si estuviera sorprendida de estar compartiendo esto conmigo—. Como si respirara antes de comenzar el caos.

Hay algo en su respuesta que me desconcierta. Una profundidad que no esperaba. Un atisbo de alguien mucho más complejo que una simple mujer joven.

—Lo entiendo —digo, y es verdad. Yo también soy madrugador por la misma razón, aunque nunca lo había pensado así.

Le entrego un billete de veinte. Esta vez no discute sobre el cambio.

—Hasta mañana —digo, y es tanto una pregunta como una afirmación.

—Hasta mañana —confirma, y hay una leve sonrisa en sus labios que me acompaña durante todo el día.

SOPHIE

—Ha vuelto —susurra Donna, asomándose por la ventana de la cocina—. El Señor Traje Perfecto. Y te está mirando como si fueras el último trozo de tarta de chocolate.

—Cállate —murmuro, sintiendo cómo el calor sube a mis mejillas—. Solo es un cliente.

—Sí, claro. Y viene aquí por nuestro café… —se burla.

Mi corazón anhela que Donna tenga razón, pero mi cerebro sabe que es ridículo.

Hoy es el tercer día consecutivo que Alexander aparece a las 7:15 en punto. Como un reloj suizo. Como si su día no pudiera empezar sin su americano grande...

La idea me produce un cosquilleo en el estómago que intento ignorar.

Hoy lleva un traje azul marino que hace que sus ojos parezcan más grises. Su pelo está perfectamente peinado hacia atrás, excepto por un mechón rebelde que cae sobre su frente. Por alguna razón, ese pequeño defecto en su apariencia, por lo demás perfecta, me resulta irresistiblemente atractivo.

Como si lo hiciera un poco real.

—Buenos días —digo, intentando que mi voz suene profesional—. ¿Lo mismo de siempre?

Asiente, pero hoy hay algo diferente en su expresión. Una tensión en su mandíbula. Ojeras apenas perceptibles bajo sus ojos.

—¿Has tenido una noche difícil? —pregunto antes de poder contenerme.

Me mira con sorpresa, como si no esperara que notara su estado. O que me importara. O quizás, lo mas seguro es que pensase que no me atrevería a preguntarlo.

Yo tampoco entiendo cómo me he atrevido.

—Es por el trabajo —responde secamente—. Estoy en medio de un acuerdo complicado.

No elabora más su respuesta y yo no pregunto más. Mientras preparo su café, siento su mirada siguiendo cada uno de mis movimientos. Es tan intensa que casi puedo sentirla físicamente, como un roce en mi piel.

Cuando le entrego su café, nuestros dedos se rozan de nuevo. Ya debería estar acostumbrada a esta sensación, pero cada vez es como la primera. Un chispazo de electricidad que me deja sin aliento.

Es una sensación que no consigo quitarme nunca de la cabeza.

—Gracias —dice, y su voz suena más ronca de lo habitual.

Asiento, repentinamente incapaz de formar palabras. Hay algo en la forma en que me mira, como si quisiera decir algo más pero no supiera cómo.

—¿Trabajas mañana? —pregunta finalmente.

—No —respondo—. Descanso los jueves.

Algo parpadea en sus ojos. ¿Decepción? Pero desaparece tan rápido que podría haberlo imaginado. Creo que estoy imaginando cosas que están por encima de mis posibilidades.

—Entiendo —dice, dejando el billete sobre el mostrador—. Hasta el viernes, entonces.

—Hasta el viernes.

Lo observo marcharse, consciente de la mirada burlona de Donna desde la cocina. Cuando la puerta se cierra tras él, suelto el aliento que no sabía que estaba conteniendo.

—Te gusta —declara Donna, apareciendo a mi lado—. Y no te culpo. Es como si alguien hubiera esculpido al hombre perfecto y luego le hubiera dado vida.

—No me gusta —protesto débilmente—. Apenas lo conozco.

—Cariño, no necesitas conocer a un hombre así para que te guste. Algunas cosas se sienten en las entrañas.

Tiene razón, aunque no pienso admitirlo. Lo que siento cuando Alexander está cerca va más allá de la atracción física. Es como si algo dentro de mí reconociera algo dentro de él. Como si, de alguna manera inexplicable, estuviéramos conectados.

Es una locura, por supuesto. Él es un ejecutivo con trajes hechos a medida y yo soy... bueno, yo. Una chica sin estudios con un padre que le arranca el futuro siempre que puede. Somos habitantes de dos mundos que nunca se cruzan excepto en este pequeño local a las 7:15 de la mañana.

Y, sin embargo, mientras limpio la barra, no puedo evitar preguntarme si él también cuenta las horas hasta nuestro próximo encuentro.

ALEXANDER

El jueves es interminable. Me descubro mirando mi reloj cada pocos minutos, como si el tiempo pudiera acelerarse por pura fuerza de voluntad.

Es patético.

—Señor Stone, ¿se encuentra bien? —pregunta Miranda, estudiándome con preocupación—. Es la tercera vez que me pide el mismo informe.

—Estoy perfectamente —respondo con más brusquedad de la necesaria—. Solo... concentrado en varios asuntos a la vez.

Varios asuntos. Como si una camarera con ojos que cambian de color según cómo le de la luz pudiera clasificarse como «varios asuntos».

Esa noche, en casa, abro el dossier que Victoria me ha enviado con las candidatas finales para mi acuerdo. Tres mujeres hermosas, educadas, perfectas en el papel.

Ninguna me interesa lo más mínimo.

Cierro la carpeta con frustración y me sirvo un whisky. La ciudad parpadea bajo mis pies, indiferente a mi dilema. Mañana veré a Sophie de nuevo. La idea me produce una anticipación ridícula, como un adolescente antes de su primera cita.

Patético. Absolutamente patético.

Eso no evita que, a la mañana siguiente, esté entrando en Rosie's Diner.

SOPHIE

El viernes llega con una lluvia ligera que empapa Manhattan. El local está más lleno de lo habitual, hay gente refugiándose del agua mientras espera su dosis matutina de cafeína.

Son las 7:20 y Alexander no ha aparecido. Intento no mirar constantemente hacia la puerta. Intento no sentir esta decepción irracional.

—Va a venir —dice Rosie, apretándome el hombro al pasar—. Probablemente el tráfico está peor con esta lluvia.

Asiento, agradecida por su intento de consolarme, pero sin creerlo realmente. ¿Por qué iba a venir? Nuestra interacción de tres minutos diarios no significa nada para un hombre como él.

Tengo que quitármelo de la cabeza.

Y entonces la puerta se abre, y ahí está. Empapado. Su traje normalmente impecable adherido a su cuerpo, el pelo pegado a su frente, gotas de agua deslizándose por su rostro.

Nunca lo había visto así. Descompuesto. Humano.

Es lo más sexy que he visto en mi vida.

—Lo siento —dice, acercándose al mostrador—. Olvidé el paraguas y las calles están hechas un caos.

Está disculpándose. Por llegar tarde a algo que ni siquiera es una cita.

—¿Has... has venido caminando bajo la lluvia? —pregunto, incapaz de ocultar mi asombro.

Se encoge de hombros, un gesto sorprendentemente casual para alguien tan formal.

—Necesitaba mi café.

Hay algo en su tono, una implicación que hace que mi corazón se acelere. Por un segundo me permito imaginar que lo ha hecho por mí.

—Estás empapado —digo, señalando lo obvio porque no sé qué más decir —. Espera.

Voy a la trastienda y regreso con una toalla limpia. Se la ofrezco por encima del mostrador.

—Gracias —dice, tomándola con una expresión de sorpresa, como si no estuviera acostumbrado a que alguien se preocupe por su bienestar.

Se seca el rostro y el pelo, y hay algo íntimo en el gesto, como si estuviera viendo una versión de él que pocos conocen. El hombre bajo la armadura de perfección.

—Tu café —digo, extendiéndole el vaso—. Cuidado, está muy caliente.

Nuestros dedos se rozan al tomarlo, y ahí está otra vez. Esa corriente eléctrica que me deja sin aliento. Solo que esta vez, sus dedos se cierran deliberadamente sobre los míos, manteniéndome allí un segundo más de lo necesario.

—Sophie —dice, y hay algo en la forma en que pronuncia mi nombre, como si fuera algo precioso, algo que merece ser saboreado—. ¿Trabajas

mañana?

—Sí —respondo, mi voz es casi un susurro—. De seis a tres.

Asiente, y veo intensidad en sus ojos.

—Hasta mañana, entonces.

No es una pregunta esta vez. Es una promesa.

Lo observo marcharse con el corazón acelerado en el pecho.

¿Cómo pude la presencia de un hombre que ni siquiera conozco alterarme tanto?

ALEXANDER

El sábado llego temprano. El local acaba de abrir, y Sophie está detrás del mostrador, arreglando la máquina de café. Hoy lleva el pelo suelto, una cascada de negro brillante que cae sobre sus hombros. Se ve diferente. Más joven. Más vulnerable.

Una energía brutal me atraviesa al verla así, sin la protección de su habitual coleta profesional.

Cuando me ve, sus ojos se iluminan de una manera que hace que algo se retuerza en mi pecho.

—Buenos días —dice con esa voz melódica que se repite en mi cabeza cuando no la tengo delante.

—Buenos días —respondo, acercándome al mostrador.

No hay otros clientes. Somos solo ella y yo, separados por esa barra de fórmica que cada día me parece más y más un obstáculo insuperable.

—¿Lo de siempre? —pregunta, aunque ya está preparando mi americano grande.

—Por favor.

La observo trabajar, fascinado por la gracilidad de sus movimientos. Por la forma en que se muerde ligeramente el labio inferior cuando se concentra.

¿Cómo es posible sentir esta atracción por alguien a quien apenas conozco?

Cuando me entrega el café, nuestras manos se tocan. Esta vez, ninguno de los dos finge que es accidental. Esta vez, mantengo el contacto un segundo más de lo necesario, observando cómo sus pupilas se dilatan ligeramente.

—¿Cuánto te debo? —pregunto, aunque ambos sabemos que dejaré un billete de veinte como siempre.

Lo único que quiero es escucharla hablar.

—Cuatro con cincuenta —responde, y hay un temblor sutil en su voz que me satisface de una manera que no debería.

Le entrego el billete, pero esta vez, cuando va a tomarlo, cubro su mano con la mía. Es un gesto pequeño, apenas un momento de contacto real, pero siento que algo cambia entre nosotros. Una barrera que se rompe.

Las palabras se forman en mi mente: «Cena conmigo esta noche». Sería tan fácil decirlas. Tan natural. Mi boca se abre, lista para pronunciarlas.

Pero entonces recuerdo quién soy. Lo que necesito. El contrato que debo firmar. El heredero que debo engendrar. La empresa que debo salvar.

No puedo permitirme distracciones. No ahora. No con tanto en juego.

Con un esfuerzo que me sorprende por su dificultad, retiro mi mano de la suya.

—Gracias por el café —digo, y mi voz suena extraña incluso a mis propios oídos—. Hasta el lunes.

Una sombra cruza su rostro. ¿Decepción? ¿O es mi imaginación jugándome una mala pasada?

—Hasta el lunes, Alexander —responde, y hay una nota de algo en su voz que no puedo descifrar.

Salgo del local sintiendo como si acabara de librar una batalla conmigo mismo. Una batalla que no estoy seguro de haber ganado o perdido.

Solo pienso en ella. En Sophie. En sus ojos. En su sonrisa. En su voz.

En cómo, de alguna manera inexplicable, una simple camarera ha conseguido lo que nadie había logrado antes:

Hacerme sentir algo.

Es jodidamente aterrador.

CAPÍTULO 8

SOPHIE

Me despierto antes de que suene el despertador, con el estómago repleto de mariposas que revolotean como locas cada vez que pienso en él.

Alexander.

Incluso su nombre en mi mente provoca una oleada de calor que me recorre de pies a cabeza. Es ridículo. Tengo veinticuatro años, no catorce. Y, sin embargo, aquí estoy, pensando en qué camiseta me pondré el próximo día que lo vea. ¿Quizás una que resalte mis ojos?

Como si él fuera a fijarse en mis ojos.

Como si esta situación fuera algo más que un hombre rico y aburrido que ha encontrado una forma de entretenerse durante cinco minutos cada mañana.

—Para ya —me digo a mí misma mientras me recojo el pelo—. No es para tanto.

Pero lo es. Y lo sé. Porque cuando está cerca, el mundo parece diferente. Más brillante. Más lleno de posibilidades. Como si, por primera vez en mi vida, no estuviera encadenada a esta existencia de subsistencia perpetua.

Cuando entro, el metro está abarrotado, como siempre. Me aprieto entre cuerpos anónimos, pero hoy no me importa. Hoy llevo un escudo invisible hecho de ojos azul grisáceo y dedos que se demoran sobre los míos un segundo más de lo necesario cada mañana.

Cuando llego a Rosie's, el local ya está en plena actividad. Donna me saluda con una sonrisa cómplice.

—¿Estás deseando que sea el lunes para ver a tu hombre del traje?

—Para nada —respondo poniéndome roja, aunque ambas sabemos que es una mentira.

Mientras atiendo a los clientes habituales, no puedo evitar que mis ojos se desvíen hacia la puerta cada pocos minutos, aunque sé por él mismo que hoy no vendrá. Pero no puedo evitar sentir esta burbuja de felicidad expandiéndose en mi pecho.

Por primera vez en mucho tiempo, me permito soñar. Solo un poco. Solo por hoy.

Como si fuese una chica normal más con la posibilidad de un amor precioso al alcance de mi mano.

Quizás no sea tan descabellado. Quizás él también siente esta conexión extraña. Quizás...

Mi teléfono vibra en el bolsillo de mi delantal. No es habitual que reciba mensajes, y menos a esta hora. Lo saco, esperando que sea Victoria con algún nuevo trabajo como acompañante.

Número desconocido.

Un escalofrío me recorre la espalda. Tengo un mal presentimiento.

«Tenemos a tu padre. Debe 45.000 dólares. Tienes un mes para conseguirlos o lo matamos.»

El mundo se detiene. El aire se vuelve demasiado espeso para respirar. Las palabras en la pantalla se desdibujan mientras intento procesar lo que estoy leyendo.

Mi padre. 45.000 dólares. ¿Matarlo?

Dios mío.

—¿Sophie? ¿Estás bien? —La voz de Rosie suena distante, como si estuviera bajo el agua—. Estás blanca como el papel.

No puedo responder. Mi garganta se ha cerrado. Mis manos tiemblan tanto que casi dejo caer el teléfono.

—Necesito... necesito salir un momento —consigo decir, y mi voz suena extraña, como si perteneciera a otra persona.

Salgo por la puerta trasera, hacia el callejón donde los proveedores descargan mercancía. El aire frío de octubre me golpea la cara, pero apenas lo noto. Con dedos temblorosos, marco el número.

Responden al primer tono.

—¿Quién es? —pregunto, intentando que mi voz suene firme.

—Eso no importa —responde una voz masculina, áspera y fría—. Lo que importa es que tu padre nos debe dinero. Mucho dinero.

—Quiero hablar con él. Quiero saber que está bien.

Se oye un forcejeo, y luego la voz de mi padre, débil y asustada.

—Sophie, cariño, lo siento mucho... Yo no quería...

Otro forcejeo, y la voz fría regresa.

—Ya lo has oído. Está vivo. Por ahora. Pero tienes que conseguirnos 45.000 dólares. Tienes un mes o mataremos a tu padre.

—¡Espera! —grito, pero la llamada ya ha terminado.

Me deslizo hasta el suelo, con la espalda contra la pared de ladrillo. El pánico me atraviesa en oleadas, amenazando con ahogarme. No puedo respirar. No puedo pensar.

45.000 dólares. Es una locura. Ni en un año de trabajo podría conseguir esa cantidad. Ni siquiera con los trabajos de acompañante para Victoria.

Mi padre. A pesar de todo, a pesar de las decepciones, las mentiras, los ahorros robados... es mi padre. El único familia que tengo. No puedo dejarlo morir.

¿Qué voy a hacer?

Sabía que algún día pasaría algo así. Lo sabía.

Las lágrimas brotan de mis ojos, calientes y amargas. Me las seco con rabia. Llorar no va a solucionar nada. Necesito pensar. Necesito un plan.

La puerta se abre y Rosie asoma la cabeza.

—Sophie, cielo, ¿qué ocurre?

Abro la boca para responder, pero en lugar de palabras sale un sollozo desgarrador. Rosie se arrodilla a mi lado, ignorando el dolor que debe sentir en sus viejas rodillas, y me envuelve en un abrazo que huele a café y a canela.

—Mi padre —consigo decir entre sollozos—. Está en problemas. Graves problemas.

No le cuento toda la verdad. No puedo. Pero le digo lo suficiente: que debe dinero, que está en peligro, que necesito ayuda.

—Te prestaría dinero si pudiera, cielo —dice, y sé que lo haría—. Pero con las reparaciones del tejado el mes pasado...

—Lo sé, lo sé —la interrumpo—. No esperaba que tú... Es demasiado dinero.

—¿Cuánto?

—45.000 dólares.

Rosie palidece.

—Dios santo, Sophie. ¿En qué se ha metido?

—No lo sé —miento. Sé exactamente en qué se ha metido. Lo mismo de siempre. Apuestas. Deudas. Promesas rotas—. Pero tengo que ayudarlo.

—Cielo, esa cantidad... —Rosie sacude la cabeza—. Ni siquiera un préstamo bancario...

—Lo sé.

Nos quedamos en silencio. El sonido del tráfico llega amortiguado desde la calle principal. Un gato se escabulle junto a los contenedores. Y mi mente gira y gira, buscando desesperadamente una solución.

Y entonces, como un relámpago en una noche oscura, recuerdo la conversación que escuché en la oficina de Victoria.

«Un millón solo por tener al niño, más una pensión vitalicia de quince mil dólares mensuales.»

Un millón de dólares.

Mi estómago se contrae ante la idea. Es una locura. Una completa locura.

Pero mi padre morirá si no consigo ese dinero.

—Rosie —digo, levantándome de golpe—. Necesito irme. Ahora.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta, con preocupación en sus ojos cansados.

—Lo que sea necesario.

El edificio de Elegance Companions parece más intimidante que nunca mientras subo en el ascensor. Mi reflejo en las puertas de acero me devuelve la mirada: ojos enrojecidos, mejillas pálidas, una determinación desesperada en la línea de mi boca.

No me reconozco.

Cuando las puertas se abren, Melanie me recibe con su sonrisa profesional habitual.

—Sophie, no esperábamos verte hoy. ¿Victoria te ha llamado? ¿Tienes hoy un cliente?

—Necesito verla —digo, y mi voz suena más firme de lo que me siento—. Es urgente.

Algo en mi expresión debe alertarla, porque no hace más preguntas. Simplemente asiente y descuelga el teléfono.

—Victoria, Sophie Chen está aquí. Dice que es urgente. —Pausa—. Sí, se lo diré.

Cuelga y me señala el pasillo.

—Puedes pasar. Te verá ahora.

Victoria está de pie junto a la ventana cuando entro, contemplando el horizonte de Manhattan como una emperatriz supervisando su reino. Se gira al oírme, y su expresión cambia sutilmente al ver mi estado.

—Sophie, ¿qué ocurre? Tienes un aspecto terrible.

—Necesito el trabajo —digo sin preámbulos—. El del contrato para tener un hijo.

Sus ojos se agrandan por la sorpresa. Durante un segundo, parece quedarse sin palabras, algo que imagino no ocurre a menudo.

—¿Cómo sabes...? —comienza, pero se interrumpe—. Ah, nos escuchaste el otro día.

No lo niega. No intenta fingir que no sabe de qué hablo. Se lo agradezco.

—Sí —admito—. Y lo necesito. Necesito ese trabajo.

Victoria se sienta lentamente, estudiándome con esa mirada penetrante que parece ver a través de la piel de cualquiera.

—Sophie, esto no es como acompañar a alguien a una gala. Esto es... permanente. Es un hijo. Una vida entera.

—Lo sé.

—No, no lo sabes —dice, y hay una nota de compasión en su voz que casi me rompe—. Nadie lo sabe hasta que tiene un hijo. Y este acuerdo... no es convencional. El cliente quiere un heredero, no una relación.

—Me da igual —digo, y en este momento, es verdad—. Necesito el dinero. Necesito salvarlo.

No pretendía decir eso último. Las palabras se escapan antes de que pueda detenerlas.

—¿Salvar a quién? —pregunta Victoria, inclinándose hacia delante.

Me muerdo el labio. No quiero contarle la verdad sobre mi padre. Sobre el lío en el que se ha metido. Sobre cómo, a pesar de todo, sigo intentando rescatarlo.

Pero necesito que entienda lo desesperada que estoy.

—Mi padre —digo finalmente—. Está en peligro. Necesita dinero. Mucho dinero.

Victoria suspira, como si confirmara algo que ya sospechaba.

—¿Cuánto?

—45.000 dólares. En un mes.

Silba entre dientes.

—Eso es mucho dinero, Sophie.

—Lo sé. Por eso estoy aquí. Es la única manera que tengo de conseguirlo.

Nos miramos en silencio durante lo que parece una eternidad. Puedo ver las dudas en sus ojos, la evaluación fría de riesgos y beneficios. Finalmente, suspira de nuevo.

—El cliente tiene unos requisitos muy específicos —dice—. Necesita a alguien saludable, inteligente, sin antecedentes de enfermedades hereditarias. Y, sobre todo, alguien que entienda exactamente en qué se está metiendo.

—Entiendo perfectamente —insisto—. Un hijo a cambio de seguridad económica. Un contrato de negocios.

—No es tan simple —advierte—. Nunca lo es cuando hay un niño de por medio.

—Nada en la vida es simple —respondo—. Pero estoy dispuesta a aceptar las complicaciones.

Victoria me estudia durante otro largo momento. Luego, como si hubiera tomado una decisión, asiente brevemente.

—Está bien. Te incluiré en la lista de candidatas finales. Pero necesitarás pasar un examen médico completo. Y una evaluación psicológica.

—Lo que sea necesario —digo, sintiendo una mezcla extraña de alivio y terror—. ¿Cuándo?

—El examen médico puede ser hoy mismo. Tenemos un médico en nómina para estas situaciones. La evaluación psicológica también. Y si todo está en orden, la reunión con el cliente es mañana.

Un día. Queda poco tiempo, pero necesito asegurarme de que mi padre esté a salvo mientras tanto.

—Necesito un adelanto —digo, odiando cómo suena—. Para mi padre. Para comprar tiempo.

Victoria frunce el ceño.

—Sophie, no puedo darte dinero antes de que el cliente te elija. Y ni siquiera entonces... los términos del contrato son específicos. El pago se realiza una vez que el embarazo está confirmado.

La desesperación amenaza con ahogarme de nuevo.

—Por favor —suplico, y nunca he suplicado en mi vida—. Te lo devolveré. Con intereses. Solo necesito salvar a mi padre.

Algo cambia en su expresión. Un destello de... ¿reconocimiento? ¿empatía?

—No puedo darte 45.000 dólares —dice finalmente—. Pero podría adelantarte 10.000 como préstamo personal. No de la agencia. Mío.

La miro, atónita. No esperaba esto. No de ella que me conoce hace apenas unas semanas.

—¿Por qué harías eso?

Una sonrisa triste curva sus labios.

—Porque una vez estuve donde tú estás. Desesperada por salvar a alguien que, probablemente, no merecía ser salvado.

No sé qué decir. La gratitud se mezcla con la vergüenza, creando un nudo en mi garganta.

—No será suficiente —digo finalmente—. Pero me dará tiempo para conseguir el resto.

Victoria asiente.

—Te haré un cheque ahora mismo. Pero Sophie... —Su voz se vuelve seria —. Piensa bien en lo que estás haciendo. Un hijo es para siempre. Estarías atada al cliente de por vida.

—Lo sé —respondo, y aunque intento sonar segura, un temblor se cuela en mi voz—. Pero no tengo otra opción.

Mientras Victoria escribe el cheque, mi mente gira hacia el futuro que acabo de elegir. Un futuro atado a un desconocido. Un futuro donde seré madre de un niño concebido por contrato. Si es que tengo la fortuna de ser la elegida.

Y por un instante, un rostro aparece en mi mente. Ojos azul grisáceo. Mandíbula fuerte. Voz profunda que pronuncia mi nombre como si fuera algo valioso.

Alexander.

Se me desgarra el corazón al pensar en él.

Me gustaba tanto.

Lo aparto de mis pensamientos. Esa fantasía ya no tiene cabida en mi realidad. Ahora tengo un propósito. Una misión.

Salvar a mi padre. Cueste lo que cueste.

Incluso si el precio es mi propio futuro.

Incluso si el precio es renunciar a un hombre que nunca pudo ser mío.

—Aquí tienes —dice Victoria, entregándome el cheque—. 10.000 dólares. Espero que sea suficiente para ganar algo de tiempo.

Tomo el papel como si fuera un salvavidas en medio del océano.

—Gracias —digo, y las palabras parecen insuficientes—. No sé cómo agradecértelo.

—No me lo agradezcas todavía —responde, y hay una advertencia en su tono—. El lunes conocerás al cliente junto con las otras chicas.

Asiento, guardando el cheque en mi bolso.

—Estaré preparada.

Pero mientras salgo de su oficina, mientras bajo en el ascensor, mientras camino por las calles de Manhattan con el peso de mi decisión sobre los hombros, me pregunto si realmente se puede estar preparada para algo así.

Para vender tu futuro. Para atarte a un desconocido. Para traer una vida al mundo como parte de un acuerdo comercial.

Y lo más aterrador: para renunciar a ese sueño imposible que, por un breve momento, había comenzado a parecer posible.

Alexander. Sus ojos. Su voz. Su mano sobre la mía.

Un sueño que acabo de sacrificar por la realidad más dura que existe: que algunas personas, como mi padre, nunca cambiarán. Y que yo siempre, siempre, pagaré el precio por ello.

CAPÍTULO 9

ALEXANDER

El archivo sobre la adquisición de MediaGlobe permanece abierto sobre mi escritorio, pero no he pasado de la misma página en los últimos veinte minutos. Mi mente está en otro sitio. En otra persona.

Sophie.

Su nombre resuena en mi cabeza como una melodía que no puedo quitarme. Cierro los ojos y la veo con claridad: su cabello negro cayendo sobre los hombros cuando lo lleva suelto, esos ojos marrones con destellos dorados que parecen cambiar de color según la luz, la forma en que muerde ligeramente su labio inferior cuando está haciendo el café.

Hoy he decidido no ir a por mí café matutino. No quiero verla sabiendo que voy a tener que renunciar a ella. ¿Cómo podría hacerlo?

—Señor Stone, Victoria Blake acaba de confirmar la reunión para esta tarde a las cinco —la voz de Miranda interrumpe mis pensamientos.

—Gracias, Miranda —respondo automáticamente, mientras mi estómago se contrae ante el recordatorio.

Hoy voy a conocer a las desconocidas entre las que debo elegir a la madre de mi hijo. La idea me provoca una sensación de vacío que no esperaba sentir.

—¿Quiere que le pida los perfiles para que los revise? —pregunta Miranda, siempre eficiente.

—No será necesario.

No me interesan lo más mínimo.

Cuando se marcha, me levanto y me acerco al ventanal. Manhattan se extiende bajo mis pies como un tablero de ajedrez, con sus piezas moviéndose en patrones predecibles. Durante años he observado la ciudad desde las

alturas, sintiéndome parte de ella y, al mismo tiempo, separado. Como si yo estuviera por encima de todo.

Pero desde que conocí a Sophie, algo ha cambiado. Ya no miro la ciudad de la misma manera. Me pregunto en dónde vivirá, qué le gustará hacer. Si pensará en mí aunque sea una fracción de lo que yo pienso en ella.

Es una locura. Una completa locura.

Y sin embargo...

La imagen de Sophie no me abandona. Su sonrisa, genuina y cálida, tan diferente de las sonrisas calculadas a las que estoy acostumbrado. La forma en que me mira, como si realmente viera a Alexander, un hombre al que yo mismo ni siquiera conozco, no solo al CEO de Stone Media Group.

En ese mismo instante se me ocurre una locura.

Un pensamiento contra el que llevo luchando todo el fin de semana.

Necesito verla. Necesito hablar con ella fuera de ese mostrador que nos separa cada mañana. Necesito saber si lo que siento —esta conexión inexplicable, esta atracción magnética— es solo cosa mía o si ella también lo siente.

Y si lo siente... ¿sería tan descabellado proponerle el acuerdo de tener a un hijo a ella en lugar de a una desconocida?

Es una locura. Una completa locura.

Y, sin embargo, mientras me dirijo al ascensor, sé que es exactamente lo que voy a hacer.

Rosie's Diner está más tranquilo que de costumbre cuando empujo la puerta a las tres de la tarde. El tintineo de la campanilla anuncia mi llegada, y varias cabezas se giran para mirarme. Pero la única que busco no está.

Una mujer mayor con el pelo teñido de un rojo imposible me observa desde detrás de la barra. Tiene ese tipo de rostro que ha visto demasiado como para sorprenderse por nada, pero aun así, arquea una ceja al verme.

—¿En qué puedo ayudarte, guapo? —pregunta con una familiaridad que normalmente me irritaría, pero que de ella resulta extrañamente reconfortante.

—Estoy buscando a Sophie —digo, acercándome a la barra—. ¿Está trabajando todavía?

La mujer me estudia con una mirada evaluadora que me recuerda incómodamente a mi abuelo.

—Tú eres el famoso hombre del traje —dice, más como una confirmación que como una pregunta—. El que viene cada mañana por su americano grande.

—Alexander Stone —me presento, extendiendo mi mano.

—Rosie Thompson —responde, estrechándola con sorprendente firmeza —. Sophie no está. Ha pedido la tarde libre.

La decepción me golpea con una fuerza que me sorprende.

—¿Sabes cuándo volverá?

Rosie me estudia un momento más, como si estuviera decidiendo cuánto contarme.

—Mira, guapo, no sé qué intenciones tienes con mi chica, pero te diré algo: Sophie ha pasado por mucho. Más de lo que alguien de su edad debería. Si solo estás jugando...

—No estoy jugando —la interrumpo, y la vehemencia en mi voz parece sorprendernos a ambos—. Solo quiero hablar con ella.

Algo en mi expresión debe convencerla, porque su rostro se suaviza ligeramente.

—Volverá mañana —dice finalmente.

Asiento, agradecido por la información, pero frustrado por el retraso. Mañana es demasiado tarde. Para entonces, ya habré tenido que reunirme con las candidatas, ya habré tenido que tomar una decisión.

—Gracias —digo, dejando una tarjeta sobre la barra—. Si hablas con ella antes, ¿podrías pedirle que me llame? Es importante.

Rosie toma la tarjeta y la examina, sus ojos agrandándose ligeramente al leer mi cargo.

—CEO de Stone Media Group —murmura—. Vaya, vaya.

No respondo. No necesito que me recuerden quién soy o lo que poseo. Nada de eso importa ahora mismo.

—Se lo diré —promete Rosie—. Pero no puedo garantizar que te llame.

—Lo entiendo.

Mientras me dirijo a la puerta, Rosie añade:

—Debe de ser especial.

Me detengo y la miro.

—¿Quién?

—Sophie —responde con una pequeña sonrisa—. Para que alguien como tú venga buscándola.

No sé qué responder a eso, así que simplemente asiento y salgo a la calle.

El aire frío de octubre me golpea la cara, pero apenas lo noto. Mi mente está acelerada, evaluando opciones, calculando probabilidades. Podría intentar encontrarla. Podría posponer la reunión un día más. Podría...

Mi teléfono vibra en mi bolsillo. Es un mensaje de Victoria.

«Las candidatas ya están aquí.»

Miro la hora. Tengo que salir ya hacia la agencia.

Pero la idea de sentarme frente a esas mujeres, evaluándolas como si fueran yeguas de cría, me revuelve el estómago de una manera que nunca antes había experimentado.

Sin embargo, el tiempo corre. Mi padre está esperando que falle. Y Sophie... Sophie ni siquiera sabe que existo más allá de ser el hombre que le pide un americano grande cada mañana.

Con un suspiro de frustración, respondo:

«Estaré allí a las 5 en punto.»

Mientras mi chófer me lleva a través del tráfico de Manhattan, intento convencerme de que es lo más sensato. Lo más racional. Lo más Alexander Stone.

La idea de pedírselo a Sophie ha sido un impulso muy impropio de mí. No puedo complicar las cosas. Quizás que no haya estado en la cafetería es la vida impidiendo que cometa una locura.

Entonces, ¿por qué se me aprieta el jodido pecho?

Tengo que ahogar estos ridículos sentimientos.

Cuando llegamos, el edificio de Elegance Companions me recibe con su fachada de cristal y acero, tan similar a tantos otros en esta ciudad. Tan diferente de la desgastada fachada de Rosie's Diner.

En el ascensor, me ajusto la corbata y compongo mi expresión. Me pongo la máscara de CEO en su sitio. Con las emociones bajo control. Como siempre.

Cuando las puertas se abren en la planta 22, la recepcionista rubia me saluda con una sonrisa profesional.

—Señor Stone, bienvenido. La señora Blake le está esperando en la sala de conferencias.

Asiento y me dirijo por el pasillo al lugar que me ha indicado, mis pasos resonando sobre el suelo pulido. A medida que me acerco a la sala, escucho voces amortiguadas. Mujeres. Las candidatas, supongo.

Por un momento, considero dar media vuelta.

Pero entonces recuerdo quién soy. Lo que está en juego. La empresa. El legado de mi abuelo.

Con un suspiro resignado, abro la puerta.

La sala está iluminada por la luz natural que entra a raudales por los ventanales. Victoria está de pie junto a una mesa ovalada, hablando con cuatro

mujeres que me dan la espalda. Al oír la puerta, todas se giran hacia mí.

Y el mundo se detiene.

Porque ahí, entre las candidatas, con un vestido azul marino que realza el tono dorado de su piel, está Sophie.

Se me corta la respiración.

Nuestras miradas se encuentran, y veo en sus ojos el mismo shock, la misma incredulidad que debe reflejarse en mi propio rostro.

Sophie. Mi Sophie. La chica de la cafetería. La mujer que no ha abandonado mis pensamientos desde que la vi por primera vez.

Está aquí. Como candidata para ser la madre de mi hijo.

El universo, aparentemente, tiene un sentido del humor retorcido.

—Alexander —dice Victoria, rompiendo el silencio—. Te presento a nuestras finalistas: Elizabeth Winters, Megan Reynolds, Elena Clark y Sophie Chen.

Pero yo solo puedo mirar a Sophie, cuyos ojos se han agrandado con reconocimiento y algo más que no puedo descifrar. ¿Sorpresa? ¿Horror?

El tiempo se congela mientras nos miramos, atrapados en un momento que parece sacado de una película que nunca creí que protagonizaría.

Sophie. Está aquí. Como candidata.

El destino, aparentemente, tiene planes para nosotros que ninguno de los dos podía imaginar.

SOPHIE

El vestido azul marino que llevo puesto se siente demasiado ajustado, como si mi piel quisiera escapar de la tela. La sala de conferencias de Elegance Companions, con sus ventanales del suelo al techo y su decoración minimalista, me hace sentir como un pez fuera del agua. Hoy más que ningún otro día

A mi lado, las otras tres candidatas —Elizabeth, Megan y Elena— parecen perfectamente cómodas en este ambiente de lujo. Elizabeth, con su melena rubia perfectamente peinada y su vestido de diseñador, podría aparecer en la portada de Vogue sin necesidad de maquillaje adicional. Megan, morena y con una presencia que grita «Ivy League», ha mencionado casualmente su doctorado en bioquímica durante la conversación. Y Elena, que creo que es la mujer más guapa que he visto en mi vida, podría estar sobre cualquier pasarela de moda.

Y luego estoy yo. Sophie Chen. La camarera que sirve cafés en Rosie's Diner. La hija del inmigrante adicto al juego. La impostora.

No voy a conseguir este trabajo.

—Las cuatro habéis pasado todos los exámenes médicos con excelentes resultados —está diciendo Victoria—. El cliente llegará en cualquier momento, así que repasemos una última vez el protocolo.

No estoy escuchando realmente. Mi mente está demasiado ocupada repitiendo el mantra que me ha mantenido en pie durante las últimas horas: «Por papá. Por papá. Por papá.»

El cheque de 10.000 dólares que Victoria me prestó ya está en manos de los matones que tienen a mi padre. Compré tiempo, pero no suficiente. Necesito los 35.000 restantes antes de que termine el mes, o mi padre...

No. No puedo pensar en eso ahora.

—Sophie, ¿estás con nosotras? —La voz de Victoria me devuelve a la realidad.

—Sí, lo siento —murmuro, sintiendo el calor subir a mis mejillas—. Solo estoy un poco nerviosa.

Elizabeth me lanza una mirada de superioridad apenas disimulada.

—Es comprensible —dice con un tono que sugiere exactamente lo contrario—. No todas estamos acostumbradas a movernos en estos círculos.

Aprieto los puños. Si supiera por qué estoy aquí realmente, si supiera lo que está en juego...

—La experiencia previa no es relevante —interviene Victoria con firmeza —. El cliente busca cualidades específicas, y las cuatro las tenéis en diferentes aspectos.

El cliente. El millonario misterioso que quiere un hijo por contrato. El hombre que podría salvar a mi padre. El hombre al que tendré que entregar mi cuerpo, mi futuro, mi vida.

Si es que primero logro que me elija por algún regalo del universo.

El nudo en mi estómago se aprieta hasta hacerme sentir náuseas.

—Recuerda —me ha dicho Victoria esta mañana durante mi última sesión de preparación—, no necesitas fingir ser alguien que no eres. Tu autenticidad es tu mayor fortaleza.

Autenticidad. Como si hubiera algo auténtico dentro de mí.

El sonido de pasos acercándose por el pasillo interrumpe mis pensamientos. Las cuatro nos tensamos instantáneamente, como soldados ante la llegada de un general.

—Recordad —dice Victoria en voz baja—, el cliente es extremadamente importante y extremadamente reservado. Discreción absoluta.

Me aliso la falda del vestido, nerviosa.

La puerta se abre, me doy la vuelta lentamente, y el tiempo se detiene.

Porque ahí, con un traje gris oscuro que realza el azul tormentoso de sus ojos, está Alexander.

El hombre del americano grande. El hombre cuyos dedos han rozado los míos cada mañana durante la última semana. El hombre cuya mirada me ha hecho sentir vista, realmente vista, por primera vez en mi vida.

El hombre que ha llenado mis pensamientos cada segundo de mis días.

Está aquí. Como el cliente. El millonario que quiere un hijo por contrato.

No me lo puedo creer.

El suelo parece desvanecerse bajo mis pies. El aire se vuelve demasiado denso para respirar. El mundo entero se reduce a un túnel donde solo existimos él y yo, mirándonos con idénticas expresiones de shock.

—Alexander —dice Victoria, rompiendo el hechizo—. Te presento a nuestras finalistas: Elizabeth Winters, Megan Reynolds, Elena Clark y Sophie Chen.

Sus ojos, esos ojos azul grisáceo que me han perseguido en sueños, no se apartan de los míos. Veo en ellos la misma tormenta de emociones que debe reflejarse en mi rostro. Sorpresa. Confusión. Y algo más, algo que hace que mi corazón se acelere de manera dolorosa.

El hombre con el que he fantaseado, el hombre cuyos dedos han provocado chispas en mi piel con el más mínimo roce, es el mismo hombre que está buscando a una mujer para tener un hijo.

No estoy preparada para que me rechace.

Solo de pensarlo se me parte el corazón.

—Sophie —dice, y mi nombre en sus labios suena diferente aquí, en este contexto, como si fuera una palabra en un idioma nuevo que ambos estamos aprendiendo.

—Alexander —respondo, y mi voz suena extraña, distante, como si perteneciera a otra persona.

Victoria nos mira con el ceño fruncido, sus ojos moviéndose rápidamente entre nosotros.

—¿Os conocéis? —pregunta, y hay una nota de preocupación en su voz.

Pero ninguno de los dos responde. Estamos atrapados en este momento imposible, en esta intersección de mundos que nunca deberían haberse cruzado.

El millonario y la camarera.

El cliente y la candidata.

Alexander y Sophie.

Y mientras nos miramos a través de la sala, con el tiempo suspendido y el aire cargado de preguntas sin respuesta, una certeza se asienta en mi pecho, tan clara como dolorosa:

Nada volverá a ser lo mismo después de este encuentro.

CAPÍTULO 10

ALEXANDER

El silencio en la sala es tan denso que podría cortarse con un cuchillo. Los ojos de Sophie, esos ojos marrones con destellos dorados que me han perseguido durante días, están abiertos por la sorpresa. Puedo ver cómo su pecho sube y baja con respiraciones rápidas y superficiales, mientras un rubor intenso se extiende por sus mejillas.

—¿Os conocéis? —repite Victoria, su voz cortando el silencio como un látigo.

Tengo que tomar una decisión. Rápido.

Mi instinto me dice que admita la verdad, que confiese que he estado visitando su cafetería cada mañana solo para verla. Que confiese que he querido pedirle precisamente esto, que sea la madre de mi hijo.

Pero años de entrenamiento en las salas de juntas más despiadadas de Manhattan me han enseñado a no mostrar debilidad. A no revelar mis cartas. Y ahora mismo, Sophie es mi debilidad más grande.

—Es solo mi camarera —digo con una voz deliberadamente fría—. Trabaja en una cafetería cerca de mi oficina. Me sirve café de vez en cuando.

El destello de dolor en sus ojos es tan rápido como devastador. Es como ver a un ciervo herido, y yo he sido el cazador.

Me siento como un auténtico cabrón, pero me digo que es lo mejor que puedo hacer para protegerla. Nadie debe saber lo mucho que significa para mí.

Solo mi camarera. De vez en cuando.

He reducido nuestros encuentros, esos momentos que para mí han sido los más intensos de mis días, a algo trivial. Insignificante.

Veo cómo Sophie endereza su espalda, cómo su barbilla se eleva ligeramente en un gesto de orgullo herido. Está luchando por mantener la compostura, y

mi admiración por ella crece aún más.

—Entiendo —dice Victoria, aunque su tono sugiere que no lo entiende en absoluto—. Bueno, esto es... inesperado, pero no necesariamente un problema. Por favor, Alexander, toma asiento.

Me dirijo a la silla que me indica, frente a las cuatro mujeres. Elizabeth, la rubia, me sonríe con una confianza que roza la arrogancia. Megan, la morena, mantiene una expresión profesional, como si estuviéramos en una entrevista de trabajo. Elena, con su belleza mediterránea, me observa con curiosidad calculada. Y Sophie... Sophie mira hacia abajo, sus largas pestañas proyectando sombras sobre sus mejillas.

—Como te expliqué por teléfono —comienza Victoria, tomando asiento a mi lado—, estas cuatro mujeres han pasado exhaustivos exámenes médicos y psicológicos. Todas cumplen con tus requisitos básicos: salud excelente, inteligencia, discreción y, por supuesto, disposición a aceptar los términos del contrato.

Asiento mecánicamente, pero mi atención está fija en Sophie. En cómo sus manos, esas manos que he observado preparar mi café con tanta gracia, ahora están tensas sobre su regazo, los nudillos blancos por la presión.

—Elizabeth Winters —continúa Victoria, señalando a la rubia—. Treinta años. Licenciada en Economía por Harvard, máster en Finanzas por Wharton. Actualmente trabaja como consultora estratégica. Su familia tiene conexiones en la costa este desde hace generaciones. Sin antecedentes de enfermedades hereditarias.

Elizabeth me dedica otra sonrisa, esta vez inclinándose ligeramente hacia delante, mostrando un escote calculadamente revelador.

Tengo de controlarme para que en mi cara no se refleje lo mucho que me disgusta.

—Es un placer, señor Stone —dice con una voz que ha sido perfeccionada para sonar sensual pero profesional—. He seguido su carrera con interés.

Asiento sin comprometerme a nada.

—Megan Reynolds —prosigue Victoria—. Veintiocho años. Doctorado en Bioquímica por Stanford. Actualmente investiga en el campo de la genética. Familia con tradición académica. Su padre es profesor emérito en Yale, su madre neurocirujana. Tampoco tiene antecedentes de enfermedades hereditarias.

Megan inclina la cabeza en un saludo formal.

—Señor Stone —dice simplemente.

—Elena Clark —continúa Victoria, señalando a la tercera mujer, una morena de ojos verdes y piel aceitunada—. Veintisiete años. Graduada en Relaciones Internacionales por Columbia, con un máster en Diplomacia. Habla cinco idiomas. Familia con conexiones diplomáticas en Europa. Excelente historial médico.

Elena me sonríe con una elegancia estudiada.

—Un honor, señor Stone.

Ninguna de estas mujeres consigue mover nada dentro de mí.

Ninguna consigue hacerme sentir ni una décima parte con sus escotes de lo que logra Sophie con una sola sonrisa.

Y luego, Victoria se gira hacia Sophie, y puedo sentir cómo la tensión en la sala aumenta.

—Sophie Chen —dice, y hay un matiz diferente en su voz, algo casi protector—. Veinticuatro años. Hija de padre inmigrante chino y madre americana. Habla tres idiomas con fluidez: inglés, español y mandarín. Sin estudios universitarios formales, pero con una inteligencia natural y una capacidad de adaptación sobresalientes.

Sophie finalmente levanta la mirada, y el impacto de sus ojos encontrándose con los míos es como un puñetazo en el estómago. Hay tantas emociones ahí: vergüenza, determinación, orgullo herido, y algo más, algo que no puedo descifrar.

—Trabaja como camarera —añado, y me odio por ello, por ese impulso de marcar distancia cuando lo único que quiero es acercarme a ella.

—Sí —confirma Victoria, lanzándome una mirada curiosa—. En Rosie's Diner.

Algo en la forma en que Victoria mira a Sophie me hace sospechar que hay más en su historia, algo que no se está diciendo.

—Bien —digo, intentando mantener mi voz neutral—. Me gustaría hablar con cada una de ellas individualmente. En privado.

Victoria asiente.

—Por supuesto. Hemos preparado una sala contigua. ¿Con quién te gustaría empezar?

Mi corazón dice Sophie. Necesito estar a solas con ella, necesito explicarle, necesito... No sé qué necesito exactamente, pero sé que tiene que ver con ella.

Pero mi cerebro, siempre estratégico, siempre calculando, dice otra cosa.

No puedo dejar ver tan pronto que voy a escoger a Sophie.

Que la escogería en cualquier circunstancia.

—Empezaré con la señorita Winters —digo, y veo cómo Sophie aprieta los labios, un gesto casi imperceptible de decepción.

Victoria asiente y conduce a Elizabeth hacia la sala contigua. Antes de seguirlas, miro una última vez a Sophie. Está mirando por la ventana, su perfil recortado contra la luz dorada del atardecer, y hay tanta dignidad en su postura, tanta fuerza contenida, que me deja sin aliento.

La entrevista con Elizabeth es exactamente lo que esperaba. Es resuelta, ambiciosa, y deja claro que ve este acuerdo como una transacción mutuamente

beneficiosa. No hay pretensiones de romance, no hay ilusiones sobre lo que esto es: un contrato de negocios.

Exactamente todo lo que estaba buscando antes de conocer a Sophie.

—Entiendo perfectamente lo que buscas, Alexander —dice, usando mi nombre de pila sin que yo se lo haya permitido—. Un heredero sin complicaciones emocionales. Puedo darte eso. Y ambos sabemos que nuestros genes producirían un niño excepcional.

Su confianza roza la arrogancia, lo que me desagrada profundamente, pero no puedo negar que es atractiva, inteligente y exactamente el tipo de mujer con la que habría considerado este acuerdo hace una semana.

Antes de Sophie.

La entrevista con Megan es similar, aunque menos agresiva. Es más clínica en su enfoque, hablando del proceso de inseminación, de genética, de probabilidades de éxito en el primer intento.

—Tengo un ciclo extremadamente regular —me informa con la misma naturalidad con la que discutiría el clima—. Eso aumenta nuestras posibilidades de concepción en el primer intento.

La entrevista con Elena es más sofisticada. Habla con la seguridad de alguien que se ha movido en círculos de poder toda su vida.

—Comprendo perfectamente la discreción que requiere un acuerdo como este —dice, cruzando elegantemente sus piernas—. Mi familia siempre ha entendido que algunos arreglos son necesarios para mantener ciertos... legados.

Asiento, fingiendo interés, pero mi mente está en la sala de al lado, con Sophie.

Finalmente, después de lo que parece una eternidad, Victoria acompaña a Elena de vuelta y anuncia:

—Sophie Chen.

Mi corazón se acelera como el de un adolescente antes de su primera cita. Es patético, lo sé, pero no puedo controlarlo.

Sophie entra en la sala con esa gracia natural que me cautivó desde el primer día. Su cabello negro está recogido en un moño bajo, dejando expuesta la curva vulnerable de su cuello.

—Os dejaré solos —dice Victoria, cerrando la puerta tras ella.

El silencio entre nosotros es eléctrico. Sophie permanece de pie, a una distancia prudente, como si temiera acercarse demasiado.

—Siéntate, por favor —digo, señalando la silla frente a mí.

—Prefiero quedarme de pie —responde, y hay un filo en su voz que no había escuchado antes—. No creo que esto vaya a durar mucho.

Su respuesta me sorprende. Esperaba vergüenza, quizás incomodidad, pero no esta determinación fría.

—Sophie —empiezo, y su nombre en mis labios suena como una confesión —, sobre lo que dije antes...

—No es necesario que te expliques —me interrumpe—. Soy solo tu camarera. La que te sirve café de vez en cuando. Lo has dejado muy claro. No esperaba otra cosa.

Hay tanto dolor en sus palabras que me hace querer levantarme, cruzar la distancia entre nosotros y abrazarla. Pero no lo hago. Porque no estoy seguro de que sea lo que ella quiere. Porque no estoy seguro de que sea lo que yo debería querer.

—No fue mi intención... —intento de nuevo, pero ella me corta con un gesto de su mano.

—Mira, estoy aquí por razones que no tienen nada que ver contigo —dice, y hay una desesperación en sus ojos que me desconcierta—. Necesitaba este contrato. Necesitaba el dinero. Así que hagamos esto rápido para que pueda seguir buscando otra solución.

Su franqueza me deja momentáneamente sin palabras. No es lo que esperaba oír. Y, sobre todo, ¿cómo es posible que no tenga claro que la voy a elegir a ella? Que no me iría de aquí sin el mayor premio que la vida podría haberme dado: que quiera ser la madre de mi hijo.

—¿Por qué necesitas el dinero? —pregunto, y mi voz suena más dura de lo que pretendía.

Sophie se tensa visiblemente.

—Eso no es relevante para nuestra transacción, ¿verdad? Tú quieres un hijo, yo necesito dinero. Es un acuerdo comercial, como has dejado claro con tu actitud.

Tiene razón, por supuesto. No debería importarme por qué necesita el dinero. No debería importarme nada más allá de si cumple con los requisitos para ser la madre de mi hijo.

Y sin embargo, me importa. Me importa demasiado.

—Sophie —digo, intentando suavizar mi tono—, hay algo que no entiendo. ¿Por qué estás aquí? Tú no eres... —me detengo, buscando las palabras adecuadas— no pareces el tipo de mujer que haría esto.

Una sonrisa amarga curva sus labios.

—¿Y qué tipo de mujer crees que soy, Alexander? ¿La camarera que te sirve el café cada mañana con una sonrisa? ¿La chica que se sonroja cuando tus dedos rozan los suyos?

Sus palabras me golpean como un puñetazo. Porque sí, esa es exactamente la imagen que tengo de ella. La imagen que he atesorado, que he alimentado en mi mente durante estas semanas.

—Yo soy muchas cosas que no conoces —continúa, su voz temblando ligeramente—. Y una de ellas es una mujer desesperada por dinero. Así que, si no te importa, preferiría que nos ciñéramos al motivo de esta reunión.

Asiento lentamente, recomponiéndome. La he ofendido y ahora tengo que pagar las consecuencias. No tengo problema. Voy a tener todo el tiempo del mundo para solucionarlo.

—De acuerdo —digo, volviendo a mi tono profesional—. Victoria me ha proporcionado tu informe médico. Estás en perfecta salud, sin antecedentes familiares preocupantes.

—Bien —responde secamente.

Antes de que pueda continuar, hay un golpe en la puerta y Victoria asoma la cabeza.

—Perdón por la interrupción, pero hay un asunto que necesito discutir con Sophie antes de que continuéis.

Sophie parece aliviada por la interrupción, lo que solo aumenta mi ansiedad.

—Adelante —digo, recostándome en mi silla.

Victoria entra y cierra la puerta tras ella. Hay una expresión de incomodidad en su rostro que raramente muestra.

—Sophie, cariño —dice, y el término afectuoso me sorprende—, hay un detalle en tu examen médico que creo que deberíamos aclarar con Alexander.

El color abandona el rostro de Sophie tan rápidamente que temo que pueda desmayarse.

—¿Qué detalle? —pregunto, enderezándome en mi asiento, repentinamente alarmado—. ¿Hay algún problema de salud que no me hayas mencionado?

—No, no es un problema de salud —responde Victoria rápidamente—. Es más bien... una condición.

—Por favor, Victoria, no —murmura Sophie, y hay tanta vergüenza en su voz que me desconcierta.

—Sophie es virgen —suelta Victoria finalmente.

El silencio que sigue a sus palabras es absoluto. Mi mente procesa la información una y otra vez, incapaz de asimilarla por completo.

Sophie. Virgen.

La camarera que me ha robado el sueño, la mujer que ha ocupado cada uno de mis pensamientos durante semanas, nunca ha estado con un hombre.

Una oleada de posesividad primitiva me recorre de pies a cabeza, tan intensa que me deja momentáneamente aturdido. La idea de ser el primero, de ser el único, despierta algo dentro de mí que no sabía que existía.

—Entiendo que esto puede ser un inconveniente para el proceso —continúa Victoria, malinterpretando mi silencio—. La inseminación artificial sería más complicada en estas circunstancias, y...

—No será un inconveniente —la interrumpo, mi voz más ronca de lo que esperaba.

Sophie levanta la mirada, sus ojos encontrándose con los míos, y lo que veo en ellos me deja sin aliento. Vulnerabilidad, vergüenza, pero también una determinación feroz.

—No necesito tu lástima —dice, su voz apenas un susurro.

—No es lástima lo que siento, Sophie —respondo, y hay tanta verdad en esas palabras que casi me asustan.

Victoria nos mira alternativamente, claramente desconcertada por la carga emocional que ha surgido entre nosotros.

—Bueno, creo que deberíamos...

—Déjanos solos, Victoria —la corto, sin apartar mis ojos de Sophie.

—Alexander...

—Por favor.

Algo en mi tono debe convencerla, porque asiente brevemente y sale de la sala, cerrando la puerta tras ella.

Sophie parece a punto de seguirla. Da un paso hacia la puerta, sus hombros tensos, todo su cuerpo preparado para huir.

—Quédate —digo, y no es una petición, es una orden.

Ella se detiene, pero no se gira para mirarme.

—No tengo por qué quedarme aquí para que te burles de mí —dice, y el temblor en su voz me parte el alma.

—No me estoy burlando de ti, Sophie —respondo, levantándome y acercándome a ella lentamente, como quien se aproxima a un animal asustado —. Todo lo contrario.

Finalmente se gira, y la vulnerabilidad en sus ojos casi me hace retroceder.

—¿Entonces qué estás haciendo? —pregunta, y hay tanto en esa simple pregunta, tantas capas de significado.

La verdad es que no lo sé. No sé qué estoy haciendo. Solo sé que desde el momento en que la vi por primera vez, algo dentro de mí cambió. Y ahora, sabiendo que es virgen, que nunca ha estado con nadie, ese cambio se ha solidificado en una certeza absoluta.

Pero no puedo decírselo. No todavía. Necesito procesar lo que esto significa, lo que quiero realmente.

Tampoco puedo arriesgarme a asustarla con mi intensidad.

—Estoy considerando todas mis opciones —digo finalmente, manteniendo mi voz deliberadamente neutra—. Y tú eres una de ellas.

Sus ojos se endurecen ante mis palabras.

—Quizás tengas dinero, Alexander, pero eso no te da derecho a humillarme —replica, su voz temblando de indignación.

Jamás ninguna mujer me había parecido tan atractiva.

Me encanta la parte de Sophie que es dulce.

Pero me gusta todavía más la parte que es todo fuego.

Y estoy a punto de arder.

CAPÍTULO 11

ALEXANDER

Las palabras de Sophie flotan en el aire entre nosotros, cargadas de indignación y orgullo herido. «Quizás tengas dinero, Alexander, pero eso no te da derecho a humillarme.» La forma en que pronuncia mi nombre, como si fuera una acusación, me provoca una extraña mezcla de irritación y admiración.

Nadie me habla así. Nadie.

Y sin embargo, aquí está ella, con su vestido azul marino y su barbilla alzada en desafío, diciéndome exactamente lo que piensa de mí. Debería estar furioso. En cambio, me encuentro fascinado.

—No estoy intentando humillarte —digo, manteniendo mi voz controlada —. Estoy intentando entender por qué alguien como tú está aquí.

—¿Alguien como yo? —repite, con una risa amarga—. ¿Te refieres a alguien pobre? ¿A alguien sin estudios en Harvard o conexiones familiares importantes?

—Me refiero a alguien que nunca ha estado con un hombre —aclaro, y veo cómo el rubor se extiende por sus mejillas—. Esto no es... convencional.

Sophie cruza los brazos sobre el pecho, como creando una barrera física entre nosotros.

—Necesito el dinero —dice finalmente—. Es así de simple.

—¿Para qué? —insisto.

—Eso no es relevante.

—Para mí lo es.

Nos miramos fijamente, ninguno dispuesto a ceder. Puedo ver el cansancio en sus ojos, las pequeñas arrugas de preocupación alrededor de su boca que

normalmente no noto cuando me sirve café. Se ve agotada, como si llevara el peso del mundo sobre sus hombros.

Algo en mí se ablanda, muy a mi pesar.

—Sophie —digo, intentando suavizar mi tono—, si vamos a hacer esto, necesito saber en qué me estoy metiendo. Por qué lo estás haciendo tú.

Ella me estudia durante un largo momento, como evaluando si puede confiar en mí. Finalmente, suspira.

—Mi padre está en problemas —admite, y hay tanta vergüenza en su voz que casi me hace apartar la mirada—. Debe dinero. Mucho dinero. A gente peligrosa.

—¿Cuánto? —pregunto, mi mente ya calculando, evaluando opciones.

—Cuarenta y cinco mil dólares.

Una suma insignificante para mí. El equivalente a un reloj en mi colección o una cena en un restaurante exclusivo con clientes importantes.

—¿Y por eso estás dispuesta a tener un hijo con un desconocido? —No puedo evitar que la incredulidad tiña mi voz.

Parece muy poco dinero para un sacrificio tan importante.

—Es mi padre —responde simplemente, como si eso lo explicara todo.

Y quizás lo hace. Yo mismo he hecho cosas que jamás habría imaginado por el legado de mi abuelo. Como aceptar tener un hijo.

—Entiendo —digo, y realmente lo hago—. Pero hay un problema con tu plan.

—¿Cuál? —pregunta, repentinamente alerta.

—Según el contrato, el pago principal se realiza cuando el embarazo está confirmado. Eso podría llevar tiempo. Semanas, tal vez meses.

La veo palidecer.

—No tengo tanto tiempo. Me han dado un mes.

—¿Un mes? —repito, sintiendo cómo la ira comienza a hervir en mi interior —. ¿Te están amenazando?

Ella asiente, y hay tanto miedo en sus ojos que tengo que contenerme para no golpear algo.

—Victoria me prestó diez mil dólares para ganar tiempo, pero necesito el resto antes de que termine el mes o...

No termina la frase. No hace falta.

—Mientras tanto, seguiré trabajando —continúa, enderezando los hombros con determinación—. En Rosie's y... como acompañante. Cada dólar cuenta.

La idea de Sophie trabajando como acompañante de otros hombres, sonriendo para ellos, dejando que la toquen, incluso de manera inocente, hace que algo primitivo y posesivo se despierte dentro de mí.

—No —digo, y mi voz suena más dura de lo que pretendía—. Por encima de mi cadáver.

Sus ojos se agrandan por la sorpresa.

—¿Disculpa?

—No vas a trabajar como acompañante —aclaro, acercándome un paso más a ella—. No vas a servir café a extraños. No vas a hacer nada que te ponga en peligro o te exponga a situaciones... comprometedoras.

—No puedes decidir eso por mí —replica, la indignación encendiendo sus ojos—. No eres mi dueño.

—No, pero voy a ser el padre de tu hijo —digo, y las palabras salen con una certeza que me sorprende incluso a mí mismo—. Y eso significa que tu seguridad y tu bienestar son ahora mi responsabilidad.

Sophie parpadea, claramente desconcertada.

—¿Eso quiere decir que me eliges a mí? —pregunta, y hay tanta sorpresa y vulnerabilidad en su voz que siento una punzada en el pecho.

—Por supuesto —respondo, como si fuera la cosa más obvia del mundo.

La verdad es que no ha habido elección. No realmente. Desde el momento en que la vi al entrar en esa sala, supe que sería ella. Solo ella.

—¿Por qué? —insiste—. ¿Por qué yo y no Elizabeth, o Megan, o Elena? Ellas tienen todo lo que buscas: educación, conexiones, experiencia...

—Tú tienes algo que ellas no tienen —digo, y es la verdad más sincera que he pronunciado en mucho tiempo.

—¿Qué?

A mí. Me tienes a mí, completamente cautivado por ti desde el primer momento en que te vi.

Pero no puedo decir eso. No todavía.

—Autenticidad —digo en su lugar—. Eres real, Sophie. No estás aquí por ambición o por conexiones sociales. Estás aquí por lealtad familiar. Eso es... admirable.

Ella me mira como si estuviera viendo a un extraño.

—¿Cómo puedo fiarme de ti? —pregunta finalmente—. Para ti solo soy «tu camarera». Lo has dejado muy claro hace solo unas horas.

El recordatorio de mis palabras me hace fruncir el ceño. Fue un error táctico, una forma de protegerme a mí mismo, de protegerla a ella. Pero ahora veo que solo la he herido.

—Vas a ser la madre de mi hijo —digo, acercándome otro paso, invadiendo su espacio personal—. Eso significa que te protegeré toda la vida. Con todo lo que tengo. Con todo lo que soy.

Jamás he dicho palabras más sinceras.

Veo cómo traga saliva, cómo su pulso se acelera en la delicada curva de su cuello. Está afectada por mi cercanía, por mis palabras. Bien. Porque yo estoy igualmente afectado por ella.

—Dame el contacto de la persona a la que tu padre debe dinero —digo, sacando mi teléfono—. Ahora mismo.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta, repentinamente alarmada.

—Resolver el problema.

—No es tan simple. Son gente peligrosa, Alexander. No puedes simplemente...

—Sophie —la interrumpo, colocando una mano en su brazo, sintiendo cómo se estremece bajo mi toque—, créeme cuando te digo que también puedo ser peligroso cuando alguien amenaza lo que es mío.

Sus ojos se agrandan ante la posesividad en mi voz. Debería retractarme, suavizar mis palabras, pero no puedo. No cuando se trata de ella.

Con manos temblorosas, saca su teléfono y me muestra un número. Lo copio en el mío.

—Gracias —digo, guardando el teléfono—. Ahora, vamos a llamar a Victoria para que traiga los papeles del contrato. Quiero que esto quede formalizado hoy mismo.

—¿Hoy? —repite, claramente sobrepasada por la velocidad de los acontecimientos—. Pero apenas hemos discutido los términos, las condiciones...

—Los términos son simples —digo, tomando su mano entre las mías, notando lo pequeña y delicada que es en comparación conmigo—. Tendrás todo lo que necesites. Vivirás bajo mi protección. Y me darás un hijo.

La intensidad de mis palabras parece dejarla sin aliento. Nos quedamos así, mirándonos, su mano en la mía, el aire entre nosotros cargado de promesas no dichas y deseos apenas contenidos.

Finalmente, asiente.

—De acuerdo.

Suelto su mano, aunque lo que realmente quiero es atraerla hacia mí, sentir su cuerpo contra el mío, comprobar si sus labios son tan suaves como parecen.

Pero no puedo. No todavía. Ella es virgen, inocente. Y yo soy muchas cosas, pero no un depredador. No voy a asustarla.

Me dirijo a la puerta y la abro.

—Victoria —llamo—, trae los papeles del contrato. La señorita Chen y yo hemos llegado a un acuerdo.

SOPHIE

El mundo se ha vuelto del revés en cuestión de horas. Esta mañana era una camarera desesperada por conseguir dinero para salvar a su padre. Ahora estoy a punto de firmar un contrato para tener un hijo con Alexander Stone, el hombre que ha ocupado mis pensamientos desde que entró por primera vez en la cafetería.

No puede ser real. Cosas así no le pasan a la gente como yo.

Y sin embargo, aquí estoy, sentada frente a un contrato de veinte páginas que detalla cómo voy a convertirme en madre, cómo voy a cambiar mi cuerpo, mi vida, mi futuro, todo por un hombre que hasta hace unas horas me consideraba «solo su camarera», no una persona real.

—¿Alguna pregunta antes de firmar? —Victoria me mira con preocupación maternal, como si pudiera leer la tormenta de emociones que se agita dentro de mí.

Alexander está a mi lado, tan cerca que puedo oler su perfume, una mezcla de bergamota y algo más terroso, masculino. Su presencia es abrumadora, como si absorbiera todo el oxígeno de la habitación.

—Yo... —comienzo, pero las palabras se atascan en mi garganta.

¿Cómo explicar que estoy aterrorizada? ¿Que una parte de mí quiere salir corriendo? ¿Que otra parte, una parte que no quiero reconocer, está electrizada por la idea de pertenecerle, aunque sea a través de un contrato?

—Tal vez deberíamos darle a Sophie un momento para revisar los términos con más calma —sugiere Victoria, lanzando una mirada significativa a Alexander—. Es una decisión importante.

—No hay tiempo —responde él, su voz firme pero no carente de amabilidad—. Sophie necesita resolver un asunto urgente, y yo necesito asegurarme de que está protegida mientras lo hago.

La forma en que dice mi nombre, como si fuera algo precioso, algo que merece ser saboreado, envía escalofríos por mi columna vertebral.

—¿Estás segura de esto, Sophie? —insiste Victoria, ignorando a Alexander —. Nadie te está obligando.

Excepto las circunstancias. Excepto mi padre y sus deudas. Excepto mi propia atracción irracional hacia el hombre sentado a mi lado.

—Estoy segura —digo, y para mi sorpresa, mi voz suena más firme de lo que me siento—. ¿Dónde firmo?

Victoria señala varias líneas marcadas con pequeñas pestañas. Mientras firmo cada página, siento la mirada intensa de Alexander sobre mí, siguiendo cada movimiento de mi mano.

—Con esto queda formalizado —dice Victoria cuando termino la última firma—. Felicidades a ambos.

La palabra suena extraña en este contexto. No es una boda. No es una celebración. Es un contrato comercial para crear una vida.

Y sin embargo, cuando Alexander toma el bolígrafo de mis dedos, rozándolos deliberadamente, siento una chispa de algo que no debería estar presente en una transacción de negocios.

Deseo.

Puro y simple deseo.

Por un hombre que me ha comprado. Por un hombre que ahora tiene derechos legales sobre mi cuerpo, sobre el hijo que vamos a crear juntos.

Es aterrador. Y al mismo tiempo, extrañamente excitante.

Victoria nos observa con una expresión indescifrable, como si estuviera presenciando algo que no esperaba.

—Os dejaré para que discutáis los detalles —dice, levantándose—. Sophie, mi despacho está siempre abierto si necesitas hablar.

Asiento, agradecida por su apoyo, aunque no estoy segura de qué me está ofreciendo exactamente. ¿Consejos? ¿Una vía de escape?

Cuando Victoria cierra la puerta tras ella, Alexander se gira hacia mí, su expresión repentinamente seria.

—Necesito que entiendas algo, Sophie —dice, su voz baja e intensa—. Esto no es solo un contrato para mí. Es un compromiso. Contigo y con nuestro futuro hijo.

La palabra «nuestro» hace que algo se retuerza en mi interior. Suena tan íntimo, tan personal, cuando en realidad apenas nos conocemos.

—Apenas me conoces —digo, verbalizando mis pensamientos—. No sabes quién soy realmente.

—Sé lo suficiente —responde, y hay tal certeza en su voz que casi le creo—. Sé que eres leal hasta el punto de poner tu propio cuerpo en riesgo por tu familia. Sé que trabajas duro, que eres inteligente aunque no hayas tenido las oportunidades que otros han tenido. Sé que tienes una sonrisa que ilumina toda la cafetería cuando decides regalarla al mundo.

Me quedo sin palabras. Ha notado cosas sobre mí que ni yo misma había considerado importantes.

—Y sé —continúa, acercándose hasta que nuestras rodillas casi se tocan— que pronto seremos mucho más. ¿Lo entiendes?

No puedo decir que no. Sería una mentira, y ya hay demasiadas complicaciones en esta situación como para añadir falsedades.

—Sí, lo hago —aseguro, y las palabras salen casi como un suspiro.

—Tenemos que irnos —dice Alexander, consultando su reloj—. Mi chófer está esperando abajo.

Me levanto, alisando mi vestido con manos que de repente parecen no pertenecerme. Todo esto es surreal.

Estoy a punto de entregar mi vida a un hombre que podría destrozarme con la misma facilidad con la que firma un contrato.

«No es el principio de una historia romántica», me recuerdo mientras lo sigo hacia la puerta. «Es un contrato frío para tener un hijo. Nada más.»

Pero cuando Alexander coloca su mano en la parte baja de mi espalda para guiarme hacia el ascensor, cuando siento el calor de su palma a través de la tela de mi vestido, cuando noto cómo su pulgar traza pequeños círculos casi imperceptibles sobre mi columna, sé que estoy en problemas.

Porque a pesar de todas mis advertencias internas, a pesar de todos mis intentos de mantener la cabeza fría, hay una parte de mí que ya está soñando con algo más.

Una parte que ya está imaginando cómo sería si esto fuera real. Si él realmente me quisiera a mí, no solo al hijo que puedo darle.

Y esa parte, esa parte soñadora y tonta, es la que más temo.

Porque en el mundo real, los hombres como Alexander Stone no se enamoran de chicas como yo.

Y cuanto antes lo acepte, menos dolerá cuando todo termine.

CAPÍTULO 12

SOPHIE

El ascensor desciende con un zumbido apenas perceptible, tan silencioso que puedo escuchar mi propio corazón latiendo como un tambor descontrolado. Alexander está a mi lado, tan cerca que nuestros brazos casi se rozan. No ha dicho una palabra desde que salimos de la oficina de Victoria, pero su presencia llena el pequeño espacio como una tormenta contenida.

No me puedo creer que me haya elegido a mí.

Su perfume —bergamota, cedro y algo indefiniblemente masculino— me envuelve, haciendo que mi cabeza dé vueltas. Intento mantener la compostura, fingir que esto es normal. Que firmar un contrato para tener un hijo con un desconocido es algo que hago todos los días.

Un desconocido que, en realidad, no lo es tanto. Un desconocido cuyos ojos azul grisáceo se han grabado en mi memoria. Un desconocido cuya voz grave hace que mi piel se erice cada vez que pronuncia mi nombre.

Las puertas se abren con un suave tintineo, devolviéndome a la realidad. Como si toda esta situación fuera un sueño del que voy a despertar en cualquier momento.

—Bueno —digo, cuando llegamos a la entrada principal, intentando que mi voz suene casual—. Supongo que deberíamos hablar sobre cuándo nos volveremos a ver para... ya sabes, discutir los detalles.

Alexander se detiene en seco y me mira como si acabara de decir la cosa más absurda del mundo.

—¿Qué quieres decir con «volvernos a ver»? —pregunta, su ceño frunciéndose en una expresión que hace que mi estómago dé un vuelco.

—Pues... —tartamudeo, repentinamente insegura—. Tengo que volver a casa, organizar...

—No vas a ir a ninguna parte —me interrumpe, su tono no admite discusión—. Por si no lo has entendido todavía, Sophie, desde este momento no vamos a separarnos. No voy a dejar que te alejes de mí. Vas a venir a mi casa.

Mi corazón da un salto traicionero ante sus palabras. Una parte de mí, una parte que no quiero reconocer, se derrite ante su actitud posesiva. Pero otra parte, la que siempre ha luchado por su independencia, se rebela.

Con este hombre, paso del frío al calor en cuestión de segundos.

—En el contrato pone que viviremos juntos una vez quede embarazada —le recuerdo, cruzando los brazos sobre el pecho en un gesto defensivo.

—Eso ha cambiado.

—Acabamos de firmarlo —señalo, incrédula—. Hace literalmente diez minutos.

Alexander se acerca un paso más, invadiendo mi espacio personal. Es tan alto que tengo que inclinar la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual. Sus ojos, normalmente claros, se han oscurecido hasta adquirir el color de un océano en plena tormenta.

—Me da igual lo que ponga en ese papel —dice, su voz baja e intensa—. No voy a dejarte sola sabiendo que hay gente peligrosa amenazándote. No voy a permitir que vuelvas a ese apartamento, o a ese trabajo, o a esa vida. Desde hoy, estás bajo mi protección. Y eso significa que te vienes conmigo a casa. Ahora.

Debería sentirme ofendida. Debería recordarle que no tiene derecho a decidir por mí. Que no soy una posesión que pueda reclamar.

Pero hay algo en la forma en que me mira, con esa mezcla de determinación y algo más profundo, algo que parece casi... preocupación, que hace que las palabras de protesta mueran en mis labios.

—Ni siquiera tengo mi ropa —digo finalmente, un último y débil intento de resistencia.

Una sonrisa, pequeña pero real, curva sus labios.

—Eso tiene fácil solución. Contrataré un servicio de mudanzas para que recoja tus cosas mañana. Mientras tanto, vamos a comprarte lo que necesites para pasar la noche.

—¿Comprarme...?

—Sí, Sophie —dice, y hay un toque de diversión en su voz—. Comprarte ropa. Artículos de aseo. Lo que necesites.

Mi mente intenta procesar lo que está sucediendo. En menos de un día, he pasado de preocuparme por cómo pagar el alquiler a tener a Alexander Stone ofreciéndose a comprarme un nuevo guardarropa.

Es demasiado. Demasiado rápido. Demasiado irreal.

—No puedo aceptar eso —murmuro, aunque incluso a mis propios oídos sueno poco convincente.

—Puedes y lo harás —responde, y su tono no admite réplica—. Ahora, vamos. Mi coche está esperando.

Sin darme tiempo a protestar más, coloca su mano en la parte baja de mi espalda y me guía hacia la salida. Su toque, firme pero sorprendentemente gentil, envía ondas de calor a través de mi cuerpo.

Afuera, un Bentley negro brillante espera junto a la acera. Un hombre de mediana edad con traje oscuro se apresura a abrir la puerta trasera cuando nos ve.

—Señor Stone, señorita —saluda con respeto.

—Thomas —responde Alexander con un breve asentimiento—. Al centro comercial de Hudson Yards, por favor.

—Enseguida, señor.

Me deslizo en el interior del coche, sintiendo inmediatamente la suavidad del cuero bajo mis dedos. El interior huele a nuevo y a lujo, un aroma que nunca he asociado con mi vida.

Alexander se sienta a mi lado, tan cerca que nuestros muslos casi se tocan. El espacio, aunque amplio para un coche, de repente parece demasiado pequeño para contener su presencia.

—¿Estás bien? —pregunta, estudiándome con esos ojos que parecen ver demasiado.

—Esto es una locura —respondo honestamente—. Toda esta situación. Tú. Yo. El contrato. Todo.

Para mi sorpresa, sonríe. Una sonrisa real que transforma su rostro, suavizando sus facciones y haciendo que mi corazón dé un vuelco traicionero.

—Lo sé —admite—. Pero a veces la locura es exactamente lo que necesitamos.

No sé qué responder a eso, así que me quedo en silencio, observando cómo Manhattan pasa junto a la ventanilla. Los edificios de cristal y acero se elevan hacia el cielo, reflejando la luz del atardecer en tonos dorados y rosados. Es la misma ciudad en la que he vivido toda mi vida, pero hoy parece diferente. Como si yo fuera diferente.

Y quizás lo soy. Quizás la Sophie que se subió a este coche ya no es la misma que servía cafés esta mañana.

Hudson Yards es el epítome del lujo moderno. Un complejo comercial tan opulento que normalmente ni siquiera me atrevería a entrar, convencida de que los guardias de seguridad detectarían mi falta de saldo bancario y me escoltarían amablemente a la salida.

Pero hoy, con Alexander Stone caminando a mi lado como si fuera lo más natural del mundo, las puertas se abren ante nosotros y nadie cuestiona mi presencia.

—¿Por dónde quieres empezar? —pregunta, mirando a su alrededor como si todo el centro comercial fuera simplemente un catálogo del que elegir.

—No lo sé —respondo, sintiéndome repentinamente abrumada—. Nunca he estado aquí.

Alexander me mira con una expresión que no puedo descifrar.

—¿Nunca?

—No es exactamente el tipo de lugar al que va alguien con mi presupuesto —explico, intentando que no suene a reproche.

Algo parpadea en sus ojos, una emoción que desaparece antes de que pueda identificarla.

—Bueno, eso ha cambiado —dice, tomando mi mano en un gesto tan natural que apenas tengo tiempo de registrar el shock eléctrico que me recorre al sentir sus dedos entrelazados con los míos—. Vamos a empezar por lo básico.

Lo básico, según Alexander Stone, incluye aparentemente la tienda más exclusiva de lencería que he visto en mi vida. Paredes de color crema, iluminación suave, y prendas que parecen demasiado delicadas para ser reales.

—No puedo entrar ahí contigo —susurro, horrorizada ante la idea de que me vea eligiendo ropa interior.

—¿Por qué no? —pregunta, genuinamente confundido.

—Porque es... —siento el calor subir a mis mejillas— privado.

Una sonrisa lenta, casi depredadora, curva sus labios.

—Sophie, voy a verte con mucho menos que ropa interior muy pronto. ¿O vas a dar a luz a nuestro hijo completamente vestida?

El aire abandona mis pulmones ante sus palabras. La imagen mental que evoca es tan vívida, tan intensa, que por un momento me olvido de respirar.

—Pero —continúa, su voz suavizándose al ver mi expresión—, entiendo que esto es nuevo para ti. Te esperaré aquí. Tómate tu tiempo.

Con eso, me suelta la mano y da un paso atrás, dejándome espacio. El gesto, tan considerado en medio de su habitual actitud dominante, me desconcierta.

—Gracias —murmuro, y me apresuro a entrar en la tienda antes de que pueda cambiar de opinión.

Una dependienta con un traje negro impecable se acerca inmediatamente.

—¿Puedo ayudarla? —pregunta, su sonrisa profesional pero cálida.

—Yo... necesito algunas cosas —respondo vagamente, sin saber por dónde empezar.

—¿Es para alguna ocasión especial? —insiste, echando un vistazo hacia donde Alexander espera fuera, su presencia imposible de ignorar incluso a través del cristal de la tienda.

—No, para nada —digo, y luego, sin saber por qué, añado—: Es complicado.

La mujer sonríe, esta vez con genuina simpatía.

—Las mejores cosas siempre lo son. Venga, le mostraré algunas opciones.

Lo que sigue es una vorágine de seda, encaje y colores que nunca habría considerado para mí misma. La dependienta, cuyo nombre resulta ser Anna, tiene un ojo experto y pronto me encuentro en el probador con una selección de conjuntos que hacen que mi ropa interior de algodón parezca trapos en comparación.

—Tu novio parece impaciente —comenta Anna cuando salgo con mi selección final: tres conjuntos en tonos suaves que, aunque elegantes, no me hacen sentir como si estuviera disfrazándome de alguien que no soy.

—No es mi novio —corrijo automáticamente.

Anna arquea una ceja, mirando de nuevo hacia Alexander, que ahora está hablando por teléfono, su postura tensa y dominante incluso en esa actividad mundana.

—¿Estás segura? Porque la forma en que te mira...

Mi corazón da un vuelco, aunque sé que la dependienta está equivocada. Todo lo que Alexander ve en mí es a la madre de su fututo hijo.

—Es complicado —repito, porque ¿cómo explicar lo que Alexander y yo somos? ¿Contratante y contratada? ¿Futuro padre y futura madre? ¿Dos extraños unidos por un contrato?

—Lo entiendo —dice Anna, aunque obviamente no puede—. ¿Quieres que lo cargue a su cuenta?

—¿Qué? No, yo...

—El señor Stone ya ha dejado instrucciones —me interrumpe con una sonrisa—. Todo lo que elijas va a su cuenta.

Por supuesto que lo ha hecho. El hombre que quiere controlar cada aspecto de mi vida ha asumido también el control de mis compras.

Debería estar molesta. Debería insistir en pagar mis propias cosas, pero ambos sabemos que no puedo permitírmelo. Debería de haberle dicho que fuésemos a otro sitio…

Sin embargo.

Estoy cansada. Cansada de luchar. Cansada de preocuparme por cada céntimo. Y si soy completamente honesta conmigo misma, hay algo extrañamente liberador en dejar que alguien más se haga cargo por una vez.

—Está bien —accedo finalmente—. Gracias.

Cuando salgo de la tienda con una bolsa elegante en la mano, Alexander termina su llamada y se gira hacia mí. Sus ojos recorren la bolsa y luego vuelven a mi rostro, una pregunta silenciosa en ellos.

—Todo bien —le aseguro, aunque no estoy segura de si me lo estoy diciendo a él o a mí misma.

Asiente, aparentemente satisfecho.

—Bien. Ahora, ropa.

Lo que sigue es una experiencia surrealista. Alexander me lleva de tienda en tienda, insistiendo en que me pruebe cualquier cosa que mire durante más de dos segundos. Vestidos, pantalones, blusas, chaquetas... prendas que normalmente solo admiraría desde lejos ahora están siendo colocadas en mis manos con la expectativa de que las acepte.

—No necesito tanto —protesto débilmente cuando salimos de la tercera tienda, mis brazos ya cargados con bolsas.

—No se trata de lo que necesitas —responde, tomando las bolsas de mis manos con una facilidad que me recuerda la diferencia física entre nosotros—. Se trata de lo que mereces.

Sus palabras me dejan sin aliento. Nadie, nunca, ha pensado que merezco algo así. Ni siquiera yo misma.

—Alexander —digo, deteniéndome en medio del pasillo—. Esto es demasiado. No puedo...

—Puedes —me interrumpe, su voz suave pero firme—. Y lo harás. Porque me complace dártelo. ¿Entiendes?

Hay algo en su tono, una intensidad que va más allá de la generosidad casual, que me hace preguntarme qué está pasando realmente en su cabeza.

Ojalá pudiera saberlo.

—Una tienda más —dice, antes de que pueda seguir protestando—. Necesitas algo para dormir esta noche.

No lucho y entro tras él.

Y así es como, media hora después, salgo del centro comercial con un montón de bolsas que probablemente cuestan más que todo el dinero que

podría haber ganado en un año, con Alexander Stone, sintiéndome como si hubiera caído en un universo paralelo donde las camareras con padres problemáticos pueden convertirse, de la noche a la mañana, en princesas de cuento.

Excepto que esto no es un cuento. Y Alexander no es un príncipe.

Es un hombre de negocios que ha hecho un trato. Y yo soy simplemente parte de ese trato.

O al menos, eso es lo que intento recordarme mientras subimos de nuevo al Bentley y Thomas nos conduce a través de Manhattan, hacia lo que Alexander ha llamado casualmente «casa».

Nada podría haberme preparado para el ático de Alexander.

Cuando el ascensor privado se abre directamente en el vestíbulo, me quedo momentáneamente sin palabras. El espacio que se extiende ante mí es tan vasto, tan lujoso, que parece sacado de una revista de decoración de alta gama.

Techos altísimos, ventanales del suelo al techo que ofrecen una vista panorámica de Central Park, muebles que parecen diseñados específicamente para este espacio. Todo en tonos neutros —grises, blancos, negros— con toques ocasionales de azul que me recuerdan al color de sus ojos.

—Bienvenida a casa —dice Alexander, observando mi reacción con una expresión que no puedo descifrar.

Casa. La palabra suena extraña, casi absurda, aplicada a este palacio en el cielo que no se parece en nada al pequeño apartamento que he compartido con mi padre durante años.

—Es... —empiezo, sin encontrar las palabras adecuadas—. Es impresionante.

Alexander asiente, como si mi asombro fuera la respuesta esperada.

—Ven, te mostraré el resto.

Me guía a través de espacios que parecen sacados de mis sueños más extravagantes. Una cocina que haría llorar a un chef profesional. Un salón con una chimenea de gas que parece flotar en medio de la pared. Un comedor con capacidad para doce personas, aunque dudo que Alexander entretenga a tantos invitados a menudo.

Y luego, las habitaciones. Plural. Porque por supuesto, Alexander Stone no tiene simplemente un dormitorio, sino un ala entera dedicada a espacios privados.

—Esta será tu habitación —dice, abriendo una puerta para revelar un espacio que es más grande que todo mi apartamento actual.

Una cama king-size domina el centro, cubierta con lo que parece ser la ropa de cama más lujosa que he visto jamás. Más ventanales, más vistas imposibles de la ciudad. Un vestidor que podría albergar diez veces la cantidad de ropa que poseo, incluso después de nuestra excursión de compras.

—Mi habitación está al final del pasillo —continúa, señalando hacia una puerta cerrada—. Y este —abre otra puerta dentro de mi habitación— es tu baño.

«Mi baño» resulta ser un spa en miniatura, con una bañera lo suficientemente grande como para nadar y una ducha con más configuraciones de las que sabría usar.

Es demasiado. Demasiado grande, demasiado lujoso, demasiado... todo.

—Alexander —digo, mi voz apenas un susurro—. No puedo quedarme aquí.

Se gira hacia mí, su expresión repentinamente seria.

—¿Por qué no?

—Porque no pertenezco a este lugar. A este mundo. Es como si hubiera caído en una película y en cualquier momento alguien va a gritar «corten» y

tendré que volver a la realidad.

Para mi sorpresa, se acerca y toma mi rostro entre sus manos. Sus palmas son cálidas contra mis mejillas, sus dedos largos y elegantes rozando suavemente mi piel.

—Escúchame bien, Sophie —dice, su voz baja e intensa—. Perteneces exactamente a donde yo diga que perteneces. Y ahora mismo, eso es aquí. Conmigo. En esta casa. En esta vida. ¿Entiendes?

Debería sentirme ofendida por su tono posesivo. Debería recordarle que no soy una posesión que pueda colocar a su antojo.

Pero hay algo en sus ojos, una vulnerabilidad que contradice la dureza de sus palabras, que hace que mi corazón se acelere de una manera que no tiene nada que ver con la indignación.

—Sí —respondo, y para mi sorpresa, lo digo en serio—. Entiendo.

Sus ojos se oscurecen, y por un momento, un momento cargado de electricidad y posibilidades, creo que va a besarme. Que va a cerrar la distancia entre nosotros y reclamar mis labios como parece haber reclamado todo lo demás en mi vida.

Pero entonces, tan rápidamente como se acercó, se aparta.

—Bien —dice, su voz volviendo a su tono habitual de control—. Mandaré que suban tus compras. Cenaremos en una hora. Ponte cómoda.

Y con eso, se va, dejándome sola en una habitación más grande que cualquier espacio en el que haya vivido, con la sensación persistente de sus manos en mi rostro y la certeza de que, por mucho que intente negarlo, ya estoy cayendo por un precipicio del que no hay vuelta atrás.

CAPÍTULO 13

SOPHIE

El sol de la mañana se filtra a través de las cortinas traslúcidas, bañando la habitación en una luz dorada que me desorienta por completo. Durante un instante, no reconozco dónde estoy. La cama es demasiado grande, las sábanas demasiado suaves, el techo demasiado alto.

Y entonces lo recuerdo todo.

Alexander. El contrato. Mi nueva vida.

Me incorporo lentamente, deslizando mis dedos por las sábanas de algodón egipcio que se sienten como una caricia contra mi piel. Nunca había dormido en algo tan lujoso, y mi cuerpo, acostumbrado a un colchón barato con muelles que se clavaban en lugares incómodos, se siente extrañamente descansado a pesar del torbellino de emociones que me ha mantenido despierta durante gran parte de la noche.

El reloj de la mesilla marca las 8:17 de la mañana. Normalmente, a esta hora ya llevaría más de dos horas trabajando en Rosie's. La idea de que nunca más tendré que madrugar para servir cafés me produce una mezcla confusa de alivio y nostalgia.

Me levanto y me dirijo al baño, donde paso varios minutos intentando descifrar cómo funciona la ducha con sus múltiples configuraciones. Cuando finalmente consigo la temperatura perfecta, el agua cae sobre mí como una lluvia cálida, y me permito un momento de pura indulgencia, dejando que lave no solo mi cuerpo sino también mis preocupaciones.

Envuelta en una toalla más grande y esponjosa que cualquiera que haya usado antes, regreso a la habitación para enfrentarme al dilema de qué ponerme. Las bolsas de nuestras compras de ayer están cuidadosamente colocadas sobre un diván junto a la ventana. Me acerco y empiezo a revisar su

contenido, todavía sin poder creer que todas estas prendas ahora me pertenecen.

Finalmente me decido por unos vaqueros oscuros que se ajustan a mis curvas de una manera que nunca había experimentado con mi ropa de segunda mano, y un suéter de cachemira verde claro que se siente como una nube contra mi piel. La etiqueta que olvidé quitar todavía cuelga de la manga, y cuando veo el precio —trescientos noventa dólares— tengo que sentarme un momento para recuperar el aliento.

Con un par de respiraciones profundas, me recuerdo que esto es parte de mi nueva realidad. Una realidad en la que el hombre más intimidante y sexy que he conocido ha decidido que voy a ser la madre de su hijo.

Después de secarme el pelo y aplicar un mínimo de maquillaje —otro lujo que raramente me permitía—, me armo de valor para salir de la habitación y enfrentarme a Alexander.

Si es que todavía está en casa a esta hora.

Todo se siente tan irreal.

El pasillo está en silencio, pero puedo oler café recién hecho y algo dulce horneándose. Sigo el aroma hasta la cocina, donde me detengo en seco ante la visión que me recibe.

Alexander está de pie junto a la isla de la cocina, vestido con un traje gris oscuro que parece haber sido creado específicamente para acentuar la amplitud de sus hombros y la estrechez de su cintura. Su pelo, todavía ligeramente húmedo de la ducha, está peinado hacia atrás con precisión, excepto por el mechón rebelde que cae sobre su frente. Está concentrado en su tablet, una taza de café humeante a su lado, y la luz de la mañana dibuja su perfil como si fuera una estatua clásica cobrada vida.

Es tan guapo que duele mirarlo.

Como si sintiera mi presencia, levanta la vista. Sus ojos, de ese azul grisáceo que me ha robado el sueño, recorren mi figura de pies a cabeza, y siento un calor que no tiene nada que ver con la temperatura de la habitación extendiéndose por mi cuerpo.

—Buenos días —dice, y su voz profunda envía un escalofrío por mi columna vertebral—. ¿Has dormido bien?

—Sí, gracias —respondo, avanzando tímidamente hacia la isla—. La cama es... increíble.

Una sonrisa casi imperceptible curva sus labios.

—Me alegro. ¿Café?

Asiento, agradecida por tener algo que hacer con mis manos. Alexander se mueve con una eficiencia elegante, sirviéndome una taza de una cafetera que parece sacada de un laboratorio de ciencia ficción.

—¿Leche, azúcar? —pregunta, y hay algo extrañamente íntimo en que descubra mis preferencias de café cuando yo he preparado el suyo tantas veces.

—Con un poco de leche y sin azúcar —respondo.

—He pedido el desayuno —dice, señalando hacia una bandeja cubierta sobre la encimera—. Hay croissants, fruta fresca, yogur... No estaba seguro de qué te gustaría.

La consideración me desconcierta. Es tan diferente de la imagen del CEO despiadado que había construido en mi mente.

—Gracias —murmuro, tomando un croissant que resulta ser el más delicioso que he probado jamás—. No tenías que molestarte.

—No es molestia —responde, volviendo a su tablet—. Necesito que estés bien alimentada.

Su comentario hace que mi estómago dé un salto de placer. Como si mi bienestar fuera una prioridad personal para él. Como si yo importara.

Si no supiese que su interés es por nuestro contrato, casi podría creérmelo.

Comemos en un silencio sorprendentemente cómodo, interrumpido solo por el suave tintineo de las tazas contra los platillos. Es extraño lo rápido que la presencia de alguien puede volverse familiar, incluso reconfortante.

Finalmente, Alexander deja su tablet a un lado y me mira directamente.

—Tengo que ir a la oficina, debería de haber estado hace mucho rato —dice, y por un momento creo detectar reticencia en su voz—. Pero antes, quería darte esto.

Saca algo de su bolsillo y lo desliza sobre la isla hacia mí. Es una tarjeta de crédito negra, sin números visibles, solo su nombre grabado en relieve.

—¿Qué es esto? —pregunto, aunque es bastante obvio.

Aun así, no me lo puedo creer.

—Tu tarjeta de crédito —responde simplemente—. Sin límite. Para que compres lo que necesites.

Miro la tarjeta como si fuera una serpiente venenosa.

—No puedo aceptar esto.

Alexander arquea una ceja, ese gesto tan suyo que indica que no está acostumbrado a que le lleven la contraria.

—No es una cuestión de aceptar o no, Sophie. Es tuya. Necesitas decorar tu habitación, comprar más ropa, cualquier cosa que quieras o necesites.

—Pero...

—No hay peros —me interrumpe, su tono suavizándose—. Ahora eres parte de mi vida. Y en mi vida, no hay restricciones financieras.

Trago saliva, intentando procesar lo que esto significa. Una tarjeta sin límite. La libertad financiera con la que siempre he soñado, entregada así, sin más.

—No sé qué decir —admito finalmente.

—No tienes que decir nada —responde, levantándose y rodeando la isla hasta quedar frente a mí—. Solo úsala. Hazme ese favor.

Está tan cerca que puedo oler su aftershave, esa mezcla de bergamota y cedro que ya asocio irremediablemente con él. Su altura me obliga a inclinar la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual, y hay algo tan intensamente masculino en esa diferencia de estatura que hace que mi corazón se acelere.

—Vale —accedo finalmente, tomando la tarjeta—. Gracias.

Una sonrisa real ilumina su rostro, transformándolo por completo. Es como ver el sol salir después de una tormenta, y me deja momentáneamente sin aliento.

—Bien —dice, y entonces se inclina hacia mí.

El tiempo se detiene. Mi corazón da un vuelco tan violento que casi duele. Va a besarme. Alexander Stone va a besarme.

Mis ojos se cierran instintivamente, mis labios se entreabren en anticipación...

Y entonces siento su boca, no en mis labios, sino en mi mejilla. Un beso suave, casto, pero que de alguna manera me afecta más que cualquier beso apasionado que pudiera haber imaginado.

—Hasta esta noche —murmura contra mi piel, y luego se aparta.

Me quedo inmóvil, incapaz de hablar, mientras lo veo recoger su maletín y dirigirse hacia la puerta. Solo cuando escucho el ascensor cerrarse tras él, suelto el aliento que no sabía que estaba conteniendo.

Mi mano se eleva automáticamente para tocar el lugar donde sus labios han estado, y la piel me hormiguea como si hubiera sido marcada.

¿Qué me está pasando? Esto es un acuerdo comercial. Un contrato para tener un hijo mediante inseminación artificial, como está claramente estipulado en los documentos que firmé. No hay lugar para estos sentimientos, esta atracción, esta... lo que sea que esté creciendo dentro de mí.

Alexander no me quiere a mí. Quiere un hijo. Un heredero. Y yo soy simplemente el medio para conseguirlo.

Pero por más que intento recordármelo, no puedo borrar la sensación de sus labios en mi mejilla, ni la forma en que sus ojos se oscurecieron cuando me vio esta mañana, ni cómo su voz cambió cuando dijo que ahora soy parte de su vida.

Con un suspiro, guardo la tarjeta en el bolsillo de mis vaqueros y me dispongo a explorar mi nuevo hogar a la luz del día. Necesito distraerme, necesito pensar en otra cosa que no sea Alexander Stone y la forma en que mi cuerpo reacciona a su presencia.

La mañana transcurre en un borrón de descubrimientos. El apartamento es aún más impresionante de lo que parecía anoche. Cada habitación revela nuevos lujos: una biblioteca con estanterías del suelo al techo llenas de primeras ediciones, un gimnasio privado con equipamiento de última generación, incluso una pequeña sala de cine con butacas de cuero.

Es como vivir en un hotel de cinco estrellas, pero con la inquietante sensación de que todo esto pertenece a un hombre que apenas conozco. Un hombre que, en menos de veinticuatro horas, ha alterado completamente el curso de mi vida.

Estoy examinando los títulos en la biblioteca cuando mi teléfono suena. El nombre de mi padre parpadea en la pantalla, y mi estómago se contrae con una mezcla de alivio y ansiedad.

—¿Papá? —respondo, mi voz más aguda de lo normal—. ¿Estás bien?

—¡Sophie, cariño! —Su voz suena extrañamente animada—. Estoy más que bien. ¡Soy un hombre libre!

Frunzo el ceño, confundida.

—¿Qué quieres decir?

—Tus amigos pagaron toda mi deuda —explica, y puedo imaginar su sonrisa, esa que siempre aparece cuando cree haber encontrado una solución mágica a sus problemas—. No sé cómo lo has hecho, pero gracias, princesa. Siempre supe que encontrarías la manera de ayudarme.

Un peso que no sabía que llevaba se levanta de mis hombros. Alexander cumplió su promesa. Mi padre está a salvo. Por ahora.

—Me alegro, papá —digo sinceramente—. Pero por favor, prométeme que no volverás a apostar. Esta vez tuvimos suerte, pero...

—¡Suerte! —me interrumpe con una risa—. La suerte está cambiando, Sophie. Puedo sentirlo. Con el dinero que me has conseguido, puedo finalmente hacer esa gran jugada que he estado planeando. Esta vez será diferente, te lo prometo. Esta vez nos sacaré de la pobreza para siempre.

El alivio se evapora tan rápido como llegó, reemplazado por un horror helado que me deja sin aliento.

—¿Qué dinero? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta—. Papá, ese dinero era para pagar tu deuda, no para que sigas apostando.

—Y está pagada —insiste—. Pero me han dejado un poco, y tengo un presentimiento sobre...

—No —lo corto, la rabia y la desesperación formando un nudo en mi garganta—. No puedes seguir así. Te van a matar, papá. O peor, te van a seguir extorsionando para siempre, y yo no podré salvarte la próxima vez.

Hay un silencio al otro lado de la línea, y cuando habla de nuevo, su voz ha perdido toda la alegría.

—No entiendes nada, Sophie. Nunca lo has entendido. Esta es nuestra oportunidad.

—Nuestra oportunidad de qué, ¿de arruinarnos otra vez? —Las lágrimas empiezan a correr por mis mejillas—. Por favor, papá. Deja de apostar. Busca

ayuda. Yo puedo ayudarte a encontrar un programa, un terapeuta...

—No necesito terapia —me interrumpe, su voz endureciéndose—. Necesito que mi hija confíe en mí por una vez.

—He estado confiando en ti toda mi vida —respondo, mi voz quebrándose —. Y mira dónde nos ha llevado.

Otro silencio, este más largo y pesado.

—Tengo que irme —dice finalmente—. Te llamaré cuando tenga buenas noticias.

—Papá, espera...

Pero la línea ya está muerta.

Intento llamarlo de vuelta, una, dos, tres veces, pero va directamente al buzón de voz. Ha apagado el teléfono.

Me dejo caer en uno de los sillones de la biblioteca, las lágrimas fluyendo libremente ahora. ¿Cómo he podido ser tan ingenua? ¿Cómo he podido pensar que esta vez sería diferente? Mi padre nunca cambiará. Y yo seguiré intentando salvarlo, una y otra vez, hasta que no quede nada de mí para salvar.

El pensamiento me golpea con una claridad dolorosa: no importa lo que haga, lo que sacrifique, nunca será suficiente. Mi padre seguirá apostando, seguirá endeudándose, seguirá poniendo su vida en peligro. Y yo seguiré estando ahí, recogiendo los pedazos, hasta que uno de los dos se rompa definitivamente.

Y por primera vez en mi vida, me permito considerar la posibilidad de que quizás, solo quizás, no puedo salvarlo. Quizás nadie puede.

La conclusión me deja vacía, agotada, como si hubiera corrido una maratón emocional. Me quedo sentada allí, en medio de toda esta opulencia que no me pertenece, llorando por un hombre que se niega a ser salvado.

CAPÍTULO 14

ALEXANDER

La sala de juntas está llena de ejecutivos en trajes caros y expresiones serias, todos esperando a que tome una decisión sobre la adquisición de MediaGlobe. Es el tipo de reunión que normalmente disfrutaría: estrategia, números, poder. El juego que mejor sé jugar.

Pero hoy no puedo concentrarme. Mi mente sigue volviendo a mi apartamento, a Sophie, a cómo se veía esta mañana con ese suéter verde que hacía que sus ojos brillaran como ámbar líquido.

Jamás he estado más distraído en mi vida.

—Señor Stone —la voz de Harrison, mi director financiero, me devuelve a la realidad—, ¿qué opina de la contraoferta?

Todos me miran, esperando la respuesta que determinará el futuro de cientos de empleados y millones en acciones. Y yo estoy pensando en si a Sophie le gustará la vista desde el dormitorio principal. Si ya habrá usado la tarjeta que le di. Si estará pensando en mí tanto como yo pienso en ella.

Es patético. Y completamente impropio de mí.

—La contraoferta es insultante —respondo finalmente, recuperando mi tono habitual de autoridad—. Ofrecemos cinco millones menos de lo que piden y ni un centavo más. Si no aceptan para el viernes, nos retiramos y esperamos a que sus acciones caigan otro diez por ciento.

Harrison asiente, claramente aliviado de que siga siendo el mismo Alexander Stone despiadado de siempre.

—Excelente estrategia, señor. Redactaré la respuesta esta misma tarde.

La reunión continúa, pero mi mente sigue dividida. Una parte está aquí, tomando decisiones, dirigiendo, controlando. La otra está con Sophie,

preguntándose qué estará haciendo, si se sentirá sola en ese enorme apartamento, si necesitará algo.

Cuando finalmente terminamos, Miranda me intercepta en el pasillo con una lista de llamadas pendientes y reuniones por confirmar. La escucho a medias mientras caminamos hacia mi despacho.

—...y el señor Walker llamó dos veces. Dice que es urgente.

Eso capta mi atención. Marcus no usa la palabra «urgente» a la ligera.

—Pásame con él ahora —digo, cerrando la puerta de mi despacho tras nosotros.

Miranda asiente y se retira para hacer la llamada. Me acerco al ventanal, observando la ciudad que se extiende bajo mis pies. Manhattan vibra con su energía habitual, ajena a cómo mi mundo se ha puesto patas arriba en menos de cuarenta y ocho horas.

El intercomunicador suena.

—El señor Walker en la línea uno, señor.

Tomo el teléfono.

—Marcus.

—Alexander —su voz suena tensa, profesional—. Tenemos un problema con la implementación del sistema de seguridad en tu nueva... adquisición.

Entiendo inmediatamente el código. Está hablando de Sophie. De la protección que le pedí que organizara para su padre.

—¿Qué tipo de problema?

—El sujeto no está en la ubicación prevista. Parece que se movió poco después de la transacción inicial.

Siento cómo la ira comienza a hervir en mi interior. El padre de Sophie, el hombre por el que ella estaba dispuesta a sacrificarlo todo, ha desaparecido después de que pagara su deuda.

—Encuéntralo —ordeno, mi voz bajando a un tono peligroso—. Usa todos los recursos necesarios.

—Ya está en marcha —asegura Marcus—. Pero hay algo más. Hemos detectado actividad sospechosa en ciertos establecimientos de juego. Parece que nuestro amigo no ha aprendido la lección.

Cierro los ojos, intentando controlar la rabia que amenaza con desbordarme. Por supuesto. El hombre es un adicto. Y los adictos no se detienen solo porque alguien pague sus deudas.

Debería haberlo previsto, joder.

—Mantenme informado —digo finalmente—. Y Marcus... discreción absoluta. No quiero que ella se preocupe.

—Entendido. Te llamaré en cuanto tenga noticias.

Cuelgo y me quedo mirando el teléfono. Sophie va a estar devastada cuando se entere. Y se enterará, eventualmente. No puedo protegerla de eso.

La idea de que sufra, de que llore, me provoca una sensación física de malestar que nunca antes había experimentado. Quiero envolverla en una burbuja, mantenerla a salvo de todo dolor, de toda preocupación.

Es un instinto tan primitivo, tan visceral, que me asusta. Yo no soy así. No me involucro emocionalmente. No me importa nadie lo suficiente como para sentir este nivel de proteccionismo.

Excepto que ahora sí. Ahora me importa Sophie. Más de lo que debería. Más de lo que es seguro para cualquiera de los dos.

El resto del día transcurre en una neblina de reuniones, llamadas y decisiones que tomo automáticamente, mientras una parte de mi cerebro sigue ocupada con pensamientos de Sophie. De su sonrisa. De cómo se estremeció cuando mis labios tocaron su mejilla esta mañana. De cómo quería, desesperadamente, bajar un poco más y probar sus labios.

A las cuatro de la tarde, Miranda entra en mi despacho para anunciar mi siguiente reunión.

—Señor Stone, el equipo de Tokio está esperando la videollamada programada para las seis.

Miro mi reloj. Son apenas las cuatro.

—Cancélala —digo, cerrando mi ordenador—. Reprográmala para mañana.

Miranda parpadea, claramente sorprendida.

—¿Cancelarla? Pero, señor, han estado esperando esta llamada durante semanas. El señor Haruto específicamente...

—Mañana, Miranda —la interrumpo, poniéndome de pie y recogiendo mi abrigo—. Me voy a casa.

—¿A casa? —repite, como si no reconociera la palabra—. Pero son solo las cuatro. Usted nunca se ha ido a esta hora.

—Hoy sí —digo, dirigiéndome a la puerta—. Si surge algo urgente, llámame al móvil.

Puedo sentir su mirada de asombro en mi espalda mientras salgo. En tres años trabajando para mí, nunca me ha visto salir de la oficina antes de las ocho de la noche si no era para una reunión. Nunca me ha visto posponer una reunión importante por razones personales.

Pero Sophie no es solo «razones personales». Sophie es... Sophie.

Y necesito verla. Ahora.

Ya he aguantado demasiado tiempo.

Cuando el ascensor se abre directamente en el vestíbulo de mi apartamento, lo primero que noto es el silencio. No hay música, ni televisión, ni ningún sonido que indique vida.

—¿Sophie? —llamo, dejando mi maletín junto a la puerta.

No hay respuesta. Un escalofrío de preocupación me recorre la espalda. ¿Se habrá ido? ¿Habrá decidido que todo esto es demasiado y ha vuelto a su antigua vida?

La idea me provoca una sensación de pánico que no reconozco en mí mismo.

—¿Sophie? —repito, más fuerte esta vez, avanzando por el pasillo.

Y entonces la veo, acurrucada en uno de los sillones de la biblioteca, con un libro abierto en su regazo, pero claramente no leyéndolo. Sus ojos están rojos e hinchados, su rostro marcado por lágrimas secas.

Ha estado llorando. Durante mucho tiempo, por lo que parece.

Algo se contrae dolorosamente en mi pecho.

—Sophie —digo suavemente, acercándome—. ¿Qué ha pasado?

Levanta la vista, sobresaltada, como si acabara de darse cuenta de mi presencia.

—Alexander —murmura, y hay tanto alivio en su voz que hace que algo dentro de mí se derrita—. Has vuelto temprano.

—Estaba preocupado por ti —admito, sentándome en el brazo del sillón, cerca, pero sin invadir su espacio—. ¿Estás bien?

Intenta sonreír, pero es una sonrisa frágil que no llega a sus ojos.

—Estoy bien —miente—. Solo un poco... abrumada por todo.

No le creo ni por un segundo.

—Sophie —digo, mi voz más firme ahora—. Dime qué ha pasado.

Suspira, derrotada, y cierra el libro que fingía leer.

—Mi padre me llamó —confiesa finalmente—. Quería darme las gracias por pagar su deuda.

Asiento, esperando que continúe.

—Y luego me dijo que iba a usar el dinero que «sobró» para hacer una gran apuesta que finalmente nos sacaría de la pobreza.

La ira vuelve a encenderse en mi interior, pero la mantengo bajo control. Esto no es sobre mí o mis sentimientos hacia un hombre que claramente no merece a una hija como Sophie.

—Lo siento —digo, y lo digo en serio.

—No es tu culpa —responde, secándose una lágrima rebelde con el dorso de la mano—. Es quien es. Nunca va a cambiar. Y yo como una tonta sigo esperando que lo haga, sigo intentando salvarlo.

Hay tanta resignación en su voz, tanta tristeza acumulada, que me rompe algo dentro. Sin pensarlo, me muevo del brazo del sillón y me arrodillo frente a ella, tomando sus manos entre las mías.

—Escúchame, Sophie —digo, mi voz suave pero intensa—. No eres tonta por querer ayudar a tu padre. Eres leal. Eres compasiva. Y eso te hace extraordinaria.

Sus ojos, esos ojos que cambian de color como un caleidoscopio, se llenan de lágrimas nuevas.

—Pero no sirve de nada —susurra—. No puedo salvarlo si él no quiere ser salvado.

—No —concedo—. No puedes. Pero eso no significa que tengas que dejarlo a su suerte.

Me mira, confundida.

—¿Qué quieres decir?

En lugar de responder, saco mi teléfono y marco un número que conozco de memoria. Pongo el altavoz para que Sophie pueda escuchar. Se acabaron las tonterías con su padre. Voy a arreglar esto ahora mismo.

—Walker —responde Marcus al segundo tono.

—Soy yo —digo—. Necesito que localices a David Chen. Quiero seguridad sobre él las veinticuatro horas. Y necesito que contactes con el mejor centro de

rehabilitación para adicciones al juego del país. Ya sabes que el precio no es un problema.

Hay un breve silencio al otro lado de la línea.

—¿Quieres que lo ingresemos a la fuerza? —pregunta finalmente Marcus, siempre práctico.

Miro a Sophie, cuyos ojos se han agrandado por la sorpresa.

—Si es necesario —confirmo—. Pero preferiría convencerlo.

—Entendido —responde Marcus—. Me pongo con ello ahora mismo.

—Gracias —digo, y cuelgo.

Sophie me mira como si me estuviera viendo por primera vez. Hay asombro en sus ojos, incredulidad, y algo más, algo cálido que hace que mi corazón se acelere.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunta en un susurro—. Apenas lo conoces. Apenas me conoces a mí.

La verdad me golpea con una claridad que me deja momentáneamente sin palabras. ¿Por qué lo haría? ¿Por qué gastaría tiempo, dinero y recursos en un hombre que claramente es un desastre? ¿Por qué me importaría tanto?

La respuesta es simple y aterradora: porque me importa ella. Porque haría cualquier cosa, lo que fuera, para verla sonreír. Para borrar esa tristeza de sus ojos. Para protegerla de cualquier dolor, incluso el que viene de su propia familia.

—Porque te importa a ti —respondo finalmente, la verdad más simple que puedo ofrecerle. Una verdad a medias—. Y tú eres la futura madre de mi hijo.

No sé quién se mueve primero. Solo sé que de repente Sophie está en mis brazos, su rostro enterrado en mi hombro, sus lágrimas mojando mi camisa. La abrazo con fuerza, como si pudiera absorber su dolor, como si pudiera protegerla del mundo entero con solo la fuerza de mis brazos.

—Gracias —murmura contra mi cuello, su aliento cálido enviando escalofríos por mi columna—. Nadie había hecho algo así por mí antes.

Algo se rompe dentro de mí ante sus palabras. La idea de que esta mujer extraordinaria haya pasado toda su vida sin que nadie la ponga primero, sin que nadie luche por ella, me resulta insoportable.

—Pues acostúmbrate —digo, apartándome ligeramente para poder mirarla a los ojos—. Porque ahora me tienes a mí. Y yo cuido lo que es mío.

Sus ojos se fijan en los míos, brillantes por las lágrimas, pero también por algo más, algo que hace que mi pulso se acelere. Hay una pregunta silenciosa en ellos, una vulnerabilidad que me desarma por completo.

Y entonces, sin pensarlo, sin planearlo, me inclino y capturo sus labios con los míos.

Es un beso suave, casi casto. Un roce de labios que dura apenas un segundo. Pero ese segundo es suficiente para que todo mi mundo se ponga del revés.

Sus labios son suaves, cálidos, perfectos. Saben ligeramente a sal por las lágrimas y a algo dulce que no puedo identificar. Es el sabor más adictivo que he probado jamás.

Me aparto, temiendo haber cruzado una línea, preparado para disculparme. Pero antes de que pueda decir nada, Sophie hace lo impensable: se inclina hacia adelante y me devuelve el beso.

Esta vez no hay nada de casto en el beso. Es hambriento, desesperado, lleno de una necesidad que refleja la mía propia. Mis manos se enredan en su pelo, atrayéndola más cerca, mientras las suyas se aferran a mis hombros como si temiera que fuera a desaparecer.

Cuando finalmente nos separamos, ambos estamos sin aliento. Sus mejillas están sonrojadas, sus labios ligeramente hinchados, y nunca ha estado más hermosa.

—Eso no estaba en el contrato —susurra, y hay una chispa de humor en sus ojos que me hace querer besarla de nuevo.

—Al diablo con el contrato —respondo, y esta vez, cuando la beso, sé que no hay vuelta atrás.

Sophie Chen me ha hechizado, completamente y sin remedio. Y por primera vez en mi vida, no tengo ningún deseo de luchar contra ello.

CAPÍTULO 15

ALEXANDER

El teléfono vibra sobre mi escritorio mientras repaso los últimos informes financieros. Es Marcus. Dejo a un lado los papeles y contesto de inmediato.

—Stone.

—Lo tenemos —dice Marcus sin preámbulos, su voz profesional y directa —. David Chen. Está en un motel de mala muerte en Queens. Ha estado moviéndose entre varios casinos clandestinos desde que recibió el dinero.

Una oleada de ira fría me recorre la columna vertebral. Este hombre, que ha hecho llorar a Sophie tantas veces, que la ha empujado a situaciones desesperadas, que le ha robado no solo dinero sino años de su vida... está ahí fuera, despilfarrando el dinero que yo pagué para salvarlo, sin importarle el dolor que le causa a su hija.

—¿Cuánto le queda? —pregunto, mi voz controlada pero tensa.

—Menos de la mitad —responde Marcus—. Al ritmo que va, lo perderá todo en un par de días.

Aprieto el puente de mi nariz, intentando contener la rabia que amenaza con desbordarme. Pensar en Sophie, en cómo se rompería si su padre volviera a meterse en problemas, en cómo se culparía a sí misma por no poder salvarlo...

—Voy para allá —decido—. Mándame la dirección.

—Alexander —la voz de Marcus adopta un tono cauteloso—. Este tipo de personas... no son razonables. Podríamos simplemente...

—No —lo interrumpo—. Necesito hablar con él personalmente. Necesito que entienda exactamente con quién está tratando. El daño que le está haciendo a su hija.

Hay un breve silencio al otro lado de la línea.

—Entendido. Te envío la ubicación y los detalles. Mis hombres ya están vigilándolo.

—Gracias, Marcus.

Cuelgo y me quedo mirando por el ventanal de mi despacho. Manhattan se extiende bajo mis pies, una jungla de cristal y acero donde los hombres como yo normalmente nos movemos con comodidad. Pero hoy no me siento cómodo. Hoy me siento... vulnerable.

Porque Sophie ha entrado en mi vida, y con ella, toda una serie de emociones que creía haber enterrado hace mucho tiempo. Preocupación. Protección. Y algo más, algo que aún no estoy preparado para nombrar.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Marcus: la dirección del motel. Sin pensarlo dos veces, tomo mi abrigo y salgo del despacho.

—Cancela mis citas del resto del día —le digo a Miranda al pasar junto a su escritorio—. Tengo un asunto personal que atender.

La sorpresa en su rostro es evidente. Dos salidas anticipadas en menos de una semana. Tiene que pensar que el mundo debe estar acabándose.

El motel es exactamente lo que esperaba: un edificio decrépito de dos plantas con pintura desconchada y un letrero de neón que parpadea intermitentemente. El tipo de lugar donde los sueños van a morir.

Aparco mi Aston Martin junto a la entrada, consciente de cómo destaca entre los vehículos oxidados que ocupan el aparcamiento. No me importa llamar la atención. De hecho, quiero que David Chen sepa exactamente quién ha venido a verlo.

Uno de los hombres de Marcus, discretamente vestido, pero con la inconfundible presencia de un profesional de la seguridad, se acerca mientras salgo del coche.

—Habitación 23, señor Stone —me informa—. Segundo piso, al fondo. Ha estado dentro desde hace tres horas. Salió esta mañana temprano, visitó un casino en Chinatown, perdió unos cinco mil, y regresó. Parece que está planeando su próxima jugada.

Asiento, agradeciendo la información.

—¿Está solo?

—Sí, señor. No ha tenido visitas.

—Bien. Espera aquí.

Subo las escaleras metálicas que conducen al segundo piso, cada paso resonando con determinación. El pasillo está mal iluminado, con una bombilla parpadeante que proyecta sombras inquietas sobre las puertas numeradas. Huele a humedad, a cigarrillos rancios y a desesperación.

Me detengo frente a la habitación 23 y llamo con firmeza. Tres golpes secos que resuenan en el silencio.

—¿Quién es? —pregunta una voz cautelosa desde el interior.

—Alexander Stone —respondo, sin intentar suavizar mi tono—. Tenemos que hablar.

Hay un momento de silencio, seguido por el sonido de pasos apresurados y objetos siendo movidos. Finalmente, la puerta se abre una rendija, revelando el rostro demacrado de un hombre de mediana edad. Puedo ver la ascendencia asiática en sus rasgos, los mismos pómulos altos que Sophie, pero sus ojos carecen de la calidez y la vitalidad que caracterizan a su hija. Son ojos apagados, enrojecidos, los ojos de un hombre que ha perdido demasiadas batallas consigo mismo.

—¿Quién demonios eres tú? —pregunta, su voz áspera por el tabaco y probablemente el alcohol.

—Soy el hombre que pagó tu deuda de cuarenta y cinco mil dólares —respondo, empujando suavemente la puerta para abrirla por completo—. Y el

hombre que está a punto de cambiar tu vida.

Sus ojos se agrandan con sorpresa y algo más... ¿miedo? ¿culpa? Da un paso atrás, permitiéndome entrar.

La habitación es un desastre. Ropa tirada por todas partes, restos de comida para llevar, botellas vacías de whisky barato. En la mesa junto a la ventana, varios papeles garabateados con lo que parecen ser sistemas de apuestas, números y cálculos desesperados de un hombre buscando el patrón imposible que le dará la victoria.

—Así que tú eres el novio rico de Sophie —dice, intentando recuperar algo de compostura—. Debería haberlo imaginado. Mi niña siempre ha sido especial.

La forma en que dice «mi niña» hace que mi mandíbula se tense. Como si tuviera algún derecho a reclamarla después de todo lo que le ha hecho pasar.

—No soy su novio —aclaro, mi voz fría como el hielo—. Soy el padre de su futuro hijo. Y el hombre que no va a permitir que sigas haciéndole daño.

Se tambalea ligeramente, ya sea por mis palabras o por el alcohol que puedo oler en su aliento.

—¿Hijo? —repite, parpadeando confuso—. ¿Sophie está embarazada?

—Lo estará —respondo, manteniendo mi voz firme—. Y cuando ese niño nazca, será un Stone. Mi heredero. Y no permitiré que su abuelo materno sea un adicto al juego que no puede mantenerse sobrio el tiempo suficiente para ser un padre decente.

David se deja caer pesadamente en la cama deshecha, pasándose una mano temblorosa por el pelo.

—No lo entiendes —murmura—. Estoy a punto de dar el gran golpe. Tengo un sistema infalible esta vez. Cuando gane, Sophie y yo...

—No hay ningún sistema —lo interrumpo, acercándome hasta quedar frente a él—. No vas a ganar. Nunca lo harás. Porque eres un adicto, David. Y

los adictos no se detienen hasta que lo pierden todo. Incluida a tu hija.

Sus ojos se llenan de lágrimas, y por un momento, veo un destello de la persona que podría haber sido. Un padre. Un hombre decente. Alguien digno de tener a Sophie en su vida.

—La quiero —dice, su voz quebrada—. Es lo único bueno que he hecho en mi vida.

—Si la quieres, entonces demuéstralo —respondo, suavizando ligeramente mi tono—. Porque ahora mismo, lo único que haces es causarle dolor.

Me mira, y puedo ver el conflicto en sus ojos. La parte de él que sabe que tengo razón luchando contra el monstruo de la adicción que lo ha controlado durante tanto tiempo.

—¿Qué quieres de mí? —pregunta finalmente.

Me siento en la silla frente a él, manteniendo mi postura firme pero menos amenazadora.

—Quiero que vayas a un centro de rehabilitación para ludopatía —digo directamente—. El mejor del país. Yo lo pagaré. Todo. Y mientras estés allí, recibirás un estipendio mensual para tus gastos personales.

Sus ojos se agrandan con sorpresa.

—¿Por qué harías eso por mí?

—No lo hago por ti —aclaro—. Lo hago por Sophie. Porque a pesar de todo lo que le has hecho, ella sigue queriéndote. Sigue preocupándose por ti. Y no voy a permitir que eso la destruya.

Dejo que mis palabras se asienten, observando cómo la realidad de su situación comienza a penetrar en su conciencia.

—Estas son las condiciones —continúo—. Irás al centro. Completarás el programa. Mantendrás contacto con Sophie según los términos que yo establezca, basados en cómo afecten esas interacciones a su bienestar emocional. Y nunca, jamás, volverás a pedirle dinero.

David traga saliva, visiblemente afectado.

—¿Y si me niego?

Mi expresión se endurece.

—Entonces desaparecerás de su vida. Permanentemente. Tengo los recursos para asegurarme de que nunca más puedas volver a acercarte a ella. Y créeme, David, no quieres verme como tu enemigo.

El silencio que sigue a mis palabras es denso, cargado de tensión. Puedo ver el miedo en sus ojos, pero también algo más: reconocimiento. El reconocimiento de un hombre que finalmente se enfrenta a las consecuencias de sus acciones.

—De acuerdo —dice finalmente, su voz apenas un susurro—. Lo haré.

Asiento, sin permitir que el alivio que siento se refleje en mi rostro.

—Bien. Ahora, vas a llamar a Sophie. Vas a decirle que has decidido buscar ayuda. Que has conocido a alguien que te ha hecho ver la luz. Y vas a prometerle que esta vez es de verdad.

Saco mi teléfono y marco el número de Sophie, poniendo el altavoz. Cada tono de llamada hace que mi corazón se acelere ligeramente, anticipando escuchar su voz.

—¿Alexander? —responde, y el sonido de mi nombre en sus labios envía una corriente cálida por mi columna vertebral—. ¿Ha pasado algo?

—Sophie —digo, manteniendo mi voz controlada—. Hay alguien aquí que quiere hablar contigo.

Le hago un gesto a David, que parece momentáneamente paralizado. Luego, como si reuniera toda su fuerza, se inclina hacia el teléfono.

—¿Sophie? Soy yo, papá.

Hay un jadeo audible al otro lado de la línea.

—¿Papá? ¿Estás con Alexander? ¿Qué está pasando?

David me mira, buscando confirmación. Asiento una vez, instándole a continuar.

—Sophie, cariño... he conocido a tu... a Alexander —dice, tropezando ligeramente con las palabras—. Y... he tomado una decisión. Voy a buscar ayuda. Voy a un centro de rehabilitación para mi problema con el juego.

El silencio que sigue es tan profundo que por un momento creo que la llamada se ha cortado. Luego, el sonido inconfundible de un sollozo.

—¿Lo dices en serio? —pregunta Sophie, su voz temblorosa por la emoción —. ¿De verdad vas a buscar ayuda?

—Sí, princesa —responde David, y puedo ver cómo sus propios ojos se humedecen—. Esta vez es de verdad. Te lo prometo. No más mentiras. No más decepciones. Voy a ser el padre que mereces.

Otro sollozo, este más fuerte.

—Te quiero, papá —dice Sophie, con una emoción tan pura, tan sincera, que siento como si algo se apretara y expandiera simultáneamente en mi pecho —. Te quiero tanto. Y estoy tan orgullosa de ti por tomar esta decisión.

David está llorando ahora, lágrimas silenciosas que resbalan por sus mejillas demacradas.

—Yo también te quiero, Sophie. Más que a nada en este mundo. Y lo siento. Lo siento tanto por todo.

—No importa —responde ella, y puedo imaginar perfectamente su expresión: ojos brillantes, mejillas sonrojadas, esa sonrisa que ilumina toda su cara—. Lo único que importa es que vas a ponerte bien.

La conversación continúa unos minutos más, con Sophie haciendo preguntas sobre el centro, sobre cuándo podrá visitarlo, sobre qué necesitará llevar. Escucho en silencio, observando cómo el rostro de David se transforma gradualmente. La desesperación y el miedo dan paso a algo que se parece sospechosamente a la esperanza.

Cuando finalmente nos despedimos, con la promesa de que la mantendremos informada de todos los detalles, Sophie me dirige unas últimas palabras:

—Alexander... gracias. No sé cómo lo has conseguido, pero... gracias.

Hay tanto en su voz —gratitud, alivio, y algo más, algo cálido que hace que mi corazón se acelere— que por un momento me quedo sin palabras.

—Te veo en casa —respondo finalmente, sorprendido por la suavidad de mi propia voz.

Cuando cuelgo, me encuentro con la mirada de David. Hay un nuevo respeto en sus ojos, mezclado con una curiosidad cautelosa.

—La quieres —dice, no como una pregunta sino como una constatación.

No respondo inmediatamente. ¿Quiero a Sophie? ¿Es eso lo que es este sentimiento constante de preocupación, de protección, de necesidad de verla feliz? ¿Es eso lo que me hace pensar en ella a todas horas, lo que me hace volver a casa temprano por primera vez en años, lo que me ha llevado a este motel deprimente para confrontar a un hombre que apenas conozco?

—Es la madre de mi futuro hijo —respondo finalmente, evitando la pregunta real.

David sonríe ligeramente, como si viera a través de mi evasiva.

—Mi Sophie... siempre ha sido especial —dice, con una nota de orgullo genuino en su voz—. Tiene un corazón enorme. Demasiado grande para su propio bien, a veces.

En eso estamos de acuerdo.

—Es extraordinaria —concedo—. Y merece mucho más de lo que la vida le ha dado hasta ahora.

Incluido yo, pienso, aunque no lo digo en voz alta.

—Cuídala bien —dice David, con una seriedad que no había mostrado hasta ahora—. No cometas mis errores.

Asiento una vez, aceptando su consejo con la gravedad que merece.

—El coche estará aquí en una hora —le informo, poniéndome de pie—. Te llevará directamente al centro. Todo lo que necesites estará allí esperándote.

Me dirijo hacia la puerta, pero antes de salir, me detengo y me giro hacia él una última vez.

—Una cosa más, David. Si alguna vez vuelves a hacerle daño, si vuelves a hacerla llorar... no habrá lugar en este mundo donde puedas esconderte de mí.

No es una amenaza. Es una promesa. Y por la forma en que palidece, sé que me ha entendido perfectamente.

Salgo de la habitación con una extraña sensación de ligereza. Como si hubiera eliminado un obstáculo en el camino hacia algo importante. Algo vital.

Mientras conduzco de vuelta a Manhattan, no puedo dejar de pensar en la voz de Sophie cuando hablaba con su padre. En la alegría pura, en el amor incondicional que transmitía cada palabra. A pesar de todo lo que ese hombre le ha hecho pasar, a pesar de las decepciones, las mentiras, el dolor... ella sigue queriéndole. Sigue dispuesta a darle otra oportunidad.

Y me pregunto, con una vulnerabilidad que me asusta, si algún día alguien tan extraordinario como Sophie podría quererme a mí de esa manera. A mí, que nunca he sabido realmente cómo amar. A mí, que he construido mi vida alrededor del control y el poder, no del afecto y la comprensión.

La idea me deja sin aliento, como un golpe físico en el pecho. Porque en ese momento, mientras el sol comienza a ponerse sobre Manhattan, tiñendo el cielo de tonos anaranjados y púrpuras, me doy cuenta de algo fundamental:

Sophie Chen no es solo la madre perfecta para mi hijo. Es la mujer perfecta para mí.

Y esa revelación es tan aterradora como emocionante.

CAPÍTULO 16

SOPHIE

El tic-tac del reloj de pared de la sala de espera resuena en mis oídos como un martillo. Cada segundo que pasa me acerca más a algo que cambiará mi vida para siempre. Mis manos, entrelazadas sobre mi regazo, están ligeramente húmedas por los nervios, y me descubro frotándolas contra la tela de mi falda una y otra vez.

La clínica ginecológica del Dr. Hoffman es exactamente como cabría esperar de un lugar frecuentado por la élite de Manhattan: paredes en tonos suaves, música ambiental que pretende calmar pero que en realidad me pone más nerviosa, y revistas de decoración que cuestan más que mi antiguo alquiler mensual.

Me siento fuera de lugar, a pesar del vestido absurdamente caro que Alexander insistió en comprarme específicamente para hoy. «Quiero que te sientas cómoda», había dicho, pero la verdad es que nada podría hacerme sentir cómoda en este momento.

Voy a comenzar el proceso para tener un hijo. El hijo de Alexander Stone.

El pensamiento hace que mi estómago dé un vuelco. Han pasado diez días desde que firmamos el contrato, diez días viviendo en su apartamento, diez días intentando entender qué somos exactamente el uno para el otro.

Y siete días desde aquel beso que no he podido sacar de mi cabeza.

No hemos vuelto a hablar de ello. No hemos vuelto a besarnos. Es como si ambos hubiéramos decidido tácitamente fingir que nunca ocurrió, aunque la tensión entre nosotros se ha vuelto casi palpable. A veces lo sorprendo mirándome cuando cree que no me doy cuenta, sus ojos oscureciéndose de una manera que hace que mi piel se erice. Otras veces, soy yo quien no puede

apartar la mirada de él mientras trabaja en su despacho, la luz de la tarde dibujando su perfil como si fuera una estatua griega.

Vivimos en el mismo espacio, compartimos desayunos y ocasionalmente cenas, pero mantenemos una distancia cuidadosa. Como si ambos supiéramos que acercarnos demasiado podría incendiar algo que ninguno está preparado para enfrentar.

—¿Señorita Chen?

La voz de la enfermera me sobresalta. Me pongo de pie tan rápidamente que me mareo un poco.

—Sí, soy yo.

—El doctor la verá ahora —dice con una sonrisa profesional—. ¿El señor Stone la acompañará?

Miro hacia la puerta por enésima vez. Alexander me dijo que tenía que atender unos asuntos antes, que nos encontraríamos directamente aquí. Pero aún no ha llegado.

—Él... —empiezo, y justo entonces la puerta de la clínica se abre.

Alexander entra como una fuerza de la naturaleza, captando inmediatamente la atención de todos en la sala. Su traje azul marino, evidentemente hecho a medida, le queda de maravilla. Su pelo, ligeramente despeinado por el viento de otoño, le da un aspecto más accesible, menos intimidante que su habitual perfección.

Nuestras miradas se encuentran, y por un momento, es como si todos los demás desaparecieran. Hay algo en sus ojos, una intensidad que hace que mi corazón se acelere.

—Perdón por el retraso —dice, acercándose con pasos seguros—. El tráfico estaba imposible.

—No pasa nada —respondo, mi voz más suave de lo que pretendía—. Acaban de llamarme.

Alexander asiente a la enfermera, que parece momentáneamente deslumbrada por su presencia. No la culpo. Él tiene ese efecto en las personas.

—Por aquí, por favor —dice ella, recuperando la compostura.

Mientras la seguimos por el pasillo, siento la mano de Alexander en la parte baja de mi espalda, un gesto que se ha vuelto habitual en él. Su tacto, incluso a través de la tela de mi vestido, envía ondas de calor por mi columna vertebral.

—¿Estás nerviosa? —pregunta en voz baja, inclinándose ligeramente hacia mí.

Su aliento cálido contra mi oído me provoca un escalofrío que intento disimular.

—Un poco —admito—. Todo esto es... nuevo para mí.

Su mano presiona suavemente, reconfortante.

—Todo irá bien. El Dr. Hoffman es el mejor de la ciudad. Y yo estaré contigo en cada paso.

Asiento, agradecida por sus palabras, aunque no disipan completamente mi ansiedad. La verdad es que no es solo el procedimiento lo que me pone nerviosa. Es la idea de tener un hijo con este hombre que me desconcierta y me fascina a partes iguales. Un hombre que me ha besado como si yo fuera lo único importante en el mundo, pero que luego ha actuado como si nada hubiera pasado. Un hombre que se ha encargado de meter a mi padre en una clínica para curarse. Dios.

Un hombre que me vuelve completamente loca.

La enfermera nos conduce a una consulta espaciosa y luminosa. El Dr. Hoffman, un hombre de unos cincuenta años con gafas de montura fina y una expresión amable, se levanta para saludarnos.

—Señor Stone, es un placer conocerlo en persona —dice, estrechando la mano de Alexander con familiaridad—. Y usted debe ser la señorita Chen. Bienvenida.

—Gracias —respondo, sorprendida por la calidez de su recibimiento.

—Por favor, tomen asiento —indica, volviendo a su silla tras el escritorio—. Bien, según entiendo, están aquí para iniciar un proceso de inseminación artificial.

—Así es —confirma Alexander, su voz adoptando ese tono de negocios que tan bien conozco—. Queremos proceder lo antes posible.

El doctor asiente, revisando unos papeles frente a él.

—He estudiado los resultados de sus pruebas preliminares, señorita Chen. Todo parece estar en perfecto orden. Es usted una candidata ideal para el procedimiento.

—Gracias —repito, sin saber qué más decir.

—Sin embargo —continúa el doctor, ajustándose las gafas—, me gustaría discutir las diferentes opciones disponibles antes de proceder.

Alexander se inclina ligeramente hacia delante, su postura indicando interés.

—¿Qué opciones, exactamente?

El Dr. Hoffman cruza las manos sobre el escritorio, adoptando una expresión más seria.

—Verán, la inseminación artificial es un procedimiento excelente, pero tiene sus limitaciones. La tasa de éxito en el primer intento ronda el 15-20%, dependiendo de diversos factores.

Siento cómo mi estómago se contrae. ¿Solo un 20% de posibilidades? Eso significa que podríamos necesitar varios intentos, meses de procedimientos, antes de conseguir el embarazo.

—¿Y cuáles serían las alternativas? —pregunta Alexander, su voz controlada, pero con un matiz de tensión que reconozco.

El doctor nos mira alternativamente antes de responder.

—La concepción natural siempre tiene tasas de éxito más altas —dice finalmente—. Especialmente en mujeres jóvenes y saludables como la señorita

Chen.

El silencio que sigue a sus palabras es tan denso que podría cortarse con un bisturí. Siento cómo el calor sube a mis mejillas, y de repente, la temperatura de la habitación parece haber aumentado varios grados.

Concepción natural. Sexo. Con Alexander.

La imagen mental que esas palabras evocan hace que mi corazón se acelere hasta un ritmo casi doloroso. Alexander y yo, en su cama, sus manos recorriendo mi cuerpo, sus labios en mi piel...

—Eso no es una opción —digo rápidamente, mi voz más aguda de lo normal—. Nuestro acuerdo especifica inseminación artificial.

Alexander se gira hacia mí, y hay algo en sus ojos, un destello de... ¿decepción? ¿frustración? Desaparece tan rápido que podría haberlo imaginado.

—Sophie tiene razón —dice, volviendo su atención al doctor—. Nuestro contrato es muy específico sobre el método. Sin embargo, me gustaría hablar con usted en privado sobre algunas cuestiones técnicas, si no le importa.

El Dr. Hoffman asiente, aunque puedo ver cierta reticencia en su expresión.

—Por supuesto. Señorita Chen, ¿le importaría esperar fuera un momento? La enfermera puede mostrarle nuestras instalaciones mientras tanto.

Miro a Alexander, intentando descifrar qué está pasando. Su expresión es impenetrable, esa máscara de CEO que tan bien utiliza.

—Claro —respondo finalmente, aunque no quiero, poniéndome de pie—. Esperaré.

Mientras salgo de la consulta, no puedo evitar preguntarme qué querrá discutir Alexander con el médico en privado.

¿Habrá algún problema?

ALEXANDER

En cuanto la puerta se cierra tras Sophie, me giro hacia el Dr. Hoffman. Su expresión es cautelosa, como si presintiera que lo que viene no va a ser una conversación agradable.

—Alexander —dice, usando mi nombre de pila con la familiaridad que le otorgan años de conocernos—, ¿qué puedo hacer por ti?

No me ando con rodeos. No es mi estilo.

—Quiero que le recomiendes encarecidamente a Sophie que consideremos la concepción natural en lugar de la inseminación artificial.

Sus cejas se alzan con sorpresa.

—Pero acabas de decir...

—Sé perfectamente lo que he dicho —lo interrumpo, mi voz cortante—. Pero lo que tengo que decir en público y lo que realmente quiero son dos cosas diferentes.

El doctor se recuesta en su silla, estudiándome con una expresión que roza la desaprobación.

—¿Puedo preguntar por qué no simplemente se lo sugieres tú mismo?

Su pregunta me irrita. No estoy aquí para dar explicaciones.

—No —respondo secamente—. No puedes.

Nos miramos fijamente durante unos segundos, un duelo silencioso de voluntades. Finalmente, suspira y se quita las gafas para limpiarlas con un pañuelo, un gesto que interpreto como resignación.

—Alexander, como médico, tengo ciertas responsabilidades éticas. No puedo mentir a mis pacientes ni manipularlos para que tomen decisiones con las que no están cómodos.

—No te estoy pidiendo que mientas —replico, inclinándome hacia delante, mi voz bajando a un tono que ha hecho temblar a hombres mucho más poderosos que él—. Te estoy pidiendo que le presentes todos los hechos. Las

mayores tasas de éxito. La reducción de procedimientos médicos invasivos. La naturalidad del proceso.

—Eso ya lo he mencionado, y ella ha sido bastante clara en su respuesta.

—No lo suficientemente clara —insisto—. Quiero que seas más... persuasivo. Quiero que ella entienda que lo mejor es que tengamos a nuestro hijo de forma natural. Nada de inseminación artificial.

El Dr. Hoffman vuelve a colocarse las gafas, mirándome con una mezcla de curiosidad y preocupación.

—¿Por qué es tan importante para ti? Si solo quieres un heredero, la inseminación artificial cumplirá ese propósito, aunque requiera más tiempo.

Su pregunta toca un nervio que no sabía que estaba expuesto. ¿Por qué es tan importante? Porque la idea de Sophie siendo tocada por instrumentos fríos y metálicos en lugar de por mis manos me resulta insoportable. Porque la he deseado desde el primer momento en que la vi. Porque el recuerdo de sus labios bajo los míos me ha robado el sueño durante una semana. Porque me muero de ganas de poder entrar en su cuerpo y perderme en ella. De poseerla. De darle placer.

Pero no voy a admitir nada de eso. No voy a mostrar debilidad.

—No te pago para que me hagas preguntas —respondo fríamente—. Te pago para que proporciones el mejor cuidado médico posible a la madre de mi futuro hijo. Y si la concepción natural tiene mayores tasas de éxito, entonces eso es lo que quiero.

—Alexander...

—No —lo corto—. Esto no es negociable. Quiero lo mejor para Sophie y para nuestro hijo. Y si eso significa que tengamos que ajustar nuestro acuerdo original, entonces lo haremos.

El doctor me estudia durante un largo momento, como si estuviera viendo algo que yo mismo no puedo ver.

—Muy bien —dice finalmente—. Seré completamente honesto con la señorita Chen sobre las ventajas médicas de la concepción natural. Le proporcionaré todas las estadísticas, todos los estudios que demuestran sus mayores tasas de éxito. Y le recomendaré que lo considere seriamente antes de proceder con la inseminación.

—Bien —asiento, satisfecho—. Y quiero que lo hagas ahora, mientras yo estoy presente.

—¿Estás seguro? Podría ser una conversación incómoda.

—Estoy seguro —respondo con firmeza—. Quiero ver su reacción.

El Dr. Hoffman asiente lentamente.

—Como desees. Haré que la enfermera la traiga de vuelta.

Mientras esperamos, me acerco al ventanal de la consulta, observando Manhattan extenderse bajo nosotros. La ciudad que siempre he dominado, que siempre ha jugado según mis reglas. Hasta que apareció Sophie.

Sophie, con sus ojos que cambian de color según la luz. Sophie, con su sonrisa que ilumina cualquier habitación. Sophie, que ha despertado en mí un hambre que nunca antes había experimentado.

La quiero. La deseo. Y Alexander Stone siempre consigue lo que quiere.

SOPHIE

La enfermera me guía por un pasillo mostrándome las diferentes salas donde se realizan los procedimientos. Intento prestar atención a sus explicaciones sobre la inseminación artificial, pero mi mente sigue volviendo a esa consulta, preguntándose qué estarán discutiendo Alexander y el Dr. Hoffman.

¿Por qué necesitaba hablar con él en privado? ¿Hay algún problema con mis resultados que no quisieron decirme directamente? ¿O es algo relacionado con Alexander?

Estoy tan perdida en mis pensamientos que apenas noto cuando la enfermera recibe un mensaje en su busca.

—Señorita Chen —dice, interrumpiendo su explicación sobre los bancos de esperma—, el Dr. Hoffman solicita que regrese a la consulta.

Mi corazón da un vuelco. ¿Ya han terminado? ¿Qué habrán decidido?

—Por supuesto —respondo, intentando que mi voz suene normal—. Gracias por el recorrido.

Mientras camino de vuelta, intento calmar mis nervios. Sea lo que sea, podré manejarlo. He pasado por cosas peores. He sobrevivido a un padre adicto al juego, a amenazas de matones, a años de trabajar turnos dobles para llegar a fin de mes. Puedo sobrevivir a lo que sea que me espere en esa consulta.

Pero cuando abro la puerta y veo a Alexander de pie junto al ventanal, su figura imponente recortada contra el cielo de Manhattan, toda mi resolución vacila. Hay algo en su postura, en la tensión de sus hombros, que me dice que lo que viene no será fácil.

—Ah, señorita Chen, gracias por regresar —dice el Dr. Hoffman, indicándome que tome asiento—. El señor Stone y yo hemos estado discutiendo su caso con más detalle.

Alexander se gira para mirarme, y hay algo en sus ojos, una intensidad que hace que mi piel se erice. Se acerca y toma asiento a mi lado, tan cerca que puedo sentir el calor emanando de su cuerpo.

—Después de revisar todas las opciones —continúa el doctor—, me gustaría volver a la cuestión del método de concepción.

Siento cómo mi estómago da un vuelco.

—Creía que ya habíamos decidido proceder con la inseminación artificial —digo, mi voz más débil de lo que me gustaría.

—Hemos discutido esa opción, sí —asiente el médico—. Pero como profesional, tengo el deber de asegurarme de que entiende completamente

todas las alternativas y sus respectivas tasas de éxito.

Saca una carpeta y la abre sobre el escritorio, mostrándome varios gráficos y estadísticas.

—Como mencioné brevemente antes, la inseminación artificial tiene una tasa de éxito relativamente baja en el primer intento. Entre un 15% y un 20%, dependiendo de diversos factores. Esto significa que la mayoría de las parejas necesitan múltiples intentos antes de lograr un embarazo.

Sus palabras me caen como un balde de agua fría.

—Por otro lado —continúa, señalando otro gráfico—, la concepción natural tiene tasas de éxito significativamente más altas. Para una mujer de su edad y salud, estaríamos hablando de aproximadamente un 60-70% de probabilidades en el primer mes de intento.

Sesenta por ciento. Frente a veinte. La diferencia es abrumadora.

—Además —añade el doctor—, la concepción natural evita el estrés asociado con los procedimientos médicos repetidos. No hay agujas, no hay hormonas sintéticas, no existe la incomodidad de visitas clínicas frecuentes. Es, como su nombre indica, natural.

Puedo sentir el calor subiendo a mis mejillas. No me atrevo a mirar a Alexander, pero soy dolorosamente consciente de su presencia a mi lado, de su respiración, de la forma en que sus dedos tamborilean ligeramente sobre el reposabrazos de su silla.

—Entiendo que esto puede no estar alineado con su acuerdo inicial —dice el Dr. Hoffman, su tono suavizándose—. Pero como su médico, debo recomendarle que considere seriamente la opción de la concepción natural. No solo por las mayores probabilidades de éxito, sino también por su propio bienestar físico y emocional.

Finalmente, me atrevo a mirar a Alexander. Su expresión es inescrutable. Pero hay algo en sus ojos, un fuego apenas contenido, que hace que mi

corazón se acelere.

¿Él quiere esto?

—Yo... —empiezo, sin saber realmente qué decir—. No sé qué...

—No tienes que decidir ahora mismo —interviene Alexander, su voz sorprendentemente suave—. Podemos discutirlo en privado.

Hay algo en su tono, una nota de algo que no puedo identificar, que me hace preguntarme qué está pensando realmente. ¿Es esta su forma de decirme que quiere la concepción natural? ¿O solo estoy viendo lo que quiero ver?

La idea envía una oleada de calor a través de mi cuerpo, un calor que se concentra en lugares que me hacen sonrojar aún más.

—Lo consideraré —digo finalmente, mi voz apenas un susurro.

El Dr. Hoffman asiente, aparentemente satisfecho.

—Excelente. Mientras tanto, recomendaría que comience a tomar estas vitaminas prenatales —me entrega una receta— y que mantenga un registro de su temperatura basal cada mañana. Esto nos ayudará a identificar su período de ovulación con mayor precisión, sea cual sea el método que finalmente elijan.

Tomo la receta mecánicamente, mi mente todavía procesando la conversación. Concepción natural. Con Alexander. La idea es tan aterradora como emocionante.

Esto es casi como un sueño.

—Gracias, doctor —dice Alexander, poniéndose de pie—. Nos pondremos en contacto una vez que hayamos tomado una decisión.

El Dr. Hoffman nos acompaña hasta la puerta, despidiéndose con un apretón de manos profesional.

—Tómense su tiempo para considerar todas las opciones —nos aconseja—. Y no duden en llamarme si tienen alguna pregunta.

El viaje en ascensor hasta la planta baja es silencioso, cargado de una tensión que casi puedo tocar. Alexander está de pie a mi lado, tan cerca que nuestros brazos casi se rozan. Puedo oler su aftershave, esa mezcla de bergamota y cedro que se ha vuelto tan familiar y que, sin embargo, sigue enviando escalofríos por mi columna vertebral.

¿Qué está pensando? ¿Qué quiere realmente? Y lo más importante, ¿qué quiero yo?

Porque la verdad, la verdad que apenas me atrevo a admitir a mí misma, es que la idea de estar con Alexander, de sentir sus manos en mi piel, sus labios en los míos, de ser realmente suya, no solo por contrato sino en todos los sentidos posibles... esa idea me aterroriza y me excita a partes iguales.

Pero no puedo, no me atrevo a dar el primer paso. No cuando él ha mantenido esa distancia cuidadosa desde nuestro beso. No cuando todo esto podría ser simplemente una cuestión de eficiencia para él.

Así que mientras salimos a la calle, con la receta apretada en mi mano y el corazón latiendo como un tambor en mi pecho, me prometo a mí misma esperar. Ver qué hace él. Ver si realmente me desea, o si solo quiere el camino más rápido hacia su heredero.

Porque si hay algo que he aprendido en mi vida, es que la esperanza puede ser la más dulce de las torturas. Y ahora mismo, la esperanza de que Alexander Stone pueda desearme, es la tortura más dulce que jamás he conocido.

CAPÍTULO 17

ALEXANDER

La pantalla de mi ordenador muestra los últimos resultados financieros del trimestre, pero mi mente está a kilómetros de distancia. Han pasado tres días desde nuestra visita al Dr. Hoffman, y Sophie y yo apenas hemos hablado del tema. La tensión entre nosotros es palpable, cargada de preguntas no formuladas y deseos no expresados.

Cada vez que la miro, recuerdo su rostro sonrojado cuando el médico mencionó la «concepción natural». Cada vez que nos cruzamos en el pasillo, siento esta electricidad entre nosotros, esta atracción magnética que se intensifica día a día.

El sonido del intercomunicador me saca de mis pensamientos.

—Señor Stone —la voz de Miranda suena ligeramente tensa—, su padre está aquí. Dice que necesita hablar con usted urgentemente.

Mi mandíbula se tensa automáticamente. Richard Stone. El hombre que ha pasado los últimos tres años esperando que cometa un error para recuperar el control de la empresa.

El hombre que desea que fracase con la herencia.

—Dile que estoy en una reunión —respondo, sin intentar ocultar mi irritación.

—Ya se lo he dicho, señor. Insiste en que es... importante.

Antes de que pueda responder, la puerta de mi despacho se abre de golpe. Mi padre entra como si el lugar le perteneciera, con ese aire de arrogancia que siempre ha sido su sello distintivo. A sus sesenta años, Richard Stone sigue siendo un hombre imponente: alto, de hombros anchos, con ese pelo plateado perfectamente peinado que le da un aspecto de gobernante. Lleva un traje gris

oscuro que probablemente cuesta más que el salario mensual de la mayoría de mis empleados.

—Alexander —dice, ignorando completamente a Miranda, que nos observa desde la puerta con expresión de disculpa—. Qué difícil es conseguir una audiencia con mi propio hijo.

—Estoy ocupado —respondo secamente—. Algunos de nosotros realmente trabajamos para esta empresa.

Una sonrisa fría curva sus labios mientras se sienta sin ser invitado en uno de los sillones frente a mi escritorio.

—Eso está bien. Especialmente cuando el reloj está corriendo —dice, consultando ostentosamente su Patek Philippe—. ¿Cuánto te queda? ¿Diez meses? El tiempo vuela cuando estás intentando desesperadamente concebir un heredero.

Miranda, que sigue en la puerta, parpadea sorprendida. Le hago un gesto para que nos deje solos.

—¿Qué quieres, padre? —pregunto una vez que la puerta se cierra.

Se recuesta en el sillón, estudiándome con esos ojos azules tan similares a los míos, pero carentes de cualquier calidez.

—Me han llegado rumores interesantes —dice, como quien no quiere la cosa—. Parece que mi hijo, el soltero más codiciado de Manhattan, tiene una nueva... compañera. Una chica bastante peculiar, según me cuentan. No del tipo que normalmente frecuentas.

El calor de la ira comienza a expandirse por mi pecho. Sophie. Está hablando de Sophie.

Ya ha descubierto su existencia.

—Mi vida personal no es asunto tuyo —respondo, manteniendo mi voz controlada a pesar de la rabia que siento crecer dentro de mí.

—Oh, pero lo es cuando afecta a Stone Media Group —replica, inclinándose hacia delante—. Cuando afecta a mi futuro en esta empresa.

—Tu futuro en esta empresa terminó hace tres años, cuando el abuelo te quitó el control por tus chanchullos.

Un destello de furia cruza su rostro, tan rápido que casi lo pierdo.

—Tu abuelo era un viejo sentimental que cometió un error. Uno que pronto será rectificado.

—No cuentes con ello —respondo, sosteniendo su mirada—. Tengo todo bajo control.

—¿De verdad? —Su sonrisa se amplía, depredadora—. Entonces supongo que esta nueva... novia tuya es parte del plan. Muy conveniente, debo decir. Justo cuando necesitas un heredero.

Mi mano se cierra en un puño sobre el escritorio. La idea de que hable así de Sophie, de que la reduzca a una función, hace que la sangre me hierva en las venas.

—No vuelvas a referirte a ella de esa manera —digo, mi voz bajando a un tono peligroso que cualquier persona sensata reconocería como una advertencia.

Pero mi padre nunca ha sido sensato cuando se trata de provocarme.

—Vaya, vaya —dice, fingiendo sorpresa—. ¿Te has encariñado con ella? Eso sí que es interesante.

—¿Qué quieres? —repito, cada palabra cargada de amenaza apenas contenida.

Se pone de pie, alisando una arruga inexistente en su traje.

—Quiero conocerla —dice simplemente—. Cenad conmigo esta noche. En mi casa. A las ocho.

No es una invitación. Es una orden.

—Estamos ocupados —respondo automáticamente.

—Cancela lo que sea —insiste, dirigiéndose hacia la puerta—. Y no es una petición, Alexander. Si no aparecéis, interpretaré que tienes algo que ocultar. Y eso podría ser... problemático para tus planes.

Se detiene en la puerta y se gira para mirarme, con una sonrisa que no augura nada bueno.

—Por cierto, hijo, espero que no se te haya ocurrido contratar un vientre de alquiler o algo similar. La letra pequeña del testamento de tu abuelo es bastante específica al respecto.

Siento cómo la sangre se congela en mis venas.

—¿De qué estás hablando?

Sus ojos brillan con malicia.

—Hice que mi equipo legal revisara el testamento al completo. Cada detalle. El heredero debe nacer del amor, no de un contrato. Tu abuelo era un viejo sentimental, ¿recuerdas? Quería que encontraras a alguien especial, no que hicieras un acuerdo de negocios.

Mi mente trabaja a toda velocidad, procesando esta nueva información. ¿He estado tan centrado en impugnar el testamento que no me he fijado en algo que es todavía más importante? No me puedo creer que haya sido tan descuidado. Joder. Si es cierto, si realmente hay una cláusula que especifica que el hijo debe ser concebido por amor y no por contrato, todo mi plan podría venirse abajo.

—No hay problema —respondo, manteniendo mi voz firme a pesar de la tormenta que se desata en mi interior—. Estoy enamorado de mi novia.

Mi padre suelta una carcajada que suena como cristal rompiéndose.

—Por supuesto que lo estás —dice con sarcasmo—. Entonces nos veremos esta noche. Estoy deseando conocer a la mujer que ha conquistado el corazón de piedra de mi hijo.

Con eso, sale del despacho, dejando tras de sí un silencio cargado de tensión y el persistente aroma de su colonia cara.

Me levanto y me acerco al ventanal, intentando controlar la ira que amenaza con desbordarme. Esto es exactamente lo que quería evitar. Que Sophie se viera arrastrada al pantano tóxico que es mi familia. Que tuviera que enfrentarse a mi padre, un hombre que ha hecho del desprecio y la manipulación un arte.

Y ahora, esta nueva complicación. ¿Es verdad lo que dice sobre el testamento? ¿O es solo otra de sus tácticas para desestabilizarme?

Si es así tengo que tener mucho cuidado de que nunca descubra la verdad, y tengo que poner a mi equipo legal a trabajar en ello. Necesito saber si mi padre dice la verdad.

Tomo mi teléfono y marco el número de Sophie. Responde al tercer tono.

—¿Alexander? —Su voz, dulce y ligeramente sorprendida, actúa como un bálsamo instantáneo para mi rabia.

—Sophie —digo, mi tono más suave de lo que pretendía—. Tenemos un problema.

SOPHIE

El vestido negro que me he puesto para la ocasión se siente como una armadura demasiado frágil para la batalla que me espera. Es elegante, de corte sencillo pero sofisticado, con un escote modesto y una longitud que llega justo por debajo de la rodilla. Profesional pero femenino, me había dicho la dependienta. Perfecto para una cena formal.

Me miro en el espejo por enésima vez, intentando ver lo que Richard Stone verá: una camarera pretendiendo ser algo que no es. Una impostora en un vestido caro.

La advertencia de Alexander resuena en mi cabeza: «Mi padre es un depredador. Huele el miedo y la inseguridad como un tiburón huele la sangre. No le demuestres debilidad.»

Es más fácil decirlo que hacerlo.

Un suave golpe en la puerta me sobresalta.

—¿Sophie? —La voz de Alexander llega amortiguada desde el pasillo—. ¿Estás lista? El coche está esperando.

—Un minuto —respondo, dando un último vistazo a mi reflejo.

Puedo hacer esto. He sobrevivido a matones amenazando a mi padre. He sobrevivido a noches sin comer para pagar el alquiler. Puedo sobrevivir a una cena con Richard Stone.

Cuando abro la puerta, Alexander está esperando, imponente en su traje negro. Su expresión se suaviza visiblemente al verme, sus ojos recorriendo mi figura de una manera que hace que mi piel se caliente.

—Estás preciosa —dice, y hay una sinceridad en su voz que hace que mi corazón dé un triple salto mortal.

—Gracias —murmuro, sintiendo cómo el rubor sube a mis mejillas—. Tú también estás... —me detengo, buscando una palabra que no suene ridículamente inadecuada— impresionante.

Una sonrisa fugaz curva sus labios.

—¿Lista para la batalla?

Su pregunta, mitad broma mitad advertencia, me devuelve a la realidad de lo que nos espera.

—Tan lista como puedo estar —respondo honestamente—. ¿Algo más que deba saber antes de conocer a tu padre?

Alexander suspira, pasándose una mano por el pelo en un gesto que he aprendido a reconocer como señal de estrés.

—Mi padre y yo... nuestra relación es complicada —dice mientras caminamos hacia el ascensor—. Él nunca fue el padre que necesitaba. Siempre estaba demasiado ocupado con sus propios intereses, sus propias ambiciones. Mi abuelo fue quien realmente me crio.

Hay tanto dolor no expresado en esas simples palabras que siento un nudo en la garganta.

—Cuando mi abuelo le quitó el control de Stone Media Group hace tres años, fue porque descubrió que mi padre estaba desviando fondos para sus propios proyectos personales. Casi hundió la empresa —continúa mientras entramos en el ascensor—. Mi abuelo me puso al frente porque confiaba en mí. Y desde entonces, mi padre ha estado esperando que falle para recuperar lo que considera suyo por derecho.

—Y ahora tiene la oportunidad perfecta con la cláusula del testamento —deduzco.

Alexander asiente, su mandíbula tensa.

—Exactamente. Si no cumplo con la condición de tener un heredero en un año, por amor, todo pasa a sus manos. Y él lo sabe. Lo ha sabido antes que yo. Mis abogados me han confirmado hace poco que mi padre tiene razón con esa cláusula.

Sus palabras hacen que sienta una opresión en el pecho. Lo que daría porque Alexander estuviera enamorado de mí. Lo que daría porque nuestro hijo surgiera fruto del amor.

Pero no tengo el poder de cambiar la realidad.

El timbre del ascensor llegando al garaje me saca de mis tontos pensamientos.

Thomas, el chófer, nos espera junto al Bentley.

—Lo que no puede saber —continúa Alexander, bajando la voz mientras nos acercamos al coche— es que nuestro acuerdo es... contractual. Si descubre

que te estoy pagando para que tengas a mi hijo, podría argumentar que estoy manipulando la cláusula, que no es lo que mi abuelo pretendía.

—¿Y qué se supone que debo decirle? —pregunto, sintiendo cómo la ansiedad crece en mi estómago—. ¿Que estamos enamorados? No creo que se lo trague.

Alexander me mira, sus ojos intensos bajo la tenue luz del garaje.

—Dile la verdad, pero no toda la verdad. Nos conocimos en la cafetería. Empezamos a vernos. Las cosas... progresaron rápidamente.

—Una historia de amor exprés —murmuro, intentando aligerar el ambiente.

Para mi sorpresa, Alexander sonríe, una sonrisa real que transforma su rostro normalmente serio.

—Algo así —dice, y por un momento, solo un momento, me permito imaginar que es cierto. Que realmente somos una pareja enamorada, no dos extraños unidos por un contrato y un beso que ninguno ha vuelto a mencionar.

Thomas nos abre la puerta del coche, rompiendo el momento. Durante el trayecto hacia la mansión de Richard Stone en las afueras de la ciudad, Alexander me da más detalles sobre su padre: sus gustos, sus manías, sus tácticas habituales de intimidación. Me lo describe como un tiburón en aguas infestadas, siempre buscando sangre, siempre atacando en el momento más vulnerable.

Cuando finalmente llegamos a nuestro destino, la mansión Stone se alza ante nosotros como un monumento a la opulencia y el poder. Es una construcción imponente de piedra y cristal, rodeada de jardines perfectamente cuidados e iluminada estratégicamente para destacar su grandeza.

—Impresionante —murmuro mientras Thomas nos abre la puerta.

—Es solo una casa —responde Alexander, aunque puedo sentir su tensión creciente a medida que nos acercamos a la entrada—. Una muy grande y muy

vacía.

Un mayordomo nos recibe en la puerta, conduciéndonos a través de un vestíbulo de mármol hacia lo que supongo es el salón principal. Cada rincón de la casa grita riqueza antigua, poder establecido, tradición. Cuadros que parecen pertenecer a un museo, muebles que probablemente cuestan más que todo lo que he poseído en mi vida, flores frescas en jarrones que parecen reliquias históricas.

Y entonces lo veo. Richard Stone. De pie junto a una chimenea encendida, con un vaso de lo que parece ser whisky en la mano. La semejanza con Alexander es innegable: la misma altura imponente, los mismos hombros anchos, el mismo porte aristocrático. Pero donde los ojos de Alexander son intensos pero cálidos cuando se posan en mí, los de Richard son fríos, calculadores, evaluadores.

—Alexander —saluda, sin moverse de su posición—. Puntual como siempre. Y esta debe ser la famosa Sophie Chen.

Su mirada me recorre de pies a cabeza, de forma clínica, como un tasador evaluando una pieza de arte de dudosa autenticidad.

—Señor Stone —respondo, extendiendo mi mano en un gesto que espero parezca seguro—. Es un placer conocerle.

Toma mi mano con una ligereza estudiada, apenas un roce de dedos.

—El placer es mío, señorita Chen. He oído mucho sobre usted.

—Todo mentira, seguramente —dice Alexander, colocando una mano protectora en la parte baja de mi espalda—. Mi padre tiene fuentes de información notoriamente poco fiables.

Richard sonríe, pero el gesto no llega a sus ojos.

—Por favor, sentaos —dice, señalando un sofá cercano—. ¿Champán?

—No, gracias —responde Alexander por ambos—. Preferimos mantener la mente clara.

—Siempre tan cauteloso —se burla Richard, volviendo a su whisky—. Me pregunto de quién lo habrás heredado. Ciertamente no de mí.

La tensión entre padre e hijo es tan densa que casi puedo tocarla. Me siento en el sofá, agradecida por el apoyo del brazo de Alexander a mi lado.

—Entonces, señorita Chen —comienza Richard, sentándose frente a nosotros—, cuénteme cómo conoció a mi hijo. Tengo entendido que trabaja... trabajaba en una cafetería.

La forma en que dice «cafetería», como si fuera una palabra en un idioma extranjero particularmente desagradable, hace que mi espalda se tense.

—Así es —respondo, manteniendo mi voz firme—. Rosie's Diner. Alexander venía cada mañana por su café.

—Fascinante —dice, aunque su tono sugiere exactamente lo contrario—. Y de servir café pasó a... ¿qué exactamente? ¿Vivir en su ático de Central Park? Eso es lo que yo llamaría un ascenso meteórico.

Siento cómo Alexander se tensa a mi lado, su mano apretándose en un puño sobre su rodilla. Antes de que pueda responder, coloco mi mano sobre la suya, un gesto que espero sea tranquilizador.

—La vida a veces toma giros inesperados, señor Stone —respondo, sorprendiéndome a mí misma con la calma en mi voz—. Estoy segura de que usted, con toda su experiencia, lo sabe mejor que nadie.

Sus ojos se entrecierran ligeramente, evaluando mi respuesta. Por un momento, creo ver un destello de algo parecido al respeto en su mirada, pero desaparece tan rápido que podría haberlo imaginado.

—¿Y qué hacía antes de servir café, señorita Chen? —continúa, como si estuviera interrogando a un sospechoso—. ¿Universidad? ¿Formación profesional?

—Mi padre enfermó cuando yo estaba terminando el instituto —respondo, sin entrar en detalles sobre la naturaleza exacta de su «enfermedad»—. Tuve

que empezar a trabajar para mantenernos a ambos.

—Ah, la hija abnegada —dice, con un toque de condescendencia que hace que mi sangre hierva—. Qué... conmovedor.

—Es más de lo que tú has hecho nunca por mí —interviene Alexander, su voz cortante como el acero.

Richard levanta una ceja, aparentemente divertido por la reacción de su hijo.

—Veo que he tocado un nervio. Interesante.

Un mayordomo aparece en la puerta, salvándonos momentáneamente.

—La cena está servida, señor.

Richard se levanta con una elegancia fluida que debe ser genética, dado que Alexander se mueve de la misma manera.

—Continuemos esta fascinante conversación en la mesa, ¿os parece?

El comedor es tan opulento como el resto de la casa: una mesa enorme que podría acomodar fácilmente a veinte personas, candelabros de cristal, vajilla que parece pertenecer a un museo. Solo estamos nosotros tres, perdidos en este espacio diseñado para impresionar y, quizás, intimidar.

La cena transcurre como una extraña partida de ajedrez verbal. Richard lanza preguntas aparentemente inocentes que contienen trampas ocultas. Alexander contraataca con respuestas cortantes y cambios de tema. Yo intento mantenerme a flote, consciente de que cada palabra que digo está siendo analizada, diseccionada, archivada para uso futuro.

—¿Y planeáis casaros antes o después del nacimiento del bebé? —pregunta Richard casualmente mientras el mayordomo sirve el postre.

El tenedor de Alexander se detiene a medio camino de su boca.

—¿Perdón?

—El bebé —repite Richard, como si estuviera hablando con un niño particularmente lento—. Asumo que estáis intentando concebir, dado el... tiempo limitado que tienes.

Siento cómo el color abandona mi rostro.

—No sé de qué estás hablando —responde Alexander, su voz controlada, pero con un filo peligroso.

Richard sonríe, esa sonrisa fría que no llega a sus ojos.

—Vamos, Alexander. No insultes mi inteligencia. La cláusula del testamento es clara: un heredero en un año o pierdes el control de Stone Media Group. Y casualmente, justo cuando el reloj está corriendo, aparece esta... encantadora joven en tu vida.

La forma en que dice «encantadora», como si fuera un insulto disfrazado, hace que mis manos se crispen sobre el mantel.

—Nuestra relación no tiene nada que ver con el testamento —miente Alexander, y debo admitir que lo hace convincentemente.

—Por supuesto que no —responde Richard, su tono dejando claro que no cree una palabra—. Es amor verdadero. Un flechazo en una cafetería de barrio. Una historia para contar a vuestros nietos.

La burla en su voz es tan evidente que siento cómo la ira comienza a bullir en mi interior. Antes de que pueda pensar mejor lo que voy a decir, las palabras escapan de mis labios.

—¿Le resulta tan difícil creer que alguien pueda querer a su hijo por algo más que su apellido o su dinero, señor Stone?

Un silencio sepulcral cae sobre la mesa. Alexander me mira con una mezcla de sorpresa y algo más, algo cálido que hace que mi corazón se acelere a pesar de la tensión del momento.

Richard, por su parte, parece momentáneamente desconcertado, como si no esperara que yo tuviera el valor de enfrentarme a él directamente.

—Lo que me resulta difícil de creer, señorita Chen —dice finalmente, recuperando su compostura—, es que una camarera sin educación formal, sin

conexiones, sin nada que ofrecer más allá de un útero funcional, haya capturado genuinamente el interés de mi hijo.

—¡Suficiente! —Alexander golpea la mesa con el puño, haciendo tintinear la cristalería—. No te permito que le hables así.

—¿No me lo permites? —Richard suelta una risa seca—. ¿En mi propia casa?

—Nos vamos —declara Alexander, poniéndose de pie y extendiendo su mano hacia mí—. Esta cena ha terminado.

Tomo su mano, agradecida por la salida, aunque mi corazón late con fuerza por la confrontación.

Me ha defendido con fervor.

—Qué decepción —dice Richard, sin levantarse—. Esperaba que tuvieras más estómago para la verdad, Alexander. Tu abuelo ciertamente lo tenía.

Alexander se detiene, su cuerpo tenso como una cuerda de violín a punto de romperse.

—No menciones a mi abuelo —dice, su voz tan baja y peligrosa que casi no la reconozco—. No tienes derecho.

—Tengo todo el derecho —responde Richard, tomando un sorbo de su vino con estudiada calma—. Era mi padre. Y por mucho que intentes convencerte de lo contrario, tú eres mi hijo. Mi sangre. Más parecido a mí de lo que quieres admitir.

Puedo sentir cómo esas palabras golpean a Alexander como puñales físicos. Su mano aprieta la mía con tanta fuerza que casi duele.

—Vámonos —murmuro, tirando suavemente de él—. No merece la pena.

Después de un momento que parece eterno, Alexander asiente y me sigue hacia la salida. Richard no nos acompaña, ni envía al mayordomo a despedirnos. Simplemente nos deja irnos, como si nuestra partida fuera tan insignificante como la de invitados menores en una fiesta multitudinaria.

En el coche, Alexander permanece en silencio, mirando por la ventanilla con una expresión que no puedo descifrar. La tensión emana de él en oleadas palpables, su mandíbula tan apretada que temo que pueda hacerse daño.

—Lo siento —digo finalmente, incapaz de soportar el silencio por más tiempo—. No debería haber dicho nada. Solo empeoré las cosas.

Alexander se gira hacia mí, y para mi sorpresa, hay una sonrisa en sus labios. Una sonrisa pequeña, cansada, pero real.

—No te disculpes —dice, su voz más suave de lo que esperaba—. Fue... impresionante. Nadie le habla así a mi padre. Nadie.

—Bueno, alguien debería —respondo, sintiendo cómo el calor sube a mis mejillas ante su aprobación—. Es un imbécil.

Una risa breve, casi sorprendida, escapa de sus labios.

—Sí, lo es —confirma, y hay tanto alivio en su voz, como si admitirlo en voz alta fuera liberador—. Un completo y absoluto imbécil.

Su mano encuentra la mía en el asiento entre nosotros, sus dedos entrelazándose con los míos en un gesto que parece tan natural como respirar.

—Gracias —dice simplemente.

—¿Por qué?

—Por defenderme —responde, sus ojos fijos en los míos, tan intensos que casi duele mirarlos—. Nadie lo había hecho antes.

Hay tanta vulnerabilidad en esas palabras, tanta soledad implícita, que siento cómo mi corazón se contrae dolorosamente en mi pecho. ¿Cómo es posible que este hombre, tan poderoso, tan imponente, haya pasado toda su vida sin que nadie lo defendiera?

—Siempre lo haré —prometo, y en ese momento, lo digo en serio. No porque sea el padre de mi futuro hijo, no porque me esté pagando, sino porque algo dentro de mí no puede soportar la idea de que sufra solo.

Su mirada se intensifica, y por un momento, creo que va a besarme. Lo deseo con una intensidad que me asusta. Quiero sentir sus labios sobre los míos de nuevo, quiero perderme en él, olvidar esta noche horrible, olvidar que todo esto comenzó como un contrato frío.

Pero entonces el coche se detiene frente a su edificio, y el momento pasa.

Sin embargo, su mano sigue sosteniendo la mía mientras subimos en el ascensor, mientras caminamos por el pasillo hacia nuestras habitaciones. Y cuando finalmente nos detenemos frente a mi puerta, no la suelta.

—Buenas noches, Sophie —dice, su voz baja y ronca, cargada de algo que no me atrevo a nombrar.

—Buenas noches, Alexander —respondo, mi propio tono traicionando la tormenta de emociones que siento.

Se inclina, y mi corazón se detiene, pensando que por fin va a volver besarme. Pero sus labios rozan mi mejilla, un toque tan suave como el aleteo de una mariposa, tan breve que casi podría haberlo imaginado.

Y luego se va, dejándome allí, con la piel ardiendo donde sus labios me han tocado y un millón de preguntas sin respuesta dando vueltas en mi cabeza.

CAPÍTULO 18

SOPHIE

La luz tenue del amanecer apenas se filtra por las cortinas de mi habitación. El silencio en el apartamento es absoluto; Alexander debe haberse marchado ya a su reunión matutina. Me gusta esta tranquilidad, estos momentos en que puedo realizar mi rutina más íntima sin interrupciones.

Respiro hondo mientras me siento en el borde de la cama. Solo llevo puesta una camiseta fina que apenas cubre mis muslos. El termómetro digital descansa en mi mesita de noche junto al gráfico que el Dr. Hoffman me dio para registrar mi temperatura basal diaria.

«Para obtener la lectura más precisa, le recomiendo la vía vaginal», había dicho el médico con tono clínico. «Es más fiable que la oral para detectar los cambios sutiles que indican la ovulación».

Al principio me había sonrojado ante la sugerencia, pero después de una semana, se ha convertido en parte de mi nueva rutina: despertar, introducir el termómetro, esperar, y anotar el dato para rastrear mi ciclo. Todo para determinar cuándo seré más fértil. Cuando mi cuerpo estará listo para concebir al heredero de Alexander Stone.

Me recuesto en la cama y separo ligeramente las piernas. Con movimientos ya practicados, tomo el termómetro y lo introduzco lentamente en mi interior. La sensación fría y firme me provoca un ligero escalofrío. Cierro los ojos, contando mentalmente los segundos mientras espero la lectura.

Estoy tan concentrada que no escucho los pasos en el pasillo. No noto la presencia en el umbral de mi puerta hasta que un jadeo casi imperceptible rompe el silencio.

Mis ojos se abren de golpe.

Alexander está allí, paralizado en la entrada, su mirada fija en el punto donde el termómetro desaparece entre mis piernas. Lleva un traje oscuro impecable, su maletín aún en la mano, como si hubiera olvidado algo y regresado a buscarlo. Pero ahora parece haber olvidado también por qué volvió.

La vergüenza me golpea como una ola ardiente. Intento cerrar las piernas, incorporarme, pero él levanta una mano, deteniéndome.

—No te muevas —dice, su voz es tan baja y ronca que apenas la reconozco.

No es una sugerencia. Es una orden.

El pitido del termómetro rompe la tensión. Con dedos temblorosos, lo retiro lentamente, dolorosamente consciente de sus ojos siguiendo cada uno de mis movimientos. La intimidad del momento es abrumadora.

—¿Qué marca? —pregunta, dejando caer su maletín al suelo y dando un paso dentro de la habitación.

Miro el número, intentando que mi mano no tiemble demasiado.

—36.7 —respondo, mi voz apenas un susurro—. Todavía no... no es el momento.

Alexander asiente, pero no parece decepcionado. Al contrario, algo en su expresión cambia, se vuelve más intenso, más hambriento. Veo cómo su nuez de Adán sube y baja al tragar con dificultad.

—Pensaba que ya no estabas en casa —logro decir, repentinamente muy consciente de mi posición vulnerable, de mi escasa vestimenta, del termómetro aún en mi mano con mis fluidos íntimos.

De lo surrealista que es esta situación.

De que no quiere que me mueva.

¿Por qué?

—Olvidé unos documentos —responde, pero no hace ningún movimiento para irse a buscarlos. En lugar de eso, avanza otro paso hacia mí.

Hay algo en su forma de moverse, algo depredador y contenido, que hace que mi estómago se contraiga con una mezcla de nerviosismo y excitación.

—¿Haces esto todas las mañanas? —pregunta, señalando con un gesto de su barbilla hacia el termómetro que aún sostengo.

Asiento, incapaz de formar palabras mientras lo veo acercarse más. Se detiene justo al borde de la cama, tan cerca que puedo oler su aftershave mezclado con ese aroma puramente masculino que es solo suyo.

No sé por qué sigo aquí tumbada en la cama, vulnerable, mostrándome a él.

Esto no era parte del trato.

Esta… intimidad.

—Déjame ayudarte —dice, y antes de que pueda procesar lo que eso significa, toma el termómetro de mis dedos.

Lo coloca sobre la mesita y luego, con un movimiento fluido, toma el gráfico. Sus ojos recorren las anotaciones de los últimos días, estudiando el patrón con una intensidad que me deja sin aliento.

—Aún faltan unos días —murmura, más para sí mismo que para mí.

Cuando vuelve a mirarme, hay algo nuevo en sus ojos. Algo que nunca le había visto antes. Deseo. Crudo y sin filtrar.

—Sophie —dice, y mi nombre en sus labios suena como una plegaria y una maldición al mismo tiempo—. ¿Has pensado en cómo vamos a concebir a nuestro hijo?

La pregunta me golpea con la fuerza de un tren. Es directa, sin rodeos, típica de Alexander. Y sin embargo, hay algo en su tono, una tensión apenas contenida, que me hace estremecer.

—Yo... —trago saliva, reuniendo valor—. De forma natural. Si a ti te parece bien.

Sus pupilas se dilatan tanto que casi eclipsan el azul de sus iris. Veo cómo su mandíbula se tensa, cómo un músculo palpita en su mejilla. Está ejerciendo

todo su autocontrol, y la idea de que yo podría ser la causa de esa pérdida de control me resulta embriagadora.

—Más que bien —responde, su voz tan baja y ronca que apenas la reconozco.

Sin previo aviso, se quita la chaqueta del traje y la deja caer al suelo. Alexander Stone, siempre impecable, siempre controlado, está dejando que su ropa cara se arrugue en el suelo de mi habitación. La imagen es tan incongruente que me deja momentáneamente sin palabras.

Se arrodilla frente a mí, entre mis piernas aun ligeramente separadas. Sus manos se posan en mis muslos, y el calor de sus palmas a través de mi piel desnuda es casi insoportable.

—Tengo que prepararte —dice, y hay tanta intensidad en su mirada que me estremezco—. No quiero hacerte daño cuando llegue el momento.

Casi parece en trance. Como si se estuviese dejando llevar por su lado animal.

Su actitud me excita mucho más de lo que debería.

No pide permiso. No pregunta si estoy de acuerdo. Simplemente actúa, como siempre lo ha hecho. Y lo más sorprendente es que no quiero que se detenga.

Sus manos ascienden por mis muslos, lentas pero seguras, dejando un rastro de fuego a su paso. Cuando llegan al borde de mi camiseta, se detienen.

—Levántala —ordena, su voz apenas un gruñido.

Con dedos temblorosos, obedezco, subiendo la tela hasta mi cintura. No llevo nada debajo, y la exposición repentina hace que un rubor intenso se extienda por mi rostro.

Alexander inhala bruscamente, sus ojos fijos en mi centro ya húmedo por la anticipación. Hay algo casi reverencial en la forma en que me mira, como si estuviera contemplando algo precioso y raro.

—Perfecta —murmura, y el orgullo que siento ante su aprobación me sorprende por su intensidad.

El primer toque de sus dedos sobre mi intimidad me arranca un gemido que no intento contener. Explora con una destreza que me deja temblando, encontrando puntos sensibles que ni yo misma sabía que existían.

—Estás tan mojada —dice, y hay un orgullo masculino en su voz que debería irritarme pero que solo aumenta mi excitación—. Tan receptiva.

Cuando desliza un dedo dentro de mí, justo donde momentos antes estaba el termómetro, la sensación es completamente diferente. Es cálido, vivo, y mi cuerpo responde instantáneamente, apretándose a su alrededor.

—Tan estrecha —gruñe, añadiendo un segundo dedo que me hace jadear por la sensación de plenitud—. Voy a tener que prepararte bien para mí.

Sus dedos me estiran, me exploran, tocando lugares dentro de mí que envían oleadas de placer por todo mi cuerpo. Establece un ritmo lento pero constante, entrando y saliendo, girando ligeramente, buscando el ángulo perfecto.

No deja de mirarme ni un solo segundo.

Y entonces, sin previo aviso, se inclina y su boca se une a sus dedos. El primer contacto de su lengua sobre mi clítoris es tan intenso que casi me levanto de la cama. Es caliente, húmedo, y tan increíblemente bueno que las lágrimas pican en mis ojos.

—Alexander —jadeo, su nombre una súplica en mis labios.

Él responde aumentando la presión, la velocidad, sus dedos moviéndose dentro de mí mientras su lengua traza círculos precisos alrededor de mi punto más sensible. Es demasiado. Es perfecto. Es abrumador.

Mis manos se enredan en su pelo, deshaciéndolo de su peinado perfecto, manteniéndolo exactamente donde lo necesito. El contraste de su ropa formal

contra mi desnudez, de su boca en mi parte más íntima, es tan erótico que intensifica cada sensación.

El placer se acumula en mi vientre como una ola creciente, subiendo, subiendo, hasta que finalmente rompe. El orgasmo me golpea con una fuerza que me deja sin aliento, mi cuerpo convulsionando alrededor de sus dedos mientras olas de éxtasis me recorren de pies a cabeza.

A través de la neblina de mi clímax, veo a Alexander incorporarse. Sin apartar sus ojos de mí, se desabrocha el cinturón y abre su pantalón. Libera su erección, gruesa y dura, y la toma en su mano. Es grande, intimidante, y la idea de tenerlo dentro de mí algún día envía un nuevo escalofrío de anticipación por mi columna.

—La próxima vez estaré dentro de ti —dice, su voz entrecortada mientras comienza a acariciarse—. Pero hoy solo quiero verte así. Quiero marcarte.

Sus movimientos son rápidos, urgentes, su respiración cada vez más agitada. Veo la tensión acumularse en su cuerpo, cómo sus músculos se contraen bajo la tela de su camisa aun perfectamente abotonada. Es la imagen de control y descontrol simultáneos.

Y entonces, con un gruñido gutural que envía un nuevo escalofrío de deseo a través de mi cuerpo, alcanza su clímax. Su semilla cae caliente sobre mi vientre y mi intimidad aún palpitante, marcándome de la manera más primitiva posible.

Nos quedamos así, respirando agitadamente, mirándonos como si nos viéramos por primera vez. La intensidad del momento, la intimidad cruda de lo que acabamos de compartir, me deja temblando.

Alexander se inclina y, para mi sorpresa, deposita un beso suave en mi boca. Es un gesto tan tierno, tan incongruente con la pasión salvaje de hace unos momentos, que me deja momentáneamente sin palabras.

Sin decir nada más, se acomoda la ropa, recoge su chaqueta y vuelve a ser el CEO impecable de siempre. Solo sus ojos, aún oscurecidos por el deseo, y su pelo ligeramente despeinado por mis manos, delatan lo que acaba de ocurrir.

—Hasta esta noche, Sophie —dice, su voz casi normal, pero con un matiz de promesa que hace que mi corazón se acelere nuevamente.

Y entonces se va, dejándome tumbada en la cama, con su esencia sobre mi piel y la certeza de que nada volverá a ser igual entre nosotros.

CAPÍTULO 19

SOPHIE

El edificio de Stone Media Group se alza imponente frente a mí, sus noventa pisos de cristal y acero reflejando el cielo de Manhattan como un espejo gigantesco. Aprieto el asa de mi bolso con dedos nerviosos mientras contemplo las puertas giratorias de la entrada. Han pasado tres días desde aquella mañana en mi habitación, tres días de miradas furtivas, de tensión palpable cada vez que coincidimos en alguna habitación del apartamento, de noches en vela recordando sus manos sobre mi piel.

Tres días intentando reunir el valor para volver a hablar con él.

El guardia de seguridad me observa con curiosidad mientras me acerco al mostrador de recepción. Llevo un vestido sencillo pero elegante, uno de los que Alexander insistió en comprarme, y me he esforzado más de lo habitual con mi maquillaje y mi pelo. Aun así, me siento como una impostora entre tanta opulencia corporativa.

—Buenos días —saludo a la recepcionista, una mujer impecablemente vestida con un traje sastre y una sonrisa profesional—. Quisiera ver al señor Stone, por favor.

—¿Tiene cita? —pregunta, sus dedos ya sobre el teclado.

—No, pero soy...

¿Qué soy exactamente? ¿Su contratada? ¿La futura madre de su hijo? ¿La mujer sobre cuyo vientre se corrió hace tres días? ¿Cómo se supone que tengo que presentarme?

—Soy Sophie Chen —digo finalmente, esperando que mi nombre signifique algo.

La mujer parpadea, y su expresión cambia sutilmente.

—Oh, señorita Chen. Por supuesto —dice, tecleando rápidamente—. El señor Stone dejó instrucciones específicas por si usted venía alguna vez. Por favor, tome el ascensor ejecutivo hasta el piso 45. Su asistente la estará esperando.

Me entrega una tarjeta de acceso y señala hacia un conjunto de ascensores apartados del resto, con puertas de acero pulido que brillan bajo las luces del vestíbulo.

El ascenso es tan suave que apenas lo noto, salvo por la ligera presión en mis oídos que delata la velocidad. Mi reflejo en las puertas metálicas me devuelve una imagen que apenas reconozco: una mujer elegante, pero con ojos que no pueden ocultar su nerviosismo.

Cuando las puertas se abren, me encuentro directamente en un área de recepción espaciosa y minimalista. Una mujer de unos cuarenta años, con un corte de pelo perfecto y gafas de montura fina, levanta la vista de su ordenador.

—Señorita Chen —dice, poniéndose de pie con una sonrisa que parece genuinamente amable—. Soy Miranda Davis, asistente personal del señor Stone. Él está terminando una llamada. ¿Puedo ofrecerle algo mientras espera? ¿Agua, café?

—Agua estaría bien, gracias —respondo, agradecida por su amabilidad que calma un poco mis nervios.

Miranda me guía hasta una pequeña sala de espera contigua a lo que supongo es el despacho de Alexander. Las paredes están decoradas con fotografías en blanco y negro de edificios emblemáticos de Manhattan, y puedo reconocer algunas portadas enmarcadas de periódicos y revistas pertenecientes a Stone Media Group.

—El señor Stone no suele recibir visitas personales en la oficina —comenta Miranda mientras me entrega un vaso de agua—. Debe ser usted muy especial.

Hay una curiosidad amable en su voz, sin malicia, pero aun así siento cómo el calor sube a mis mejillas.

—Solo necesito hablar con él sobre algo —murmuro, tomando un sorbo de agua para disimular mi incomodidad.

Miranda asiente, sin presionar más, y regresa a su escritorio. Me quedo sola con mis pensamientos y mis dudas. ¿Estoy haciendo lo correcto? ¿Se reirá de mis aspiraciones? Después de todo, ¿qué pensará un hombre como Alexander Stone, educado en las mejores instituciones del mundo, de mi deseo de empezar la universidad a los veinticuatro años?

La puerta del despacho se abre de repente, sobresaltándome. Alexander aparece en el umbral, imponente en un traje azul marino que resalta el color de sus ojos. Su mirada se fija en mí, intensa y penetrante, y por un segundo me olvido de respirar.

—Sophie —dice, su voz profunda enviando un escalofrío por mi columna —. Pasa. No tendrías que haber esperado aquí. Tú puedes entrar a mi despacho siempre que quieras. Se lo explicaré a todo el personal para la próxima vez.

Sus palabras me emocionan tanto que tengo que controlarme para que no se me note en la cara.

Se hace a un lado para dejarme entrar, y al pasar junto a él, siento el calor que emana de su cuerpo, su aroma a bergamota y cedro envolviéndome como una caricia invisible.

—Miranda, no me pases llamadas a menos que sea absolutamente urgente —ordena, sin apartar sus ojos de mí.

—Por supuesto, señor Stone —responde ella, y por el rabillo del ojo creo ver una pequeña sonrisa en sus labios.

El despacho de Alexander es exactamente como lo imaginaba: espacioso, elegante, con ventanales del suelo al techo que ofrecen una vista panorámica

de Manhattan. Un escritorio de madera oscura domina un extremo de la habitación, mientras que el otro está ocupado por una zona de estar con sofás de cuero y una mesa baja de cristal.

—Siéntate, por favor —dice, señalando hacia los sofás—. ¿Te apetece algo más fuerte que agua? Tengo un Chardonnay excelente.

—No me gusta beber —respondo con una pequeña sonrisa—. El agua está bien.

Alexander asiente y se sienta a mi lado, aflojándose ligeramente la corbata en un gesto que encuentro inexplicablemente atractivo. Hay algo en verlo en su ambiente natural, rodeado de los símbolos de su poder, que me resulta fascinante.

Y demasiado sexy.

—¿A qué debo el placer de tu visita? —pregunta, sus ojos estudiándome con esa intensidad que hace que mi piel se erice.

Es ahora o nunca. Respiro hondo y me lanzo.

—Quiero ir a la universidad —digo, las palabras saliendo en una exhalación rápida—. Sé que puede parecer una tontería a mi edad, y con el bebé probablemente no sea el mejor momento, pero es algo que siempre he querido hacer y nunca he podido, y pensé que quizás...

—Sophie —me interrumpe suavemente, inclinándose hacia delante—. Respira.

Obedezco, tomando una bocanada de aire que calma un poco el torbellino de mis pensamientos.

—No es una tontería —continúa, su voz firme pero amable—. Es admirable. ¿Qué te gustaría estudiar?

Su respuesta me desconcierta. Esperaba resistencia, o al menos sorpresa, no esta aceptación inmediata.

Pensaba que iba a tener que luchar con él porque se preocupase de que no tuviese tiempo para todo lo relacionado con el bebé.

Me deja completamente descolocada.

Y demasiado complacida.

—Psicología —respondo, mi voz más segura ahora—. Siempre me ha interesado entender cómo funciona la mente, por qué las personas actúan como lo hacen. Especialmente después de crecer con mi padre y su adicción...

Alexander asiente, y hay algo en sus ojos que no puedo descifrar completamente.

—Es una elección excelente —dice—. Y el momento perfecto, en realidad. Podrías cursar al menos el primer año antes de que el bebé nazca.

—Pero el trimestre ya ha comenzado —señalo—. Y mi expediente académico no es precisamente brillante. No pude estudiar mucho mientras cuidaba de mi padre.

Alexander sonríe, y hay algo en esa sonrisa que me recuerda que estoy hablando con un hombre acostumbrado a mover montañas para conseguir lo que quiere.

—Sophie —dice, su voz adquiriendo ese tono de CEO que no admite discusión—. Stone Media Group dona millones cada año a las principales universidades de Nueva York. El decano de Columbia juega al golf conmigo todos los meses. Y el rector de NYU es mi padrino.

—¿Estás diciendo que...?

—Estoy diciendo que hacer que te admitan, incluso con el trimestre comenzado, no será un problema —completa, con una confianza que debería irritarme por su arrogancia pero que, en cambio, me llena de esperanza—. Tendrás que trabajar duro para ponerte al día, pero algo me dice que eso no te asusta.

La emoción me golpea con tanta fuerza que, sin pensarlo, me levanto de un salto y me lanzo hacia él, rodeando su cuello con mis brazos.

—¡Gracias, gracias, gracias! —exclamo, la alegría desbordándose en cada palabra.

Alexander se tensa momentáneamente, como si no estuviera acostumbrado a este tipo de contacto espontáneo. Pero entonces, sus brazos se cierran alrededor de mi cintura, apretándome contra su cuerpo con una fuerza que me deja sin aliento.

Y entonces, todo cambia.

La conciencia de nuestra proximidad física nos golpea a ambos simultáneamente. Su respiración se acelera, puedo sentirla contra mi cuello. Mis manos, que descansaban inocentemente en sus hombros, ahora son dolorosamente conscientes de la solidez de sus músculos bajo la tela cara de su traje.

Lentamente, como si me diera tiempo para apartarme, Alexander levanta una mano hasta mi nuca. Sus dedos se enredan en mi pelo, ejerciendo una presión suave pero firme que me hace inclinar la cabeza hacia atrás.

Nuestras miradas se encuentran, y lo que veo en sus ojos hace que mi corazón se detenga por un instante. Deseo. Puro y ardiente.

No sé quién se mueve primero. Solo sé que de repente sus labios están sobre los míos, reclamándome con una urgencia que enciende cada célula de mi cuerpo. El beso no tiene nada de tentativo; es hambriento, posesivo, como si hubiera estado conteniéndose demasiado tiempo.

Mis manos suben hasta su pelo, desordenando su peinado perfecto. Las suyas descienden por mi espalda hasta posarse en mis caderas, apretándome contra él con una fuerza que me hace jadear contra su boca.

Con un movimiento fluido que delata su fuerza, Alexander nos levanta, camina hasta su escritorio y me sienta sobre la madera, apartando papeles y

carpetas sin importarle dónde caen. Se coloca entre mis piernas, que se abren instintivamente para acomodarlo.

Sus labios trazan un camino ardiente por mi cuello, mordisqueando suavemente la piel sensible bajo mi oreja, arrancándome un gemido que no puedo contener. Mis piernas se cierran alrededor de su cintura, atrayéndolo más cerca, sintiendo la evidencia dura de su excitación contra mi centro.

El beso se profundiza, nuestras lenguas danzando en una batalla por el dominio que sé que no puedo ganar pero que disfruto peleando. Sus manos, siempre tan controladas, ahora vagan por mi cuerpo con una urgencia casi desesperada, como si quisiera memorizar cada curva a través de la tela de mi vestido.

—Alexander —gimo cuando sus dedos rozan el lateral de mi pecho, enviando chispas de placer por todo mi cuerpo.

Está a punto de responder cuando un golpe en la puerta nos sobresalta a ambos.

—Señor Stone —la voz de Miranda suena amortiguada a través de la madera—. Lamento interrumpir, pero el señor Jones está aquí para su reunión de las once.

Alexander se aparta ligeramente, su respiración tan agitada como la mía. Sus ojos, ahora oscurecidos por el deseo, me miran con una mezcla de frustración y algo más intenso que no me atrevo a nombrar.

—Un momento, Miranda —responde, su voz sorprendentemente compuesta dada la situación.

Apoya su frente contra la mía, y por un instante nos quedamos así, compartiendo el mismo aire, nuestros corazones latiendo al unísono.

—¿Estás bien? —murmura, su voz tan baja que apenas lo escucho.

Asiento, incapaz de formar palabras coherentes mientras el calor de su cuerpo aún me envuelve, mientras el sabor de sus labios permanece en los

míos.

Con desgana evidente, Alexander se aparta, ayudándome a bajar del escritorio. Sus manos permanecen en mi cintura un momento más de lo necesario, como si le costara físicamente dejarme ir.

Mientras me arreglo el vestido y él intenta poner algo de orden en su escritorio y en su pelo, no puedo evitar una pequeña sonrisa. Quien hubiera pensado que Sophie Chen, la camarera de Rosie's Diner, tendría el poder de descomponer así al poderoso Alexander Stone.

Y lo más sorprendente de todo: no solo me apoyará para ir a la universidad, sino que parece genuinamente interesado en mi futuro. Como si yo fuera algo más que un contrato, algo más que un medio para conseguir un heredero.

Pero no me atrevo a pensar demasiado en lo que eso podría significar. Hay demasiado en juego, demasiadas complicaciones, demasiadas formas en que todo esto podría salir terriblemente mal.

Y eso, por sí solo, es suficiente para hacer que mi corazón lata con anticipación durante todo el camino de regreso a casa.

CAPÍTULO 20

SOPHIE

Como cada día, lo primero que hago al despertarme es tomarme la temperatura.

Hoy, el corazón se me salta un latido.

Mi mano tiembla ligeramente mientras sostengo el termómetro, observando el número que parpadea en la pequeña pantalla digital: 37.4°C. Una subida significativa respecto a los días anteriores.

Estoy ovulando.

Mi corazón se acelera mientras anoto el dato en el gráfico que el Dr. Hoffman me dio. La línea asciende bruscamente, confirmando lo que ya sospechaba. Es el momento. Mi cuerpo está listo para concebir.

Dejo el termómetro en la mesita y me levanto, mis piernas sorprendentemente inestables. Tengo que decírselo a Alexander. Tengo que decirle que ha llegado el momento que hemos estado esperando.

El pensamiento envía una oleada de calor a través de mi cuerpo, una mezcla de vergüenza y anticipación que me deja sin aliento. Hace apenas dos días estábamos en su despacho, sus manos recorriendo mi cuerpo, sus labios devorando los míos. Desde entonces, hemos mantenido una extraña distancia, como si ambos temiéramos lo que podría pasar si volvíamos a tocarnos.

Como complicaría las cosas.

A veces pienso que no soy la única que no sabe lo que está haciendo.

Pero ahora no hay elección. No si queremos cumplir con el contrato. No si queremos concebir a su heredero.

Me ducho rápidamente, intentando calmar mis nervios bajo el agua caliente. ¿Cómo se lo digo? ¿Cómo le explico que mi cuerpo está listo, que es el momento de... consumar nuestro acuerdo?

Me visto con cuidado, optando por un vestido sencillo pero bonito, de color azul pálido. No me maquillo demasiado, solo un toque de rímel y brillo labial. Quiero parecer natural, no como si me hubiera arreglado especialmente para esto.

Aunque, por supuesto, es exactamente lo que he hecho.

Como todavía es muy pronto,

Alexander está en su despacho privado de casa cuando lo encuentro. La puerta está entreabierta, y puedo verlo sentado tras su escritorio, completamente absorto en su portátil. Lleva una camisa blanca con las mangas remangadas hasta los codos, revelando unos antebrazos musculosos que hacen que mi estómago dé un vuelco. Su pelo, normalmente perfectamente peinado, está ligeramente despeinado, como si hubiera pasado sus dedos por él varias veces en un gesto de concentración.

Nunca me ha parecido más guapo.

Creo que podría darme un infarto en este momento.

Respiro hondo y llamo suavemente a la puerta.

—¿Alexander?

Levanta la mirada, y algo en su expresión cambia al verme. Sus ojos, siempre intensos, se suavizan ligeramente.

—Sophie —dice, cerrando su portátil—. Pasa.

Entro, repentinamente consciente de cada paso, de cada movimiento. El despacho huele a él: a bergamota, a cedro, a ese aroma indefinible que es puramente Alexander. Es embriagador.

—¿Ocurre algo? —pregunta, y hay una nota de preocupación en su voz que me toma por sorpresa.

—No, no... —empiezo, y luego me detengo, insegura de cómo continuar—. Es solo que... me he tomado la temperatura y...

Las palabras se atascan en mi garganta. ¿Cómo se le dice a un hombre que es el momento perfecto para que te deje embarazada? No hay un protocolo para esto, no hay un guion que seguir.

Pero Alexander entiende inmediatamente. Veo cómo sus pupilas se dilatan, cómo su cuerpo se tensa casi imperceptiblemente.

—¿Estás ovulando? —pregunta, su voz más ronca de lo habitual.

Asiento, incapaz de sostener su mirada.

—37.4°C —confirmo—. El Dr. Hoffman dijo que cualquier temperatura por encima de 37.2°C indicaría...

No termino la frase. No es necesario. Alexander se levanta de su silla con un movimiento fluido que me recuerda a un depredador. Rodea el escritorio y se detiene frente a mí, tan cerca que puedo sentir el calor que emana de su cuerpo.

—¿Cuánto dura el periodo fértil? —pregunta, y hay algo en su tono, una intensidad controlada, que hace que mi pulso se acelere.

—El doctor dijo que tenemos una ventana de aproximadamente 24 a 36 horas desde el momento de la ovulación —respondo, mi voz apenas un susurro—. Así que... hoy y mañana serían los días óptimos.

Alexander asiente, procesando la información. Luego, para mi sorpresa, toma su teléfono y marca un número.

—Miranda —dice, su voz firme y decidida—. Cancela todas mis reuniones para hoy y mañana. Ha surgido un asunto personal urgente que requiere mi atención completa.

Hace una pausa, escuchando la respuesta al otro lado.

—No, no es negociable. Reprograma todo. Y no me pases llamadas a menos que sea una emergencia absoluta.

Cuelga sin esperar respuesta, y sus ojos vuelven a fijarse en mí con una intensidad que me deja sin aliento.

—Vamos a mi habitación —dice, y no es una pregunta ni una sugerencia. Es una orden.

Todo mi cuerpo responde a esa voz, a ese tono de autoridad que no admite discusión. Un calor líquido se extiende por mi vientre, y siento cómo mi centro se humedece en anticipación.

—Alexander, yo... —empiezo, sin saber realmente qué quiero decir.

Él se acerca más, invadiendo mi espacio personal de una manera que debería resultar intimidante pero que solo aumenta mi excitación. Una de sus manos sube hasta mi mejilla, sus dedos acariciando suavemente mi piel.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo así? —pregunta, y hay una vulnerabilidad en su voz que nunca había escuchado antes—. ¿De forma natural? Aún podríamos optar por la inseminación.

La pregunta me sorprende. Después de lo que pasó en su despacho hace dos días, después de la forma en que sus manos recorrieron mi cuerpo, sus labios devoraron los míos, no esperaba que me diera una salida.

Pero es exactamente lo que está haciendo. Me está dando una última oportunidad de cambiar de opinión.

—Estoy segura —respondo, y mi voz suena más firme de lo que me siento —. Quiero hacerlo así. Contigo.

Algo cambia en sus ojos, una llamarada de deseo tan intensa que casi puedo sentir su calor en mi piel.

—Bien —dice, su voz es un gruñido bajo que envía escalofríos por mi columna—. Porque llevo semanas imaginando cómo sería estar dentro de ti, Sophie. Cómo sería hacerte mía completamente.

Sus palabras me dejan sin aliento, un gemido suave escapando de mis labios sin que pueda evitarlo. No esperaba esta honestidad cruda, no esperaba que lo desease.

Alexander toma mi mano y me guía fuera del despacho, a través del apartamento, hacia su habitación. Nunca he estado allí antes; es un espacio que siempre ha parecido prohibido, sagrado de alguna manera.

Cuando abre la puerta, me quedo momentáneamente sin palabras. La habitación es enorme, dominada por una cama king-size con sábanas de un gris oscuro que parecen invitar al tacto. Los ventanales del suelo al techo ofrecen una vista panorámica de Central Park, bañado en luz dorada.

Es elegante, masculina, y tan intimidante como el hombre que me guía hacia ella.

Alexander cierra la puerta tras nosotros, y el suave clic suena como un sello, separándonos del mundo exterior. Aquí solo estamos él y yo, y lo que está a punto de suceder entre nosotros.

Se detiene frente a mí, sus ojos recorriendo mi figura como si quisiera memorizar cada detalle. Hay una intensidad en su mirada que me hace sentir completamente desnuda, aunque aún llevo puesto mi vestido.

—Eres tan hermosa —dice, su voz un murmullo ronco—. Tan jodidamente hermosa que me cuesta respirar cuando te miro.

El cumplido me toma por sorpresa, un rubor intenso subiendo a mis mejillas. No estoy acostumbrada a que me hablen así, a que me miren como si fuera algo precioso, algo deseable.

—Alexander —murmuro, sin saber qué más decir.

Él da un paso hacia mí, eliminando la distancia entre nosotros. Sus manos suben hasta enmarcar mi rostro, sus pulgares acariciando suavemente mis mejillas.

—Quiero que entiendas algo antes de que continuemos —dice, su mirada intensa fija en la mía—. Voy a hacer que esto sea perfecto para ti. Voy a estar a la altura del regalo que me estás dando.

Mi corazón se acelera ante sus palabras. A este paso voy a terminar completamente enamorada de este hombre.

Pero no puedo permitirme pensar así. No puedo permitirme confundir el deseo con algo más profundo. Esto es un acuerdo, un contrato. El hecho de que haya delicadeza solo lo hace más fácil, no más significativo.

—Deseo esto —admito, porque es la verdad, aunque no toda la verdad.

Una sonrisa, lenta y devastadoramente sexy, curva sus labios.

—Entonces no hay más que hablar —dice, y luego se inclina y captura mis labios con los suyos.

El beso es diferente a los anteriores. No hay urgencia desesperada, no hay hambre incontrolable. Es lento, profundo, explorador. Sus labios se mueven contra los míos con una precisión que me deja temblando, su lengua trazando el contorno de mi boca antes de deslizarse dentro, encontrando la mía en una danza sensual que enciende cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

Sus manos descienden por mi cuello, mis hombros, hasta encontrar la cremallera de mi vestido en la espalda. La baja lentamente, sus dedos rozando mi piel recién expuesta en una caricia que me hace estremecer.

El vestido cae a mis pies con un susurro suave, dejándome solo en ropa interior: un conjunto sencillo de encaje blanco que compré específicamente pensando en este momento.

Alexander da un paso atrás, sus ojos recorriendo mi cuerpo con una intensidad que hace que mi piel arda.

—Perfecta —murmura, y hay tanta reverencia en su voz que casi me hace llorar.

Luego comienza a desvestirse, sus movimientos deliberados y controlados. Primero la camisa, revelando un torso esculpido que parece sacado de una estatua griega. Luego los pantalones, que caen junto a mi vestido en el suelo.

Cuando queda solo en bóxers negros, mi aliento se entrecorta. La evidencia de su excitación es imposible de ignorar, presionando contra la tela, grande e intimidante.

—Ven aquí —dice, extendiendo su mano hacia mí.

Obedezco, hipnotizada por su mirada, por su cuerpo, por la promesa de lo que está por venir. Cuando nuestras pieles se tocan, es como si una corriente eléctrica recorriera todo mi cuerpo. Su calor me envuelve, su aroma me intoxica.

Con movimientos sorprendentemente gentiles, Alexander me guía hacia la cama. Me recuesta sobre las sábanas, que son tan suaves como imaginaba, y se coloca sobre mí, apoyándose en sus antebrazos para no aplastarme con su peso.

—Voy a ir despacio —promete, sus ojos fijos en los míos—. Es tu primera vez, y quiero que sea bueno para ti. Pero necesito que me digas si algo no se siente bien, si quieres que me detenga.

Su consideración me conmueve. A pesar de su habitual actitud dominante, a pesar de su naturaleza controladora, está poniendo mis necesidades por delante de las suyas.

—Lo haré —prometo, aunque en este momento no puedo imaginar queriendo que se detenga.

Sus labios vuelven a encontrar los míos en un beso que rápidamente se intensifica, pasando de tierno a apasionado en cuestión de segundos. Sus manos exploran mi cuerpo con una mezcla de reverencia y posesividad, encontrando puntos sensibles que ni yo misma sabía que tenía.

Cuando sus dedos encuentran el broche de mi sujetador, lo desabrocha con destreza. La prenda se desliza, dejando mis pechos expuestos a su mirada.

—Hermosa —murmura, antes de inclinarse y tomar uno de mis pezones en su boca.

La sensación es tan intensa, tan nueva, que arqueo la espalda involuntariamente, un gemido escapando de mis labios. Su lengua traza círculos alrededor del sensible botón, mientras su mano atiende al otro pecho, pellizcando suavemente, enviando oleadas de placer que se concentran directamente entre mis piernas.

Estoy tan perdida en las sensaciones que apenas noto cuando sus dedos se deslizan bajo el elástico de mis bragas, encontrando la humedad que ya se ha acumulado allí.

—Tan mojada para mí —gruñe contra mi piel, su voz una mezcla de satisfacción y deseo—. Tan lista.

Un dedo se desliza entre mis pliegues, explorando, acariciando, encontrando ese punto que me hace ver estrellas. Comienza a moverlo en círculos lentos pero firmes, construyendo una presión en mi vientre que amenaza con explotar.

—Alexander —jadeo, mis manos aferrándose a sus hombros, mis uñas clavándose ligeramente en su piel.

—Lo sé, cariño —responde, su voz un murmullo ronco contra mi oído—. Lo sé. Déjate llevar. Quiero sentirte.

Como si sus palabras fueran una orden, el placer explota dentro de mí en una ola devastadora. Mi cuerpo se tensa, mi espalda se arquea, y un grito que apenas reconozco como mío escapa de mis labios.

Alexander continúa sus movimientos, prolongando mi orgasmo hasta que estoy temblando, hipersensible, al borde de las lágrimas por la intensidad de las sensaciones.

Cuando finalmente me calmo, lo miro a través de párpados pesados. Sus ojos están oscurecidos por el deseo, su respiración tan agitada como la mía.

—Eso ha sido... —empiezo, sin encontrar las palabras adecuadas.

—Solo el comienzo —completa por mí, una promesa en su voz que hace que mi cuerpo responda instantáneamente, listo para más a pesar del orgasmo reciente.

Con movimientos deliberados, Alexander se deshace de mis bragas, deslizándolas por mis piernas hasta quitármelas por completo. Luego se quita los bóxers, y no puedo evitar que mis ojos se agranden ante la vista de su erección, liberada por fin de su confinamiento.

Y aunque no es la primera vez que la veo, su tamaño vuelve a sorprenderme.

Es grande, intimidante, y por un momento el miedo se mezcla con la anticipación. ¿Cómo va a caber dentro de mí?

Como si leyera mis pensamientos, Alexander se inclina y deposita un beso suave en mis labios.

—Confía en mí —murmura—. No te haré daño.

Y lo hago. Confío en él de una manera que no puedo explicar, que va más allá de la lógica o la razón.

Se coloca entre mis piernas, separándolas gentilmente. Puedo sentir la punta de su erección presionando contra mi entrada, caliente y dura.

—Mírame —ordena suavemente.

Obedezco, mis ojos encontrando los suyos. Y entonces, con un movimiento lento pero constante, comienza a entrar en mí.

La sensación es abrumadora. Hay un estiramiento, una plenitud que nunca antes he experimentado. No es exactamente doloroso, pero es intenso, desconocido.

Alexander se mueve con una paciencia infinita, avanzando milímetro a milímetro, dándome tiempo para adaptarme a su tamaño. Sus ojos nunca dejan los míos, buscando cualquier señal de incomodidad o dolor.

Cuando encuentra la barrera de mi virginidad, se detiene.

—¿Lista? —pregunta, su voz tensa por el esfuerzo de controlarse.

Asiento, incapaz de formar palabras.

Con un empuje firme, rompe la barrera, enterrándose completamente dentro de mí.

Un dolor agudo me atraviesa, haciéndome jadear. Alexander se queda inmóvil, dándome tiempo para adaptarme, para procesar la nueva sensación de tenerlo completamente dentro.

—Respira, cariño —murmura, depositando besos suaves en mi rostro, mis párpados, mis mejillas—. Ya pasó lo peor.

Sigo su consejo, respirando profundamente, sintiendo cómo mi cuerpo se relaja gradualmente alrededor de su invasión. El dolor comienza a desvanecerse, reemplazado por una sensación de plenitud que es extrañamente satisfactoria.

—¿Mejor? —pregunta, estudiando mi rostro con atención.

—Sí —respondo, sorprendida por la verdad en mi respuesta—. Puedes... puedes moverte.

Una sonrisa, pequeña pero genuina, curva sus labios.

—Eres increíble —dice, y hay tanta admiración en su voz que me hace sonrojar.

Comienza a moverse, saliendo casi por completo antes de deslizarse de nuevo en mi interior. Sus embestidas son lentas, controladas, cada una un poco más profunda, un poco más firme que la anterior.

La incomodidad inicial da paso rápidamente al placer. Cada movimiento de sus caderas envía ondas de sensaciones a través de mi cuerpo, construyendo una presión en mi vientre que reconozco como el preludio de otro orgasmo.

—Tan estrecha —gruñe Alexander, su voz ronca por el esfuerzo de mantener el control—. Tan perfecta alrededor de mí.

Sus palabras, crudas y honestas, aumentan mi excitación. Mis piernas se envuelven alrededor de su cintura, cambiando el ángulo, permitiéndole llegar

aún más profundo.

—Eso es —alienta, aumentando ligeramente el ritmo—. Tómame más profundo, Sophie. Tómame todo.

Mis manos se aferran a su espalda, sintiendo los músculos flexionarse bajo mis dedos con cada embestida. Estoy completamente perdida en él, en nosotros, en esta conexión que va más allá de lo físico.

—Alexander —jadeo, sintiendo cómo el placer se acumula, amenazando con desbordarme—. Creo que voy a...

—Sí —gruñe, su ritmo acelerándose, sus embestidas volviéndose más profundas, más potentes—. Córrete para mí, Sophie. Quiero sentirte apretándome mientras te lleno.

Sus palabras son el catalizador final. El orgasmo me golpea con una fuerza que me deja sin aliento, mi cuerpo convulsionando alrededor de su dureza, ondas de placer recorriéndome de pies a cabeza.

Alexander gruñe, un sonido primitivo y satisfactorio. Sus movimientos se vuelven más erráticos, más urgentes, y entonces, con una embestida final que parece llegar al núcleo mismo de mi ser, se tensa por completo.

—Sophie —grita, mi nombre una plegaria en sus labios mientras se derrama dentro de mí.

La sensación de su liberación, caliente y pulsante, prolonga mi propio placer, llevándome a alturas que nunca creí posibles.

Nos quedamos así, unidos, respirando agitadamente, nuestros cuerpos cubiertos por una fina capa de sudor. Alexander apoya su frente contra la mía, sus ojos cerrados, su expresión una mezcla de satisfacción y algo más profundo que no me atrevo a nombrar.

Cuando finalmente abre los ojos, lo que veo en ellos me deja sin aliento. Hay una vulnerabilidad, una ternura que nunca antes había mostrado.

—¿Estás bien? —pregunta, su voz suave, preocupada.

—Mejor que bien —respondo con una sonrisa tímida—. Ha sido…

—Increíble —completa, depositando un beso suave en mis labios—. Y solo es el comienzo.

Parpadeo, confundida.

—¿El comienzo?

Una sonrisa, lenta y depredadora, curva sus labios.

—Sophie —dice, y hay una promesa en su voz que hace que mi cuerpo responda instantáneamente—. Tenemos una ventana de fertilidad de 36 horas. Y pienso aprovechar cada segundo.

Con esas palabras, comienza a moverse de nuevo dentro de mí, y para mi sorpresa, está duro otra vez, listo para un segundo round.

—Voy a llenarte una y otra vez —murmura contra mi oído, sus embestidas lentas pero profundas—. Voy a asegurarme de que mi semilla se quede dentro de ti, de que te fecunde. Voy a follarte hasta que no haya duda de que llevarás a mi hijo. De que eres mía.

Sus palabras, crudas y posesivas, deberían escandalizarme. En cambio, encienden un fuego en mi interior que creía imposible después del orgasmo que acabo de experimentar.

—No voy a salir de ti en todo el día —continúa, su voz un gruñido bajo contra mi piel—. Voy a mantenerme dentro, asegurándome de que ni una gota se desperdicie. Voy a dormirme enterrado en ti, y despertarme follándote de nuevo.

Gimo, incapaz de contener mi respuesta a sus palabras, a sus acciones. Mi cuerpo, que creía saciado, responde con un entusiasmo que me sorprende, apretándose alrededor de su dureza, pidiendo más.

—Eres mía, Sophie —declara, sus embestidas acelerándose, volviéndose más potentes—. Durante las próximas 36 horas, no hay nada más importante que esto. Que nosotros.

Y mientras me lleva hacia otro orgasmo devastador, no puedo evitar pensar que, por primera vez desde que firmamos el contrato, esto ya no se siente como un acuerdo de negocios.

Se siente como algo más. Algo real. Algo profundo.

Algo peligrosamente cercano a lo que siempre he soñado, pero nunca me he atrevido a esperar.

CAPÍTULO 21

SOPHIE

El reflejo que me devuelve el espejo es el de una mujer que apenas reconozco. Llevo un vestido de seda color esmeralda que se desliza sobre mi cuerpo como agua líquida, resaltando curvas que no sabía que tenía. Mi pelo, normalmente recogido en una coleta práctica, cae en ondas suaves sobre mis hombros, y el maquillaje —sutil pero efectivo— realza mis ojos y mis labios de una manera que me hace parecer sofisticada, elegante.

La clase de mujer que podría pertenecer al mundo de Alexander Stone.

Pero sé que no es así. Lo sé porque hace exactamente tres días, cuando la ventana de fertilidad terminó, él simplemente... se detuvo. Como si alguien hubiera apagado un interruptor.

Durante esas 36 horas, habíamos sido inseparables. Alexander había cumplido cada una de sus promesas: me había tomado una y otra vez, de todas las formas posibles, apenas permitiéndome recuperar el aliento entre un orgasmo y otro. Habíamos dormido entrelazados, su cuerpo dentro del mío, como si temiera que una sola gota de su esencia se desperdiciara.

Habían sido las horas más intensas, más íntimas de mi vida. Y durante ese tiempo, casi me había permitido creer que éramos algo más que un contrato. Algo real.

Qué ingenua.

En el momento exacto en que la ventana de fertilidad se cerró, Alexander volvió a ser el hombre de negocios distante y controlado. Educado pero reservado. Como si aquellas 36 horas de pasión desenfrenada nunca hubieran existido.

Ahora, mientras me preparo para la gala benéfica de la Fundación Stone —mi primera aparición pública como la «novia» de Alexander—, no puedo evitar

preguntarme qué significó todo aquello para él. Si fue solo sexo, solo un medio para conseguir un fin, o si sintió, aunque fuera una fracción de la conexión que yo experimenté.

Un suave golpe en la puerta interrumpe mis pensamientos.

—¿Sophie? —La voz de Alexander llega amortiguada a través de la madera —. El coche está esperando.

—Un momento —respondo, dando un último vistazo a mi reflejo.

Puedo hacer esto. Puedo fingir ser la novia perfecta durante unas horas. Después de todo, eso es lo que soy: una actuación, un papel en la obra cuidadosamente orquestada que es la vida de Alexander Stone.

Cuando abro la puerta, mi corazón da un vuelco traicionero. Alexander está impresionante en su esmoquin negro, el corte perfecto acentuando sus hombros anchos y su cintura estrecha. Su pelo, peinado hacia atrás con precisión, revela ese rostro esculpido que parece pertenecer más a una estatua griega que a un hombre de carne y hueso.

Sus ojos recorren mi figura lentamente, deteniéndose en cada curva, en cada centímetro de piel expuesta. Hay algo en su mirada, un hambre apenas contenida, que hace que mi piel se caliente a pesar de mi resolución de mantener la distancia emocional.

—Estás impresionante —dice, su voz más ronca de lo habitual.

—Gracias —respondo, luchando contra el rubor que amenaza con subir a mis mejillas—. Tú también.

Un silencio incómodo se instala entre nosotros, cargado de palabras no dichas y deseos no expresados. Es Alexander quien finalmente lo rompe, ofreciéndome su brazo con una formalidad que contrasta dolorosamente con la intimidad que compartimos hace apenas unos días.

—¿Vamos?

Asiento, colocando mi mano en su antebrazo. Incluso a través de las capas de tela, puedo sentir el calor de su cuerpo, la solidez de sus músculos. El recuerdo de esos mismos músculos flexionándose sobre mí, dentro de mí, hace que mi respiración se acelere ligeramente.

El trayecto en el Bentley transcurre en un silencio tenso. Alexander mira por la ventanilla, aparentemente absorto en sus pensamientos. Yo mantengo mis manos firmemente entrelazadas sobre mi regazo, temerosa de que, si lo toco, aunque sea accidentalmente, toda mi fachada de indiferencia se desmorone.

—La Fundación Stone financia principalmente becas educativas y programas de arte para jóvenes desfavorecidos —explica Alexander repentinamente, como si sintiera la necesidad de llenar el silencio—. Mi abuelo la fundó hace cuarenta años.

—Es admirable —respondo con sinceridad—. Dar oportunidades a quienes no las tienen.

Alexander me mira brevemente, y hay algo en sus ojos que no puedo descifrar.

—Era importante para él —dice simplemente—. Y ahora es importante para mí.

Quiero preguntar más, quiero saber sobre ese abuelo que claramente significó tanto para él, pero el coche se detiene frente a un edificio majestuoso iluminado con luces doradas.

—Hemos llegado —anuncia Alexander, y hay una nota de tensión en su voz que no estaba allí antes—. Habrá fotógrafos, periodistas. Mantente cerca de mí.

No es una sugerencia. Es una orden.

El momento en que pisamos la alfombra roja, somos asaltados por flashes y gritos de reporteros que llaman a Alexander por su nombre. Él mantiene una

mano firmemente en la parte baja de mi espalda, guiándome a través del caos con una seguridad que encuentro reconfortante a pesar de todo.

—¡Señor Stone! ¿Quién es su acompañante?

—¡Alexander! ¡Por aquí!

—¿Es esta su nueva novia?

Las preguntas llueven sobre nosotros, pero Alexander las ignora todas con una sonrisa educada pero distante. Su mano en mi espalda es mi ancla, lo único que me impide salir corriendo ante tanta atención no deseada.

Una vez dentro, el ambiente cambia. El vestíbulo del hotel está transformado en un oasis de elegancia: candelabros de cristal, arreglos florales exuberantes, camareros que se deslizan entre los invitados ofreciendo champán y canapés.

—Respira —murmura Alexander cerca de mi oído, su aliento cálido contra mi piel enviando un escalofrío por mi columna—. Lo estás haciendo muy bien.

No sé por qué, pero sus palabras me molestan. Como si esto fuera una prueba que debo superar, otro requisito del contrato que debo cumplir.

—No es mi primera fiesta —respondo, con más frialdad de la que pretendía.

Alexander arquea una ceja, sorprendido por mi tono, pero no dice nada.

Me guía a través del salón, deteniéndose ocasionalmente para presentarme a personas cuyos nombres olvido inmediatamente. Sonrío, asiento, respondo preguntas educadas sobre cómo nos conocimos (la versión oficial: en la cafetería, un flechazo instantáneo) y qué hago (estudiante de psicología próximamente, gracias a Alexander).

Es agotador, este baile social, esta pretensión constante. Y lo más difícil es estar tan cerca de Alexander, sentir su mano en mi cintura, su cuerpo ocasionalmente rozando el mío, y saber que todo es una actuación.

—Alexander Stone —una voz profunda interrumpe mis pensamientos—. Qué placer verte aquí.

Me giro para encontrarme con un hombre que parece tener unos treinta y tantos años, atractivo de una manera clásica, con cabello castaño claro y ojos verdes inteligentes. Hay algo en su postura, en la forma en que sostiene su copa, que sugiere confianza y educación.

—Profesor Bennett —responde Alexander, su tono notablemente más frío —. No sabía que asistías a estos eventos.

—La Fundación Stone acaba de conceder una subvención significativa al departamento de psicología de Columbia —explica el hombre, antes de fijar su atención en mí—. Y tú debes ser Sophie Chen. He oído hablar mucho de ti.

Me sorprende que conozca mi nombre, y debo mostrarlo en mi expresión porque sonríe, extendiendo su mano.

—Soy Ethan Bennett, jefe del departamento de psicología en Columbia. Alexander mencionó que estarías uniéndote a nosotros este trimestre.

Tomo su mano, notando que la mantiene en la mía un segundo más de lo estrictamente necesario.

—Es un placer conocerle, profesor Bennett —respondo, genuinamente intrigada—. Estoy muy emocionada por empezar.

—Llámame Ethan, por favor —dice, con una sonrisa cálida que ilumina sus ojos—. Y déjame decirte que estamos igualmente emocionados de tenerte con nosotros. Tu solicitud fue... impresionante.

Parpadeo, confundida. ¿Mi solicitud? Apenas he completado los formularios básicos.

—Gracias —murmuro, sin saber qué más decir.

—Sophie tiene un talento natural para comprender la mente humana —interviene Alexander, su brazo deslizándose alrededor de mi cintura en un

gesto que parece casual pero que siento sorprendentemente posesivo—. Estoy seguro de que será una adición valiosa a tu departamento.

Hay algo en su tono, una tensión apenas perceptible, que me hace mirarlo con curiosidad. Su mandíbula está ligeramente apretada, y sus ojos, normalmente cálidos cuando me miran, tienen ahora un filo helado dirigido al profesor.

—Sin duda —concuerda Ethan, aparentemente ajeno a la hostilidad de Alexander—. De hecho, Sophie, me encantaría hablar contigo sobre algunas oportunidades de investigación que podrían interesarte. Estamos iniciando un proyecto sobre psicología del trauma que creo que...

—Sophie estará bastante ocupada con sus estudios básicos al principio —lo interrumpe Alexander, su voz cortante como el acero—. No queremos sobrecargarla.

Me tenso ante sus palabras. ¿Quiénes somos «nosotros»? ¿Y desde cuándo Alexander decide qué puedo o no puedo manejar?

—Creo que eso debería decidirlo yo, ¿no crees? —digo, sin poder contener mi irritación—. Después de todo, son mis estudios.

Un silencio incómodo cae sobre nuestro pequeño grupo. Alexander me mira con sorpresa, claramente no esperaba que lo contradijera en público. Ethan, por su parte, parece estar reprimiendo una sonrisa.

—Por supuesto —concede Alexander finalmente, pero puedo sentir la tensión en su cuerpo—. Solo me preocupo por tu bienestar.

—Tu preocupación es... conmovedora —respondo, mi voz dulce pero con un filo que no pasa desapercibido para ninguno de los dos hombres.

Estoy muy cabreada con él por primero follarme como si me quisiera y luego dejarme a un lado cuando ya no puede dejarme embarazada.

Ha sido revelador lo poco que le importo.

Ethan carraspea ligeramente, como intentando aliviar la tensión.

—En cualquier caso, Sophie, me encantaría mostrarte el departamento personalmente cuando estés lista para comenzar. Tenemos instalaciones excelentes y creo que te sentirás como en casa. Me aseguraré de ello.

—Eso sería maravilloso —respondo, genuinamente agradecida por su amabilidad.

—De hecho —continúa, sacando una tarjeta de su bolsillo—, aquí está mi número personal. Llámame cuando quieras programar una visita. Incluso podríamos tomar un café y discutir tus intereses específicos dentro del campo.

Cojo la tarjeta, consciente de cómo la mano de Alexander se tensa en mi cintura. Casi puedo sentir la ira emanando de él en ondas palpables.

—Es muy amable por tu parte, Ethan —digo, guardando la tarjeta en mi pequeño bolso—. Te llamaré pronto.

—Estaré esperando —responde, con una sonrisa que ilumina sus ojos verdes.

—Si nos disculpas —interrumpe Alexander, su voz apenas controlada—, necesito presentar a Sophie a algunos miembros del consejo.

Sin esperar respuesta, me guía lejos de Ethan con una firmeza que roza lo descortés. Su mano en mi cintura ya no es un toque ligero; es un agarre posesivo que casi me corta la respiración.

—¿Qué ha sido eso? —siseo cuando estamos lo suficientemente lejos.

—Eso debería preguntártelo yo a ti —responde, su voz baja pero cargada de ira—. ¿Te llamaré pronto? ¿En serio, Sophie?

Me detengo en seco, obligándolo a hacer lo mismo.

—¿Perdona? —digo, incrédula—. Estaba siendo amable con mi futuro profesor. ¿Cuál es exactamente tu problema?

Alexander mira a nuestro alrededor, notando las miradas curiosas que empezamos a atraer. Con un gruñido apenas audible, me toma del codo y me guía hacia un pasillo lateral, lejos de la multitud.

—Mi problema —dice, una vez que estamos solos, su voz es un susurro furioso— es que estabas coqueteando con él descaradamente frente a mí.

La acusación es tan absurda que casi me río.

—¿Coqueteando? Estaba siendo educada. Y aunque hubiera estado coqueteando, ¿qué más te da? No es como si realmente fuéramos pareja.

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas, cargadas de toda la frustración y confusión que he estado sintiendo estos días. El efecto en Alexander es inmediato y alarmante.

Su rostro se endurece, sus ojos se oscurecen hasta un azul tormentoso, y por un momento, parece genuinamente herido. Pero esa vulnerabilidad desaparece tan rápido que podría haberla imaginado, reemplazada por una furia fría que me hace estremecer.

—No —dice, su voz peligrosamente baja—. No somos una pareja. Eres la madre de mi futuro hijo. Y eso te convierte en mía.

La posesividad en sus palabras debería ofenderme. Debería enfurecerme. Pero en lugar de eso, siento un calor traicionero extendiéndose por mi vientre, una excitación que no puedo ni quiero controlar.

—No soy una posesión, Alexander —respondo, mi voz más débil de lo que pretendía—. No puedes decidir con quién hablo o qué hago.

—¿No? —Sus ojos recorren mi rostro, deteniéndose en mis labios—. Quizás necesite recordarte a quién perteneces.

Antes de que pueda responder, antes de que pueda procesar lo que está sucediendo, Alexander me empuja suavemente contra la pared y captura mis labios en un beso que no tiene nada de gentil. Es hambriento, posesivo, casi castigador.

Y Dios me ayude, respondo con igual fervor.

Mis manos suben hasta su pelo, desordenando su peinado perfecto. Las suyas se deslizan por mi cuerpo, una asentándose en mi nuca, la otra bajando

hasta mi cadera, apretándome contra él con una fuerza que me deja sin aliento.

—Alexander —jadeo cuando sus labios abandonan los míos para trazar un camino ardiente por mi cuello—. Estamos en un pasillo. Cualquiera podría...

—No me importa —gruñe contra mi piel, sus dientes rozando el punto sensible donde mi pulso late desbocado—. Quiero que todos sepan que eres mía.

Sus palabras encienden algo dentro de mí, algo primitivo y urgente. Debería estar avergonzada. En cambio, me encuentro arqueando mi cuerpo hacia el suyo, buscando más contacto, más fricción.

Alexander parece sentir mi rendición, porque con un movimiento fluido, me levanta en sus brazos y me lleva a través de una puerta cercana. Estamos en un baño privado, elegante y espacioso, pero apenas tengo tiempo de registrar nuestro entorno antes de que me coloque sobre el mármol frío del lavabo.

—Nadie más puede tocarte —dice, sus manos deslizándose bajo mi vestido, subiendo por mis muslos con una determinación que me deja temblando—. Nadie más puede mirarte así. Nadie más puede tenerte.

Quiero protestar, quiero recordarle que no tiene derecho a hacer estas afirmaciones, pero sus dedos encuentran el borde de mis bragas y todo pensamiento coherente abandona mi mente.

—Estás mojada —murmura, su voz una mezcla de satisfacción y deseo crudo mientras desliza un dedo bajo la tela, encontrando mi centro ya húmedo —. Tan mojada para mí.

—Alexander —gimo, mis caderas moviéndose instintivamente contra su mano—. Por favor.

—¿Por favor qué? —pregunta, sus dedos trazando círculos tortuosamente lentos alrededor de mi clítoris, nunca tocándolo directamente—. Dime qué quieres, Sophie.

—A ti —confieso, más allá de cualquier vergüenza o reserva—. Te quiero a ti.

Un gruñido de satisfacción escapa de su garganta. Con un movimiento rápido, arranca mis bragas, el sonido de la tela rasgándose es sorprendentemente erótico en el silencio del baño.

—Voy a follarte aquí mismo —dice, su voz ronca mientras se desabrocha el pantalón—. Voy a recordarte exactamente a quién perteneces.

Debería estar indignada por su arrogancia. Debería poner fin a esto, mantener algo de dignidad. Pero cuando libera su erección, dura y pulsante, todo lo que puedo hacer es separar más mis piernas en una invitación silenciosa.

Alexander no necesita más estímulo. Con un empuje poderoso, se entierra completamente dentro de mí, arrancándome un grito que él silencia con su boca sobre la mía.

—Mía —gruñe contra mis labios, comenzando a moverse con embestidas profundas y controladas—. Dilo, Sophie. Di que eres mía.

Una parte de mí, la parte orgullosa y testaruda, quiere resistirse. Pero la sensación de él dentro de mí, llenándome completamente, golpeando ese punto que me hace ver estrellas, es demasiado abrumadora.

—Soy tuya —jadeo, las palabras escapando como una confesión—. Solo tuya.

Su ritmo se acelera ante mis palabras, sus embestidas volviéndose más fuertes, más desesperadas. Una de sus manos sube hasta mi pecho, encontrando mi pezón a través de la tela del vestido, pellizcándolo suavemente.

El placer se acumula en mi vientre, una presión creciente que amenaza con explotar. Estoy tan cerca, tan cerca...

—Mírame —ordena Alexander, su voz tensa por el esfuerzo—. Quiero ver tus ojos cuando te corras para mí.

Obedezco, mi mirada encontrando la suya. Lo que veo allí, en esas profundidades azul grisáceo, me deja sin aliento. Hay deseo, por supuesto, pero también algo más, algo casi vulnerable, casi tierno.

Y es esa mirada, más que sus embestidas, más que sus manos en mi cuerpo, es lo que finalmente me empuja sobre el borde. El orgasmo me golpea con una fuerza devastadora, ondas de placer recorriéndome de pies a cabeza mientras grito su nombre.

Alexander me sigue poco después, su cuerpo tensándose, un gruñido gutural escapando de su garganta mientras se derrama dentro de mí.

Nos quedamos así, jadeando, nuestros cuerpos entrelazados, durante lo que parecen horas, pero deben ser solo minutos. Lentamente, la realidad comienza a filtrarse: estamos en un baño, en medio de una gala benéfica, con docenas de personas a pocos metros de distancia.

Alexander se retira cuidadosamente, arreglándose la ropa con movimientos precisos. Yo me deslizo del lavabo, mis piernas aún temblorosas, y miro con horror mis bragas rotas en el suelo.

—¿Qué se supone que voy a hacer ahora? —pregunto, la indignación finalmente abriéndose paso a través de la neblina post-orgásmica.

Para mi sorpresa, Alexander sonríe, una sonrisa genuina que rara vez muestra.

—Supongo que tendrás que pasar el resto de la noche sin ellas —dice, y hay un destello travieso en sus ojos que me toma completamente desprevenida, antes de que se agache a coger mis bragas y se las guarde en el bolsillo—. Considéralo un recordatorio.

—¿Un recordatorio de qué? —pregunto, aunque creo conocer la respuesta.

Se acerca, colocando un mechón de pelo tras mi oreja con una ternura que contrasta fuertemente con la pasión desenfrenada de hace unos momentos.

—De que eres mía —responde simplemente—. Y de que no comparto lo que es mío.

Debería estar furiosa. Debería ponerle en su sitio, recordarle que no soy una posesión, que no le pertenezco.

Pero mientras me ayuda a arreglarme el vestido, mientras sus dedos se deslizan por mi piel con una reverencia casi religiosa, no puedo evitar preguntarme si tal vez, solo tal vez, hay algo más detrás de su posesividad.

Es un pensamiento peligroso. Una esperanza que no puedo permitirme.

Pero mientras salimos del baño, con su mano firmemente entrelazada con la mía, no puedo evitar aferrarme a esa pequeña posibilidad como un náufrago a un trozo de madera en medio del océano.

CAPÍTULO 22

ALEXANDER

La luz de la mañana se filtra a través de los ventanales de mi despacho en casa, proyectando sombras doradas sobre los documentos esparcidos por mi escritorio. No he podido si quiera irme del ático. Llevo horas trabajando, o al menos fingiendo que lo hago. La verdad es que no he podido concentrarme desde anoche, desde el momento en que vi a ese profesor mirando a Sophie como si fuera un premio que pudiera reclamar.

Ethan Bennett. Incluso pensar en su nombre me provoca un acceso de ira que me cuesta controlar. La forma en que la miraba, cómo se inclinaba hacia ella, cómo mantenía su mano un segundo más de lo necesario... y Sophie, sonriéndole, aceptando su maldita tarjeta, prometiendo llamarle.

El bolígrafo que sostengo se parte en dos entre mis dedos. Ni siquiera me había dado cuenta de la fuerza con la que lo apretaba.

—Joder —murmuro, tirando los restos a la papelera.

Esto no puede seguir así. No puedo seguir fingiendo que lo que siento por Sophie es solo deseo físico o conveniencia contractual. Lo que sentí anoche cuando otro hombre se acercó a ella fue algo primitivo, visceral. Una necesidad de marcar territorio, de dejar claro que ella me pertenece.

Pero no me pertenece, ¿verdad? No realmente. Tenemos un contrato, sí, pero nada nos ata permanentemente. Nada impide que cuando nazca el niño, ella pueda decidir rehacer su vida con alguien como Bennett.

La idea me revuelve el estómago de una manera que no había experimentado antes. El simple pensamiento de Sophie con otro hombre, de otro hombre tocándola, besándola, haciéndola reír... es físicamente doloroso.

Necesito asegurarme de que eso no ocurra. Necesito atarla a mí de una forma que nadie pueda cuestionar.

Mi decisión está tomada antes incluso de ser plenamente consciente de ella. Me levanto de la silla y me dirijo con paso decidido hacia la cocina, donde sé que Sophie está por el sonido que viene de allí.

Cuando entro en la cocina, la encuentro de espaldas a mí, vertiendo agua caliente en una taza de porcelana blanca. Lleva unos vaqueros que abrazan perfectamente sus curvas y un suéter de color crema que se desliza ligeramente por uno de sus hombros, revelando una piel dorada que me muero por tocar. Su pelo, recogido en una coleta descuidada, deja expuesta la delicada curva de su nuca.

Por un momento, me quedo paralizado en el umbral, absorbiendo su imagen como un hombre sediento ante un oasis. Es tan hermosa que casi duele mirarla.

—Buenos días —digo finalmente, mi voz más ronca de lo que pretendía.

Sophie se sobresalta ligeramente, girándose hacia mí con la taza entre sus manos. Sus ojos, esos ojos que cambian de color según la luz, hoy tienen un tono ámbar cálido que me recuerda al whisky bajo el sol.

—Buenos días —responde, y hay una nota de cautela en su voz que no me gusta. Como si estuviera midiendo sus palabras, conteniéndose.

¿Es así como vamos a estar ahora? ¿Caminando sobre cáscaras de huevo el uno alrededor del otro?

—¿Has dormido bien? —pregunto, acercándome a la cafetera para servirme una taza. Necesito ocupar mis manos con algo o terminaré tocándola, y no estoy seguro de poder controlarme si lo hago.

—Sí, gracias —responde, y sé que miente. Las sombras bajo sus ojos cuentan una historia diferente.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos que se estiran como horas. Puedo sentir la tensión entre nosotros, espesa y palpable. Desde lo ocurrido en el baño de la gala, no hemos hablado realmente. Volvimos a casa

en un silencio cargado, y ella se retiró a su habitación sin apenas una palabra de despedida.

No puedo soportarlo más. Necesito resolver esto ahora.

—Vamos a casarnos —digo abruptamente, las palabras saliendo de mi boca antes de que pueda filtrarlas.

Sophie se congela, la taza a medio camino de sus labios. Sus ojos se agrandan, fijos en mí con una mezcla de incredulidad y algo más que no puedo descifrar.

—¿Perdona? —dice finalmente, su voz apenas un susurro.

—He dicho que vamos a casarnos —repito, más firme esta vez—. Lo antes posible. Me encargaré de los arreglos.

Lentamente, como si estuviera moviéndose bajo el agua, Sophie coloca su taza sobre la encimera. Su mano tiembla ligeramente, el único indicio de la tormenta que debe estar desatándose en su interior.

—No —responde simplemente.

La palabra me golpea como un puñetazo físico. No esperaba resistencia. No había considerado que pudiera negarse.

—¿No? —repito, incrédulo.

—No —confirma, y ahora hay un fuego en sus ojos que no estaba allí hace un momento—. Eso no era parte del trato, Alexander. Acordamos tener un hijo juntos, no casarnos.

Siento cómo la ira comienza a bullir en mi interior, mezclada con algo que se parece peligrosamente al pánico. No puedo perderla. No puedo arriesgarme a que se aleje.

—El trato ha cambiado —digo, mi voz adquiriendo ese tono autoritario que uso en las salas de juntas—. El matrimonio nos beneficiará a ambos. Protegerá legalmente al niño y asegurará tu futuro.

Sophie cruza los brazos sobre el pecho, una barrera física entre nosotros que me duele más de lo que debería.

—¿Y qué hay de lo que yo quiero? —pregunta, su voz tranquila pero cargada de emoción—. ¿No tengo voz en esto?

—Por supuesto que la tienes —respondo, intentando suavizar mi tono—. Pero esto es lo más sensato, Sophie. Piénsalo racionalmente.

Una risa amarga escapa de sus labios, un sonido tan diferente de su risa habitual, cálida y musical, que me desconcierta.

—¿Racionalmente? —repite—. ¿Quieres que piense racionalmente sobre casarme con un hombre que ni siquiera...?

Se detiene, mordiéndose el labio como si hubiera estado a punto de revelar demasiado.

—¿Un hombre que ni siquiera qué, Sophie? —presiono, acercándome un paso más a ella.

Necesito saber qué pasa por su cabeza.

Sus ojos se encuentran con los míos, y hay tanta vulnerabilidad en ellos que me deja sin aliento.

—Un hombre que ni siquiera me ve como algo más que un útero conveniente —completa, y hay tanto dolor en su voz que siento como si me hubieran apuñalado.

¿Cómo puede pensar eso? ¿Cómo puede no ver lo que me hace sentir? Pero entonces recuerdo cómo me he comportado: controlador, posesivo, incapaz de expresar lo que realmente siento por ella.

—Eso no es cierto —digo, mi voz más suave ahora—. Sabes que no es así.

—¿Lo sé? —pregunta, y hay una súplica silenciosa en sus ojos, como si estuviera rogándome que le demuestre que está equivocada—. ¿Por qué quieres casarte conmigo, Alexander? ¿Cuál es la verdadera razón?

Es mi oportunidad. Podría decirle la verdad: que la idea de perderla me aterroriza, que no puedo imaginar mi vida sin ella, que lo que comenzó como un contrato se ha convertido en algo mucho más profundo. Podría abrirle mi corazón, mostrarle la vulnerabilidad que he ocultado toda mi vida.

Pero el miedo me paraliza. El miedo a que se ría, a que me rechace, a que vea a través de mi fachada de poder y control y descubra al niño asustado que sigue llorando por una madre que lo abandonó, por un padre que nunca lo consideró suficiente.

Si mi propia madre pudo irse, ¿qué garantía tengo de que Sophie no hará lo mismo?

—Necesito asegurarme de que no te irás con el primer profesor atractivo que se cruce en tu camino —digo en su lugar, las palabras saliendo duras y frías, tan diferentes de lo que realmente quiero expresar.

El dolor que cruza su rostro es tan crudo, tan evidente, que casi puedo sentirlo como propio. Es como ver un cristal fino quebrarse en cámara lenta.

—Ya veo —dice, su voz apenas audible—. Así que se trata de control. De posesión. De asegurarte de que tu inversión está protegida.

—Sophie, no es...

—No —me interrumpe, levantando una mano—. No quiero oírlo. Has dejado muy claro lo que piensas de mí, Alexander. Crees que soy el tipo de mujer que saltaría a la cama de otro hombre a la primera oportunidad. Que no tengo integridad, ni lealtad.

—No he dicho eso —protesto, pero las palabras suenan huecas incluso para mí.

—No hacía falta —responde, y ahora hay lágrimas en sus ojos que se niega a derramar—. Está implícito en todo lo que haces, en cómo me tratas. Como una posesión. Como algo que has comprado y que ahora quieres asegurar con un anillo.

Se mueve para pasar junto a mí, pero no puedo dejarla ir así. No puedo dejar que piense eso de mí, de nosotros. Mi mano se cierra suavemente alrededor de su muñeca, deteniéndola.

—Sophie, por favor —digo, y hay una desesperación en mi voz que nunca he permitido que nadie escuche—. No es así. Yo...

Pero las palabras se atascan en mi garganta. No puedo decirlo. No puedo exponerme así.

Sophie me mira, y hay tanta decepción en sus ojos que siento como si me estuviera ahogando.

—Suéltame, Alexander —dice, su voz firme a pesar de las lágrimas que ahora corren libremente por sus mejillas—. No voy a casarme contigo. No voy a atarme a un hombre que no puede ver más allá de su propio miedo y control. Cumpliré con nuestra parte del trato: tendré a tu hijo. Pero no esperes nada más de mí.

Con un suave tirón, libera su muñeca de mi agarre y se aleja, sus pasos resonando en el suelo de mármol como un recordatorio de lo que acabo de perder.

Me quedo solo en la cocina, el café olvidado enfriándose en la taza, el silencio aplastante a mi alrededor. La he perdido. Por mi estupidez, por mi incapacidad para mostrar vulnerabilidad, he alejado a la única persona que ha llegado a importarme de verdad en años.

El peso de mi error me golpea con una fuerza que me deja sin aliento. Caigo pesadamente en una de las sillas de la isla de la cocina, mi cabeza entre mis manos, un gruñido de frustración escapando de mi garganta.

¿Cómo he podido ser tan imbécil? ¿Cómo he podido arruinarlo todo de esta manera?

La respuesta es simple y dolorosa: porque estoy aterrorizado. Aterrorizado de lo que siento por Sophie, de la intensidad de mis emociones, de lo

vulnerable que me hace. Toda mi vida he construido muros a mi alrededor, me he refugiado en el control y el poder, convencido de que eso me protegería del dolor.

Pero ahora me doy cuenta de que esos mismos muros son los que me están alejando de la única persona que podría hacerme verdaderamente feliz.

Necesito arreglarlo. Necesito encontrar una manera de mostrarle a Sophie lo que realmente siento, de abrirle mi corazón, aunque eso signifique arriesgarme al rechazo.

Pero no sé cómo. No tengo ni idea de cómo ser vulnerable, de cómo expresar emociones que he mantenido enterradas durante tanto tiempo.

Lo único que sé con certeza es que no puedo perderla. No puedo dejar que piense que solo la veo como una posesión, como un contrato.

Porque la verdad, la verdad que apenas me atrevo a admitir a mí mismo, es que estoy completamente, irremediablemente enamorado de Sophie Chen.

Y no tengo ni idea de cómo demostrárselo.

CAPÍTULO 23

SOPHIE

Los pasillos de Columbia se extienden ante mí, imponentes y llenos de historia. Debería sentirme emocionada, orgullosa, realizada. Este ha sido mi sueño durante años: pisar estas aulas, sumergirme en el conocimiento, convertirme en algo más que la hija de un adicto al juego o la camarera de un café de barrio.

Pero mientras avanzo entre estudiantes que parecen saber exactamente adónde van, lo único que siento es un vacío doloroso en el pecho. Han pasado cinco días desde mi discusión con Alexander. Cinco días de silencios incómodos, de desayunos a destiempo para evitar coincidir, de miradas que se desvían cuando accidentalmente nos cruzamos en algún pasillo del ático.

Cinco días sintiéndome como una extraña en un lugar que, por un breve y dulce momento, había comenzado a sentirse como un hogar.

Aprieto los libros contra mi pecho, una armadura insuficiente contra el dolor que me acompaña a todas partes. El pensamiento de cómo me ordenó que me casase con él no se me quita de la cabeza. Es un recordatorio constante de lo que Alexander realmente piensa de mí: que soy una posesión que debe ser asegurada, no una persona que debe ser amada.

Cuando eso es todo lo que yo necesito: que me quiera a mí.

Tengo que salir de este bucle de pensamientos negativos como sea.

La clase de Introducción a la Psicología está a punto de comenzar cuando entro en el aula. Elijo un asiento en la parte trasera, intentando pasar desapercibida. Lo último que necesito es atención adicional. Ya me siento lo suficientemente fuera de lugar siendo varios años mayor que la mayoría de los estudiantes de primer año y habiendo empezado tarde el semestre.

El profesor entra y, para mi sorpresa, es Ethan Bennett. No sabía que impartía este curso; había asumido que, como jefe de departamento, solo daría clases avanzadas. Su presencia me provoca sentimientos encontrados. Por un lado, es un rostro familiar en este mar de desconocidos. Por otro, su mera visión me recuerda la reacción celosa de Alexander en la gala, el detonante de nuestra última y más dolorosa discusión.

Ethan me ve casi de inmediato, y una sonrisa cálida ilumina su rostro. Me saluda discretamente con un gesto de la cabeza antes de comenzar la clase. Intento concentrarme en sus palabras, en los conceptos que introduce, pero mi mente es un torbellino de pensamientos dispersos que siempre terminan en el mismo lugar: Alexander.

¿Estará pensando en mí? ¿Lamentará sus palabras? ¿O simplemente estará aliviado de no tener que fingir que soy algo más que un contrato, un medio para conseguir su heredero?

La clase termina antes de que me dé cuenta, y los estudiantes comienzan a recoger sus cosas y a salir en grupos, charlando animadamente. Me tomo mi tiempo, sin prisa por volver al apartamento vacío que me espera. Alexander mencionó anoche, en una de nuestras breves y tensas interacciones, que hoy tendría una cena de negocios y llegaría tarde.

—Sophie —la voz de Ethan me sobresalta—. ¿Qué te ha parecido la primera clase?

Levanto la vista para encontrarlo apoyado casualmente en el escritorio frente a mí, con una expresión genuinamente interesada.

—Ha sido... estimulante —respondo, intentando sonar más entusiasta de lo que me siento—. Gracias por hacer que los conceptos básicos resulten tan accesibles.

Ethan sonríe, complacido por el cumplido.

—Me alegra oírlo. No es fácil volver a los estudios después de un tiempo fuera, pero algo me dice que te adaptarás rápidamente.

Su amabilidad hace que se me forme un nudo en la garganta. Es el tipo de apoyo que necesito desesperadamente en este momento, cuando todo a mi alrededor parece estar desmoronándose.

El tipo de apoyo que me encantaría que Alexander me prestase. No Ethan.

—Eso espero —murmuro, recogiendo mis libros.

—¿Te apetece tomar un café? —pregunta repentinamente—. Hay una cafetería excelente cerca del campus. Podríamos hablar sobre ese proyecto de investigación que te mencioné en la gala.

La invitación es tentadora. Tan tentadora. Una conversación normal, con alguien que me ve como una persona con cerebro, no como un útero andante o una posesión que debe ser controlada.

Pero entonces pienso en Alexander. En cómo reaccionaría si supiera que he ido a tomar café con el hombre que provocó sus celos. En cómo, a pesar de todo, no quiero causarle más dolor del necesario.

—Me encantaría, pero hoy no puedo —respondo, sorprendiéndome a mí misma por mi lealtad a un hombre que me ha herido tan profundamente—. Tengo... compromisos.

Ethan asiente, comprensivo, pero visiblemente decepcionado.

—Por supuesto. Será en otra ocasión.

Salgo del edificio con pasos pesados, el aire fresco golpeando mi rostro como una bofetada. El campus está lleno de vida: estudiantes tumbados en el césped aprovechando los últimos días cálidos, grupos reunidos alrededor de mesas discutiendo animadamente, parejas caminando de la mano bajo los árboles centenarios.

Tanta vida, tanta conexión, y yo me siento más sola que nunca.

ALEXANDER

La pantalla de mi ordenador muestra números que deberían importarme. Cifras, proyecciones, estrategias que en cualquier otro momento captarían toda mi atención. Pero hoy, como cada día desde mi desastrosa propuesta de matrimonio, no puedo concentrarme en nada que no sea en Sophie.

Sophie, que sale cada mañana temprano para evitar desayunar conmigo. Sophie, cuyos ojos ya no brillan cuando accidentalmente nos cruzamos. Sophie, que se ha llevado consigo la luz y el calor que había comenzado a sentir en mi vida.

El informe trimestral que debería estar revisando se desdibuja ante mis ojos cansados. No he dormido bien en días. Mi cama, antes un refugio, ahora es un espacio vacío donde doy vueltas durante horas, atormentado por las palabras que debería haber dicho y las que nunca debí pronunciar.

—Señor Stone —la voz de Miranda interrumpe mis pensamientos—. Su reunión con el consejo comienza en cinco minutos.

Asiento mecánicamente, cerrando la carpeta que ni siquiera he comenzado a revisar. Miranda me observa con una preocupación que no se atreve a expresar en voz alta. Es demasiado profesional para eso, pero lleva conmigo el tiempo suficiente para notar que algo no va bien.

—¿Necesita que le prepare algo antes? —pregunta, un ofrecimiento velado de ayuda.

—Estoy bien, Miranda —respondo, mi voz más áspera de lo que pretendía —. Solo... asegúrate de que la cena de esta noche con los japoneses no se alargue demasiado.

No añado el motivo: que no soporto la idea de pasar otra tarde fuera, sabiendo que Sophie está sola en el apartamento, posiblemente pensando que estoy evitándola deliberadamente. Que cada minuto lejos de ella es un minuto desperdiciado, un minuto en el que podría estar intentando arreglar lo que he roto.

Si tan solo supiera cómo.

La sala de juntas está ya llena cuando entro. Rostros familiares que me miran con una mezcla de respeto y cautela. Soy conocido por mi agudeza, mi implacabilidad en los negocios. Hoy no estoy seguro de poder mantener esa reputación.

La reunión transcurre como en un sueño nebuloso. Hablo cuando debo, asiento cuando es apropiado, tomo decisiones basadas en instintos que he afinado durante años. Pero una parte de mí, la parte más importante, está en otro lugar. Está con Sophie.

¿Cómo le habrá ido en su primer día de universidad? ¿Habrá encontrado las aulas fácilmente? ¿Se habrá sentido intimidada o emocionada? ¿Habrá visto al profesor Bennett y habrá recordado nuestra discusión?

Las preguntas me atormentan, girando en mi mente como un tiovivo imparable.

Cuando finalmente la reunión termina, me retiro a mi despacho sin participar en las habituales conversaciones posteriores. No tengo energía para fingir interés en el golf o en la última adquisición inmobiliaria de algún miembro del consejo.

Mi teléfono vibra con un mensaje. Por un segundo, mi corazón se acelera pensando que podría ser Sophie. Pero es Marcus, confirmando nuestra reunión de mañana. La decepción es un sabor amargo en mi boca.

Miro el reloj: apenas las cuatro de la tarde. Sophie debe estar regresando de la universidad ahora. Estará en el apartamento, quizás preparándose un té, quizás reflexionando sobre su día. Sola.

Antes de pensarlo dos veces, recojo mi chaqueta y salgo del despacho.

—Cancela mis citas para el resto del día —le digo a Miranda al pasar—. Y la cena con los japoneses.

Su sorpresa es evidente, pero asiente sin hacer preguntas. Una cualidad que aprecio ahora más que nunca.

El trayecto hasta el apartamento es una tortura de anticipación y miedo. ¿Qué le diré cuando la vea? ¿Cómo puedo expresar lo que siento cuando ni yo mismo sé ponerle nombre? ¿Cómo puedo pedirle que me perdone cuando no estoy seguro de merecer su perdón?

Cuando el ascensor se abre directamente en el vestíbulo de mi apartamento, el silencio me recibe como un viejo amigo. No hay señales de Sophie. ¿Habrá decidido quedarse en el campus más tiempo? ¿Estará evitándome deliberadamente?

O peor, ¿Estará con Ethan?

—¿Sophie? —llamo, mi voz resonando en el espacio vacío.

No hay respuesta. El apartamento nunca me había parecido tan grande, tan frío, tan carente de vida como ahora, sin su presencia para llenarlo.

Me dirijo a la cocina, necesitando algo fuerte para calmar mis nervios. Pero me detengo en seco al ver una nota sobre la isla. La letra de Sophie, delicada y ligeramente inclinada, hace que mi corazón dé un vuelco.

«He ido a visitar a mi padre al centro. Volveré tarde. S.»

Tan breve, tan impersonal. Como si fuéramos dos extraños compartiendo un espacio por necesidad, no dos personas que han compartido intimidad, pasión, momentos de vulnerabilidad.

Arrugo la nota en mi puño, la frustración bullendo en mi interior. Esto no puede seguir así. No podemos seguir viviendo como fantasmas, evitándonos, hiriéndonos con nuestro silencio.

Necesito arreglarlo. Necesito encontrar las palabras, superar este miedo paralizante que me impide mostrarle lo que realmente siento.

Porque lo que siento por Sophie va mucho más allá de un contrato, de un acuerdo de negocios. Lo que siento es real, profundo, aterrador en su

intensidad.

Lo que siento es amor.

Y si no encuentro la manera de demostrárselo pronto, la perderé para siempre.

CAPÍTULO 24

SOPHIE

El café de la cafetería universitaria se enfría entre mis manos mientras intento concentrarme en el libro de Psicología del Desarrollo que tengo abierto frente a mí. Las palabras se desdibujan, mezclándose en un borrón de tinta que no logro descifrar. Mi mente está en otra parte. En la cita médica que tendré en dos horas. En la posibilidad que me quita el sueño desde hace días.

Podría estar embarazada.

Han pasado cuatro semanas desde aquellas intensas 36 horas con Alexander, desde que su cuerpo y el mío se unieron una y otra vez con un único propósito. Y ahora, después de días de náuseas matutinas y un cansancio que parece haberse instalado en mis huesos, la posibilidad se siente cada vez más real.

Cierro el libro, rindiéndome ante la evidencia de que no puedo estudiar ahora. Mi teléfono vibra sobre la mesa. Es un mensaje de Alexander.

«Estaré en la clínica a las 2. Thomas te recogerá a la 1:30.»

Tan frío, tan práctico. Como todo entre nosotros desde nuestra discusión sobre el matrimonio. Diez días de convivir como extraños, de evitarnos en los pasillos del apartamento, de tensos silencios durante las pocas comidas que compartimos.

Tecleo una respuesta igual de escueta: «De acuerdo.»

No pienso demostrarle lo mucho que me afecta su distancia.

No pienso hacer nada que le haga ver que me he enamorado de él como una idiota.

No pienso permitir que vea lo mucho que me afecta que él no sienta lo mismo.

Después de un rato, guardo mis cosas y me dirijo hacia la salida. El campus bulle de actividad, estudiantes corriendo a sus clases, riendo en grupos, viviendo sus vidas normales. A veces me pregunto cómo sería tener su mayor preocupación: un examen, una fiesta...

No estar posiblemente embarazada de unos de los hombres más poderosos de Manhattan, un hombre que te desea, pero no te ama, un hombre que ve en ti un medio para conseguir un fin.

Thomas me espera puntualmente en la entrada del campus, su figura impecable junto al Bentley negro. Me abre la puerta con una sonrisa amable. Incluso él parece haber notado la tensión entre Alexander y yo.

—Buenas tardes, señorita Chen —saluda con formalidad—. ¿Le llevo directamente a la clínica?

—Sí, gracias, Thomas.

El trayecto es silencioso. Observo la ciudad a través de la ventanilla tintada, intentando calmar mi ansiedad. Nueva York nunca me había parecido tan ajena, tan distante, a pesar de haber vivido aquí toda mi vida.

Cuando llegamos a la clínica, Alexander ya está allí, esperando en la recepción. Lleva un traje azul marino que resalta sus ojos, su postura tan perfecta como siempre. Al verme, se levanta con un movimiento fluido que me recuerda a un depredador.

—Sophie —dice a modo de saludo, su voz neutra, pero con un matiz que no logro identificar—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —respondo automáticamente, aunque la verdad es que estoy aterrorizada.

Nos sentamos en silencio, a una distancia cuidadosamente calculada el uno del otro. Puedo sentir su perfume, esa mezcla de bergamota y cedro que ahora asocio irremediablemente con él. Con nosotros. Con lo que compartimos durante esas horas que ahora parecen un sueño lejano.

—Sophie Chen —llama una enfermera, rompiendo mis pensamientos.

Nos conducen a una consulta donde el Dr. Hoffman nos recibe con una sonrisa profesional. Después de las preguntas rutinarias sobre mi ciclo, procede a extraer una muestra de sangre.

—Tendremos los resultados en unos minutos —explica mientras la enfermera se lleva el tubo—. ¿Has notado algún síntoma específico?

—Náuseas por la mañana —admito, evitando mirar a Alexander—. Y mucho cansancio.

El doctor asiente, haciendo anotaciones en su tablet.

—Son síntomas comunes en el primer trimestre. Si los resultados son positivos, te recetaré vitaminas prenatales y programaremos una ecografía para dentro de unas semanas.

Alexander permanece de pie junto a la ventana, aparentemente absorto en la vista de Manhattan que se extiende bajo nosotros. Su postura es tensa, su mandíbula apretada, como si estuviera conteniendo alguna emoción poderosa.

Finalmente, la enfermera regresa con un sobre. El Dr. Hoffman lo abre, lee el contenido, y entonces nos mira con una sonrisa.

—Felicidades —dice—. El resultado es positivo. Estás embarazada, Sophie.

El mundo parece detenerse por un instante. Embarazada. Voy a tener un bebé. El hijo de Alexander.

Una oleada de emociones me atraviesa: asombro, miedo, y una alegría inesperada y abrumadora. Nunca había considerado realmente lo que significaría estar embarazada, crear una vida. Pero ahora que es real, descubro que quiero a este bebé con una intensidad que me sorprende.

Quiero tener al bebé de Alexander.

Giro la cabeza para mirar a Alexander, esperando ver en su rostro un reflejo de la alegría que inunda el mío. Pero lo que encuentro me deja helada.

Su expresión es completamente indescifrable. Su mandíbula está tensa, sus ojos fijos en algún punto de la pared, como si estuviera procesando información compleja. No hay sonrisa, no hay lágrimas de felicidad, no hay ningún indicio de que la noticia le haga feliz.

El mundo se me cae a los pies. ¿Se ha arrepentido? ¿Ya no quiere este bebé? ¿O ya no me quiere a mí como la madre de su hijo?

—El embarazo está en una etapa muy temprana —continúa el Dr. Hoffman, aparentemente ajeno a la tensión que se ha instalado en la habitación—. Aproximadamente de cuatro semanas, lo que concuerda perfectamente con la fecha de concepción que me indicaron. Os daré algunas indicaciones sobre cuidados prenatales y programaremos una ecografía para dentro de unas semanas.

Apenas escucho mientras el doctor explica sobre vitaminas, alimentación y cambios que puedo esperar. Mi atención está completamente centrada en Alexander, en su expresión hermética, en cómo parece estar a kilómetros de distancia a pesar de estar físicamente presente.

Cuando finalmente salimos de la consulta, con una receta y un folleto sobre el primer trimestre, el silencio entre nosotros es ensordecedor.

En el coche, estamos sentados uno junto al otro, pero separados por un abismo de palabras no dichas, no puedo contenerme más.

—No pareces muy contento —digo, mi voz pequeña y vulnerable incluso para mis propios oídos.

Alexander se gira hacia mí, su expresión aún indescifrable.

—Estoy procesando la información —responde, su voz controlada y distante.

No es la respuesta que esperaba. No es la reacción de un hombre que acaba de descubrir que va a ser padre. Es la respuesta de un ejecutivo ante un informe financiero inesperado.

—¿Procesando? —repito, intentando contener las lágrimas que amenazan con derramarse—. Estoy embarazada de tu hijo. ¿Qué hay que procesar?

Por un instante, algo parpadea en sus ojos, una emoción tan intensa que casi puedo sentirla físicamente. Pero desaparece tan rápido que podría haberlo imaginado.

—Es una noticia importante —dice finalmente, su voz ligeramente más suave—. Tiene... implicaciones.

¿Implicaciones? Como si nuestro hijo fuera un contrato empresarial que analizar. El dolor se mezcla con la indignación en mi pecho.

—Para mí también tiene implicaciones —respondo, incapaz de ocultar el temblor en mi voz—. Voy a ser madre. Mi cuerpo va a cambiar. Mi vida va a cambiar. Todo va a cambiar.

Alexander asiente, pero no dice nada más. Su silencio es más doloroso que cualquier palabra cruel que pudiera pronunciar.

Cuando llegamos al apartamento, se dirige directamente a su despacho, murmurando algo sobre una llamada urgente. Me quedo sola en el vestíbulo, con la mano sobre mi vientre aún plano, donde crece nuestro hijo.

Un hijo que, al parecer, su padre recibe con la misma emoción que un informe trimestral desfavorable.

ALEXANDER

Cierro la puerta de mi despacho y me derrumbo en la silla, la tensión abandonando mi cuerpo como una ola. Embarazada. Sophie está embarazada de mi hijo.

La noticia me ha golpeado con la fuerza de un tren, dejándome momentáneamente incapaz de procesar mis propias emociones. No es que no esté feliz. Es que estoy abrumado por una mezcla de sensaciones tan intensas que no sé cómo manejarlas.

Miedo. Asombro. Orgullo. Y un deseo tan intenso que me duele físicamente.

Porque ahora que Sophie está embarazada, ahora que el contrato está esencialmente cumplido, ¿qué excusa tengo para tocarla de nuevo? ¿Para sentir su piel contra la mía, para perderme en su calor?

Ya no necesitamos esas 36 horas de pasión desenfrenada. Ya no hay una ventana de fertilidad que aprovechar. El propósito se ha cumplido.

Y la idea de no volver a tenerla, de no volver a sentirla estremecerse bajo mi cuerpo, de no volver a escuchar mi nombre en sus labios mientras alcanza el clímax... es insoportable.

Pero no puedo decirle eso. No puedo admitir que estoy más preocupado por mi deseo por ella que por la noticia de que voy a ser padre. Sonaría egoísta, superficial, cruel.

Así que me he encerrado en mi frialdad habitual, en esa máscara de indiferencia que he perfeccionado durante años. Y he visto el dolor en sus ojos, la decepción, la confusión.

He visto cómo ha colocado protectoramente su mano sobre su vientre, como si quisiera proteger a nuestro hijo de mi aparente indiferencia.

Y me odio por ello. Me odio por no saber cómo expresar lo que siento, por no saber cómo decirle que la quiero a ella, no solo como la madre de mi hijo, sino como la mujer que ha conseguido derribar todos mis muros.

Pero el miedo me paraliza.

Ahora tiene lo que siempre quise: un hijo. Mi heredero. La seguridad financiera que le prometí.

¿Qué razón tendría para quedarse conmigo más allá de eso?

CAPÍTULO 25

SOPHIE

Las náuseas matutinas son una mentira. Deberían llamarlas «náuseas a todas horas» porque no hay momento del día en que mi estómago no decida rebelarse. Es la una del mediodía y estoy inclinada sobre el lavabo del baño de la facultad, intentando respirar mientras el mareo pasa.

Han transcurrido dos semanas desde que supimos del embarazo. Dos semanas de cambios sutiles pero profundos en mi cuerpo, en mi mente, en nuestra extraña convivencia.

Abro el grifo y me enjuago la boca, evitando mi reflejo en el espejo. No necesito verme para saber que tengo ojeras, que mi piel está más pálida de lo habitual, que mis mejillas han perdido ese rubor que antes las caracterizaba. El embarazo, al menos en esta primera fase, no me ha traído ese «resplandor» del que tanto hablan.

Cuando salgo del baño, mi móvil vibra con un mensaje. Es Alexander, como siempre a esta hora.

«¿Has comido algo?»

Tres palabras. Ni un «hola», ni un «¿cómo estás?». Solo una pregunta directa sobre mi alimentación, como si fuera una incubadora que necesita combustible regular.

Pero entonces, ¿por qué se me acelera el pulso al ver su nombre en la pantalla? ¿Por qué siento este cosquilleo en el estómago que no tiene nada que ver con las náuseas?

«Acabo de terminar mi sándwich», respondo, aunque apenas he podido dar dos bocados antes de que mi estómago protestara.

Su respuesta llega casi instantáneamente: «Necesitas proteínas. Te he reservado mesa en ese restaurante italiano que está cerca del campus. A las 2.»

No es una pregunta. No es una sugerencia. Es Alexander siendo Alexander: controlador, dominante, asumiendo que sabe lo que necesito mejor que yo misma.

Debería molestarme. Debería responderle que puedo decidir por mí misma cuándo y dónde comer. Pero una parte traicionera de mí —una parte que se hace más fuerte cada día— se calienta ante la idea de que se preocupa lo suficiente para hacer reservas, para pensar en mi nutrición, para asegurarse de que estoy bien. De que su hijo y yo estamos bien.

«Vale», escribo simplemente, odiándome un poco por ceder tan fácilmente.

El restaurante es pequeño pero elegante, con manteles de lino blanco y velas en cada mesa. Alexander ya está allí cuando llego, revisando algo en su teléfono con el ceño ligeramente fruncido. Lleva un traje gris oscuro que realza el azul de sus ojos.

Mi corazón da un vuelco traicionero. ¿Cómo es posible que después de todo, después de sus palabras frías, después de su reacción al embarazo, después de estos días de distancia calculada, siga afectándome así?

Debe ser hormonal. Tiene que serlo.

Levanta la vista y me ve. Algo cambia en su expresión, una suavidad casi imperceptible alrededor de sus ojos. Se pone de pie inmediatamente, guardando el teléfono como si ya nada más importara.

—Has venido —dice, y hay una nota de sorpresa en su voz que me desconcierta.

—Dijiste que me habías reservado mesa —respondo, intentando que mi voz suene casual mientras me siento.

—Sí, pero... —Se detiene, como si estuviera reconsiderando sus palabras—. Gracias por venir.

Nos quedamos en silencio mientras el camarero nos trae las cartas y recita los especiales del día. Alexander no mira el menú; sus ojos están fijos en mí, estudiándome con una intensidad que me pone nerviosa.

—¿Qué? —pregunto finalmente, incapaz de soportar su escrutinio.

—Estás pálida —observa, y hay una nota de preocupación en su voz que me toma por sorpresa—. ¿Las náuseas han empeorado?

Me sorprende que lo haya notado. Que sepa sobre las náuseas, cuando apenas hemos hablado en estos días.

—Un poco —admito, bajando la mirada hacia la carta—. El médico dice que es normal.

—¿Has hablado con el médico? —Su voz adquiere un filo duro—. ¿Ha pasado algo?

Levanto la vista, confundida por su repentina preocupación.

—Solo le llamé para preguntar sobre las náuseas —aclaro—. No es nada grave.

Alexander asiente, pero puedo ver la tensión en su mandíbula, como si estuviera conteniendo alguna emoción fuerte.

—La próxima vez, dímelo —dice, y aunque su tono es suave, hay una orden implícita—. Quiero estar al tanto de todo lo relacionado con el embarazo.

«Con el embarazo», noto. No «contigo». No «con nosotros». Solo «con el embarazo». Como si yo fuera simplemente el envase temporal de algo que le pertenece.

Pero entonces, ¿por qué su mano se mueve instintivamente hacia la mía sobre la mesa, deteniéndose a medio camino como si se hubiera dado cuenta de lo que estaba haciendo? ¿Por qué sus ojos recorren mi rostro con esa mezcla de preocupación y algo más profundo que no puedo nombrar?

—Deberías pedir el risotto —sugiere, cambiando de tema abruptamente—. Tiene mucho hierro, y el médico dijo que necesitabas suplementos.

De nuevo, me sorprende que recuerde ese detalle de nuestra visita al médico. Yo apenas registré la mitad de lo que dijo el Dr. Hoffman, abrumada como estaba por la confirmación del embarazo y la reacción hermética de Alexander.

—Vale —accedo, cerrando la carta—. Risotto será.

Cuando el camarero regresa, Alexander pide por los dos con esa autoridad natural que parece seguirle a todas partes. También pide agua con gas para mí y un vino para él, especificando la añada exacta como si fuera una prueba que el restaurante debe superar.

—No hace falta que hagas esto —digo cuando el camarero se marcha.

—¿Hacer qué? —pregunta, genuinamente confundido.

—Esto —hago un gesto vago abarcando la mesa, el restaurante, la situación —. Cuidarme. Vigilarme. Puedo manejar un embarazo, Alexander. No soy la primera mujer que lo hace.

Sus ojos se oscurecen ligeramente, y por un momento, veo algo parecido al dolor cruzar su rostro.

—Lo sé —dice finalmente, su voz más suave de lo que esperaba—. Pero quiero hacerlo.

—¿Por qué? —La pregunta escapa de mis labios antes de que pueda detenerla—. Ya tienes lo que querías. Estoy embarazada. El contrato está cumplido.

Alexander se tensa visiblemente, como si mis palabras le hubieran golpeado físicamente.

—No se trata del contrato —dice, su voz tan baja que tengo que inclinarme para oírle—. Se trata de ti. De vosotros.

«De ti». Es la primera vez que se refiere a mí, no solo como la portadora de su hijo. Mi corazón da un vuelco traicionero, pero me obligo a mantener la calma. No puedo permitirme malinterpretar sus palabras, construir castillos en el aire basados en migajas de atención.

—¿Qué significa eso exactamente? —pregunto, necesitando claridad, necesitando saber dónde estamos.

Pero antes de que pueda responder, el camarero regresa con nuestras bebidas, rompiendo el momento. Alexander se recuesta en su silla, la máscara de control volviendo a su lugar como si nunca hubiera vacilado.

La comida transcurre en un silencio extraño, no exactamente incómodo pero cargado de palabras no dichas. Alexander apenas toca su plato, sus ojos volviendo constantemente a mí, observando cada bocado que doy como si estuviera memorizando el movimiento de mi mandíbula, el deslizamiento de la cuchara entre mis labios.

Es desconcertante ser observada así, con esa intensidad casi depredadora. Hace que mi piel se caliente, que mi pulso se acelere, que algo en mi vientre se contraiga con un deseo que creía haber enterrado.

¿Son las hormonas del embarazo las que me hacen hipersensible a su presencia? ¿O siempre ha sido así, y solo ahora lo noto con más fuerza?

Cuando terminamos y salimos a la calle, Alexander coloca suavemente su mano en la parte baja de mi espalda para guiarme hacia el coche que nos espera, y ese simple contacto envía ondas de calor a través de mi columna vertebral.

—Te llevaré a casa —dice, y hay algo en su voz, una nota de posesividad, que debería irritarme pero que en cambio hace que mi vientre se contraiga con anticipación.

—Tengo clase en una hora —respondo, odiando lo débil que suena mi voz.

Su mano se tensa ligeramente contra mi espalda.

—Deberías descansar —dice, y aunque su tono es suave, hay una orden implícita—. Has estado pálida toda la comida.

—Estoy embarazada, no enferma —replico, encontrando finalmente un poco de mi habitual espíritu combativo—. Y esta clase es importante.

Alexander me estudia durante un largo momento, como si estuviera evaluando mi determinación. Finalmente, asiente a regañadientes.

—Al menos deja que te lleve —concede—. Y promete que, si te sientes mal, llamarás para que te recojan.

—Puedo tomar el metro —insisto, más por principio que por deseo real.

—Sophie —Su voz adquiere ese tono autoritario que no admite discusión —. Llevas a mi hijo. No vas a subir al metro en hora punta.

«Mi hijo». No «nuestro hijo». Suyo. Como si yo fuera simplemente el recipiente temporal de algo que le pertenece por completo.

Pero entonces, ¿por qué sus ojos se suavizan cuando me mira? ¿Por qué su mano en mi espalda es tan gentil, tan protectora? ¿Por qué insiste en cuidarme, en asegurarse de que como bien, de que descanso lo suficiente?

Sus palabras dicen una cosa: esto es un contrato, un acuerdo de negocios, una transacción.

Sus acciones dicen otra: me preocupo por ti, quiero que estés bien, no soportaría que te pasara algo.

Y yo, atrapada en medio de este torbellino de señales contradictorias, de hormonas revueltas, de deseos inconfesables, no sé qué creer. No sé si lo que siento es real o simplemente el producto de un cuerpo cambiante, de un corazón confundido, de una mente exhausta.

Lo único que sé con certeza, mientras me dejo guiar hacia el coche, es que cada día que pasa me resulta más difícil recordar por qué debería mantener mi corazón protegido de Alexander Stone.

CAPÍTULO 26

ALEXANDER

El monitor de mi ordenador muestra números y proyecciones que deberían importarme, pero mi mente está a kilómetros de distancia. En menos de una hora veré por primera vez a mi hijo.

Mi hijo.

La palabra resuena en mi cabeza como un eco en una habitación vacía. Un concepto abstracto que hoy se convertirá en algo tangible, visible. Real.

Me paso la mano por el pelo, desordenándolo sin darme cuenta. El nudo en mi estómago se aprieta con cada minuto que pasa. ¿Cómo es posible que yo, Alexander Stone, el hombre que ha cerrado acuerdos de miles de millones sin alterarse, esté completamente aterrorizado ante la idea de ver una imagen borrosa en blanco y negro?

Porque no es solo una imagen. Es mi hijo. Mi sangre. Una vida que Sophie y yo hemos creado juntos.

Sophie.

Su nombre en mis pensamientos provoca una oleada de emociones tan intensas que me deja momentáneamente sin aliento. La forma en que sus ojos brillan cuando habla de la universidad. Cómo arruga ligeramente la nariz cuando algo le disgusta. El sonido de su risa, tan escaso últimamente, que cuando lo escucho siento como si hubiera ganado un premio.

La quiero. La quiero de una manera que nunca creí posible. Con una intensidad que me asusta, que me paraliza, que me impide expresar lo que siento.

¿Cómo decirle que cada mañana me despierto pensando en ella? ¿Que la idea de que algo pueda pasarle a ella o al bebé me aterroriza hasta el punto de

no poder respirar? ¿Que daría todo lo que poseo, mi empresa, mi fortuna, todo, solo por verla sonreír de nuevo como lo hacía antes?

Pero las palabras se atascan en mi garganta cada vez que intento pronunciarlas. Toda mi vida he sido un hombre de acción, no de declaraciones. Y ahora, cuando más importa, no sé cómo decirle lo que siento.

El intercomunicador interrumpe mis pensamientos.

—Señor Stone, Thomas acaba de recoger a la señorita Chen en la universidad. Estarán aquí en diez minutos.

—Gracias, Miranda.

Me levanto, ajustándome la corbata en un gesto automático. El reflejo que me devuelve la ventana muestra a un hombre compuesto, controlado, pero mis ojos cuentan una historia diferente. Hay miedo en ellos. Un miedo primario que nunca antes había experimentado.

¿Y si algo va mal? ¿Y si hay algún problema con el bebé? ¿Cómo protegeré a Sophie de ese dolor? ¿Cómo me protegeré a mí mismo?

Y luego está la otra pregunta, la que me atormenta en las noches cuando no puedo dormir: ¿cómo conseguiré que se queden conmigo? Ahora que está embarazada, que el contrato está esencialmente cumplido, ¿qué razón tiene para permanecer a mi lado más allá de las obligaciones legales?

El sonido del ascensor llegando al vestíbulo me saca de mis pensamientos. Tomo mi abrigo y salgo a su encuentro, intentando componer mi expresión en algo que no revele el torbellino de emociones que me consume.

Sophie está esperándome en el asiento trasero del coche. Lleva un vestido verde esmeralda que nunca le había visto, uno que realza el tono dorado de su piel y hace que sus ojos parezcan más profundos, más misteriosos. Su pelo está suelto hoy, cayendo en ondas suaves sobre sus hombros.

Es tan hermosa que duele mirarla.

—Hola —dice, y hay una timidez en su voz que me desarma por completo.

—¿Lista? —pregunto solamente porque no sé qué más decir.

Hoy es un día increíblemente importante en nuestras vidas.

Asiente, y puedo ver el mismo nerviosismo que siento reflejado en sus ojos. Sin pensarlo, extiendo mi mano hacia ella. Por un momento, duda, y temo que la rechace. Pero entonces, sus dedos se entrelazan con los míos, y algo dentro de mí se calma instantáneamente.

El trayecto a la clínica transcurre en un silencio que no es exactamente incómodo, pero tampoco relajado. Nuestras manos siguen unidas sobre el asiento de cuero, como si ninguno de los dos quisiera romper esa pequeña conexión.

—¿Estás nerviosa? —pregunto finalmente, necesitando escuchar su voz.

—Aterrorizada —admite, y hay una honestidad en su respuesta que aprecio más de lo que puedo expresar—. ¿Y tú?

—También —confieso, sorprendiéndome a mí mismo con mi franqueza—. Nunca he estado tan nervioso en mi vida.

Una pequeña sonrisa curva sus labios, y el nudo en mi pecho se afloja ligeramente.

—El gran Alexander Stone, nervioso por una ecografía —bromea, y hay un toque de la antigua Sophie en su tono, esa chica valiente y directa que me cautivó desde el primer momento. La que todavía no me odiaba—. Quién lo diría.

—Solo tú —respondo, las palabras saliendo antes de que pueda filtrarlas—. Solo tú puedes verme así.

Sus ojos se agrandan ligeramente, y por un momento, veo algo en ellos —¿esperanza? ¿anhelo?— que hace que mi corazón se acelere. Pero entonces llegamos a la clínica, y el momento pasa.

La sala de espera está decorada en tonos neutros diseñados para calmar, pero nada podría aplacar la tormenta de emociones que me sacude por dentro.

Sophie se sienta a mi lado, sus dedos tamborileando nerviosamente sobre su rodilla. Sin pensarlo, cubro su mano con la mía, deteniendo el movimiento.

—Todo va a salir bien —digo, y me sorprende la firmeza en mi voz.

Me mira con una mezcla de sorpresa y algo más profundo que no puedo descifrar.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque tiene que ser así —respondo simplemente—. Porque no voy a permitir que sea de otra manera.

Una enfermera nos llama antes de que pueda responder. La sigo por un pasillo hasta la consulta del Dr. Hoffman, mi mano instintivamente en la parte baja de su espalda, guiándola, protegiéndola.

El doctor nos recibe con una sonrisa profesional, haciendo preguntas rutinarias sobre síntomas y bienestar. Sophie responde con esa calma que siempre me ha fascinado, esa fortaleza tranquila que parece emanar de ella incluso en los momentos más difíciles.

—Bien, vamos a ver a vuestro bebé —dice finalmente el Dr. Hoffman, guiándonos a la sala de ecografías.

La habitación es más pequeña de lo que esperaba, dominada por una camilla y un monitor de aspecto futurista. Sophie se recuesta siguiendo las indicaciones, subiendo su vestido hasta justo debajo del pecho. La visión de su vientre, todavía plano, pero sabiendo lo que contiene, me golpea con una fuerza inesperada.

Ahí dentro está mi hijo. Nuestro hijo.

—El gel estará frío —advierte el doctor, aplicando una sustancia transparente sobre el abdomen de Sophie.

Ella da un pequeño respingo, y sin pensarlo, extiendo mi mano. Para mi sorpresa y alivio, ella la toma, sus dedos entrelazándose con los míos como si fuera lo más natural del mundo. Es la segunda vez que me lo permite.

El doctor enciende el monitor y comienza a mover el transductor sobre el vientre de Sophie. La pantalla muestra imágenes que no logro interpretar, formas grises y negras que no tienen sentido para mí.

Y entonces el doctor se detiene, sonriendo.

—Ahí está —dice, señalando una forma definida en el centro de la pantalla —. Vuestro bebé.

El tiempo se detiene.

Ese pequeño ser, esa forma con cabeza y cuerpo claramente distinguibles, es mi hijo. Una vida que Sophie y yo hemos creado juntos. Una parte de mí y una parte de ella, combinadas para formar algo completamente nuevo.

Un sonido estrangulado escapa de mi garganta sin que pueda evitarlo. Sophie aprieta mi mano con fuerza, y cuando la miro, veo que sus ojos están llenos de lágrimas.

—¿Todo está bien? —pregunto, mi voz irreconocible incluso para mí mismo.

—Perfectamente —confirma el Dr. Hoffman—. El desarrollo es exactamente el esperado para las ocho semanas. Y ahora, escuchad esto...

Presiona un botón, y de repente la habitación se llena con un sonido rápido y rítmico: pum-pum-pum-pum.

—El corazón de vuestro bebé —explica el doctor—. Fuerte y saludable, exactamente como debe ser.

El sonido me atraviesa como una descarga eléctrica, sacudiendo cada fibra de mi ser. Es el latido más precioso que he escuchado jamás. La prueba irrefutable de que dentro de Sophie crece una vida. Nuestra vida.

Sin darme cuenta, me he inclinado tanto que mi frente casi toca la de Sophie. Hay lágrimas en sus ojos, pero son lágrimas de alegría, de asombro, de esa emoción pura que solo experimentas en los momentos verdaderamente trascendentales.

—Es real —susurra, su voz llena de asombro—. Está ahí. Nuestro bebé.

—Nuestro bebé —repito, y las palabras saben a promesa en mi boca.

El doctor imprime varias imágenes y nos las entrega, junto con un DVD de la ecografía. Nos explica detalles sobre el desarrollo, fechas aproximadas, próximas citas, pero apenas lo escucho. Mi atención está completamente fija en Sophie, en la forma en que sus dedos acarician suavemente las imágenes, en cómo su otra mano descansa protectoramente sobre su vientre.

Es la imagen más hermosa que he visto en mi vida.

El trayecto de vuelta al apartamento transcurre en un silencio diferente al de antes. No es un silencio tenso ni incómodo, sino contemplativo, casi reverencial. Ambos procesando lo que acabamos de experimentar, lo que acabamos de ver.

Cuando llegamos, la sigo al interior como si un imán me atrajera hacia ella. No puedo separarme, no puedo dejarla ir, no ahora, no después de lo que hemos compartido.

Sophie se dirige hacia la cocina, moviéndose con esa gracia natural que siempre me ha cautivado.

—¿Quieres algo de beber? —pregunta, su voz sorprendentemente normal, como si no acabáramos de ver a nuestro hijo por primera vez.

—Sophie —digo, y hay tanto en ese nombre, tanta emoción contenida, que me sorprende que no se desborde.

Se gira lentamente, y hay una cautela en sus ojos que me parte el alma. Una vulnerabilidad que me hace querer protegerla del mundo entero, empezando por mí mismo y mi incapacidad para expresar lo que siento.

—¿Sí?

Y entonces algo se rompe dentro de mí. Todas las barreras, todos los muros que he construido cuidadosamente a lo largo de los años, se desmoronan ante la visión de esta mujer que lleva a mi hijo en su vientre.

En dos zancadas estoy frente a ella. Tomo su rostro entre mis manos y la beso como he deseado hacer desde hace semanas. No es un beso suave ni controlado. Es desesperado, hambriento, cargado de todas las emociones que no puedo expresar con palabras.

Para mi asombro y alivio, Sophie responde con igual fervor. Sus brazos se enroscan alrededor de mi cuello, su cuerpo se arquea contra el mío, sus labios se abren bajo los míos con un gemido que envía escalofríos por mi columna.

Cuando nos separamos, ambos jadeando, mis manos han descendido hasta su cintura, manteniéndola firmemente contra mí.

—No puedo seguir así —confieso, mi voz ronca por el deseo y la emoción —. No puedo seguir pretendiendo que no te deseo. Que no te necesito. Que ver a nuestro hijo hoy no ha cambiado todo para mí.

Sus ojos se agrandan, brillantes por las lágrimas contenidas.

—Alexander...

—Me has dado los dos regalos más preciosos que nadie podría darme —continúo, incapaz de contenerme ahora que he empezado—. Tu inocencia. Y ahora nuestro hijo. Y ni siquiera sé cómo agradecértelo. Cómo demostrarte lo que significáis para mí. Los dos. Te necesito.

Una lágrima escapa y rueda por su mejilla. La recojo con mi pulgar, acariciando suavemente su piel.

—Yo también te necesito —confiesa, su voz apenas un susurro—. Cada día. Cada noche. Te he necesitado todo este tiempo.

Es todo lo que necesito oír. La levanto en mis brazos, arrancándole un grito de sorpresa, y la llevo a mi habitación. Mi cama, que ha estado vacía y fría durante semanas, ahora recibirá a la única mujer que quiero en ella.

La deposito con infinita ternura sobre las sábanas, como si fuera el tesoro más frágil y valioso del mundo. Y para mí, lo es. Ella y nuestro hijo son lo más valioso que tendré jamás.

Me coloco sobre ella, apoyándome en mis antebrazos para no aplastarla con mi peso. Nuestras miradas se encuentran, y hay tanta confianza en sus ojos, tanta entrega, que me deja sin aliento.

—¿Me vas a permitir adorarte como te mereces, como llevo queriendo semanas volver a hacer? —pregunto, necesitando su confirmación.

Su respuesta es levantar una mano para acariciar mi mejilla, un gesto tan tierno que hace que mi corazón se contraiga.

—Sí —responde con intensidad.

Nuestros labios se encuentran de nuevo, pero esta vez el beso es diferente. No menos apasionado, pero sí más profundo, más consciente, como si ambos supiéramos que esto marca un antes y un después.

Mis manos recorren su cuerpo con reverencia, redescubriendo cada curva, cada rincón que he anhelado durante semanas. Su vestido pronto yace olvidado en el suelo, junto con mi camisa y pantalones. La visión de su cuerpo, ahora solo cubierto por un conjunto de encaje negro, me deja sin aliento.

—Eres tan hermosa —murmuro contra su piel mientras mis labios trazan un camino desde su cuello hasta el valle entre sus pechos—. Tan perfecta.

Sus manos no están quietas, explorando mi torso, mis hombros, mi espalda, con una urgencia que iguala la mía. Cuando sus dedos rozan la cinturilla de mis bóxers, un gruñido escapa de mi garganta.

Con movimientos precisos pero gentiles, le quito el sujetador, liberando sus pechos. Son más llenos de lo que recordaba, un cambio sutil pero innegable causado por el embarazo. La idea de que su cuerpo está cambiando para albergar a nuestro hijo me llena de un asombro y una excitación que nunca había experimentado.

Tomo uno de sus pezones en mi boca, saboreando su dulzura, deleitándome con el gemido que escapa de sus labios. Mis manos continúan su exploración, deslizándose por su vientre hasta el borde de sus bragas.

—¿Puedo? —pregunto, mi voz apenas reconocible por el deseo.

—Por favor —suplica, levantando sus caderas para facilitarme la tarea.

Deslizo la prenda por sus piernas, dejándola completamente desnuda ante mí. La visión de su cuerpo, de su piel dorada contra mis sábanas oscuras, es la imagen más erótica que he visto jamás.

Pero hay algo más que deseo hacer. Algo que he soñado desde que supe del embarazo.

Me deslizo hacia abajo, depositando besos suaves por su cuerpo hasta llegar a su vientre. Allí, donde crece nuestro hijo, me detengo. Apoyo mi mejilla contra su piel, sintiendo su calor, imaginando la vida que palpita dentro.

—Gracias —susurro, mis labios rozando su vientre—. Gracias por darme un hijo. Por llevar a nuestro bebé. Sois lo mejor que me ha pasado en la vida. Los dos.

Siento sus dedos enredarse en mi pelo, una caricia tan tierna que hace que mi garganta se cierre por la emoción.

—Alexander —murmura, su voz cargada de emoción—. Por favor. Te necesito.

No necesito más invitación. Me deshago de mis bóxers y me coloco entre sus piernas, la punta de mi erección rozando su entrada. Pero antes de continuar, necesito asegurarme.

—¿Estás segura de que esto no le hará daño al bebé? —pregunto, la preocupación momentáneamente superando al deseo.

Una sonrisa tierna curva sus labios.

—El doctor dijo que el sexo es perfectamente seguro durante el embarazo —me asegura, sus manos acariciando mi rostro—. No le harás daño. A ninguno de los dos.

Aliviado, comienzo a entrar en ella lentamente, disfrutando de cada centímetro de su calor envolvente. Es tan estrecha, tan perfecta alrededor de

mí, que tengo que contenerme para no perder el control inmediatamente.

—Sophie —jadeo, una vez que estoy completamente dentro de ella—. Te he echado tanto de menos.

Sus piernas se envuelven alrededor de mi cintura, cambiando el ángulo, permitiéndome llegar aún más profundo.

—Yo también te he echado de menos —confiesa, sus ojos fijos en los míos —. Tanto.

Comienzo a moverme, estableciendo un ritmo lento pero profundo. Cada embestida es una declaración, cada caricia un juramento. Quiero que sienta todo lo que no puedo expresar con palabras, todo lo que significa para mí.

Nuestros cuerpos se mueven en perfecta sincronía, como si hubieran sido creados el uno para el otro. El placer se construye entre nosotros, una ola creciente que amenaza con arrastrarnos a ambos.

—Mírame —ordeno suavemente cuando siento que está cerca—. Quiero ver tus ojos cuando te corras.

Obedece, su mirada encontrando la mía en el momento exacto en que el orgasmo la golpea. La visión de su rostro transformado por el placer, de sus ojos nublados pero fijos en los míos, es lo que me empuja sobre el borde. Me derramo dentro de ella con un gruñido gutural, su nombre una plegaria en mis labios.

Nos quedamos así, unidos, jadeando, nuestros cuerpos cubiertos por una fina capa de sudor. Apoyo mi frente contra la suya, nuestras respiraciones mezclándose, nuestros corazones latiendo al unísono.

—¿Estás bien? —pregunto, preocupado de haberla lastimado con mi pasión desbordada.

Una sonrisa radiante ilumina su rostro.

—Mejor que bien —asegura, sus dedos trazando patrones perezosos en mi espalda—. Ha sido perfecto.

Me muevo para recostarme a su lado, atrayéndola contra mi pecho. Su cabeza encuentra su lugar en el hueco de mi hombro, como si hubiera sido diseñada específicamente para encajar allí.

Mientras acaricio su pelo, sintiendo su respiración acompasarse contra mi piel, mi mano libre se desliza hasta su vientre. Allí, donde crece nuestro hijo, la dejo descansar, protectora, posesiva.

—Vais a quedaros conmigo —murmuro, las palabras escapando antes de que pueda detenerlas—. Los dos. Voy a cuidaros. A protegeros. Siempre.

No es una declaración de amor. No estoy listo para eso. Pero es una promesa. La promesa más sincera que he hecho jamás.

Y mientras Sophie se duerme en mis brazos, su mano cubriendo la mía sobre su vientre, me permito, por primera vez en mucho tiempo, sentir esperanza.

Quizás sí que pueda lograr que se quede a mi lado.

CAPÍTULO 27

ALEXANDER

La luz baña mi despacho en tonos dorados mientras reviso los últimos informes financieros. El reloj marca la una menos cuarto; Sophie llegará en cualquier momento para nuestra comida. Una sonrisa involuntaria se dibuja en mis labios al pensar en ella.

Estas dos semanas desde la ecografía han transformado nuestra relación. Aunque no hablamos de lo que significa, cada noche Sophie me permite perderme en su cuerpo, sentir su piel contra la mía, despertar con su cabeza apoyada en mi pecho. La tomo cuando lo necesito, que viene a ser prácticamente cada hora que pasamos juntos, y ella responde con un abandono que me vuelve loco.

Pero quiero más. Quiero su amor, su compromiso, su futuro. Lo quiero todo.

El intercomunicador interrumpe mis pensamientos.

—Señor Stone —la voz de Miranda suena tensa, algo inusual en ella—. Su padre está aquí. Insiste en verle inmediatamente.

Un presentimiento oscuro se instala en mi estómago. Mi padre nunca aparece sin avisar, a menos que tenga algo entre manos.

—Dile que estoy ocupado —respondo, sin molestarme en ocultar mi irritación.

—Ya se lo he dicho, señor, pero... —Miranda hace una pausa significativa—. La señorita Chen también está aquí. Acaba de llegar para su comida, y su padre la ha interceptado en recepción.

Mi sangre se congela en mis venas. Sophie y mi padre en la misma habitación es una combinación que me llena de un terror instintivo.

—Hazlos pasar —ordeno, poniéndome de pie—. A los dos.

Mi padre entra primero, su traje gris impecable, su postura arrogante, como si el mundo entero le debiera algo. Sophie le sigue, visiblemente incómoda, pero con esa dignidad tranquila que siempre me ha fascinado. Lleva un vestido sencillo color lavanda que realza el suave rubor de sus mejillas y la curva apenas perceptible de su vientre. Nunca me ha parecido más hermosa.

—Alexander —dice mi padre, su voz goteando falsa cordialidad—. Qué considerado por tu parte recibirnos a ambos. Tu... novia y yo hemos tenido una conversación muy interesante en recepción.

La forma en que dice «novia», cargada de sarcasmo, hace que mis músculos se tensen. Sophie me mira, una pregunta silenciosa en sus ojos. Me acerco a ella inmediatamente, colocándome a su lado, mi mano instintivamente en la parte baja de su espalda.

—¿Estás bien? —murmuro, solo para ella.

Asiente levemente, pero puedo sentir la tensión en su cuerpo.

—¿A qué debo el placer, padre? —pregunto, mi voz fría como el hielo.

Richard Stone sonríe, una sonrisa que nunca alcanza sus ojos. De su maletín extrae una carpeta y la arroja sobre mi escritorio con un gesto teatral.

—Pensé que te interesaría ver esto antes de que lo haga mi abogado —dice, señalando la carpeta con un movimiento de cabeza—. O mejor aún, antes de que lo vea un juez.

Con cautela, manteniendo a Sophie cerca de mí, me acerco al escritorio y abro la carpeta. Lo que veo hace que mi estómago se contraiga. Son documentos de Elegance Companions, el contrato de Sophie con la agencia, fotos de ella entrando y saliendo del edificio. Hay también capturas de pantalla de la página web de la agencia, con descripciones de sus servicios de acompañantes.

Sophie jadea a mi lado, su mano volando instintivamente a su boca.

—¿Cómo has conseguido esto? —pregunto, la furia hirviendo bajo mi piel como lava.

—Tengo mis recursos —responde mi padre con una sonrisa satisfecha—. Lo importante no es cómo lo conseguí, sino lo que demuestra. Que tu supuesta relación comenzó como un acuerdo comercial. Que contrataste a una acompañante y convenientemente acabó embarazada.

Sus palabras, deliberadamente crueles, están diseñadas para herir a Sophie tanto como a mí. La siento tensarse bajo mi mano, y cuando la miro, veo que ha palidecido, sus ojos brillantes por lágrimas contenidas.

—Esto va directamente en contra de la voluntad de tu abuelo —continúa mi padre, disfrutando claramente del momento—. El testamento especifica que el heredero debe nacer del amor, no de un acuerdo mercantil. Mi equipo legal ya ha presentado una impugnación preliminar. La próxima vez que nos veamos será en los tribunales.

La rabia me ciega momentáneamente. No por la amenaza a mi control de Stone Media Group, sino por el dolor que está causando a Sophie. Por cómo la está reduciendo a una transacción, a un objeto.

—¿Has terminado? —pregunto, mi voz peligrosamente baja.

Mi padre parpadea, momentáneamente desconcertado por mi calma aparente.

—¿Es eso todo lo que tienes que decir? ¿Después de que acabo de demostrarte que voy a quitarte la empresa?

Suelto una risa breve, seca, que lo desconcierta aún más.

—Puedes quedarte con la puta empresa —digo, cada palabra clara y precisa —. No me importa.

El shock en su rostro sería cómico en cualquier otra circunstancia.

—¿Qué has dicho? —pregunta, como si no pudiera creer lo que acaba de escuchar.

—He dicho que puedes quedarte con la empresa —repito, mi voz ganando fuerza—. Stone Media Group, las acciones, el control, todo. Puedes llevártelo. Ya tengo lo que necesito.

Sophie se gira hacia mí, sus ojos enormes y llenos de asombro. Puedo sentir el ligero temblor de su cuerpo bajo mi mano.

—Alexander... —susurra, pero la interrumpo suavemente, mi mirada fija en mi padre.

—Siempre has creído que soy como tú —continúo, dando un paso hacia él —. Que el poder y el control son lo único que importa. Que los sentimientos son una debilidad. Pero te equivocas. Me has enseñado exactamente lo que no quiero ser y Sophie me ha enseñado en lo que quiero convertirme.

Mi padre se ha quedado momentáneamente sin palabras, algo que nunca había visto antes. Su rostro oscila entre la incredulidad y la furia.

—No me puedo creer que estés cometiendo este error —dice finalmente, recuperando algo de su compostura—. Estás tirando por la borda el legado de tu abuelo por una... —se detiene, sus ojos desviándose hacia Sophie con desprecio.

Doy otro paso hacia él, mi cuerpo tenso como un cable a punto de romperse.

—Cuidado con lo que vas a decir —advierto, mi voz apenas es un susurro, pero está cargada de amenaza—. Porque si la insultas, si le faltas al respeto de cualquier manera, olvidaré que eres mi padre.

Nos miramos fijamente, el aire entre nosotros cargado de décadas de resentimiento y expectativas no cumplidas. Finalmente, es él quien aparta la mirada.

—Esto no ha terminado —dice, recogiendo la carpeta del escritorio—. La próxima vez que nos veamos será en los tribunales.

—Haz lo que tengas que hacer —respondo con calma—. Pero te dejo algo claro: ya tengo lo único que me importa. A la mujer que amo.

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas, nacidas de la ira y la necesidad de proteger a Sophie, pero cargadas de una verdad que todavía no me había atrevido a decir en voz alta.

Mi padre me mira como si estuviera viendo a un extraño. Y quizás lo sea. El Alexander que conocía, el que vivía para trabajar, para demostrar su valía, ya no existe.

Ahora tengo cosas mucho más importantes en mi vida.

—Has perdido la cabeza —murmura, incrédulo.

—Por primera vez en mi vida, creo que la he encontrado —respondo, mi voz firme y clara.

Sin otra palabra, mi padre se gira y sale del despacho, la puerta cerrándose con un golpe seco tras él.

El silencio que sigue es absoluto, tan denso que casi puedo tocarlo. Sophie está inmóvil a mi lado, su respiración el único sonido en la habitación. Lentamente, como si temiera romper algún hechizo invisible, se gira hacia mí.

Sus ojos, esos ojos que cambian de color según la luz, hoy de un ámbar profundo, me miran con una mezcla de confusión, asombro y algo más que no me atrevo a nombrar.

—¿Lo decías en serio? —pregunta finalmente, su voz destila incredulidad y… ¿esperanza?

Sé exactamente a qué se refiere. No a la empresa, no a la amenaza de mi padre, sino a esas palabras que he pronunciado por primera vez en mi vida adulta.

La mujer que amo.

El tiempo parece detenerse mientras nos miramos. Puedo sentir mi corazón latiendo con fuerza contra mis costillas, la sangre rugiendo en mis oídos.

Quiero alcanzarla, tomarla en mis brazos, pero me mantengo inmóvil, conteniendo el aliento, esperando su reacción a la verdad que acabo de revelar.

¿Cómo se tomará ella que la ame?

CAPÍTULO 28

SOPHIE

—¿Lo decías en serio? —pregunto, mi voz apenas audible en el silencio que ha dejado la salida tempestuosa del padre de Alexander.

Mi corazón late con tanta fuerza que temo que pueda escucharlo. Las palabras que acaba de pronunciar —«la mujer que amo»— reverberan en mi cabeza como un eco imposible de acallar. Pero no pueden ser ciertas. No pueden ser para mí.

Seguramente solo ha sido una estrategia, una frase calculada para descolocar a su padre, para proteger nuestro acuerdo.

Alexander me mira fijamente, sus ojos azul grisáceo más intensos de lo que jamás los he visto. Su mandíbula está tensa, y puedo ver cómo el pulso late acelerado en la vena de su cuello. Parece... vulnerable. Es una expresión tan ajena a su rostro habitualmente controlado que me deja sin aliento.

—Sophie... —comienza, y hay un temblor en su voz que nunca antes había escuchado.

Da un paso hacia mí, y luego otro, hasta que apenas nos separan unos centímetros. Puedo sentir el calor que emana de su cuerpo, percibir el aroma a bergamota y cedro de su perfume mezclado con algo más primario, más esencialmente Alexander.

—Lo siento —digo apresuradamente, antes de que pueda continuar. No quiero escucharle decir que sus palabras solo han sido una treta—. Siento que vayas a perder la empresa por mi culpa. Nunca quise que esto ocurriera.

—Sophie —me interrumpe, tomando mis manos entre las suyas. Son cálidas, fuertes, ligeramente ásperas en las palmas. Manos que han recorrido cada centímetro de mi cuerpo, que han provocado sensaciones que jamás creí

posibles—. La empresa me da igual. Lo único que me importa sois vosotros. Tú y nuestro hijo.

Parpadeo, confundida por la intensidad de sus palabras, por la sinceridad que veo en sus ojos.

—Pero el legado de tu abuelo... todo por lo que has trabajado...

—Mi abuelo quería que fuera feliz —dice, apretando suavemente mis manos —. Eso es lo que realmente quería. No que dirigiera un imperio mediático, sino que encontrara algo que me hiciera realmente feliz.

Se detiene, respirando profundamente, como si estuviera reuniendo valor para lo que viene a continuación.

—Y lo he encontrado, Sophie. Te he encontrado a ti. Al principio estaba furioso por la cláusula en el testamento. Ahora entiendo por qué lo hizo. Y no le puedo estar más agradecido tanto a él como al destino por hacer que te encontrase.

Mi corazón se detiene por un instante, para luego reanudar su latido a un ritmo frenético. No puede estar diciendo lo que creo que está diciendo. Es imposible que Alexander Stone, el hombre más poderoso de Manhattan, el que podría tener a cualquier mujer que deseara, esté realmente...

—Lo decía completamente en serio —continúa, su voz más firme ahora—. Te amo. Y ahora que me he atrevido a decirlo en voz alta, no puedo seguir callándomelo. No puedo seguir fingiendo que esto es solo un contrato, un acuerdo de negocios. No es lo que quiero que seamos.

Sus palabras me golpean como una ola física, dejándome momentáneamente sin aire. El mundo parece detenerse, reducirse únicamente a este momento, a este hombre frente a mí confesando algo que jamás creí posible.

—Desde el primer momento que te vi en esa cafetería, no he podido dejar de pensar en ti —confiesa, soltando mis manos para acunar mi rostro entre las

suyas—. Tu sonrisa, tu voz, la forma en que arrugabas la nariz cuando te concentrabas preparando mi café... Me cautivaste por completo. Y luego, cuando te vi en esa reunión en Elegance Companions, sentí que el destino estaba interviniendo. Que por alguna razón incomprensible, se nos estaba dando una oportunidad.

Sus pulgares acarician suavemente mis mejillas, y me doy cuenta de que estoy llorando. Lágrimas silenciosas que él recoge con infinita ternura.

—Mi abuelo tenía razón —continúa, su voz quebrándose ligeramente—. Nada vale más que el amor. Nada. Ni el poder, ni el dinero, ni el éxito. Puede que no estuviera buscando ni a mi hijo ni a ti cuando firmamos ese contrato, pero sois lo mejor que me ha pasado en la vida. Los dos.

Se inclina, apoyando su frente contra la mía. Su respiración, cálida y entrecortada, se mezcla con la mía en el espacio íntimo que hemos creado.

—Estoy aterrorizado —admite, y la vulnerabilidad en su voz hace que mi corazón se contraiga dolorosamente—. Aterrorizado de que me abandones. De que un día decidas que no soy suficiente, que mereces algo mejor. Y tendrías razón. Mereces mucho más de lo que puedo ofrecerte.

—Alexander... —intento hablar, pero él niega suavemente con la cabeza.

—Déjame terminar, por favor —suplica—. Necesito decirte todo lo que me he estado guardando. Todo lo que he sentido y no he sabido expresar.

Asiento, incapaz de negarle nada cuando me mira con esos ojos que ahora revelan cada emoción, cada pensamiento, sin filtros ni barreras.

—Solo te pido una oportunidad —dice, sus manos deslizándose por mis brazos hasta entrelazar sus dedos con los míos nuevamente—. Una oportunidad para demostrarte que puedo hacerte feliz. Que puedo darte una vida llena de cariño, de respeto, de todo lo que mereces. Sé que ahora mismo quizás no sientas lo mismo que yo, y lo entiendo. Pero dame tiempo. Déjame intentar, día a día, que te enamores de mí. No tanto como yo lo estoy de ti,

porque eso sería imposible, pero lo suficiente para que quieras quedarte a mi lado.

Las palabras se amontonan en mi garganta, luchando por salir todas a la vez. Quiero gritarle que ya lo amo, que lo he amado desde hace tanto tiempo que ni siquiera recuerdo cómo era no amarlo. Que cada noche que he pasado en sus brazos ha sido un sueño hecho realidad, y cada mañana despertando a su lado una confirmación de que, a pesar de todo, el universo puede ser benévolo.

Pero en lugar de hablar, hago lo único que tiene sentido en este momento. Me pongo de puntillas, coloco mis manos en sus mejillas ásperas por la barba incipiente, y lo beso.

No es un beso suave ni tímido. Es un beso que contiene todas las palabras que no puedo expresar, toda la emoción acumulada durante todo este tiempo. Es un beso que dice «también te amo» más claramente que cualquier declaración verbal.

Alexander responde con igual fervor, sus brazos rodeando mi cintura, atrayéndome contra su cuerpo como si quisiera fundirnos en uno solo. Puedo sentir su corazón latiendo tan frenéticamente como el mío, su calor envolviéndome, su fuerza sosteniéndome.

Cuando finalmente nos separamos, ambos jadeando, sus ojos buscan los míos con una mezcla de asombro y esperanza que me deja sin aliento.

—Te amo —digo simplemente, las palabras fluyendo ahora con facilidad, como si siempre hubieran estado ahí, esperando el momento adecuado para ser liberadas—. Te amo, Alexander. Llevo amándote desde hace tanto tiempo que no recuerdo cómo era no sentir esto.

La expresión que cruza su rostro es indescriptible. Es como ver el amanecer después de la noche más oscura, como presenciar un milagro en tiempo real. Sus ojos, normalmente tan controlados, ahora brillan con una emoción tan cruda, tan genuina, que me hace temblar.

—¿Lo dices en serio? —pregunta, su voz apenas un susurro ronco.

—Completamente —confirmo, acariciando su mejilla—. No tienes que hacer nada para ganarte mi amor. Ya lo tienes. Todo.

Un sonido estrangulado escapa de su garganta, algo entre una risa y un sollozo. Y entonces estoy en sus brazos, levantada del suelo, girando en círculos mientras su risa —plena, libre, como nunca la había escuchado— llena el despacho.

Cuando me deposita suavemente en el suelo, sus manos acunan mi rostro con una reverencia que me hace estremecer.

—Dilo otra vez —pide, sus ojos fijos en los míos como si quisiera grabar este momento en su memoria para siempre.

—Te amo, Alexander Stone —repito, sonriendo a través de las lágrimas que ahora fluyen libremente—. Con todo mi corazón.

—Y yo a ti, Sophie Chen —responde, su voz cargada de una emoción tan profunda que casi puedo sentirla físicamente—. Más de lo que jamás creí posible amar a alguien.

Sus labios encuentran los míos nuevamente, y en ese beso hay una promesa, un futuro, un para siempre que nunca me atreví a soñar.

Y mientras nos perdemos el uno en el otro, con Manhattan extendiéndose bajo nosotros y el sol de la tarde bañándonos en luz dorada, sé con absoluta certeza que esto no es el final de nuestra historia.

Es solo el verdadero comienzo.

CAPÍTULO 29

ALEXANDER

El aire acondicionado del juzgado zumba con un monótono siseo que pone mis nervios al límite. La sala de audiencias huele a madera vieja, papel y ese aroma indefinible de tensión humana. A mi lado, Sophie juguetea nerviosamente con el borde de su vestido azul marino, un gesto que he aprendido a reconocer como señal de su ansiedad. Su vientre, ahora ligeramente más abultado tras cuatro meses de embarazo, se insinúa bajo la tela elegante.

Han pasado ocho semanas desde que le confesé mis sentimientos, ocho semanas de despertar cada mañana con ella acurrucada contra mi pecho, de besos robados en la cocina, de hacer el amor en cada superficie disponible del apartamento. Ocho semanas de una felicidad que jamás creí posible para alguien como yo.

Y ahora, todo podría venirse abajo por la obstinación de mi padre.

—Todo va a salir bien —susurro, entrelazando mis dedos con los suyos—. Adrian es el mejor abogado de la ciudad.

Sophie asiente, pero la tensión en su cuerpo no disminuye. Sé lo que está pensando: que la empresa por la que he trabajado tan duramente podría pasar a manos de mi padre.

Pero mientras la tenga a ella a mi lado nada puede dañarme.

—Alexander —dice, su voz apenas audible—, si las cosas no salen como esperamos...

—No —la interrumpo suavemente—. No pienses así. Pero incluso si ocurriera lo peor, nada cambiaría. Soy jodidamente feliz. Te lo he dicho mil veces: tú y nuestro hijo sois lo único que me importa.

Una pequeña sonrisa curva sus labios, y siento ese familiar vuelco en el estómago que me provoca cada vez que me mira así, como si yo fuera algo precioso, algo digno de ser amado.

Me encanta, joder.

Adrian Cross, nuestro abogado, se acerca con pasos medidos. Su traje gris oscuro y su maletín de cuero proyectan exactamente la imagen de confianza y competencia que necesitamos.

—Están a punto de llamarnos —informa, su voz baja y controlada—. Recuerda, Alexander: deja que yo hable. El juez Harrington es conocido por su poca paciencia con los testimonios emocionales.

Asiento, aunque por dentro estoy hirviendo de rabia contenida. La idea de que mi padre esté intentando arrebatarme lo que mi abuelo me confió hace que quiera romper algo. Preferiblemente su cara.

Las puertas de la sala se abren con un crujido y un hombre nos indica que entremos. La sala es más pequeña de lo que esperaba, con paneles de madera oscura y asientos de cuero gastado. Al frente, el estrado del juez se alza imponente. A un lado, mi padre y su abogado, Harrison Wells, un hombre con aspecto de buitre y una reputación de ser implacable.

Mi padre ni siquiera me mira cuando entramos. Mantiene su atención fija en unos documentos, como si todo esto fuera simplemente otra transacción de negocios para él.

El juez Harrington entra con paso firme. Es un hombre de unos sesenta años, con cabello blanco perfectamente recortado y una expresión que sugiere que ha visto demasiadas tonterías en su carrera como para tolerar una más.

—Buenos días a todos —dice cuando se sienta, ajustándose las gafas mientras revisa los documentos frente a él—. Estamos aquí para la vista preliminar del caso Stone contra Stone, referente a la impugnación de una

cláusula testamentaria. Señor Wells, entiendo que representa usted al demandante, Richard Stone.

—Así es, Su Señoría —responde Wells, poniéndose de pie con un movimiento fluido.

—Bien —continúa el juez, su tono ya cargado de impaciencia—. ¿Podría explicarme por qué estamos perdiendo el tiempo de este tribunal con este asunto?

Wells parpadea, momentáneamente desconcertado por la pregunta directa.

—Su Señoría, mi cliente está impugnando la validez del cumplimiento de la cláusula testamentaria por parte del señor Alexander Stone. Tenemos pruebas de que ha manipulado las condiciones establecidas por su abuelo para mantener el control de Stone Media Group.

El juez se quita las gafas, frotándose el puente de la nariz con evidente fastidio.

—Señor Wells, he revisado su demanda y, francamente, encuentro sus argumentos extremadamente débiles. ¿Está usted sugiriendo que el señor Alexander Stone ha contratado a una mujer para tener un hijo y así cumplir con la cláusula del testamento?

—Exactamente, Su Señoría —afirma Wells, recuperando su confianza—. La señorita Chen trabajaba como acompañante en Elegance Companions cuando conoció al señor Stone. Tenemos documentos que prueban su contratación.

Sophie se tensa a mi lado, y aprieto su mano con más fuerza, intentando transmitirle tranquilidad.

El juez observa a Sophie durante un largo momento, su expresión indescifrable.

—¿Y su argumento es que no existe un vínculo emocional genuino entre ellos? ¿Que todo es una farsa para cumplir con el testamento?

—Precisamente, Su Señoría.

El juez asiente lentamente, como si estuviera considerando seriamente el argumento. Luego, para mi sorpresa, esboza una sonrisa sardónica.

—¿Eso es lo que piensa el tribunal? —dice, su tono cambiando a uno casi divertido—. Interesante teoría, señor Wells. Acérquese, por favor. Usted también, señor Cross.

Ambos abogados se aproximan al estrado. El juez les entrega un sobre grande de color manila.

—Durante las últimas seis semanas, este tribunal ha estado investigando al señor Stone y a la señorita Chen, como parte del procedimiento estándar en casos de impugnación testamentaria que involucran cláusulas de naturaleza personal —explica el juez—. Les sugiero que examinen el contenido de ese sobre antes de continuar con sus argumentos.

Adrian abre el sobre y extrae un fajo de fotografías. Su expresión cambia de confusión a sorpresa, y luego a una sonrisa apenas contenida. Wells, por su parte, parece cada vez más pálido mientras examina las imágenes.

—Si no les importa —continúa el juez—, me gustaría que compartieran esas fotografías con sus clientes.

Adrian se acerca y nos entrega las fotos. La primera muestra a Sophie y a mí caminando por Central Park, nuestras manos entrelazadas, mi cabeza inclinada hacia ella mientras ríe por algo que acabo de decir. La siguiente nos captura en la entrada de un restaurante, mi mano en la parte baja de su espalda, guiándola protectoramente. Hay docenas más: ayudándola a entrar en el coche, abrazándola por detrás mientras esperamos en una fila, besando su frente en una librería.

Momentos íntimos, cotidianos, captados sin que nos diéramos cuenta. Momentos que muestran, sin lugar a dudas, a dos personas profundamente enamoradas.

La última fotografía hace que Sophie jadee y se sonroje intensamente. Nos muestra en la parte trasera de un cine casi vacío, donde, llevado por un impulso que no pude controlar, la había acorralado contra la pared en un beso que rozaba lo indecente para un espacio público.

—Como pueden ver —dice el juez, su voz ahora cargada de cierta satisfacción—, el tribunal ha llegado a la conclusión de que la relación entre el señor Alexander Stone y la señorita Sophie Chen es genuina, profunda y, me atrevería a decir, excepcionalmente apasionada.

Wells intenta intervenir, pero el juez lo silencia con un gesto.

—No he terminado, señor Wells. Además de estas evidencias fotográficas, hemos entrevistado a múltiples testigos: el personal del edificio donde residen, compañeros de universidad de la señorita Chen, empleados de Stone Media Group... Todos coinciden en describir una relación auténtica y mutuamente devota.

Mi padre, que hasta ahora había permanecido en silencio, se pone de pie bruscamente.

—Esto es absurdo —espeta—. Claramente están actuando para las cámaras. Sabían que estaban siendo observados.

El juez Harrington le dirige una mirada que podría congelar el infierno.

—Señor Stone, le sugiero que se siente y guarde silencio a menos que quiera ser acusado de desacato. Estas fotografías fueron tomadas con teleobjetivos de largo alcance y en situaciones donde los sujetos no tenían razón para creer que estaban siendo observados. A menos que sugiera que su hijo y la señorita Chen han estado fingiendo veinticuatro horas al día durante casi dos meses, su argumento carece completamente de fundamento.

Mi padre se sienta, su rostro contorsionado en una máscara de furia apenas contenida.

—Basándome en las evidencias presentadas —continúa el juez—, declaro inválida la impugnación presentada por Richard Stone. La cláusula testamentaria se considera cumplida en su totalidad y espíritu. El señor Alexander Stone mantiene el control mayoritario de Stone Media Group, según lo estipulado en el testamento de Edward Stone.

El golpe del mazo resuena en la sala, sellando la decisión. Siento como si un peso enorme se levantara de mis hombros. A mi lado, Sophie exhala un suspiro tembloroso.

—Enhorabuena, señor Stone —añade el juez, con un brillo casi paternal en sus ojos—. Es usted oficialmente el dueño mayoritario de Stone Media Group. Y si me permite un comentario personal, creo que su abuelo estaría muy orgulloso de la familia que está formando.

—Gracias, Su Señoría —respondo, la emoción apretando mi garganta.

Mi padre se levanta bruscamente, ignorando los intentos de su abogado por calmarlo, y sale de la sala sin mirar atrás. No me importa. No necesito su aprobación. No necesito nada de él.

Adrian nos felicita brevemente antes de ir a ocuparse de los detalles administrativos. Sophie y yo nos quedamos solos en nuestros asientos, procesando lo ocurrido.

—Se acabó —murmuro, tomando su rostro entre mis manos—. Se acabó, Sophie.

Sus ojos brillan con lágrimas contenidas, pero son lágrimas de alivio, no de tristeza.

—Nunca pensé... —comienza, su voz temblorosa—. Cuando me contrataste, jamás imaginé que terminaríamos así.

—¿Arruinando la vida de mi padre y siendo espiados por detectives privados? —bromeo, intentando aligerar el momento.

Ella ríe, un sonido cristalino que hace que mi corazón se hinche de felicidad.

—Enamorados —corrige, sus ojos fijos en los míos—. Formando una familia. Siendo... felices.

La beso entonces, sin importarme que estemos en un juzgado, sin importarme quién pueda vernos. La beso con todo el amor, la gratitud y la promesa que puedo transmitir.

—Vamos a casa —susurro contra sus labios—. Tenemos un futuro que empezar a construir.

Y mientras salimos del juzgado, con su mano firmemente entrelazada en la mía y nuestro hijo creciendo seguro en su vientre, sé que mi abuelo tenía razón. El amor es lo único que realmente importa. Lo único por lo que vale la pena luchar.

Y yo lucharía contra el mundo entero por Sophie Chen.

CAPÍTULO 30

SOPHIE

El dolor me atraviesa como una ola salvaje, arrancándome un gemido que intento ahogar contra la almohada. Es la tercera contracción en menos de diez minutos, cada una más intensa que la anterior. Afuera, la noche de Manhattan brilla con miles de luces que se difuminan a través de las cortinas entreabiertas. Son las tres de la madrugada y nuestro hijo ha decidido que es el momento perfecto para venir al mundo.

—Alexander —jadeo, buscando a tientas su brazo en la oscuridad.

Se despierta al instante, como si hubiera estado esperando mi llamada incluso en sueños. Sus ojos, normalmente de un azul claro, parecen casi negros en la penumbra de nuestra habitación.

—¿Es la hora? —pregunta, su voz ronca por el sueño, pero alerta.

Asiento, incapaz de hablar mientras otra contracción me golpea. Su mano encuentra la mía, ofreciéndome un ancla en medio del dolor. Observo cómo su rostro se transforma, el último rastro de sueño desapareciendo, reemplazado por una determinación férrea que reconozco bien. Es la expresión que adopta cuando se enfrenta a una situación crítica, cuando necesita proteger lo que ama.

Con movimientos precisos y eficientes, Alexander se levanta y enciende la lámpara de la mesilla. La luz cálida revela su torso desnudo, los músculos de su espalda tensándose mientras alcanza su teléfono.

—Voy a llamar a Thomas para que traiga el coche —dice, marcando el número—. ¿Puedes moverte o prefieres que te ayude?

—Puedo moverme —respondo, intentando incorporarme. El vientre, enorme a estas alturas, parece tener vida propia—. Solo... dame un minuto.

Mientras Alexander habla con Thomas, me deslizo fuera de la cama con cuidado. Una nueva contracción me hace detenerme, apoyada contra la pared, respirando profundamente como me enseñaron en las clases de preparación al parto. El dolor es como fuego líquido recorriendo mi espalda baja, extendiéndose hacia mi vientre en un apretón implacable.

Alexander termina la llamada y está a mi lado en un instante, sus brazos rodeándome, sosteniéndome.

—Te tengo —murmura contra mi pelo—. Respira conmigo, cariño. Dentro... y fuera...

Su voz, profunda y constante, me guía a través del dolor. Cuando la contracción pasa, me ayuda a vestirme con movimientos suaves pero eficientes. Sus manos, siempre tan seguras en los negocios, ahora tiemblan ligeramente mientras me ayuda a ponerme un vestido holgado.

—La maleta está en el vestíbulo —dice, más para sí mismo que para mí, repasando mentalmente la lista que hemos preparado—. Thomas estará aquí en cinco minutos. El hospital está avisado.

Asiento, agradecida por su meticulosa planificación. En los últimos meses, Alexander ha abordado mi embarazo como el proyecto más importante de su vida. Ha leído cada libro disponible, ha contratado a los mejores especialistas, ha asistido a cada cita médica. Su determinación de ser un padre presente y preparado ha sido tan conmovedora como a veces divertida.

Mientras esperamos el ascensor, otra contracción me golpea, más fuerte que las anteriores. Me doblo ligeramente, un gemido escapando de mis labios a pesar de mis esfuerzos por contenerlo.

—Sophie —la voz de Alexander está teñida de preocupación y algo más... ¿miedo? Es una emoción tan rara en él que me sorprende—. ¿Estás bien?

—Las contracciones son... muy seguidas —jadeo cuando el dolor disminuye —. Y son intensas.

Su mandíbula se tensa, y puedo ver cómo lucha por mantener la calma. Alexander Stone, el hombre que controla imperios con un simple gesto, está completamente fuera de su elemento ante algo que no puede dominar: el nacimiento de nuestro hijo.

El trayecto al hospital es una sucesión borrosa de luces nocturnas, contracciones cada vez más intensas y la mano de Alexander firmemente entrelazada con la mía. Thomas conduce con una precisión que agradezco silenciosamente, esquivando el escaso tráfico nocturno como si conociera cada atajo de la ciudad.

—Ya casi llegamos —murmura Alexander, su pulgar trazando círculos tranquilizadores en el dorso de mi mano—. Lo estás haciendo increíblemente bien, Sophie.

Intento sonreír, pero otra contracción me atraviesa, robándome el aliento. Esta vez el dolor es tan intenso que veo puntos blancos bailando en mi visión.

—Alexander —jadeo cuando puedo hablar de nuevo—. Creo que viene muy rápido.

La preocupación cruza su rostro como una sombra. Se inclina hacia adelante, dando instrucciones a Thomas para que aumente la velocidad.

Cuando finalmente llegamos al hospital, un equipo nos está esperando. Todo sucede con una rapidez vertiginosa: la silla de ruedas, el ascensor hasta la planta de maternidad, las enfermeras eficientes que me ayudan a cambiarme mientras me hacen preguntas sobre la frecuencia de las contracciones.

Alexander no se separa de mí ni un segundo, su presencia una constante reconfortante en medio del caos. Cuando me tumban en la cama para examinarme, su mano encuentra la mía nuevamente, y la aprieta con una mezcla de fuerza y ternura que dice más que cualquier palabra.

—Estás dilatada de ocho centímetros —anuncia la doctora después de examinarme—. Este bebé tiene prisa por conoceros.

Una mezcla de terror y emoción me invade. Esto está sucediendo demasiado rápido. Se suponía que el primer parto era largo, que tendríamos horas para prepararnos mental y físicamente.

—¿Es normal que sea tan rápido? —pregunta Alexander, verbalizando mi preocupación—. ¿Está todo bien?

—Perfectamente normal —asegura la doctora con una sonrisa tranquilizadora—. Cada parto es diferente, y algunos primeros bebés simplemente tienen prisa. Todos los signos vitales son excelentes, tanto los de Sophie como los del bebé.

Las siguientes dos horas son una batalla contra el dolor más intenso que he experimentado jamás. Las contracciones se suceden como olas furiosas en una tormenta, apenas dejándome tiempo para recuperar el aliento entre una y otra. El sudor empapa mi frente y mi pelo, y los gemidos se transforman en gritos que no puedo contener.

A través de todo, Alexander permanece a mi lado, inquebrantable. Me sostiene cuando el dolor me dobla, me ofrece hielo para mis labios resecos, susurra palabras de ánimo que apenas registro pero que de alguna manera me dan fuerza.

—Ya casi estamos, Sophie —dice, su voz un ancla en medio de la tormenta —. Lo estás haciendo increíblemente bien. Eres la mujer más fuerte que conozco.

Cuando finalmente llega el momento de empujar, algo primario se apodera de mí. El mundo se reduce a esta habitación, a este momento, a la vida que lucha por nacer. El dolor trasciende lo físico, convirtiéndose en algo casi espiritual.

—¡Veo la cabeza! —exclama la doctora—. Un empujón más, Sophie. Un gran empujón.

Reúno las últimas fuerzas que me quedan, aferrándome a Alexander como si fuera mi única conexión con la realidad. Su rostro está pálido pero determinado, sus ojos fijos en mí con una mezcla de asombro y terror.

Con un último esfuerzo que me arranca un grito desde lo más profundo de mi ser, siento cómo nuestro hijo finalmente llega al mundo. Hay un momento de silencio absoluto, un instante suspendido entre dos realidades, y luego...

El llanto. Fuerte, indignado, vital. El sonido más hermoso que he escuchado jamás.

—Es un niño —anuncia la doctora, colocando a nuestro hijo, húmedo y rosado, sobre mi pecho—. Un niño precioso y perfectamente sano.

El tiempo se detiene mientras contemplo por primera vez el rostro de nuestro hijo. Tiene la nariz pequeña y perfecta, las mejillas redondas y sonrojadas, y cuando abre los ojos por un instante, veo que son de un azul profundo, como los de Alexander.

—Sophie... —la voz de Alexander se quiebra, y cuando levanto la mirada hacia él, veo algo que nunca había visto antes: lágrimas. Gruesas, reales, corriendo libremente por su rostro—. Es perfecto. Tú eres perfecta.

Se inclina y besa mi frente sudorosa con tal reverencia que siento mi propio corazón expandirse. Luego, con infinita ternura, acaricia la cabecita de nuestro hijo con dedos temblorosos.

—Hola, Edward —susurra, usando el nombre que decidimos darle en honor a su abuelo—. Bienvenido al mundo.

Mientras las enfermeras se ocupan de los procedimientos necesarios, Alexander no se separa de nosotros. Sus ojos viajan constantemente entre mi rostro y el del bebé, como si no pudiera creer que ambos somos reales, que esto está sucediendo realmente.

Cuando finalmente nos dejan solos en la habitación, con Edward limpio y envuelto en una manta azul durmiendo en mis brazos, Alexander se sienta en

el borde de la cama. Hay una vulnerabilidad en su expresión que me conmueve profundamente.

—Gracias —dice simplemente, su voz cargada de emoción—. Por darme una familia. Por amarme a pesar de todos mis defectos. Por enseñarme lo que realmente importa en la vida.

Sonrío, agotada pero más feliz de lo que jamás creí posible.

—Te amo, Alexander Stone —respondo, y nunca esas palabras han contenido tanto significado—. Y siempre lo haré.

Se inclina y me besa suavemente, con una ternura que hace que mis ojos se llenen de lágrimas. Luego, con cuidado, toma a Edward en sus brazos. La imagen de este hombre poderoso sosteniendo a nuestro diminuto hijo con tanta delicadeza me llena de una alegría tan intensa que apenas puedo contenerla.

—Mi familia —murmura Alexander, mirando primero a Edward y luego a mí—. Mi mundo entero.

Y mientras observo a mi esposo y a mi hijo, pienso en el extraño y maravilloso camino que nos ha traído hasta aquí. Un contrato que se convirtió en amor. Un acuerdo de negocios que se transformó en una familia.

A veces, la vida nos da exactamente lo que necesitamos, incluso cuando no sabíamos que lo estábamos buscando.

ALEXANDER

El peso de mi hijo en mis brazos es tan ligero y a la vez tan significativo que me deja sin aliento. Edward duerme plácidamente, sus pequeños puños cerrados contra su pecho, su respiración suave y regular. Solo tiene unas horas de vida, y ya ha cambiado mi mundo por completo.

Sophie duerme también, exhausta después del parto. La observo desde el sillón junto a la ventana del hospital, maravillándome ante su fuerza, su belleza

incluso en el agotamiento. Las primeras luces del amanecer se filtran a través de las persianas, bañando la habitación en un resplandor dorado que parece apropiado para este nuevo comienzo.

Nunca imaginé que podría sentir tanto. Tanto amor, tanto miedo, tanta gratitud, todo mezclado en un torbellino de emociones que amenaza con abrumarme. Yo, que siempre me he enorgullecido de mi control, de mi capacidad para mantener mis sentimientos a raya, ahora estoy completamente a merced de este pequeño ser que ni siquiera puede abrir los ojos por más de unos segundos.

Edward se mueve ligeramente en mis brazos, y contengo la respiración, temiendo despertarlo. Pero solo se acomoda, su cabecita buscando instintivamente el calor de mi pecho. Con infinito cuidado, ajusto la manta alrededor de su diminuto cuerpo.

Es perfecto. Cada pequeño dedo, cada mechón de pelo oscuro, cada arruga de su piel rosada. No puedo dejar de mirarlo, de estudiar cada detalle de su rostro, buscando rastros de Sophie, de mí mismo, de generaciones de Stones que han venido antes.

Y entonces, como si sintiera mi escrutinio, abre los ojos. Son de un azul profundo, como los míos, aunque la doctora nos ha dicho que podrían cambiar con el tiempo. Me mira, o al menos parece hacerlo, y algo dentro de mí se rompe y se recompone al mismo tiempo.

—Hola, Edward —susurro, mi voz apenas audible—. Soy tu padre.

Las palabras suenan extrañas y a la vez perfectas en mis labios. Padre. Soy padre. De este pequeño ser que depende completamente de mí, de Sophie, de nuestro amor para sobrevivir y prosperar.

—Te prometo algo —continúo, sabiendo que no puede entenderme, pero necesitando decirlo de todos modos—. Nunca te faltará amor. Nunca dudarás de lo mucho que significas para mí. Nunca sentirás que tienes que ganarte mi

aprobación o mi orgullo. Ya los tienes. Desde el primer momento en que supe de tu existencia.

Mi voz se quiebra ligeramente, y me sorprendo al sentir la humedad en mis mejillas. Lágrimas. Alexander Stone, llorando por segunda vez en el mismo día. Mi padre se burlaría de esta muestra de debilidad. Pero ya no me importa lo que él piense. Ya no me importa nada de ese mundo de apariencias y expectativas frías en el que crecí.

—Vas a tener una vida diferente —prometo—. Una vida llena de amor, de risas, de momentos que importan de verdad. Tu madre y yo nos aseguraremos de ello.

Desde la cama, la voz suave de Sophie me sobresalta.

—Y será el niño más mimado de todo Manhattan si sigues así.

Levanto la mirada para encontrarla despierta, observándonos con una sonrisa cansada pero radiante. Hay tanto amor en sus ojos que siento que mi corazón podría estallar.

—No estaba seguro de poder hacer esto —confieso, permitiéndome una vulnerabilidad que solo ella conoce—. Ser padre. Ser... diferente a él.

Sophie extiende su mano hacia mí, y me acerco, sentándome cuidadosamente en el borde de la cama, con Edward seguro en mis brazos.

—Eres diferente —dice con convicción—. Lo has sido desde el primer día. La forma en que miras a Edward, la forma en que me miras a mí... eso es amor real, Alexander. Y el amor real lo cambia todo.

Tiene razón, por supuesto. El amor lo ha cambiado todo. Me ha cambiado a mí, ha transformado mi mundo, ha dado sentido a una vida que antes solo se medía en términos de éxito y poder.

Con cuidado, coloco a Edward en los brazos de Sophie. La imagen de ellos juntos, mi esposa y mi hijo, es tan perfecta que siento una opresión en el

pecho. ¿Cómo es posible que haya tenido tanta suerte? ¿Cómo es posible que un contrato frío se haya convertido en la mayor bendición de mi vida?

—¿En qué piensas? —pregunta Sophie, su voz suave mientras acaricia la mejilla de Edward.

—En lo afortunado que soy —respondo honestamente—. En cómo un café cambió mi vida.

Ella sonríe, recordando nuestro primer encuentro en Rosie's Diner.

—Un americano grande para llevar —dice, y hay tanta ternura en su voz que siento mi corazón expandirse—. Quién iba a decir que esa simple orden nos traería aquí.

Me inclino y beso su frente, luego la diminuta cabeza de Edward.

—Te amo, Sophie Stone —murmuro contra su piel—. A los dos. Más que a nada en este mundo.

Y mientras el sol de la mañana ilumina completamente la habitación, bañándonos en su luz dorada, sé con absoluta certeza que he encontrado mi verdadero legado. No en Stone Media Group, no en edificios o acciones o poder, sino aquí, en esta habitación de hospital, con las dos personas que han convertido mi vida en algo que por fin vale la pena vivir.

Un bebé por contrato. Eso es lo que buscaba. Y en cambio, encontré un amor sin condiciones, una familia, un hogar.

El mejor trato que jamás he cerrado.

EPÍLOGO

ADRIAN

El café se enfría lentamente junto a los documentos que he estado revisando toda la mañana. El caso Stone Media Group vs. Eastwood Communications requiere toda mi concentración, pero mi mente se dispersa cada vez que escucho el taconeo furioso que se acerca a mi despacho.

La puerta se abre sin previo aviso, y ahí está ella. Ava Brown. Veinticinco años de pura obstinación envueltos en un traje sastre azul marino que, por mucho que intente parecer profesional, solo consigue acentuar cada curva de su cuerpo. Su pelo castaño rojizo está recogido en un moño severo que no logra domar algunos mechones rebeldes que enmarcan su rostro. Sus ojos, de un verde intenso que heredó de su madre, me fulminan como si quisiera calcinarme en el acto.

—Tu cita de las once ha llegado —anuncia con ese tono que reserva exclusivamente para mí, una mezcla perfecta de irritación y profesionalidad forzada—. Alexander Stone está esperando en recepción.

—Hazle pasar —respondo, intentando mantener mi voz neutra, como si su mera presencia no alterara cada átomo de mi ser.

Asiente secamente y se gira para marcharse, el movimiento haciendo que su falda se tense sobre sus caderas de una manera que debería ser ilegal. Me obligo a apartar la mirada. Es la hermana pequeña de mi mejor amigo, por el amor de Dios. Y mi secretaria. Dos razones más que suficientes para mantener mis pensamientos bajo control.

Segundos después, Alexander Stone entra en mi despacho con esa confianza natural que siempre ha poseído. Nos conocemos desde Harvard, y verlo convertido en padre de familia me sigue pareciendo surrealista. El implacable

CEO ahora habla de biberones y primeros pasos con la misma intensidad con la que antes discutía sobre estrategias corporativas.

—Adrian —me saluda con un apretón de manos firme—. Gracias por recibirme con tan poca antelación.

—Para eso están los amigos —respondo, señalándole el asiento frente a mi escritorio—. Además, siempre es un placer quitarle dinero a Stone Media Group.

Suelta una carcajada mientras se sienta, aflojándose ligeramente la corbata.

—¿Cómo va todo? Jason me dijo que estabas trabajando demasiado últimamente.

—Ya conoces el bufete —respondo con un encogimiento de hombros—. Si no estás trabajando demasiado, es que no estás trabajando lo suficiente.

Antes de que pueda continuar, la puerta se abre nuevamente. Ava entra con una carpeta en las manos, su expresión tensa como si estuviera conteniendo un huracán interior. Camina directamente hacia mi escritorio y prácticamente arroja los documentos sobre la superficie pulida.

—Los informes que solicitaste —dice, cada palabra pronunciada como si fuera una pequeña daga—. ¿Necesitáis algo más?

—Café para los dos estaría bien —respondo, manteniendo mi tono profesional a pesar de la electricidad que parece chisporrotear entre nosotros.

Sus ojos se entrecierran ligeramente, pero asiente y sale de la habitación con la espalda tan recta que parece una tabla.

Alexander me observa con una ceja alzada y una sonrisa divertida.

—¿Problemas en el paraíso?

—No hay ningún paraíso —respondo secamente, abriendo la carpeta para cambiar de tema—. Sobre la adquisición de Eastwood...

Pero Alexander no está dispuesto a dejarlo pasar.

—¿Esa es la hermana de Jason? ¿Ava? —pregunta, inclinándose ligeramente hacia adelante—. No la veía desde la graduación de la universidad. Ha... cambiado.

—Es mi secretaria temporal —explico, aunque no tengo por qué darle explicaciones—. Hace poco que perdió su trabajo y ha comenzado a trabajar en el bufet.

No le digo que el único culpable de que haya acabado siendo mi secretaria es mío. Pero no podía dejar que estuviese cerca de ninguno de mis compañeros.

Tengo que… protegerla.

Alexander asiente, pero puedo ver que hay más preguntas formándose en su mente. Afortunadamente, la puerta se abre de nuevo y Ava regresa con dos tazas de café que coloca frente a nosotros con una sonrisa que no llega a sus ojos.

—Vuestro café, caballeros —dice con una dulzura tan falsa que casi me hace reír—. ¿Puedo ofreceros algo más?

—Estamos bien, gracias —respondo antes de que Alexander pueda decir algo.

Cuando Ava sale, cerrando la puerta con un poco más de fuerza de la necesaria, Alexander se gira hacia mí con una expresión divertida.

—¿Te vas a tomar ese café? —pregunta, señalando mi taza.

—¿Por qué?

—Porque esa mujer tiene toda la pinta de querer matarte —responde con una sonrisa—. Y ese café podría estar envenenado.

Suelto una carcajada, la primera genuina del día.

—Si quisiera envenenarme, podría haberlo hecho hace años —respondo, tomando un sorbo del café para demostrarlo—. La conozco desde que era una

niña con aparatos en los dientes y obsesionada con los caballos. Está cabreada conmigo porque insistí en que fuera mi secretaria.

—No hace falta que me lo jures —murmura Alexander, sonriendo.

Intento concentrarme en los documentos frente a mí, explicándole a Alexander los pormenores del caso, pero mi atención se desvía cuando veo por la ventana de mi despacho que un repartidor se ha detenido en el escritorio de Ava. Es joven, atractivo, y está sonriendo demasiado para estar simplemente entregando un paquete.

Algo caliente y desagradable se retuerce en mi estómago mientras observo cómo Ava le devuelve la sonrisa, tomando el paquete con un gesto que parece innecesariamente coqueto.

—¿Adrian? —La voz de Alexander me devuelve a la realidad—. ¿Has escuchado algo de lo que he dicho?

—Por supuesto —miento, volviendo a centrarme en los documentos—. Sobre la cláusula de no competencia...

El teléfono de mi escritorio suena, interrumpiéndome. Veo a Ava contestar a través del cristal, y luego su expresión cambia. Frunce el ceño, asiente varias veces, y finalmente presiona el botón de mi línea.

—Señor Cross —dice, su voz extrañamente formal a través del altavoz—. Tiene una llamada de la Clínica de Fertilidad Roosevelt. Dicen que es urgente.

Un escalofrío recorre mi espalda. La Clínica Roosevelt es donde hago mi chequeo anual y donde deposito una muestra de esperma cada año como medida preventiva, desde que mi padre murió de cáncer testicular. Es un procedimiento rutinario, nada de qué preocuparse.

Hasta ahora.

El miedo me golpea como un puño helado. ¿Habrán encontrado algo en mis análisis? ¿Estaré enfermo como mi padre?

¿Justo ahora que Ava está tan cerca?

—Pásamela —digo, intentando que mi voz suene normal, aunque siento la boca repentinamente seca.

Alexander me mira con curiosidad, pero le hago un gesto para que me dé un minuto. Tomo el auricular con una mano que no puedo evitar que tiemble ligeramente.

—Adrian Cross —respondo.

—Señor Cross, soy la doctora Patel de la Clínica Roosevelt —dice una voz femenina, tensa y profesional—. Lamento informarle que ha habido un incidente con su muestra de esperma.

La tensión en mi cuerpo cambia. No es cáncer. Pero algo en su tono me dice que lo que viene no es mucho mejor.

—¿Qué clase de incidente?

—Hubo una confusión en el laboratorio —explica, su voz bajando ligeramente—. Su muestra fue... utilizada.

—¿Utilizada? —repito, incapaz de procesar lo que estoy escuchando—. ¿Qué significa exactamente eso?

—Significa, señor Cross, que su muestra fue confundida y utilizada para inseminar a una paciente que había solicitado una donación.

El teléfono casi se me cae de las manos. Alexander me mira con preocupación, pero apenas lo registro.

—¿Está diciendo que mi esperma ha sido utilizado para embarazar a una mujer? ¿Sin mi consentimiento?

—Me temo que sí —responde la doctora, su voz ahora claramente incómoda—. Estamos investigando cómo ocurrió este error, pero mientras tanto, consideramos que debía ser informado inmediatamente.

Mi mente está completamente en blanco. No puedo formular ningún pensamiento coherente. Yo, que siempre tengo una respuesta para todo, que

vivo de las palabras y los argumentos, me encuentro sin capacidad para articular una sola pregunta.

—La paciente también va a ser informada —continúa la doctora ante mi silencio—. Nos gustaría programar una reunión con ambos en la clínica para discutir las implicaciones y los siguientes pasos. ¿Estaría disponible mañana a las 10 de la mañana?

—Sí —respondo automáticamente, sin procesar realmente lo que estoy diciendo.

—Bien. Nos vemos mañana entonces. Y señor Cross, lamentamos profundamente este error.

Cuelgo el teléfono, sintiendo como si acabara de ser golpeado por un camión. Alexander me mira fijamente, su expresión una mezcla de confusión y preocupación.

—¿Qué demonios ha pasado? —pregunta.

No puedo responder. Mi mirada se desvía automáticamente hacia el escritorio de Ava, visible a través del cristal de mi despacho. Está hablando por teléfono, su expresión cambiando de confusión a shock.

—Adrian —la voz de Alexander me saca de mi trance—. Parece que has visto un fantasma. ¿Qué está pasando?

Trago saliva, incapaz de apartar la mirada de Ava, que ahora está colgando el teléfono con manos temblorosas.

—Creo... —empiezo, mi voz sonando extraña incluso para mí mismo—. Creo que acabo de convertirme en padre.

FIN

¡Gracias por leer esta novela!

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla
dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder

directamente a la valoración.

O pulsando AQUI



¿Y SI UN ERROR MÉDICO TE UNE A TU JEFE… PARA SIEMPRE?

¿Qué harías si descubres que el hombre del que llevas años enamorada en secreto... es el padre de tu hijo por un error médico?

Ava Brown decidió ser madre soltera mediante inseminación artificial tras años esperando al hombre perfecto. Lo que nunca imaginó es que un error de laboratorio convertiría a Adrian Cross, el mejor amigo de su hermano y su jefe actual, en el padre biológico de su bebé. El mismo hombre que siempre la ha tratado como una niña y que ahora controla cada aspecto de su vida laboral.

Adrian Cross ha mantenido siempre la distancia con Ava, a pesar de la atracción que siente por ella. Cuando descubre que será padre por un error médico, sus instintos protectores y posesivos afloran, amenazando con derribar todas las barreras que ha construido cuidadosamente.

Entre el odio y una atracción imposible de ignorar, deberán decidir si este error del destino podría convertirse en lo mejor que les ha pasado.

Algunos errores están destinados a ocurrir...

CONSÍGUELO AQUÍ



SOBRE LA AUTORA

¡Hola! Me llamo Olivia Darcy y soy autora de novela románica con hombres posesivos y peligrosos que harían lo que fuese por la mujer de la que están enamorados. Me encanta escribir como sus duros corazones se derriten por ellas.
Mis historias están llenas de amor y giros inesperados, y siempre tienen un final feliz.

Me encanta saber cosas sobre mis lectores, así que no dudes en ponerte en contacto conmigo:

Página de autor de Amazon: www.amazon.es/Olivia-Darcy
Página web: https://oliviadarcyautora.com/